HQN™

MARÍA JOSÉ TIRADO

# AMOR y KIMCHI



¿Podrás resistirte
a la Ola Hallyu?

MARÍA JOSÉ TIRADO

# AMOR y KIMCHI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Amor y Kimchi
© 2024 María José Tirado
© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®

I.S.B.N.: 9788410741119

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

Créditos
Dedicatoria
Cita
Prefacio
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Agradecimientos

*A mi familia, mi pilar, mi base, gracias por ser lo más hermosoque hay en mi vida, os amo.*

*A todas mis chingus, por compartir esta deliciosa locura, saranghae.*

*Por muy lejos que el espíritu vaya,*
*nunca irá más lejos que el corazón.*

Confucio, 551 a 478 a. C.

# Prefacio

No debí tomarme las últimas dos copas, o quizá no debí tomarme ninguna en absoluto. Estoy mareada, siento que las piernas no me responden como deberían, hace rato que no veo a mi amiga Lucía y las ganas de marcharme a casa me pueden. El traje de Campanilla hace horas que me aprieta, el corpiño verde esmeralda se me clava bajo el pecho, la faldita me oprime el vientre y las alitas de hada trasnochada han estado enganchándoseme en cuanta cosa me he cruzado. Al menos me alisé el pelo, porque si hubiese dejado mis rizos locos a su aire con esas alitas llenas de lentejuelas, llevaría solo la mitad de la melena de vuelta a casa.

*Eso te pasa por querer ir sexy a una fiesta de disfraces, Zoe*, me digo. Seguro que el disfraz de Alicia de Lucía es mucho más cómodo que el mío, seguro que ella no está tan molesta, en el rincón en el que esté dándose el lote con el morenazo Sombrerero Loco que se ha pasado toda la noche tirándole los tejos. Es irónico que haya sido ella la que se ha disfrazado de Alicia cuando soy yo la que me siento completamente perdida en el Laberinto del País de las Maravillas en el que se ha convertido mi vida.

Salgo del local dispuesta a tomar un taxi que me lleve a casa. Miro la hora en mi móvil, son las ocho de la mañana. Estoy a punto de quedarme sin batería, tengo un dos por ciento, no creo que me dé ni para hacer una llamada. Ha sido una noche larga y he pretendido pasarlo bien con mi mejor amiga, he bailado como hacía tiempo que no y he bebido como un corsario. ¿Por qué no debería hacerlo? No tengo que dar explicaciones a nadie de lo que hago con mi vida. Y sin embargo esa estúpida vocecita de mi cabeza se ha pasado la mitad de la noche preguntándome qué narices estoy haciendo, por qué no paro de dar tumbos como un pollo sin cabeza, acusándome de que mi embriaguez no es otra cosa sino un producto más del sinsentido con el que dirijo mi vida. Que debería estar buscando trabajo en lugar de estar de fiesta, con mi antifaz de maquillaje medio corrido y los ojos llenos de purpurinas que me pican y escuecen.

Me detengo junto a la parada de autobús, los pocos taxis que suben y bajan por la calle llevan las luces verdes apagadas. ¿Por qué está todo el mundo tan ocupado un sábado por la mañana? Apoyo la espalda en la estructura y continúo mirando arriba y abajo por si puedo cazar a algún taxista. Del local de la fiesta salen Batman, Superman e Iron Man, pero ni rastro de Lucía. Miro mi móvil, ya no tengo batería, joder. Iron Man estuvo algo pesado conmigo toda la noche, tratando de arrimarse, bailando muy cerca, rozándose a cada ocasión, y he tenido que despistarlo un par de veces, así que espero que no se le ocurra aprovechar el último momento para acabar de darme la lata.

Mi gozo en un pozo, los tres superhéroes de rebajas se me acercan, los ignoro, finjo no verlos como si eso sirviese de algo.

—Buenos días, Campanita —me saluda Iron Man deteniéndose ante mí con el antifaz en la garganta como una pajarita.

—Es Campanilla y que corra el aire —le digo jugando la carta de la antipatía, para ver si de una vez por todas se da cuenta de que no estoy interesada en él. Pero Iron Man lleva un morado de campeonato, mira a sus amigos y se ríe, haciéndome saber que no va a dejarme en paz.

—¿Sabes que Peter Pan no va a venir? ¿Por qué no me dejas ver lo que hay debajo de ese corpiño tan apretadito? —Doy un paso atrás y vuelvo a ignorarle. La gente que espera el bus nos mira de reojo, pero nadie le dice nada—. Vamos, no seas así, te invito a desayunar.

—Tío, que me dejes en paz, que no voy a ir contigo a ninguna parte —le digo y me sonríe. Le da un codazo a su amigo, los otros le ríen la gracia.

—Vamos…

Hace frío, dentro del local no, pero ahora que estoy fuera me pregunto por qué Campanilla no llevaba un abrigo de pieles a lo Atila el Huno o similar. Quizá las hadas son tan etéreas que nunca tienen frío y por eso llevan la ropa tan escasa. Está claro que no soy un hada, quizá sea una bruja, me repite mi fastidiosa conciencia. Varias personas llegan a la parada de bus, entre ellas un tipo alto y fuerte que parece ir disfrazado de uno de los Blues Brothers, con traje oscuro y gafas de sol, se detiene a mi lado y nos mira de reojo. Mi aspecto debe ser aún más patético de lo que me imagino.

—Campanita… Campanita… ven a tocarme la *flautita* —me dice Iron Man—. Campanita… vamos… —insiste acercándose otra vez—. Venga Campanita, que lo vamos a pasar bien.

—Lo vas a pasar bien con tu madre. ¡Que me dejes en paz, joder! —le digo borde, pero está demasiado ebrio para aceptar mi negativa, o quizá es así de imbécil en su vida diaria, ni lo sé ni me importa. Solo espero que llegue un taxi y poder marcharme.

—Campanita, vente con nosotros —dice y me agarra la muñeca y tira de mí. Trato de zafarme, pero me tiene cogida con fuerza, en sus ojos veo que no va a rendirse y eso me asusta por primera vez. De pronto el tipo que está a nuestro lado, viéndolo todo, como el resto de las personas en la parada de autobús, le coge por la muñeca de la mano por la que me tiene sujeta.

—¿Puede dejar en paz a mi amiga? —le pregunta con cara de matar osos a puñetazos. Su acento es extraño, es extranjero, aunque habla bastante bien el castellano. No puedo ver sus ojos con las gafas de sol, pero por su expresión está dispuesto a quitármelos de encima a las malas, si es necesario. Les saca una cabeza y bajo el traje parece bastante fuerte. Iron Man mira a sus amigos y da un tirón zafándose—. ¿Estás bien? —me pregunta y asiento. Se sitúa a mi lado, protegiéndome con su cuerpo. Le tomo de la mano y él, aunque se sorprende, me sonríe, tiene una sonrisa jodidamente preciosa. Iron Man hace amago de acercarse otra vez y mi Blues Brother personal se prepara para partirle la cara. Iron Man le mira, como si midiese sus fuerzas antes de tomar una decisión que bien podría llevarle a acabar la fiesta en el dentista, y después sonríe.

—Tranquilo tío, no pasa nada. Estaba de coña —asegura y se echa a reír, sin la menor gana. Superman le agarra del hombro y tira de él.

—Vámonos, tío —le dice y se lo lleva, veo que comienzan a alejarse de nosotros.

—¿Seguro que estás bien? —me pregunta mi recién estrenado amigo y sonrío como respuesta. Ahora mismo me siento de maravilla—. ¿Conoces a esos tipos?

—No, de nada. Son unos pesados de la fiesta…

—Deberías tener cuidado si sales sola, puedes encontrarte con gente así.

—No es justo que sea yo la que deba tener cuidado, ¿no crees? Debería poder ir desnuda por

la calle sin que nadie me insista cuando le he dicho que no me interesa, ¿no crees? —le digo y él arruga el entrecejo bajo las gafas de sol.

—¿Dónde estabas metida? —me pregunta alguien a la espalda; la miro, es Lucía que ha llegado a la parada buscándome. Nos observa, aún tengo sujeta su mano.

—¿Te sientes bien? —insiste, por mi aspecto debe costarle creerlo.

—Sí, gracias —le digo observando su piel, es blanca y parece muy suave, incluso en su mentón marcado, me dan ganas de acariciarla.

—¿Le conoces? —me pregunta Lucía en un susurro.

—No. No te conozco, ¿verdad? —Él sonríe, hace un gesto de negación y suelta mi mano, aunque me encantaría que no lo hiciese, la suya es fuerte y cálida—. Me ha ayudado con unos gilipollas —explico a mi amiga sin moverme de su lado.

Un taxi con su luz verde encendida sube la calle de Atocha en la dirección en la que estamos y mi amiga le hace un gesto para pararlo; en un par de segundos se detiene en la acera a nuestro lado.

—Vamos, ¿vamos? Gracias —le dice. Él solo asiente. Lucía abre la puerta del taxi y me llama para que suba.

Doy dos pasos para meterme dentro, pero entonces me vuelvo en un arrebato incontrolable, la fuerza del deseo desinhibida por el alcohol, supongo, y le abrazo. El olor de su perfume me invade los sentidos, qué bien huele. Huele a noches de pasión junto al mar, a abrazos infinitos y besos ardientes… a sexo lujurioso y descontrolado. Su pecho parece de granito, no puedo verle los ojos por las gafas de sol, pero tiene una nariz recta y bonita y sus labios son gruesos y delineados, el triángulo de su labio superior es sencillamente… increíble. Me mira con expresión dulce, y aunque le ha sorprendido, responde a mi abrazo sujetándome con fuerza contra su cuerpo, y entonces le miro a los ojos, aunque no puedo verlos por las gafas de sol oscuras. Dios, no sé si será efecto del alcohol, pero… es más sexy que John Travolta en *Grease*.

—¿Puedo darte un beso? —le pregunto descarada. Se queda inmóvil, mirándome y aunque parece dudar, asiente. Y entonces lo hago. Me pongo de puntillas y aprieto mis labios contra los suyos. Él permanece quieto unos segundos, pero después responde a mi beso. Es un beso suave, delicioso y ardiente, un beso de película. Saboreo los labios suaves y maravillosos del desconocido que ha impedido que esos tipos acabasen por amargarme la noche y un absurdo chisporroteo se enciende en mi estómago. Él aparta su boca de la mía despacio y sonríe.

—¿Se puede saber qué haces? —me pregunta Lucía escandalizada—. Discúlpela —le dice, aunque él no parece precisamente ofendido. Mi amiga me agarra y tira de mí, apartándome de él que no dice nada, se queda de pie, en silencio, tratando de poner en orden su traje alisándolo con las manos—. Está un poco mareada.

—¿Necesita ayuda para llevarla a casa? —le pregunta.

—No, está bien, o lo estará, en cuanto se le pase la borrachera, gracias —dice Lucía llevándome a empujones al taxi. No quiero irme, quiero volver a besarlo y él también parece querer, ¿por qué tengo que marcharme?—. ¿Se puede saber qué coño haces? —me pregunta enfadada una vez que estamos dentro del vehículo, pero no la atiendo, le busco con la mirada y veo que se aleja de la parada de autobús caminando.

—¿Intentar llegar a casa? Y no estoy borracha, solo tengo un puntillo.

—Un puntazo, más bien. Si se nota que estás perfectamente… —ironiza—. Por eso le has comido la boca a un tío al que no conoces de nada, ¿verdad?

—Regáñame después, ¿vale? —le pido y ella suspira.

—¿Se puede saber dónde tienes el teléfono? Te he llamado cien veces. ¿Ibas a largarte sin decirme nada? —A ella se le ha pasado el mareo del todo, según parece. Su mirada asesina me atraviese mientras yo solo tengo ojos para seguir mirando a mi Blues Brother particular que ya está demasiado lejos.

—No tengo batería… ¿Has visto lo guapo que es? Se ha deshecho de tres tíos que estaban molestándome. Y es tan alto… Y huele tan bien… —logro decir.

—No vuelvo a dejarte beber, que lo sepas.

—Después, después me regañas —insisto acurrucándome en su hombro y ella me tira un pellizco en el brazo—. Auch. ¿Por qué has hecho eso?

—Para liberar estrés y que no me dé un ictus.

—Pues busca otra forma, bruta… —respondo restregándome la zona lastimada—. ¿Y el Sombrerero Loco?

—Yo qué sé, le perdí de vista hace rato. Estará tomando una taza de té con la Reina de Corazones.

# Capítulo 1

## Zoe

—Escupe ese pedazo de cadáver —me pide Raquel mirándome con ojos vidriosos.

—No —respondo con la boca llena, masticando deprisa.

—Escúpelo. Piensa que antes ese trozo de carne vivía y sentía y caminaba por un bosque.

—Las vacas de España no caminan por bosques desde la Edad Media—protesto después de tragar mi suculento trozo de entrecot—. Y no me des lecciones, con todos los filetes que te has comido en tu vida, que solo hace tres meses que eres vegana.

—Por eso quiero que tú también veas la luz, porque eres mi amiga y te quiero.

—Yo también te quiero, pero déjame en la oscuridad, que se come mejor.

—Caníbal. —Se rinde, echándose hacia detrás en la silla, ondeando la cabellera de bucles rosados.

—Y a mucha honra. Como te quedes dormida en el sofá, te muerdo el muslo —protesto metiéndome un nuevo pedazo en la boca y masticándolo con decisión, está delicioso. Puedo entender el veganismo por principios, yo misma sería vegana si la carne no me gustase tanto. Lo que no puedo entender es que se vuelva vegana porque su nuevo novio lo es. Se llama Carlos y es cámara de televisión, se dedica a hacer programas de viajes, Reporteros Viajeros, o algo así. Y de viajar por medio mundo Carlos se convirtió en budista y vegano, y Raquel, impresionada por su modo de vida, ha decidido adoptar su filosofía.

—Si vieses el vídeo… —Se refiere a un reportaje de televisión que trata sobre las granjas productoras de carne. Ha intentado una docena de veces que lo vea: me lo ha puesto en la Tablet, en el móvil y en la televisión, pero me niego y me tapo los oídos, cierro los ojos y comienzo a cantar *Lalalá* cada vez que lo hace.

—Pues por eso no quiero verlo. El conocimiento está sobrevalorado, mi padre siempre lo dice, se es más feliz en la ignorancia.

—Puf —bufa pinchando una de las hojas de lechuga de su ensalada con el tenedor y se la lleva a la boca. En ese momento Lucía entra en la habitación y nos mira de reojo con una sonrisa mientras se sirve un vaso de agua del grifo. Noto que ha perdido peso, siempre le pasa cuando tiene varias semanas seguidas en las que apenas pasa por casa, cuando el trabajo la devora. Pero ella nunca se queja, nunca se lamenta, en esas épocas tengo que preguntarle y sacarle la información para que se desahogue conmigo. Mi mejor amiga siempre ha sido así de reservada, desde niña.

—Os estoy oyendo desde el salón. Con Zoe has pinchado en hueso, Raquel. Ganó el primer

premio en un campeonato de comer espetos de sardinas de nuestro barrio.

—Tres enteros me comí, con pan —afirmo orgullosa ante la expresión de horror de nuestra amiga mientras Lucía se echa a reír, observándonos a ambas.

—Pero ¿qué clase de bárbaros hay en vuestro barrio? ¿Cómo pueden hacer un campeonato de comer animales?

—A Churriana ni nombrarlo, ¿eh? —protesto dedicándole una mirada asesina—. Respeta al rincón más bonito de Málaga —insisto llena de orgullo—. Además, ¿cómo sé yo que esa pobre lechuga verde y brillante que vivía feliz en el huerto no ha sufrido cuando la han cortado para que tú te la comas?

Raquel hace un mohín con los labios, finos y delineados, suspira y da otro bocado de su ensalada.

—Y tú, ¿quieres comer ensalada, Lucía?

—Lo siento mucho, tesoro, pero también prefiero comerme un filete —asegura la mente más racional de la casa y Raquel suspira resignada, con nosotras lo tiene todo perdido.

—Vamos a darnos prisa que faltan menos de cuarenta minutos para que comience el recital y nuestro pequeño Antonio tiene que estar temblando —advierto.

—¿Antonio temblando? La que estará temblando será Pepi —declara Lucía y las tres nos echamos a reír.

—No os metáis con mi hermana que me chivo —añade Raquel entre risas—. Aunque de verdad que no entiendo cómo podemos parecernos tan poco.

—Pues muy sencillo, ella se llevó todo el sentido común y no dejó nada para ti —me burlo y ella me hace un mohín, sacándome la lengua.

Pepi es muy racional e intensa, muy muy intensa. Tiene la vida perfecta y ordenada que siempre soñó: dos niños, Antonio de nueve años, y Luis, de seis, un marido, Ángel, agente inmobiliario, y un trabajo a jornada reducida como contable en una multinacional al que va solo dos días en semana, en horario escolar. Una familia feliz que vive en una unifamiliar en Tres Cantos, la que a mí me habría gustado poder tener algún día dentro de muchos años.

Una vida que nada tiene que ver con la de Lucía, con la de Raquel o la mía y mucho menos con la de nuestro amigo Bruno. Y sin embargo la diferencia de edad no es muy grande entre nosotros, Pepi tiene treinta y uno, Bruno veintiocho, Lucía y yo veintiséis y Raquel veinticuatro.

Sin embargo, Pepi siempre tuvo muy claro que eso era lo que quería, según Raquel, y lo apostó todo al rojo, al pelirrojo más bien, y ganó.

—Bueno, ella se llevó toda la cordura y yo toda la simpatía.

—¿Estás llamando antipática a tu hermana? —duda Lucía haciéndome reír. Raquel hace un mohín con los labios.

—En absoluto. Pero a veces es igualita que mi madre y me ataca los nervios —dice seria. Lucía y yo nos miramos, hace demasiados años que nos comunicamos sin palabras, han discutido.

—¿Qué ha pasado? —exijo, antes de meterme en la boca el último pedazo de filete. Raquel y Pepi, como buenas hermanas, se adoran a veces y otras, se quieren matar. A Raquel le encanta escandalizarla y a Pepi, como buena hermana mayor, regañarla.

—Que no para de tratarme como a una niña. Joder, si me equivoco tengo que hacerlo por mí misma, pero ella… Se pone a comerme la cabeza con que tengo que centrarme, que debo buscar

un trabajo fijo, que todo eso de pintar no me lleva a ningún sitio… Acabo de terminar la carrera y estoy buscándome la vida, necesito tiempo… Para ella todo tiene que ser como sus números que tanto le gustan, cuadriculado y exacto —dice con la frente enfurruñada. Un mechón del cabello rosado le cae sobre la nariz y lo peina tras la oreja. Lucía y yo nos miramos. Es cierto que Raquel es un tanto desordenada, vive sin horarios, ni para comer, ni para trabajar, ni para salir. Puede pasar pintando dos días seguidos sin salir del taller que ha instalado en el garaje, y otros dos acostada en su habitación. Cuando Lucía nos invitó a vivir con ella en la casa que había comprado en Hortaleza, ambas decidimos aceptar con la condición de pagarle la hipoteca entre las dos. Lucía se negó en redondo, porque aseguraba que así la casa estaba habitada y evitábamos que algún ocupa se le ocurriese meterse, pero insistimos en hacerlo, aunque a Raquel casi nunca le alcanza para su parte.

Lucía por su trabajo, representante de tratamientos experimentales de una multinacional farmacéutica, realiza al menos un par de viajes por toda España durante la semana y en ocasiones viaja a la central de la compañía en Frankfurt. Últimamente, un par de veces al mes.

—Raquel, tu hermana te aconseja, pero eres tú quien tiene que tomar las decisiones. Ella lo respetará, sabemos que es… intensa, pero solo quiere que estés bien —argumento posando mi mano sobre la suya en la mesa.

—Pues que deje de criticarme, ¿no crees? A lo mejor no quiero tener su vida.

—¿Y a qué ha venido la pelea?

—No nos hemos peleado… todavía. Aún tengo que hablar con ella de por qué le contó a mi madre que no me depilo, porque mi madre me ha llamado esta mañana, preguntándome si es cierto que tengo vellos en las piernas y las axilas —confiesa y a mí me da la risa floja, entonces ella me mira con cara de asesina en serie y se me corta la risa de inmediato—. Mi madre, doña Margarita Ríos da Sousa, la gran señora, me dijo que no puede tener una hija *hippy*, que me estoy *dejando*, ¿hay una palabra más fea? ¿Qué es dejarse? ¿Me estoy dejando por respetar mi cuerpo y amarme tal y como soy? —Me mira esperando una respuesta.

—No sé a lo que tu madre puede llamar *dejarse*. Mírame, casi nunca me maquillo, probablemente para ella también estaría *dejándome*. Y admiro a Lucía que es capaz de levantarse una hora antes, teniendo que coger un vuelo a las seis de la mañana, para hacerlo —Lucía asiente y me guiña un ojo—. Cada una es distinta, cada una es única. Yo no puedo soportar tener vello en las axilas porque me molesta, ni en las piernas tampoco porque soy la hermana pequeña de Chewbacca, pero creo que es algo que debemos decidir nosotras. Y tú estás igual de preciosa con vello que sin vello.

—Raquel, estoy convencida de que tu hermana no se lo contó como algo negativo, pero todas sabemos cómo es tu madre —dice Lucía tratando de calmar las aguas. Ella siempre sabe cómo hacerlo, tiene ese don—. Cuando lo habléis concédele la presunción de inocencia. Y, sobre todo, no lo hagas esta tarde.

—Vale, no lo haré hoy… Aunque espero que no salga el tema en la cena. Sois las mejores amigas del mundo, ¿lo sabéis? —nos dice con ojos vidriosos. Le apretujo la mano y Lucía se acerca y le da un abrazo al que me uno.

—Será mejor que nos vayamos o no habrá sitio para sentarse —digo a ambas y me dirijo a mi habitación para ponerme el vestido rojo que he elegido para la ocasión. Uno que disimula mis caderas y el par de kilos que cogí en Navidad y que parecen dispuestos a que los adopte definitivamente. Ya vestida me siento ante el espejo para maquillarme, siempre he sido bastante perezosa pero la ocasión lo merece, al menos algo de base, rímel, colorete y labios rojos.

En el marco del espejo tengo varias fotografías sujetas con el filo, fotos en las que aparezco con ellas, y con Bruno, mi mejor amigo después de Lucía. Me fijo en una en la que aparecemos los cinco, Raquel, Lucía, Pepi, Bruno y yo, cada uno subido a un camello. La cara de Pepi es un poema, está aterrorizada, sujeta a la silla como si temiese caer a un pozo de lava.

La imagen nos la hizo el guía de la excursión, pertenece al montón de fotografías que tomamos en nuestro último viaje juntos, un viaje a Marruecos con el que pretendían hacerme olvidar que mi vida se había puesto del revés. Incluso Pepi nos acompañó, dejando atrás una complicada logística familiar con los niños tan pequeños.

Marruecos me hizo mucho bien. A pesar del dolor que sentía, ellos lograron que me divirtiese bailando, comiendo cuscús y bebiendo té, viendo las puestas de sol en el desierto, escuchando los discursos de Pepi cada vez que acariciaba un perrito porque allí no todos están vacunados de la rabia. Sí, ella siempre sabe esas cosas. Hasta que Raquel se lio con un tuareg que quería comprárnosla por dos camellos blancos. Lo decía en broma, supongo, pero a su hermana la propuesta casi la mata. Ese viaje con mis amigos me ayudó a secar mis lágrimas, limpiar mis heridas y tomar fuerzas para seguir adelante.

Y ahora, últimamente, siento que vuelvo a necesitar algo así, salir de la espiral que está consumiéndome poco a poco, haciéndome sentir que corro en todas las direcciones sin saber dónde me dirijo, llenar mi alma de energía bonita que aparte los nubarrones cuando empiezan a asomar de nuevo. Pero para volver a hacer una escapada como esa hay que tener dinero. Y yo no lo tengo.

Porque el año pasado acompañé a Bruno a hacer surf en Portugal. Dormíamos en la furgoneta de alquiler y comíamos bocatas, aunque Pepi y Lucía jamás nos acompañarían a un viaje así.

Veo cómo un par de lágrimas han huido de mis ojos verdes y me recorren las mejillas. Las observo extrañada en el espejo. ¿Por qué? Lo he superado, hace más de dos años de aquel viaje, de que mi corazón se rompió y no me quedó otro remedio que fabricarme uno nuevo de pequeños pedacitos.

Lo he superado, y no suelo pensar en él.

Pero ese recuerdo ha llegado de improviso al mirar la fotografía.

Me limpio la cara con un pañuelo de papel y me sonrío al espejo. Suelto la goma que me sostiene el cabello y los rizos color ceniza me caen rebeldes sobre los hombros y en todas direcciones. Lo tengo bastante largo, a la altura de mis pechos, que voluminosos asoman por el escote redondo del vestido, solo un poco, sin pasarse.

—¿Estás lista? —me pregunta Lucía asomando por el marco de la puerta, le sonrío y camina hasta alcanzarme. Está guapísima con el cabello moreno corto al estilo Bob, con un vestido blanco y negro con el hombro derecho al descubierto, siempre ha sido más bajita y menuda que yo, y más guapa. Y una de las personas más bonitas por dentro que conozco. Ella me acogió cuando mi mundo se desmoronó y casi tres años después aún sigo en su casa, aunque se esfuerza en que parezca que le hago un favor—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿te gusta? —digo poniéndome de pie frente a ella.

—Estás preciosa.

—Gracias. Tú más. ¿Por qué no salimos cuando acabe la graduación? Nos bebemos unos cuantos margaritas de fresa y desfasamos por Madrid.

—¿Para que puedas volver a besarte con el primer desconocido que te encuentres? No gracias.

—Por una vez que robé, me llamaron ladrona —protesto. Hace ya un par de meses del *incidente* y no ha dejado de burlarse de mí en todo este tiempo. Lo que ella no sabe es que no me arrepiento en absoluto y que lo he revivido en mi mente una y otra vez, ojalá le hubiese pedido el teléfono.

—Pepi ha reservado mesa en un restaurante para cenar.

—¿Vamos a cenar con doña Margarita? —Lucía sonríe porque no se atreve a contestarme.

—Pero esta vez no te atrevas a escupir las ostras —me advierte y se echa a reír. No quiero ni recordarlo, la última vez que comimos con los señores da Sousa pidieron una bandeja de ostras. Nunca en mi vida las había probado, no había sentido ni la curiosidad. Cuando me metí en la boca esa cosa babosa y resbaladiza me dio un asco tremendo y tuve que escupirla, incapaz de tragarla. Doña Margarita casi me mata, estaba desperdiciando un manjar de dioses. Pues para los dioses, prefiero un huevo frito con patatas.

—No pienso volver a comerlas. —Me doy cuenta entonces de que los ojos de Lucía tienen un velo triste a pesar de su sonrisa—. ¿Qué te pasa?

—¿Has visto qué día es hoy? —dice y sé de inmediato a lo que se refiere. Me di cuenta ayer. La fecha de su boda, 15 de abril. Esa que nunca llegó a celebrarse porque todo se estropeó tres meses antes. Cuatro años atrás mi mejor amiga vivía en Hong Kong con su pareja, Manuel. Era la primera vez que nos habíamos separado tanto tiempo y la echaba mucho de menos. Manuel y ella trabajaban para la misma empresa farmacéutica, una distinta a la actual, y debían pasar un año entero en la ciudad. Tenían planeado casarse en primavera, cuando ambos regresasen a Madrid con un destino definitivo. Lucía llegó en enero, para hacerse la última prueba del vestido. Su madre y la mía vinieron a Madrid a pasar el fin de semana y la acompañamos a la prueba, estaba preciosa, parecía una princesa. Buscó una casa de alquiler y comenzó a arreglarla, Manuel llegaba en tres meses y quería que su futuro hogar le gustase mucho.

Y entonces una joven china la llamó por teléfono y estalló su pompa de jabón.

La china, en un inglés fluido, le contó que se llamaba Mei, que había obtenido su número del móvil de Manuel. Le dijo que estaba enamorada de él, que llevaban juntos cinco meses, y que no quería perderle porque se moriría.

Lucía, con una frialdad que aún no puedo creer que tuviese, le pidió que le demostrase que era cierto. Y la chica le envió dos fotos muy cariñosas de ambos, besándose bajo las coloridas luces de Hong Kong. Entonces colgó e hizo una videollamada a Manuel. Le preguntó quién era Mei, y cuando él le respondió, ¿qué Mei?, la invitó a la videollamada, Mei aceptó, y explotó el Vesubio.

Manuel le pidió perdón, le dijo que era la mujer de su vida, viajó a España en el primer vuelo que consiguió, le compró un millón de ramos de flores e incluso se presentó en Churriana implorando su perdón.

Solo una vez, solo una, Lucía tuvo dudas y me preguntó qué debía hacer. Le respondí que no podía responderle, era ella quien debía decidirlo, pero que, en mi opinión, quien es capaz de engañarte en la etapa más bonita de tu relación, no será de fiar cuando vengan los tiempos difíciles. Nunca podría haber imaginado que, poco después, sería mi relación y mi propia vida las que saltarían por los aires.

—Es tu día rojo —le digo. Nuestros días rojos son fechas señaladas que nos hacen daño. Nos hemos prometido hacer todo lo posible para estar juntas esos días y apoyarnos la una a la otra—. Y puede ser el día en el que pillemos un ciego monumental cuando lleguemos a casa. O el día en

el que nos ponemos una peli moñas y dormimos juntas en la cama, o en el que nos atrevemos a buscar un par de maromos en la aplicación esa de ligar…

—Parece que va doliendo menos, Zoe. Incluso casi no pienso en él en todo el año, solo en este día. Y hace tiempo que dejé de fantasear sobre qué estará haciendo con su vida, o si estarán juntos…

—No están juntos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque sigo a su hermana en Instagram y los he visto en plan cena de parejitas con otra chica —suelto sin pensar en que aquello también puede hacerle daño, pero cuando busco sus ojos sonríe.

—Ojalá que la china le haya puesto unos cuernos tan grandes como los míos —dice sorprendiéndome.

—Ole mi niña, así me gusta, echando fuera la rabia —le digo y ella asiente, sin rastro de dolor en su expresión—. Bueno pues cuando acabemos de cenar decidimos si salimos o no, ¿vale? Que cenando con doña Margarita el día rojo está a punto de convertirse en morado oscuro casi negro.

# Capítulo 2

## DoHwan

—¡No! ¡DoHwan! *¡Hyung!* —Oigo cómo TaeOh me llama asustado y bajo de la cama de un salto. Enciendo el interruptor de la luz del pasillo y entro en la habitación contigua a la mía.

TaeOh está en la cama, con el cabello oscuro pegado a la frente por el sudor y las lágrimas. Llora desconsolado, ocultando el rostro con las manos, su pecho se agita en respiraciones muy rápidas, cortadas por el llanto. Me siento a su lado en la cama, le abrazo y le pego a mi pecho, me agarra con fuerza, respira hondo y deja de intentar contener el llanto.

—Lo siento, *hyung*. Lo siento… —solloza sin que entienda a qué se refiere, pero un olor particular me alcanza la nariz y aparto las sábanas un poco con el pie, ha vuelto a mojar la cama.

—Tranquilo pequeño, no pasa nada. —Le beso en el cabello. Sé que no es habitual que un niño de diez años moje la cama, y que la psicóloga dice que va progresando, pero a mí se me parte el alma al ver sufrir a mi hermano pequeño de ese modo sin saber qué le sucede. Y me siento culpable por haberle traído a este país extraño, por haber priorizado mi crecimiento profesional a su necesidad de estar cerca de casa, de Seúl, de sus amigos. Si al menos su madre le llamase más a menudo, quizá sería un poco más llevadero.

—¿Otra pesadilla? —pregunta JiMin, uno de nuestros hermanos medianos, frotándose los ojos, asomándose a la habitación. Su cabello teñido rubio platino contrasta con el negro de sus ojos. En lugar de un pijama, lleva puesta la camiseta con la que salió anoche con sus amigos y los calzoncillos. No sé a qué hora regresó, se encarga de hacer el menor ruido para no despertarme, pero probablemente muy tarde. En ocasiones pienso que TaeOh es más responsable que él.

—Sí —responde este con la voz entrecortada por la emoción aún contra mi pecho. JiMin camina hasta nosotros y se sienta en una esquina, a los pies de la cama. Un halo con olor a alcohol me alcanza.

—¿Qué? —pregunta. Probablemente la expresión de mi rostro debe ser bastante reveladora.

—Ya hablaremos tú y yo —le digo. JiMin cabecea poniendo los ojos en blanco.

—No debe beber tanto zumo por las noches —interviene JiSeung, mellizo de JiMin y antagónico en actitud y apariencia. Se adentra en la habitación y toma asiento también a los pies de la cama. Revuelve el cabello de TaeOh con cariño y este se aparta un poco de mi pecho para mirarle.

—¿Estás bien? —le pregunto mirándole a los ojos. Él asiente con la respiración entrecortada y de nuevo siento que hay algo que no está contándome, que todos esos monstruos que visitan su

cama en sueños son el reflejo de algo más. Nunca me ha dicho que quiere que nos volvamos a casa, a Seúl, sé que no quiere decepcionarme y no sabe que jamás podría hacerlo porque es el mejor hermano pequeño que nadie podría tener.

Cuando se calma le ayudo a levantarse y caminamos hacia el baño.

—¿A qué hora llegaste anoche? —pregunto a JiMin al pasar por su lado.

—A la una. —Sale en su defensa JiSeung, poniéndose en pie, frente a mí. Lleva el cabello negro revuelto en la parte superior de la cabeza, los ojos muy despiertos me miran, es casi igual de alto que yo, unos centímetros más que JiMin, va impoluto con el pijama azul marino de seda. Su firmeza se tambalea ante mi mirada seria—. Le vi cuando terminé de ensayar con el violín.

—Sigue cubriéndole las espaldas…

—Eres peor que un padre controlador —chasca JiMin en voz baja. Le miro antes de salir de la habitación y enseria en el acto, se pone de pie y comienza a retirar las sábanas mojadas y el protector plástico del colchón. JiSeung abre el cajón de la cómoda dispuesto a preparar la ropa de cama limpia para nuestro hermano pequeño.

A sus veinticuatro años, los mellizos son, en ocasiones, mi mayor quebradero de cabeza. Llevan un año viviendo con nosotros en esta casa, un año desde que huyeron de Seúl, me temo que de nuestra madre y las obligaciones que tiene preparadas para ellos, y que estarán esperándoles a su regreso, en la empresa familiar. Por ello sus estudios continúan alargándose, con un Máster en Negocios Digitales en la Universidad Europea de Madrid, en el caso de JiMin y el último año de perfeccionamiento de la carrera de Violín en el caso de JiSeung. No son más que un balón de oxígeno en forma de tiempo antes de caer en las garras de Korean Revolution.

Sonrío sin que ellos puedan verme. Me hacen gracia sus tonterías y sé que JiMin me imita a mis espaldas y que los tres ríen esas imitaciones. Yo finjo enfadarme, pero lo cierto es que me divierten. Aunque tendrían que matarme para admitirlo. Desde que llegaron esta casa parece menos grande y fría. El primer año, cuando solo TaeOh y yo vivíamos en ella los silencios en los pasillos los hacían infinitos.

El mármol me hiela los pies, recordándome que he dejado las zapatillas junto a mi cama. JiSeung deja el pijama limpio sobre el lavabo. Yo me siento en la tapa del inodoro. Esta situación se ha repetido tanto en los últimos meses que tenemos una especie de protocolo. JiMin cambia las sábanas y la funda del colchón y lleva la ropa mojada al cuarto de la colada, en el garaje, JiSeung arregla la cama, prepara la ropa limpia y me la trae al baño, TaeOh se ducha solo, aunque le gusta que esté cerca por si vuelven los monstruos, esos que tan solo el alba se llevará al fin, y yo le ayudo a secarse y espero a su lado a que se vista. El agua corre y el vapor nos envuelve, JiSeung se ha quedado de pie a mi lado.

—Acuéstate, mañana te levantas temprano —le pido.

—Tú también —advierte mirándome con preocupación—. Deberíamos cambiar de psicóloga, no está funcionando.

—O regresar a Seúl, allí esto nunca le sucedía —JiSeung se encoje de hombros como respuesta.

—Pues yo me alegro de que JiMin y yo hayamos venido a Madrid, a vivir a tu casa. Nunca le habríamos conocido tan bien si hubiésemos seguido en Corea, mamá nos prohibía ir a visitaros —lo dice con tristeza, como si tuviese algo de culpa. No es así, los coreanos intentamos por todos los medios no contrariar a nuestros padres, les respetamos, en ocasiones demasiado. Y que hubiesen tratado de mantener el contacto con nosotros habría ocasionado graves desavenencias con nuestra madre que no estaban preparados para enfrentar.

—Yo también me alegro de que estéis aquí —confieso y JiSeung me dedica media sonrisa—. Pero no te atrevas a decírselo a JiMin —asiente, así que le doy un golpecito en el hombro con el puño y sonrío—. Acuéstate —insisto y él asiente.

—Vale. Hasta mañana, *hyung*.

Doy un par de cabezadas involuntarias mientras el pequeño se enjabona a conciencia y utiliza más gel del necesario, parece que el olor a jazmín le tranquiliza. También a mí, me recuerda a la casa de la tía EunJi, en Daecheon, nuestro hogar de la infancia, al menos el de JiMin, JiSeung y el mío. TaeOh solo ha ido por temporadas desde que está conmigo, pero los mellizos y yo prácticamente crecimos allí.

Miro mi reloj inteligente, son las 4:30 de la mañana, el despertador suena en una hora y media, así que lo mejor será que le deje dormido y me ponga a adelantar trabajo.

Observo a TaeOh, nuestros ojos se encuentran y me sonríe a través del cristal de la mampara. Él sí dormirá unas horas más antes de levantarse para ir al colegio, además hoy tiene una actuación. Lo tengo anotado en la agenda, debo salir antes del trabajo para asistir a un teatro infantil, por eso adelanté la reunión con los clientes americanos. Más tarde tengo comisión técnica y a la hora del almuerzo enviaré los informes de gestión a la central para que después de la videollamada con el departamento de innovación pueda salir a tiempo de llegar. He encajado todas las piezas como un Tetris y solo espero que ninguna falle. Además, he enviado una alerta al calendario digital de JiMin que sonará una hora antes de la actuación, y que, si no está allí, bloqueará automáticamente su automóvil en cuanto lo detenga y permanecerá inservible hasta que yo reactive el motor desde mi móvil. JiSeung no necesita nada de eso, jamás se olvidaría de la actuación de su hermano pequeño.

Quizá JiMin tiene razón y soy más controlador de lo que lo era nuestro difunto padre. Al menos de lo que lo fue hasta que se olvidó de que tenía tres hijos mayores.

Pero TaeOh nos necesita y debemos estar allí para él.

Cierra el grifo y le entrego una de las toallas, encendí el toallero eléctrico y está calentita. En menos de diez minutos estamos en mi cama. Siempre me pide ir a mi cama después de las pesadillas y aunque la psicóloga opina que es demasiado mayor para dormir conmigo, no puedo negárselo cuando me lo pide con tanta desesperación. Siempre me digo que será la última vez y después vuelvo a caer. Pero esta será la última, espero.

—Hasta por la mañana —nos dice JiSeung apagando la luz del pasillo rumbo a su dormitorio. Nunca se va a la cama hasta que el pequeño está acostado por si necesita algo. JiMin tampoco se duerme hasta entonces, le oigo apagar la luz de su habitación.

TaeOh respira relajado, le beso en la frente. En pocos segundos se ha dormido. Está tranquilo, a salvo, los monstruos no volverán a molestarle en toda la noche, sus tres hermanos mayores nos encargaremos de protegerlo.

¿Qué te pasa, pequeño TaeOh?

# Capítulo 3

## Zoe

—Zoe, tienes que salir al escenario a hacer de narrador —me asalta Pepi cuando estoy sentada en mi lugar, acompañada de Lucía, Bruno y Raquel. Está muy nerviosa, rozando la histeria, el vestido color rosa pastel podría estallar en cualquier momento.

—¿Qué?

—La profesora de música se acaba de caer y se ha roto un diente, es todo un drama. No puede pronunciar las frases así. Como vicepresidenta del AMPA me han pedido que le busque una sustituta, ¡y tienes que ayudarme! Esto podría catapultarme a la presidencia.

—Pero ¿qué presidencia ni nada? ¿Por qué yo, a ver?

«Yo me ofrezco voluntario», nos dice Bruno en lenguaje de signos y Lucía y Raquel se echan a reír.

—Muy gracioso —respondo enfadada. Mi amigo me guiña un ojo—. ¿Por qué no Lucía o Raquel?

—Porque Lucía es muy tímida para hablar en público, y sé que no lo hará, y Raquel es capaz de utilizar el micro para dar un discurso sobre el veganismo.

—Eso no es cierto —protesta la aludida.

—¿Quieres hacerlo? —le pregunta su hermana.

—No.

—¿Ves? Eres mi única opción, Zoe, te lo pido por favor —me suplica con los ojitos del gato de Shrek.

—¿Y por qué no lo haces tú, a ver?

—Porque me acusarían de acaparar el protagonismo. No sabes la de arpías que hay en el grupo de WhatsApp del cole. Estoy desesperada Zoe, di que sí antes de que encuentren a otra… —No he respondido, estoy pensándolo, me descompongo solo de imaginarlo, aunque parece muy importante para ella—. ¡Gracias! Ven conmigo que van a prepararte —dice y se marcha corriendo con los tacones por el pasillo. Miro a mis amigos que están muertos de risa, aunque tratan de disimularlo por si me echo atrás y lo intenta con ellos.

—Estamos deseando verte —se atreve a decir Lucía.

«Soy tan feliz ahora mismo», se burla Bruno con cara maliciosa. Tiene el pelo lo bastante largo como para agarrarlo y darle un buen tirón, pienso. Lo suficiente como para deshacerle de la coleta que siempre lleva, con la parte inferior rapada. Me fijo en el filo del tatuaje que le asoma por el cuello de la camiseta, un trazo de la mariposa que sé que hay debajo. Observando su

aspecto de tipo duro, musculado y tatuado, nadie podría hacerse una idea de lo dulce que es cuando quiere, y lo cabrito cuando no.

—Tengo un problema con el *No*, uno serio. Lo sabéis, ¿verdad? —Ellos asienten, los tres a la vez, mientras me incorporo y comienzo a caminar tras Pepi.

A medida que avanzo en dirección al escenario voy tomando conciencia de la cantidad de personas que hay en aquel salón escolar, al menos trescientas. Siento la tentación de volverme y sentarme de nuevo en mi sitio, pero veo las caderas de Pepi contonearse caminando sin comprobar si la sigo, con su moño italiano y su elegante vestido, y pienso que no quiero decepcionarla. Suspiro y siento un sudor frío que me recorre la espina dorsal.

Ella abre una puerta situada en un lateral del escenario y descubro un mundo de trozos de decorado de cartón, árboles y plantas que caminan paseándose de un lado a otro, de pequeñas hadas y duendes, y atareados atenienses. Pepi se vuelve y me sonríe, pero soy incapaz de devolverle la sonrisa. Recorremos las bambalinas hasta llegar a los camerinos, donde la actividad es igual de frenética, hay dos grandes espejos en los que dos mujeres terminan de maquillar a media docena de niños y niñas bajo la atenta mirada de otra mujer de unos cuarenta años vestida con un elegante traje gris de encaje que parece dar el visto bueno. Detrás está sentada una chica joven con una bolsa de hielo sujeta contra los labios.

—Aquí está nuestra narradora —dice Pepi a la mujer de gris con una sonrisa y hace un gesto con las manos, como si acabase de sacarme de una chistera—. Se llama Zoe. Ella es Milagros, la presidenta del AMPA, ellas son Luisa y Marta, nuestras mamis maquilladoras y ella es Melania, la profe a la que vas a sustituir —dice indicando a cada una. La profe se aparta la bolsa de hielo de la boca y tiene el labio superior como si se hubiese inyectado toda la silicona de España de una sola vez.

—Hola —digo a todas las presentes. La mujer de gris me mira de arriba abajo.

—Pues no sé yo si el disfraz le quedará bien —asegura y miro a la profesora. Ni en broma. Dado su tipín, como el vestido no sea una capa, no me entra ni a presión.

—Le está bien, seguro —proclama Pepi con una sonrisa, irritada, tomando el vestido que descansaba sobre una silla, es una especie de tutú—. Ven, vamos, Zoe. —Me coge la mano y tira de mí mientras pienso: *Di no, Zoe, di no de una vez. N-O, dos letras, no es tan difícil*. La sigo hasta un baño amplio que están utilizando como vestuario y nos encierra dentro. Su sonrisa desaparece. Empieza a extender el vestido —. Menuda mala víbora está hecha Milagros, por dos votos me ganó la presidencia, ¡por solo dos! Dos padres que no sabían lo que votaban, los pobres. Mira ¿ves?, te va a estar genial —afirma mostrándomelo. No muevo un músculo—. Vamos, quítate la ropa.

—No me has dicho que tenía que ir disfrazada y no me sé el papel…

—El papel tienes que leerlo, no tienes que memorizarlo y es solo ponerte un vestido.

—Pepi yo… —Venga, sí, estás a punto de hacerlo. NO.

—Por favor, Zoe. Es muy importante para mí, más de lo que te imaginas. —Vuelve el gatito de Shrek. Juego sucio en toda regla. Mi angelito bueno susurra: *Vamos, ayúdala, es tu amiga y es solo un disfraz*. Y el malo añade: *Que arrastrará por los suelos la poca dignidad que te queda*.

Me saco los tirantes del vestido, me lo bajo, y ella me entrega el disfraz de hada o de lo que sea. Cuando me lo pongo, la parte inferior tiene una especie de forro de tubo bajo el tul que me oprime las piernas casi a riesgo de cortarme el riego sanguíneo, y en el escote, la profesora se ve que tiene mucho menos volumen en el departamento delantero, del que voy bien servida y mis lolas están a punto de salirse a lo *Boys,boys,boys*.

—Te queda perfecto —afirma.

—¿Perfecto? Soy la Narradora Erótica, Pepi.

—Anda ya, esto se arregla enseguida —dice con una boa de plumas de color rosa fucsia en las manos que ya traía preparada, porque sabía que el escote iba a ser un problema. Me la enrolla al cuello dos o tres veces y me remete el pico final en el escote—. ¿Ves? Listo.

—Pepi, como la boa se mueva salimos en el telediario.

—Que no se va a mover, mujer. Vamos, estás preciosa. —Tira de mí, que nunca he tenido las piernas tan juntas, con este disfraz no hacen falta cinturones de castidad.

Me lleva hasta la silla de maquillaje y las mamás maquilladoras se afanan en mí, porque todos los niños están listos, y cuando terminan me dan ganas de presentarme a la Gala de Drag Queens de Las Palmas de Gran Canaria.

Estoy apretada, incómoda y con un cardado que asustaría a un Trol del tesoro, el estómago con un burbujeo que me sube y me baja… Y me baja… Pepi me mira con ojos ilusionados, debe estar imaginándose en su sillón de presidenta del AMPA saludando con la mano como una reina. Algo me hace *grog* en la tripa. Son los nervios… Los nervios están a punto de salir disparados. Me pongo de pie.

—Tengo que ir al baño —digo a Pepi en voz baja.

—Utiliza ese —me dice mi amiga y le hago un gesto de negación que intenta ser sutil, no pienso formar la Tercera Guerra Mundial en el aseo anexo a donde están todas aquellas mamás tan repipis. Pepi no me entiende, hasta que me entiende—. Ven.

—En diez minutos tienes que estar en el pedestal, estas son tus tarjetas —dice Milagros entregándomelas. Asiento, se las doy a Pepi y camino hacia la salida lo más rápido que puedo con mis muslos rozándose con frenesí—. Pepi tú no te puedes ir, tienes que estar pendiente de que los niños atenienses estén preparados —la advierte. Mi amiga me mira preguntándome si seré capaz de ajustarme el vestido sola. Asiento, no porque lo crea, sino porque o me largo o el desastre no tendrá remedio.

—Sal por esa puerta y encontrarás un pequeño pasillo con los baños. Date prisa —me dice en voz baja. Eso quiero.

Salgo y sigo sus indicaciones, encuentro los baños a la primera. Hay dos mujeres esperando para el nuestro. Lástima no ser hombre en un momento así. Un calambre retorcido me hace doblarme. No hay quien controle la naturaleza, me digo, y esto va a ser un drama como no entre enseguida. Sin pensarlo me meto en el de caballeros y echo el pestillo, prefiero disculparme a la salida que la alternativa. Preparo el trono y tiro de la falda de tubo como si no hubiese un mañana. No sube, está demasiado apretada. Vuelvo a tirar y oigo… Rasss.

La falda sube con total facilidad, se ha abierto la costura trasera por completo. Una liberación en ese momento. Me siento en mi trono como una reina.

Pasado el malestar me encamino a ver el desastre de mi vestido en el espejo. Madre mía, ¿qué hago ahora? El forro está abierto hasta casi la cintura. Mi móvil comienza a sonar y vibrar sobre el lavabo, es Pepi.

—Tienes que venir ya.

—¿No me digas? Estoy a punto de irme a mi casa. Voy a echar a correr como Forrest Gump y a ver quién me alcanza.

—Pero qué dices, si estás guapísima. —Me miro en el espejo, con esos párpados pintados de verde eléctrico, los labios dos milímetros más gruesos de lo que son, más colorete que Heidi y cuatro capas de rímel, con la boa de plumas fucsias enredada al cuello y las braguitas blancas de

algodón que se me ven por detrás y me da la risa floja. Comienzo a reír como una demente, sola —. Zoe, ¿dónde estás? ¿Has bebido? —Su pregunta me da más risa todavía. Un ataque en toda regla—. Si es que no te tenía que haber dejado sola… —Alguien llama a la puerta. ¿Qué puedo hacer?—. Zoe te lo digo en serio. ¡Ven ya de una vez!

—No —alcanzo a decir entre risas. Me duele el estómago de reír.

—¡Zoe, que me enfado! —Ya lo está, mucho, y yo con un ataque de risa. Dejo de mirarme al espejo a ver si sirve de algo. Vuelven a llamar a la puerta—. ¡Ven ahora mismo!

—¡Que no!

—¿Cómo que no?

—Que no puedo.

Alguien vuelve a llamar a la puerta de nuevo, insistentemente.

—¡Está en el baño de caballeros, haga el favor de hablar fuera! —me grita una voz masculina desde el exterior, quien sea parece enfadado.

—¡Entre en otro baño! —le digo. No puedo salir así, sencillamente no puedo.

—No voy a entrar en otro baño, ¡entre usted en el que le corresponde! Está en el de caballeros —me dice el señor enfadado de fuera, tiene una prepotencia en la voz que no me gusta nada.

—¿Estás en el baño? —pregunta Pepi.

—No, en el Corte Inglés mirando la ropa de primavera. ¡Pues claro que estoy en el baño! Se me ha roto el vestido por detrás.

—Señora, está en el baño de caballeros —insiste el tipo que está fuera.

—¿Queeeeeé? Voy por ti ahora mismo —añade Pepi.

—Ya sé que estoy en el baño de caballeros, no soy ciega —respondo irritada por la situación, van a volverme loca entre los dos—. Váyase al patio si tan necesitado está. Necesito unos minutos para salir.

—¡Es usted una maleducada!

—Es usted una maleducada —le imito. Quisiera verle en mi situación a ver si salía con todo al aire—. ¡Que me deje en paz, hombre!

—¡Voy a denunciarla!

—Oh, qué miedo, ¿me va a denunciar a la patrulla de los aseos? Pues que vengan a por mí —le digo. Sé que estoy en el baño equivocado y estoy tardando mucho, pero no tenía previsto romper el vestido. ¿Cómo puede ponerse así porque estoy tardando demasiado? ¿Qué clase de tipo es el que está fuera? Menudo antipático.

Parece que lo que le he dicho le ha sentado mal y se ha marchado. ¿Y si viene con la directora o el director del colegio? No por favor. Qué bochorno. Tengo que marcharme de allí. Abro la puerta despacio y no hay nadie esperando… Es mi oportunidad. Pasan un par de chicas al doblar la esquina y salgo tras ellas. Echo a correr por el pasillo con las manos en el trasero, hay varias personas aquí y allá, pero a menos que me miren por detrás no se darán cuenta. Me tropiezo con un tipo que habla por teléfono, es alto, moreno y asiático, bastante guapo. Su voz es profunda… ¿Es la misma voz del tipo que me hablaba desde fuera del baño? ¿O quizá me resulta familiar porque me recuerda a alguien? A alguno de los actores de las series que tanto le gustan a Bruno, pienso.

—Lo siento —le digo y él me hace una señal de que no importa, ocupado con su conversación ininteligible. Entonces veo a Pepi que viene a mi rescate con una capa de ateniense que me echa sobre los hombros, mi departamento trasero está a salvo.

# Capítulo 4

## DoHwan

Las piezas del Tetris habían encajado con exactitud y a las seis y veinticinco minutos atravesaba la verja metálica de entrada al colegio, uno de los conserjes me preguntó mi nombre y tuve que ayudarle a encontrarlo en la larga lista. No pude evitar percibir que era el único nombre coreano, aunque sí había un par de apellidos chinos y otro par de japoneses. Son contadas las ocasiones en las que he visitado el centro en los dos años que TaeOh llevaba matriculado en él. He acudido a un par de tutorías por año que han consistido en halagar la inteligencia y el buen comportamiento de mi hermanito. Nuestro español es bastante bueno después de casi dos años en el país, unidos a los seis meses de lecciones recibidas en Seúl antes de mudarnos, pero al principio nos comunicábamos en inglés, por eso elegí un centro bilingüe.

Estos días todo está siendo un caos, desde que la señorita Ji HyeRim, su cuidadora, se torció el tobillo al bajar las escaleras de casa, produciéndose un esguince de tercer grado. He tenido que pedir a la señorita Kan SoonJo, nuestra doncella, que le traiga a clase y a JiMin que le recoja sobre las cinco y media y se quede con él hasta que llego, sobre las siete. Lo cual no le ha sentado demasiado bien, JiMin tiene la vida social de un BTS, además del aspecto, y pasar las tardes cuidando de su hermano pequeño no es su plan ideal. Aunque lo está haciendo, sin protestar.

Llevo tres días buscando una cuidadora temporal para TaeOh, pero no es nada sencillo. Cuando llegamos logré que al menos el personal de la casa fuese coreano, para hacerle sentir un poco más cerca de nuestro hogar, pero tardé los seis meses previos a nuestra llegada en encontrar a la señora Choi, nuestra cocinera, y a su hija, la señorita Kan SoonJo, y parece imposible hallar una sustituta en estos pocos días. Ji HyeRim se quedaba en casa hasta que él cenaba y le metía en la cama sobre las nueve, así yo podía dedicar algo de tiempo a preparar el trabajo del día siguiente. Ahora me quedo con él hasta que se duerme.

Necesito encontrar niñera para las próximas diez semanas como sea, ya me he resignado a que no sea coreana, con el caos que puede suponer en casa que no conozca nuestras costumbres, pero bueno, será algo temporal, sobreviviremos.

Contacté con la delegada de la asociación de madres y padres del colegio solicitándole ayuda esta misma mañana y ya he recibido tres propuestas por email y he concertado las tres entrevistas para el lunes por la tarde. Si todo va bien, la incorporación será inmediata.

Los asientos están reservados por el orden del sorteo realizado por el centro, que fue retransmitido por ZOOM, lo dejé en segundo plano mientras trabajaba y cuando acabó anoté los asientos que me habían sido asignados: 135, 136 y 137. Cuando los localizo, miro hacia detrás para comprobar si JiMin ha llegado, pero no es así. En diez minutos su vehículo se bloqueará cuando aparque, más le vale hacerlo, o avisarme de que está llegando, para que lo evite. Le envié un mensaje con su número de asiento hace un rato, pero no me ha contestado, algo típico en él. JiSeung estará a punto de llegar, no necesito escribirle y que me responda para saberlo.

Tomo conciencia de que estoy rodeado de grandes familias con varios hijos de distintas edades. Los pequeños juegan entre ellos, parecen felices. Estoy convencido de que a TaeOh le encantaría tener cerca hermanos de edades más similares a la suya. Ya tiene uno, fruto de la relación de su madre con su nueva pareja, aunque lo ha visto en contadas ocasiones desde que vino a vivir conmigo. La última cuando fuimos a comunicarle a su madre que nos veníamos a España. Creí que al menos acudiría a despedirle al aeropuerto, pero no fue así. De cualquier modo, él no dio muestras de extrañarla en ese momento, estaba muy emocionado ante nuestra nueva vida en el extranjero.

Pensar en su madre me entristece, porque sé que cuando se dé cuenta de los momentos tan maravillosos que está perdiéndose de su hijo mayor será demasiado tarde. El tiempo es engañoso, en ocasiones transcurre muy despacio y otras muy deprisa sin que nos demos cuenta. Cuesta creer que hayan pasado cuatro años desde que TaeOh vino a vivir conmigo. Un niño pequeño, asustado, que apenas hablaba. Cuatro años de los que, a pesar de las dificultades, no cambiaría ni un solo momento.

Alguien toca una campanita y anuncia que quedan diez minutos para que comience la obra, todo el mundo en el salón se agita un poco, están ansiosos. Yo también, ni siquiera sé qué papel hace mi hermanito, solo sé que es una adaptación de una obra de Shakespeare.

Veo a JiSeung entrar al salón, en la distancia, pero JiMin aún no ha llegado.

Necesito ir al baño. Tanto correr arriba y abajo ha provocado que lo posponga una y otra vez y en este momento noto que no voy a ser capaz de soportar toda la obra si no lo hago. Me levanto, la mujer que tengo a mi izquierda me sonríe con su bebé en brazos, paso ante ella y salgo de la fila de sillas hacia el pasillo lateral. Hago una señal a JiSeung en la distancia indicándole nuestros asientos, me ajusto el traje y me digo que puedo prescindir de la corbata para este acto. Una vez en el baño la guardaré en el bolsillo.

Sigo la indicación de un letrero escrito en rotulador en la pared y llego a un pequeño rellano en el que hay dos puertas de acceso a los aseos. Las dos están cerradas, una señora espera cola para el femenino, sale quien lo ocupaba segundos después. Nadie abandona el que debo utilizar yo.

Oigo la segunda llamada antes del inicio de la obra, quedan 5 minutos para que comience. Y entonces alcanzo a escuchar que quien está en el interior del aseo habla con alguien, imagino que por teléfono, pues solo alcanzo a escuchar una voz, una voz de mujer. Hay una mujer en el baño masculino, el femenino se encuentra vacío y va a hacer que llegue tarde a la representación. La oigo reír y comienzo a irritarme. Podría hablar en el pasillo, pienso. Llamo con los nudillos a la puerta, sin respuesta. Espero un minuto de reloj y repito la operación, llamo con los nudillos y añado:

—Podría darse prisa, ¿por favor?

—¡No! —responde sin más.

—Está en el baño de caballeros, haga el favor de hablar fuera —añado.

—¡Entre en otro baño! —oigo decir desde dentro. No voy a entrar en el baño de señoras, si

alguien lo necesitase y estuviese en él me moriría de vergüenza.

—No voy a entrar en otro baño, ¡entre usted en el que le corresponde! Está en el de caballeros.

—Ya sé que estoy en el de caballeros, ¿se cree que soy ciega? —Vuelvo a llamar con los nudillos—. Váyase al patio si tan necesitado está. ¡Necesito unos minutos para salir!

—¡Es usted una maleducada!

—Es usted una maleducada —repite en tono de burla y no doy crédito—. ¡Que me deje en paz, hombre!

—Voy a denunciarla.

—Oh, qué miedo, ¿me va a denunciar a la patrulla de los aseos? Pues que vengan a por mí.

Estoy estupefacto, ¿cómo puede alguien tener tal falta de pudor y respeto?

Entonces mi móvil comienza a sonar. Es mi jefe, el señor Yeon HaJoon, desde la central en Seúl, debe ser algo muy urgente pues en corea son las once y media de la noche. Salgo del pequeño rellano, doblo la esquina y me retiro al pasillo, mi incomodidad por la necesidad de ir al baño es manifiesta.

—Buenas noches, señor Yeon.

—Buenas noches, DoHwan. ¿Cómo estás hijo? —Me sorprende su familiaridad y el tono achispado de su voz. Parece ebrio.

—Bien, señor. ¿Cómo está?

—Perfecto. Estoy celebrando la última subida de ventas que has tenido, ¡las has duplicado! Eres único, hijo, único —afirma con la voz mecida por el alcohol. No es la primera vez que me llama ebrio, aunque me incomoda bastante cuando lo hace, quizá tenga que empezar a generar menos beneficio para la empresa, me río solo.

—Muchas gracias, señor Yeon, me alegra que le complazca.

—¡Has levantado el negocio en España! Y nos has posicionado como la primera empresa asiática de telecomunicaciones en el país. Cuando vuelvas voy a darte el mejor despacho de la central, con vistas al río Han —balbucea.

—Señor, ¿está en su oficina?

—¡Y una gran casa! En el barrio que elijas.

—Señor, ¿está en casa? —En el estado en el que se encuentra me preocupa que deba conducir. Alguien tropieza conmigo y me empuja un poco, es una mujer vestida para la obra, solo hay que ver su maquillaje llamativo y su vestido de… ¿hada griega? Me pide disculpas y le hago un gesto para que sepa que no importa.

—Estoy en el despacho, pero ¡qué más da! Ahora me voy a casa a seguir celebrándolo.

—Señor, escúcheme, debe estar cansado. ¿Por qué no se echa un rato en el sofá? Mandaré a alguien que le lleve algo de comer, ¿le apetece sopa nurungji?

—¿Nurungji? Qué rica —Sé que es su preferida—. Me la tomaría, pero debo ir a casa.

—Si espera unos minutos, enviaré a alguien con la sopa —Y así evitaré que coja el automóvil —. Después podrá marcharse a casa con el estómago lleno.

—De acuerdo, DoHwan, siempre has sido como un hijo para mí…

—Gracias, señor. Enseguida llegará la sopa, túmbese a descansar.

Lo mejor será que llame por teléfono a HaNeul, su hija menor y mi amiga del instituto. Gracias a ella comencé a trabajar en la empresa de su padre, hace ya cuatro años. Ella le convenció de que me diese una oportunidad, convirtiéndola en mi tabla de salvación, cuando mi madre decidió destituirme de mi puesto de jefe Júnior en la empresa familiar y borrar de un plumazo el futuro planeado para mí como próximo CEO de la empresa. Un futuro planificado al

milímetro por nuestra progenitora que aún espera a JiMin y JiSeung a su regreso a Seúl.

No desaproveché la oportunidad. Me maté a trabajar y fui ascendiendo. Al mismo tiempo mi relación con HaNeul se hizo más cercana. Su apoyo cuando decidí hacerme cargo de TaeOh fue muy importante para mí. E incluso hubo un momento en el que traspasamos la línea de la amistad y fuimos algo más, pero acabó poco antes de que nos viniésemos a vivir a España por decisión de su padre. Sé que se enfadó con él y aunque no se atrevió a pedirme que no me marchase, me dijo que si lo hacía podía dar por terminado lo que teníamos, y así fue.

Pero después de que el señor Yeon hubiese confiado en mí de ese modo, no podía decepcionarle rechazando la oportunidad de convertirme en director de una sucursal en el extranjero. Además del considerable aumento de sueldo que traía añadido. En ningún momento pretendí hacer daño a HaNeul, pero lo hice. Nuestra relación pasó a convertirse en formal durante unos meses, para después ir volviendo poco a poco a la familiaridad.

Ella nunca ha querido saber nada del negocio de su familia. Sus dos hermanas mayores sí que trabajan para la empresa, pero ella siguió su sueño y después de terminar el instituto, se convirtió en dentista y tiene una clínica enorme en el centro de Seúl. Sé por mi mejor amigo, Kang YoungBin, que ha tenido varias parejas en el tiempo que llevo en España, pero que continúa soltera. Él cree que está esperándome, yo no estoy tan seguro.

—Buenas noches, DoHwan, ¿qué ha pasado? —me pregunta alarmada al descolgar.

—Es tu padre, me ha llamado desde su despacho, parece algo…

—¿Borracho?

—Sí.

—Hoy hablé con mi madre y me dijo que esta tarde tenía una reunión de análisis de beneficios y, llámame malpensada, pero sabía que acabaría así —bromea con la voz aún algo adormilada—. Enseguida voy por él.

—Llévale algo de sopa, le he dicho que enviaría a alguien con sopa, para que no se sienta ofendido cuando llegues a recogerle.

—Lo haré.

—Gracias.

—No, gracias a ti, DoHwan. Gracias por preocuparte por él, eres maravilloso.

—No es para tanto.

—Nunca has llevado bien los cumplidos —bromea—. ¿Cuándo vuelves?

—En julio.

—No imaginas las ganas que tengo de verte.

¿Y si YoungBin tiene razón?

Pero… ¿quiero que esté esperándome?

Siempre ha tratado muy bien a TaeOh y sé que nuestras familias se alegrarían mucho, sobre todo su padre. Mi madre también, aunque esa sería la menor de mis motivaciones, ya que su interés sería solo por el *orgullo* de emparentar nuestra familia con la de otra gran empresa internacional.

—Yo también a ti —aunque no puedo verla sé que está sonriendo. HaNeul es una mujer serena e inteligente, que además me conoce muy bien, incluidas mis aristas más oscuras, quizá sea cierto lo que cree YoungBin y la necesite para asentar mi vida.

—Será mejor que vaya a por él.

Después de colgar regreso al baño y descubro que su ocupante se ha marchado. Cuando he aliviado mi necesidad regreso a mi sitio, rogando que JiMin y JiSeung se encuentren sentados en sus lugares. Es un descanso encontrarles allí. Les observo en la distancia mientras camino hacia ellos. JiMin lleva el cabello revuelto, demasiado largo, pienso, los aretes que lleva en las orejas le dan ese aspecto desenfadado que tanto le gusta. No le imagino enfundado en un traje con corbata día tras día detrás del escritorio en un despacho, pero tendrá que hacerlo.

JiSeung está serio, vestido con un elegante traje azul, incómodo rodeado de tantos extraños, la nariz con el puente algo elevado sostiene sus gafas de vista, esas que solo usa para leer las partituras pero que en ocasiones utiliza como escudo de su timidez. Las manos sobre las rodillas parecen extrañar el violín. A él también le esperan las responsabilidades en la empresa familiar, YoungBin me ha advertido de que mi madre piensa hacerles competir por el puesto de CEO y mi mayor temor es que eso acabe destrozando su relación. Hubo un día en el que yo anhelaba ser el CEO de la empresa, hasta que la realidad se impuso. Tomo asiento a su lado.

—Creí que no llegabais —les susurro.

—Casi no llegamos —protesta JiSeung—. He venido con JiMin.

—Jamás faltaría a algo tan importante para nuestro hermano menor. Ya te dije que llegué tarde al recital de Navidad porque pinché una rueda —repite el aludido la misma mentira con la que trató de convencerme entonces. Hago un gesto de negación—. Deberías volver a confiar en mí de nuevo. Y liberar mi coche de tu control diabólico.

—Lo pensaré —respondo serio y sonrío en mi interior. Lo cierto es que, con mayor o menor dedicación, está obteniendo muy buenas calificaciones en el Máster; para mi sorpresa, es mucho más responsable de lo que esperaba. También me siento orgulloso de él, aunque no se lo diga muy a menudo.

Se abre el telón y la chica que ha tropezado conmigo en el pasillo comienza a hablar desde un púlpito. Un foco de luz dorada la ilumina, provocando que destellen sus ojos verdes. Es bastante atractiva, con el cabello muy rizado largo hasta los hombros, de color castaño claro o rubio oscuro, tiene la nariz pequeña y respingona, aunque no en exceso, y el mentón afilado. Parece nerviosa y esto provoca que hable deprisa.

Siento curiosidad por saber qué papel representa TaeOh, lo cierto es que con su timidez lo más probable es que haya elegido ser un árbol, pero no distingo su rostro entre la foresta viviente. Tampoco entre los protagonistas, no es Teseo, ni Lisandro, ni Egeo… Transcurre gran parte de la representación, con los chicos y chicas muy bien caracterizados en sus papeles hasta que nuestro hermano hace acto de presencia, ¡es Puk! El pequeño duende por el que discuten Oberón y Titania. JiMin sonríe orgulloso. TaeOh se planta en mitad de escenario y nos ve en la distancia, le saludamos con la mano. Él inspira hondo, comienza a hablar y se olvida de JiMin, de JiSeung y de mí.

Ha sido capaz de enfrentarse a algo que ha debido ser muy difícil para él. Esta noche le felicitaré mucho por ello, lo merece.

# Capítulo 5

## Zoe

—Te debo una —me dice Pepi mientras tomamos asiento para cenar en el restaurante.

—No te preocupes, ya me la cobraré.

—Mañana te haré una tarta de queso enorme —asegura tomando asiento junto a Antonio, el pequeño que ha representado magníficamente a Teseo en la función, a su lado está su hermano Luis y después Ángel, el padre de ambos, a su izquierda. En la diestra está Raquel, frente a ella estamos Lucía y yo (Bruno se ha buscado una excusa para no asistir a la cena con doña Margarita, aunque en realidad ha quedado con un chico brasileño con el que se ve cada vez que viene a Madrid), presidiendo la mesa, la señora, y al lado opuesto, Concha, hermana de Ángel, lejos de los niños.

Decir que doña Margarita nos tolera es mucho decir. Somos la antítesis de los amigos que desearía para sus hijas. Al menos Bruno y yo, porque Lucía está *bien situada*, con un trabajo muy profesional y técnico, que además le encanta, es prudente y sabe *comportarse* en su presencia. Doña Margarita no se molesta en disimular que le cae mejor que nosotros cada vez que tiene ocasión. Si Bruno en lugar de monitor de gimnasio fuese arquitecto, por ejemplo, le simpatizaría mucho más. Apenas han coincidido en media docena de ocasiones, en eventos de los niños, y aun después de que sus hijas le hayan explicado que es mudo, pero no sordo, doña Margarita siempre empieza a hablarle en voz alta y a gesticular. Él se lo toma a risa y oye a la perfección, resignado, las voces que le da tratando de hacerse entender. En cuanto a mí, con un grado universitario en Marketing e Investigación de Mercados sin acabar, encadenando un trabajo basura tras otro y viviendo en la casa de mi amiga, no estoy, digamos, a su nivel. Y que su hija menor se encuentre atascada casi en mi mismo nivel debe ser deprimente. Estoy convencida de que, si pudiese, nos borraría de un soplo de su mapa, pero no puede y no le queda otra que aguantarnos.

Concha, la hermana de Ángel, se levanta un momento para ir al baño y Pepi la sigue con la mirada. Sé que ambas mantienen una relación tensa, pero cordial. Pepi nunca ha logrado perdonarle que dijese, cuando nació el pequeño Luis, que era más feo que su hermano Antonio.

Por más que Lucía, Raquel y yo tratamos de convencerla de que solo se había tratado de un comentario desafortunado sin más, para ella, como madre, que alguien le hubiese dicho que su pequeño retoño recién nacido no era tan bonito como ella lo veía, fue una afrenta sin parangón.

Concha no tiene hijos, y Pepi nos repetía que hasta que no los tenga no podrá hacerse una idea de cuánto duelen ese tipo de comentarios. La convencimos para que le diese otra oportunidad y dos años después de aquello, durante una cena navideña en Villajoyosa, donde reside la mayor parte de la familia de Ángel, soltó otra perla. Una con concha de plata que la envió directamente al infierno de las cuñadas entrometidas.

El pequeño Luis, a sus dos años, tuvo un berrinche durante la cena, del mismo sofocón vomitó y Concha, que lo más cerca que solía estar de sus sobrinos eran las reuniones familiares, le dijo que debía enseñarle a entender el *No*. Que ella podría darle algunas pautas, porque solo le faltaban dos años para terminar la carrera de psicología. Entonces su cuñada le demostró que no necesitaba esas pautas y le respondió: «No, gracias».

Pepi siempre repite que Raquel, Bruno, Lucía y yo somos los verdaderos tíos de Antonio y Luis. Los que nunca olvidamos sus cumpleaños y, Raquel y yo las que les hemos limpiado los mocos y cambiado los pañales. Y lo cierto es que siento a ambos como si fuesen de mi propia sangre, he dormido con esos pequeños en mi cama y les he limpiado el culete demasiadas veces como para que no sea así.

—Ha estado preciosa la función —dice Raquel tratando de romper el silencio incómodo.

—Mi Antonio ha estado fantástico —responde doña Margarita—. Para la próxima representación intenta meterte en la piel del personaje un poco más —dice y el pequeño la mira arrugando la frente.

—¿En la piel? —pregunta a su abuela con los ojos como platos.

—Lo ha hecho bien, mamá. Si alguna vez decidiese dedicarse a ello, que le enseñen lo que necesite en la escuela de teatro —apunta Pepi, con una paciencia infinita. Ángel sonríe de medio lado y nuestros ojos se cruzan, su suegra le cae igual de bien que su hermana a su mujer.

—Espero que nunca se apunte a la escuela de teatro, es como la academia de Bellas Artes, otra fábrica de desmayados —afirma doña Margarita sin apartar los ojos del menú que tiene ante ella y las tres miramos a Raquel, que vuelve los ojos en blanco e inspira hondo. Si no fuese la cena tras la función de su sobrino y ellos no estuviesen delante, se iba a liar una muy gorda.

—Pues yo pienso que sin el arte no podríamos vivir. —No puedo contenerme, me duele que la buena señora siempre esté buscando la ocasión de menospreciar a Raquel. Recibo una patada de Pepi por debajo de la mesa con la que me pide que tengamos la fiesta en paz. También recibo una mirada de mi amiga, con la que me da las gracias por sacar la cara por ella.

—Menuda tontería, Zoe. Pensando de ese modo no me extraña que no tengas trabajo. —Zasca, también tiene munición para mí la buena mujer. Miro a Lucía que con los ojos me dice que se veía venir. Si no fuese la madre de Pepi y Raquel, le iba a decir lo que ella no tiene.

—Zoe sí tiene trabajo —anuncia Pepi y la miro. No sé qué se va a inventar ni por qué. Bueno, por qué sí, por defenderme. Lucía también la mira, y Raquel, estamos las tres en ascuas. Pero ella está con la mirada centrada en la servilleta que había en su plato, que la ha desdoblado con meticulosidad quirúrgica y la ha posado sobre sus muslos—. Acaban de contratarla como asistente personal del director de una gran multinacional asiática en España. —Puestos a exagerar, ¿por qué no decir que me ha contratado Felipe Sexto para limpiarle la corona? Lucía y Raquel me miran buscando descubrir si sé de lo que habla.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Empieza el lunes. —Por primera vez me mira y trato de encontrar una explicación a que se

esté inventando todo aquello. Ella asiente decidida.

—Pues enhorabuena, Zoe —me dice doña Margarita.

—Gracias —supongo.

Aprovecho para interrogarla a solas después de la cena. Cuando los niños juegan en el parque infantil bajo la atenta mirada de su padre, doña Margarita ha salido a fumar y Lucía, Raquel, Pepi y yo nos terminamos una agüita con misterio sentadas a la mesa.

—Vuestro padre debía de ser un santo —les digo y las dos asienten.

—Si no hubiese sido porque mi padre me apoyaba, mi madre jamás me habría permitido estudiar Bellas Artes —confiesa Raquel antes de dar un trago de su vaso.

—Lo era, era un santo, el pobre. Sabía frenarla a tiempo y ella le respetaba —confiesa Pepi dando vueltas a su vaso sobre la mesa con una sonrisa triste. Ni Lucía ni yo llegamos a conocerlo, ya había fallecido cuando nos hicimos amigas de las hermanas.

—Bueno, pues cuando puedas me dices quién es ese empresario tan importante para el que empiezo a trabajar el lunes —digo divertida a Pepi, cambiando de tema.

—Es Amancio Ortega —bromea Lucía.

—No, mejor, el presidente del banco de España —añade Raquel.

—Oye, que no es broma. Esta mañana mandé tu currículum y el lunes tienes una entrevista por la tarde —responde muy seria y me atraganto con mi bebida.

—Pepi, que tu madre ya no nos escucha.

—Es un buen trabajo y está muy bien pagado.

—¿Estás de broma?

—No. Te lo estoy diciendo en serio. En el grupo de la presidencia del AMPA nos pidieron ayuda para encontrar una empleada, tal y como te he descrito, y yo envié un correo electrónico con tu currículum, que lo tengo en mi ordenador desde que me pediste que te lo imprimiese para repartirlos —sin suerte—. Y me han contestado. El lunes a las siete y media tienes la entrevista, después te envío un mensaje con la dirección.

—Vaya —soy capaz de decir alucinada.

—¡Eso es genial, Zoe! —dice Lucía y las tres me abrazan.

—Y ¿de qué es el trabajo?

—A ver. Debes tener la mente abierta. Es un trabajo muy fácil, una profesión muy antigua y muy digna, y ganarás mucho dinero… —Se me empieza a erizar la piel. No estoy tan desesperada.

—Pepi…

—De niñera.

—¿Qué?

—Sé que casi tienes una carrera, pero…

—Pepi… —interviene Lucía. De los cuatro, solo ella y Bruno saben mi secreto. Era demasiado doloroso para decirlo en voz alta, de hecho, no creo que aún sea capaz de contarlo sin llorar, ni siquiera a ellas—. ¿Crees que cuidar de un niño pequeño es lo que necesita Zoe en este momento?

—¿Por qué no? Luis y Antonio la adoran, es maravillosa cuidándolos y tiene una paciencia infinita… Solo serían unas semanas, para cubrir una baja. Está asegurada a jornada completa, y son seiscientos euros a la semana, dos mil cuatrocientos al mes.

—Pepi —insiste Lucía.

—Tranquila. —Trato de mediar porque sé que la conversación puede subir de tono. No creo estar preparada para cuidar de un niño pequeño, y no porque no sea capaz, sino porque después de… de descubrir mi problema, todo lo referente a la maternidad me duele. No puedo remediarlo. Han pasado casi tres años y sé que debo superarlo, y sin embargo duele. En el pasado ni siquiera me había planteado si desearía tener hijos algún día, era demasiado joven para hacerlo, hasta que un doctor me dijo con frialdad que nunca podría. Cuando me eché a llorar, sola en su consulta, sintiéndome desvalida e indefensa, me respondió que no debía ponerme así, que había cosas mucho peores. Y las hay, las habrá, pero yo no estaba preparada para recibir esa noticia, no de ese modo. Y eso precipitó que la que era mi vida hasta ese momento se desmoronase. Fue un *shock*, un impacto brutal que me obligó a tomar conciencia sobre mi futuro, del que aún estoy recuperándome. Como en una cascada de desastres esta noticia acabó conllevando el fin de mi relación de pareja, me quedé sin trabajo, tuve que cambiar de casa y que ir a terapia, y acabé encerrada en mi dolor durante demasiados meses.

Y aunque pienso que lo tengo superado, cuidar de un niño pequeño que no sea uno de mis sobrinos postizos, no sé si será bueno para mí. Aunque lo cierto es que necesito el dinero.

—Ve a la entrevista, no pierdes nada, ¿no? —dice Pepi, mirándome sin enterarse de qué va la película. Ella y Raquel piensan que todo mi malestar, los meses de tristeza infinita, se debieron exclusivamente a la ruptura con mi pareja—. No quiero quedar mal con la junta directiva y el padre en cuestión…

—No tienes por qué ir —me susurra Lucía.

—Pero ¿por qué? Si Zoe tiene un don con los niños…

—Yo creo que te iría genial y el dinero, a final de mes, no sabe de dónde viene —protesta su hermana, ella tampoco sabe que no se trata de hacer de niñera, todos los trabajos son dignos.

—Pero ¿qué tiene de malo?

—Tranquilas, las tres. —Trato de poner orden—. Iré a esa entrevista, es lo que quiero y lo haré. Se acabó el tema. —Y diré que no estoy interesada y me volveré a casa, me digo para mí.

# Capítulo 6

## Zoe

«Estás muy seria, ¿qué te ha pasado?», pregunta Bruno, arremolinado en el sofá a mi lado.

Son las seis de la tarde. Me duele la cabeza a reventar. La fiesta ayer se alargó más de la cuenta tras la cena con Pepi y su familia. En el camino de vuelta a casa a Raquel se le antojó que parásemos en Sixties, un bar de copas a dos kilómetros de casa. Avisé a Bruno, que se trajo a Mauro, el guapo profesor de Capoeira, con el que había quedado. Allí nos tomamos las últimas, porque delante de su madre Raquel no toma más de una copa sin que comience a sermonearla. Pepi no bebe, así que no tiene ese problema.

Sixties es un local ambientado en los años cuarenta, de rollo motero y pin up. El propietario se llama Rodolfo, es alto, moreno y con patillas acorde al local, al que las tres somos habituales por cercanía y bien estar desde que Raquel y yo *okupamos* la casa de Lucía.

Lucía está en su habitación, se ha vuelto a acostar tras el almuerzo, y Raquel se ha encerrado en el estudio esperanzada en avanzar en el cuadro que está terminando. Bruno y yo estamos apoltronados en el sofá, dejando discurrir una de esas series coreanas que le encantan. Su amor platónico se llama Jung HaeIn, está loco por él desde que lo vio en una serie de militares. De tanto hablarme de él ha hecho que incluso me aprenda el nombre con lo complicado que me parecía al principio. Dice que si alguna vez viene a España acampará ante su hotel hasta que salga a hacerse una foto con él.

Pero en este momento ninguno de los dos estamos prestando la menor atención a la pantalla.

—No me ha pasado nada, estoy cansada. ¿Qué tal con el *brasileiro*?

«Bien, como siempre. Lo hacemos rápido y con ganas, y después nos vamos del hotel. Cualquier día le sigo para saber si está casado o tiene pareja aquí en Madrid. Nunca se queda a dormir».

—¿Y si la tiene? —Se encoje de hombros.

«Le dejaré. El mundo está lleno de tíos. Ahora en serio, estás muy pensativa. Suéltalo». ¿Cómo puede conocerme tan bien?

—No es nada —le digo, pero me da un codazo en el hígado—. Auch. Bueno… Ayer, durante la cena, Pepi me dijo que había enviado mi currículum a una oferta de trabajo. El lunes tengo la entrevista. Pagan 600 euros a la semana.

«¿A quién hay que matar?». Sonríe. «¿Y cuál es el problema?».

—El problema es que tengo que cuidar de un niño.

«Ah. ¿Y qué?».

—¿Cómo que… y qué?

«¿Es que piensas huir de los niños toda tu vida?». Me fijo en sus manos. Esas que aprendí a leer a los pocos meses de conocerle, cuando me di cuenta de que le quería en mi vida para siempre. Bruno me hace un gesto, quiere que responda.

—No lo sé. No sé si voy a huir de los niños. Cada vez que estoy cerca de ellos recuerdo que soy… defectuosa.

«Otra vez con eso. Quizá sea la oportunidad de superarlo, Zoe», sugiere. «Sé que lo que te pasa es una mierda, lo sé. Mírame a mí, coño, a los doce años me operaron de un puto tumor en la garganta y tuve que elegir entre si quería hablar o respirar por un tubo. Elegí el silencio y también soy defectuoso. Pero confío en que algún día, conoceré a un tío que no solo quiera acostarse conmigo, a uno que no se largue después del sexo, que me abrace y me diga que me ama tal y como soy».

—Lo mío es distinto, Bruno. ¿Quién va a querer estar con una mujer que no puede darle hijos?

«Yo no querría tener hijos, aunque pudiese. ¿Por qué piensas que es extraño que conozcas a un hombre para el que tampoco sea importante?». Sé que lo dice para hacerme sentir mejor, pero no funciona.

—Fran tampoco quería niños.

«Fran es un desgraciado, un rastrero y un gilipollas que utilizó tu enfermedad como excusa para dejarte porque vuestra relación no iba a ninguna parte».

—Tiene un hijo, Bruno. Sus motivos no fueron una excusa.

«Tiene un hijo porque dejó embarazada a la idiota cara de boniato revenido que se estaba tirando».

—Sí, pero yo no podría habérselo dado, aunque quisiera. —Me contengo porque voy a acabar llorando—. Tenía derecho a dejarme atrás y habría sido una egoísta si hubiese intentado retenerle.

«Escúchame bien. Si ese tío te hubiese querido de verdad. Si te hubiese querido la mitad de lo que decía que te quería, le hubiese importado una mierda no poder tener hijos biológicos. Los habría querido adoptados o en acogida o como fuese. No te quería. Punto», insiste exasperado, mirándome a los ojos y tira de mí hacia él, abrazándome.

Bruno, Pepi y Raquel son lo mejor que me ha pasado desde que llegué a Madrid. Y con Bruno, especialmente me pasa como con Lucía, le siento de mi familia, de mi familia más íntima. A pesar de que a él hace menos años que le conozco, solo cinco.

Jamás habría imaginado, la primera vez que le vi, que llegaríamos a tener una relación tan estrecha y bonita, basada en el cariño y la confianza mutua. Fue en el gimnasio, acababa de apuntarme para reforzar la musculatura de la espalda, dolorida por el trabajo frente al ordenador, y me asignaron a un entrenador personal que vigilaría que realizase mis ejercicios correctamente. Cuando vi a semejante moreno, alto y de ojos negros, con los brazos con unos bíceps como melones, con ese aspecto moderno medio hípster, entonces no llevaba coleta sino el cabello muy corto, casi rapado, y barba de varios días, con esos tatuajes maoríes en los pectorales, una tortuga, una mariposa y una calavera llena de flores… Vamos, que pensé que mi entrenador personal estaba más fuerte que el licor de hierbas. Al principio incluso creí que quería algo conmigo, porque era muy amable y simpático, y me sentí halagada de que un tipo tan sexy y masculino se hubiese fijado en mí. Entonces estaba enamorada de mi ex y jamás habría intentado

insinuarme, menos mal, porque el chasco habría sido monumental.

Comenzamos a quedarnos con los compañeros a tomar algo los viernes al salir del gimnasio, en aquella época él rompió con el chico con el que salía y estaba triste y sin ganas de hacer nada. Y la buena samaritana que vive en mi interior había visto que aquel chico merecía la pena, que tenía algo que me hacía quererle cerca. Decidí animarle, y poco a poco, fuimos quedando a otras horas, en otros momentos, hasta convertirse en uno de mis mejores amigos.

Le introduje en mi círculo, primero con Lucía y después con las hermanas, a las que conocí a través de ella, porque Pepi trabajaba en la misma multinacional que Lucía, en contabilidad. Por él aprendimos la lengua de signos hace ya cuatro años, todas lo hicimos y le dimos una sorpresa por su veinticuatro cumpleaños, porque para él es más rápido hablarnos así que escribir cosas en su teléfono o en un papel para que lo entendamos.

Bruno fue motivo de discusiones con mi ex casi desde que le conoció, primero pensé que se debía a que Fran estaba celoso porque creía que tenía algún interés sexual por mí, pero le aclaré que no era así. Aunque no terminaba de creerlo, decía que no podía ser gay porque no tenía *pluma* y no tuve forma de hacerle entrar en razón sobre eso. Hasta que le conoció una pareja, ahí creí que sus recelos se acabarían. Error.

Lo cierto es que Bruno y Fran nunca se cayeron bien del todo. Se toleraban por mí, pero era como si Fran se sintiese intimidado por él, por su atractivo, por cómo las chicas se giraban para mirarle cuando íbamos juntos, nunca lo entendí del todo.

Oímos cómo Lucía baja la escalera y nos alcanza con pasos lentos, lleva el pelo recogido en una coleta despeinada y el pijama de osos arrugado como una pasa.

—Mira que estáis monos así —dice detenida ante nosotros—. Sois mi pareja soñada.

«Pues sigue soñando».

—No debí tomarme el último chupito de vodka caramelo —digo tapándome la cara con uno de los cojines.

—¿El último? Creo que te sobraron por lo menos los tres. —Aparto el cojín para mirarla y me molesta la claridad que entra por el ventanal que comunica con el patio trasero.

—Será que puedes darme lecciones porque tú bebiste agua…

—Rodolfo quiere tema contigo —me suelta de improviso.

—¿Qué dices, loca? —Vuelvo a destaparme la cara.

—Que Rodolfo quiere mojar el langostino en tu salsa —suelta y se muere de risa ella sola.

«Tiene razón». Le ríe la gracia.

—Que no. Solo porque sea amable no quiere decir que… —Ella niega con la cabeza.

—Dime si tú no lo has notado, Bruno. ¿Has visto cómo la mira? Se la come con los ojos —Bruno asiente convencido—. Nena, créeme, te montaría en su Harley y te daría unos buenos acelerones. —Me detengo un minuto a imaginarlo. Rodolfo tendrá unos treinta y muchos, es alto, fuerte, siempre va vestido con chupas de cuero y botas, parece bastante *brutote*, pero es amable con nosotras, especialmente conmigo, quizá—. Ayer te miraba el escote sin parar, no sé cómo no te diste cuenta.

—¿Para qué me dices esas cosas? Ahora cuando lo vea me acordaré de esto y me sentiré incómoda o me dará la risa.

«Pues no está mal, tiene su punto así macarra».

—Y la sequía sexual es muy mala para la salud… —sugiere y me incorporo del sillón.

—¿Me podéis dejar en paz? Los dos. Si me lío con él tendremos que cambiar de bar y no me apetece. Además, mira quién fue a hablar, la que tiene puesto el cartel de *Cerrado por vacaciones* en el toto.

Bruno se parte de la risa.

«Tenéis que cambiar el chip, chicas. Sois muy jóvenes para llevar la vida de unas monjas de clausura».

—Tampoco te pases.

—Es que es cierto, Zoe. Tendríamos que estar disfrutando del sexo como salvajes, fornicando como si no hubiese un mañana… —Cada vez que utiliza esa palabra me da la risa, es una broma que hacemos desde que en nuestra Confirmación el párroco del barrio, Don Aurelio, nos dio a todos los jóvenes una charla sobre los peligros del fornicio.

«Esa es la actitud».

—Pero es que… No hay hombres.

«Gracias».

—Me refiero a hombres heterosexuales que quieran tener una relación, todos quieren sexo. Solo sexo.

«Gays tampoco. Acabamos de hablar de ello».

—¿Y qué más da, Zoe? Todos quieren eso, pues disfrutemos un poco de eso mientras encontramos a uno que quiera otra cosa.

—Lu, tú tienes muchas más opciones que yo, seguro que hay muchos médicos sexys en los hospitales que visitas por toda España.

—No creas, casi todos son mayores. Resumiendo, el próximo buenorro que nos ponga, que rompa la sequía. Antes de un mes. ¿Trato hecho? —sugiere y me ofrece su dedo meñique para estrecharlo.

—¿Llevo un año sin sexo y me das un mes de plazo?

«Un año sin sexo». Bruno se santigua.

—Yo llevo seis meses y estoy que evaporo el agua que me bebo.

—Pues no haber cortado lo del tipo ese de tu trabajo —le digo y aparta la mirada. Nunca llegamos a conocerlo ninguno de sus amigos, pero tiempo después de romper con su ex estuvo unos meses acostándose con uno de los investigadores médicos que están probando el fármaco experimental con el que realizan el estudio actual. Sé que el tipo era de Sevilla y que le gustaba mucho, pero con su trabajo, viajando sin parar, tampoco es fácil tener una relación y acabaron dejándolo.

—Eso fue… complicado y prefiero no repetir. Es mejor no mezclar trabajo y sexo, después no sabes cómo mirarle a la cara sin pensar en que sabe dónde tienes los lunares secretos.

—Yo no tengo lunares secretos.

«Yo sí. ¿Y si probáis la aplicación de ligues para heteros?».

—Esa es por la que Raquel conoció a Carlos. Ella dice que si buscas solo sexo está bien.

—Vale, si quieres inténtalo tú por ahí… Yo con el problema que tengo para decir que *no*, acabaría acostándome con el que viniese a la cita, aunque no me gustara. O escapándome por la ventana del baño.

«Qué exagerada».

—Bueno, ¿tres meses de plazo? —Me ofrece el meñique de nuevo, pero dudo en estrecharlo.

—Y si no lo hago en esos tres meses, ¿qué pasa?

—Que la que pierda limpia la casa sola seis meses. —Eso no me hace la menor gracia, pero

ella atrapa mi dedo y lo aprieta con fuerza. Cuando me libera lo agradezco—. Cambiando de tema…

—¿Qué?

—No hace falta que vayas a la entrevista de trabajo que te ha buscado Pepi. Yo sé que lo ha hecho con buena intención y que ella no sabe lo de…

—Lo de mi esterilidad. Puedes decirlo.

Bruno nos mira a ambas. Ella no sabe que hemos estado hablándolo.

—Quería comentarte que esta semana, hablando con uno de los doctores, me dijo que si tus ovarios funcionan existe la posibilidad de que…

—¿Has hablado de lo mío con uno de tus colegas?

—He hecho una pregunta general sobre el síndrome de MRKH —aclara.

—Ah, claro, una cosa muy normal ir hablando de un síndrome que tiene una mujer de cada cinco mil…

—Zoe, ¿me puedes escuchar?

—No. No quiero que me digas nada más y no quiero que hables de mis cosas con tus médicos.

—Si tus ovarios funcionan correctamente podrías tener hijos con un vientre de alquiler.

—Lucía, los vientres de alquiler están prohibidos en España, y en Estados Unidos cuestan doscientos mil dólares. Hola, ¿tengo cara de tener doscientos mil dólares? No, no la tengo. Además, no voy a comprobar si mis ovarios funcionan correctamente para hacerme ilusiones y generar una esperanza inútil que solo me hará daño. El doctor que me diagnosticó me dijo que no podía y punto. De verdad, no quiero hablar de eso. —La corto. No quiero hablar más sobre el tema, no quiero que me diga que todo va a estar bien, porque solo quiero pasar página. Necesito pasar página.

—Está bien, lo siento —dice cogiendo mi mano y apretándola con cariño, le devuelvo el afecto del mismo modo—. Si quieres puedo ir a la entrevista de trabajo y decirles que le agradeces la oportunidad, pero te ha sido imposible asistir porque has comenzado en otro trabajo, para que así Pepi no quede mal.

—No. Yo iré a esa entrevista y les diré que me han contratado en otro lugar. Estoy bien, de verdad, no quiero que me tratéis como si fuese un cervatillo indefenso porque no lo soy.

—Lo sé. —Lucía me abraza con fuerza. Como cuando en el colegio se partió la rama del árbol en el que nos habíamos subido y aunque se dio el mismo porrazo que yo corrió a socorrerme al comprobar que mi tobillo estaba girado hacia el lado contrario, me abrazó con fuerza y me prometió que iba a ponerme buena. Igual que yo estuve para ella cuando su primer novio la dejó por Fina Marín, una repetidora de cuarto de la E.S.O. que nos ganaba en *pechonalidad* y pasó la tarde llorando mientras oíamos «Te lloré todo un río», de Maná. Bruno nos abraza a las dos con una sonrisa.

# Capítulo 7

## DoHwan

Ha comenzado a llover, oigo cómo las gotas de lluvia golpean el vidrio del gran ventanal del despacho de casa. Son las cinco y media, he vuelto antes del trabajo para entrevistar a las tres cuidadoras que me han recomendado desde el AMPA para atender a TaeOh mientras la señorita Ji se recupera de su lesión.

La primera candidata no me ha causado buena impresión. Leocadia Suárez es una señora de alrededor de cincuenta años con un gran currículo, pero su insistencia en que ha cuidado de los hijos de personas *muy importantes*, no me ha gustado. Todas las personas son importantes. Mi casa no funcionaría de igual modo sin el trabajo de la señora Choi GyeongHui, nuestra cocinera, tampoco sin el de su hija Kan SoonJo, que se encarga de que todo esté en su lugar. O sin que JiMin ponga la música a todo volumen en su habitación mientras JiSeung da un concierto en el cuarto de ensayo del sótano y TaeOh deja piezas de Lego por el pasillo que después acaban clavadas en mis pies.

Cada cual tiene su función y entre todos hacemos que la rueda continúe girando. Tampoco me ha gustado su devoción por la rectitud y la disciplina. Nunca he sido demasiado estricto con TaeOh, no lo ha necesitado, y no creo que en un país extraño y desarraigado sea el mejor momento para comenzar. No quiero un entrenamiento militar para él, JiMin, JiSeung y yo jamás tuvimos algo parecido. La tía EunJi nos crio a base de amor, del amor más puro y desinteresado, y continúa haciéndolo aún, a pesar de la distancia que nos separa.

La segunda candidata me ha causado mejor impresión. Se llama Miriam Rodríguez, tiene veinticuatro años, es graduada en magisterio, con máster en educación especial, y habla inglés, francés y mandarín, que se ha ofrecido a enseñar a TaeOh, y además tiene un curso de seiscientas horas de primeros auxilios. Parece bastante formal y preparada, la tercera candidata tendría que causarme una muy buena impresión para que la descarte. Debo tomar la decisión hoy mismo, lo ideal es que comience mañana.

Tengo la cabeza abotargada. Ha sido un día difícil en la oficina, he tenido que reunirme con el sindicato de un grupo de trabajadores que han reusado el traslado a la nueva planta de circuitos integrados que abrirá en septiembre en Córdoba. Las indicaciones desde la central son claras, si no aceptan el traslado la alternativa es el despido con la correspondiente indemnización. Son buenos empleados y es lógico que no quieran desplazar su vida a otra comunidad autónoma, pero

también que todo el proceso de fabricación de circuitos integrados se traslada a la nueva planta y serán necesarios allí.

El agua continúa cayendo fuera, estrellándose contra la superficie plana de la piscina del jardín posterior.

Hace ya diez días que Nam BoMi, la madre de TaeOh, no llama para preguntar por él. Imagino que estará demasiado ocupada con su hijo pequeño, a pesar de la asistente que tiene para ayudarla, o con su papel de esposa de un artista… Lo desconozco, pero me preocupa porque percibo que la necesidad de hablar con su hijo va difuminándose día tras día. Es su madre y él la adora. Todo era mucho más fácil cuando estábamos en Seúl, en nuestro apartamento de Gangnamgu, cuando TaeOh sentía necesidad de verla, su cuidadora o yo le llevábamos a su casa y podía compartir un rato con ella y su hermanito DakHo.

Ahora solo puede verla a través de las videollamadas. En ocasiones me las pide él, si no siempre trato de que no pasen más de una semana sin comunicarse así que me tocará buscar el momento e insistir para que hablen.

Espero que lo que le sucede, lo que provoca sus pesadillas, no tenga nada que ver con el distanciamiento de su madre, pero ¿cómo no va a afectarle estar lejos de ella?

A mí me afecta estar lejos de la tía EunJi. La echo mucho de menos, mucho más que a mi madre, y a mi padre, al que por desgracia no podré volver a ver. Mis padres nos dejaron desde que nacimos a su cuidado, EunJi es nuestra tía abuela materna y se mudó a Seúl para cuidarnos, como antes hizo con nuestra madre, dedicando a ello cada segundo de cada día desde entonces. Incluso desde la distancia. Aprendió a hacer videollamadas para poder vernos y no pasan más de dos o tres días sin que nos llame a alguno de los tres, e incluso a TaeOh, que ni siquiera tiene su sangre.

La puerta cruje a mi espalda, me giro, es SoonJo abriéndola. A pesar de la lluvia hace calor, pero no puedo deshacerme de la chaqueta hasta que acabe con las entrevistas, sería inapropiado.

—¿Hago pasar a la siguiente candidata, señor Goon? —me pregunta y entonces mi móvil comienza a sonar, alzo un dedo haciéndole una señal de que espere un momento. Temo que se trate de la oficina de nuevo. Sonrío al descubrir que se trata de YoungBin, mi mejor amigo y subdirector del departamento legal de Korean Revolution, realizo el cálculo mental de las siete horas de diferencia con el horario de verano.

—¿Qué haces despierto a las doce de la noche? —le pregunto y oigo su risa franca al otro lado.

—Acabo de terminar un trabajo de investigación de un cliente y necesito despejar la cabeza antes de acostarme.

—Creía que eras abogado, no investigador privado —le pincho.

—Y lo soy, de los buenos. Tu madre ha dicho que me propondrá para dirigir el departamento financiero de la empresa el próximo año, cuando el señor Park se jubile.

—Vaya, debe estar de buen humor. ¡Enhorabuena!

—No me la des aún, espera a que lo firme —ríe.

—¿Cómo está la pequeña Suzy?

—Bien. Mary acaba de dormirla, no tenía el menor sueño. Y tú, ¿cómo estás? ¿Cómo están tus hermanos?

—Están bien. TaeOh jugando en su habitación, JiMin fuera con los amigos de la universidad, JiSeung abajo practicando violín y yo en mitad de un proceso de selección de personal.

—¿No tienes empleados en recursos humanos para eso?

—En mi casa no.

—¿Vas a contratar más servicio doméstico?

—Sí. La cuidadora de TaeOh está de baja médica por lesión.

—¿Así se las gasta tu hermano pequeño? —bromea.

—Se torció el tobillo bajando las escaleras y tiene para un par de meses, al menos, pero está bien.

—Y tú, ¿qué tal estás?

—Bien. Todo va muy bien en la empresa.

—No te he preguntado si estás haciendo más rico aún al señor Yeon, que me consta. Te pregunto cómo estás tú.

—Bien. Ya contando las semanas que nos quedan para volver. —No tiene sentido que le hable de mis preocupaciones laborales, tan lejos solo lograría perturbar su tranquilidad.

—¿Regresáis definitivamente en junio?

—A principios de julio, en cuanto los tres acaben sus clases.

—Estoy deseando tenerte de nuevo por aquí, extraño mucho nuestras noches de chicos. Además, no tengo quien me encuentre y me rescate cuando tenga un incidente —advierte entre risas.

—No lo digas muy alto. Puedo darle las contraseñas de la aplicación de geolocalización de tu reloj a Mary —sugiero.

—No, por favor, eso sería muy desleal por tu parte.

Hace cuatro años, YoungBin volvía muy tarde de una reunión de negocios en Busan y se quedó sin batería en el móvil. Mary, su novia, embarazada entonces de Suzy, se puso en contacto conmigo desesperada, pidiéndome que averiguase si el coche de la empresa tenía algún tipo de localizador, porque habían transcurrido más de cinco horas desde que tuvo contacto con él y aún no había llegado. Ella es médica, especialista en trauma en el Hospital Internacional de Seúl y había llamado a todos los hospitales del trayecto preguntando por su pareja, sin que, afortunadamente, en ninguno supiesen nada de él.

A pesar de nuestra tensa relación, llamé a mi madre por teléfono, despertándola, y le hice la pregunta. Su respuesta fue que no lo tenían, pero que no debería haberla molestado por algo así, que dijese en su nombre a Mary que los hombres a veces se paran a emborracharse o incluso algo peor, que no debería preocuparse con tanta facilidad. Por supuesto no le dije nada de aquello. Entonces recordé que le había regalado un reloj inteligente por su cumpleaños, el último modelo producido por nuestra compañía.

Eran las tres de la mañana cuando desperté a uno de mis informáticos de confianza y le di el número de serie del reloj. Desde el ordenador de su domicilio lo localizó, identificando el

kilómetro exacto en el que llevaba casi dos horas con el vehículo detenido cerca de Mungyeong, a mitad de camino. Mary me pidió prestado mi coche, estaba dispuesta a ir en su búsqueda. Pero la convencí de que en su estado podía ser peligroso y le pedí que se quedase al cuidado de TaeOh, que dormía a pierna suelta ajeno a nuestro malestar. Tardé dos horas en llegar donde estaba mi amigo, dormido dentro del coche. Se había averiado en una carretera poco transitada después de desviarse para ver a otro cliente, con el móvil sin batería. Le di un susto de muerte al golpear el cristal. Al parecer había caminado por la carretera de noche, a oscuras, sin que nadie parase para ayudarle y decidió volver al vehículo hasta que amaneciese para entonces buscar ayuda. Fue un susto terrible, pero todo acabó bien. Desde entonces bromeamos con mi capacidad para localizarle.

—Voy a pedirle matrimonio —revela sorprendiéndome—, pero quiero hacerlo cuando TaeOh y tú estéis aquí.

—Vaya, ya era hora hombre.

—No sé si me va a decir que sí, ya sabes que mi americana es muy independiente.

—Lo sé —rio para mí. Aún recuerdo lo mucho que le costó que le diese una cita. Ella acababa de llegar a Seúl para un curso sobre prótesis inteligentes, la conocimos una tarde en la que YoungBin se cayó de la bicicleta y se partió el cúbito y tuve que llevarle al hospital. Le pidió una docena de veces que le anotase su número en la escayola, a lo que se negó, y regresó al día siguiente para llevarle flores, al siguiente con bombones y al tercero con un cantautor. Logró que le anotase su número y desde entonces no han vuelto a separarse—. Como sé que no quería echar raíces tan lejos de su tierra y sin embargo ha tenido una hija contigo. No temas, te dirá que sí.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Cuándo echarás raíces?

—¿Te parecen pocas las que tengo?

—Ya sabes a lo que me refiero. Te has convertido en el *padre* de todos tus hermanos, no solo del pequeño, y no puedes dejar a un lado tu vida para que ellos vivan las suyas —me reprende con cariño. Ojalá fuese todo tan fácil, pero no lo es, en absoluto.

—JiMin y JiSeung volverán a sus vidas cuando regresemos a Seúl, que vivan conmigo es circunstancial. Hacerme cargo de TaeOh fue una decisión que tomé de modo consciente y de la que no me arrepiento en absoluto, a pesar de que me haya supuesto el desprecio de mi madre.

—Algún día la señora Hong se dará cuenta de su error.

—O quizá no, pero si lo hace ya no importará —afirmo con dolor. Amo a mi madre a pesar de todo—. Buenas noches, hermano, descansa. Debo seguir con la última entrevista.

—Buenas noches, cuídate, hermano.

Miro el currículo de la última candidata, es una mujer joven, veintiséis años, me fijo en su fotografía, tiene el cabello rubio oscuro, rizado, y los ojos claros. Por un instante siento que la conozco de algo, pero lo descarto enseguida, es muy improbable. Tiene casi terminada una carrera de *Marketing*, sin embargo, casi toda su experiencia profesional es de empleos de corta duración, a excepción de varios años como administrativo en una empresa de construcción y servicios. ¿Por qué no acabaría los estudios?, me pregunto antes de seguir ojeándolo. Nada

relacionado con niños. Y pocos más méritos que una sonrisa bonita. Mucho.

Será rápido, creo.

Escribo un mensaje a la señorita SoonJo para que la haga pasar.

Transcurridos unos segundos entra en el despacho, es más alta de lo que esperaba. Debe medir en torno a un metro setenta. Sus ojos son verdes y sus rasgos son delicados. Continúa sonándome de algo. Me incorporo y le ofrezco la mano por encima de la mesa de mi escritorio.

—Buenas tardes, señorita Lago. —Estrecha mi mano con fuerza y me clava algo en la palma, la aparto y la miro.

—Perdón, perdón, me he girado el anillo… —dice antes de cogerme la mano para comprobar si me ha hecho una herida. Su actitud me violenta, no la conozco de nada para que me agarre así.

# Capítulo 8

## Zoe

Hace rato que salió del despacho una joven morena de veintipocos, de aspecto serio y profesional, su entrevista ha durado unos diez minutos. Antes había entrado una señora más mayor, que también se tomó al menos un cuarto de hora dentro. La señora, antes de entrar nos miró, sonrió y con todo el descaro nos dijo a la otra candidata y a mí: «Os podéis ir ya si queréis, el puesto es mío».

No es que me afectara demasiado. Tampoco que la otra chica haya salido sonriente de su entrevista. Voy a sentarme ante el buen señor, a decirle que gracias pero que no me interesa y se acabó. Aunque lo cierto es que el dinero me vendría de maravilla.

—El señor Goon tardará unos minutos —me dice una chica de rasgos orientales que se ha asomado al despacho y después ha cerrado la puerta.

—¿Puedo ir al baño? —le pregunto y ella asiente, indicándome que es la tercera puerta a la derecha al final del pasillo.

Camino en la dirección indicada. Me siento tonta por estar nerviosa, pero siempre me pasa cuando tengo una entrevista de trabajo, aunque haga ya tres meses de la última. No fue mal, me seleccionaron para trabajar dos meses como administrativa en una empresa de mármoles sustituyendo una baja. Y no ganaba ni por asomo lo que pagan en este trabajo.

Encuentro el baño, está junto a unas escaleras hacia la planta superior, y es más grande que un piso del centro. Cuando salgo veo que hay un niño sentado en el tercer escalón, con los codos apoyados en las rodillas mirando al frente. Es moreno, con unas gafas metálicas redondas más grandes que su carita, con el cabello negro muy lacio cortado a escalón y unos bonitos ojos rasgados, tendrá unos diez años. Imagino que se trata del pequeño al que hay que cuidar.

—Hola, guapo —le saludo. Él me mira y hace un mohín con los labios.

—Hola —responde con tristeza y veo que tiene en las manos un muñeco de acción con un brazo roto. Es el Capitán América.

—Anda, parece que el Capitán se ha lesionado.

—Ha sido volando, se ha golpeado contra el suelo, señorita —afirma mostrándomelo muy serio y me derrito. Qué mono es, por favor, con ese flequillo tan lacio sobre los ojos negros. Me fijo en que en realidad se le ha salido la pieza del encaje y tiene solución.

—Pues estás de suerte, porque soy enfermera de superhéroes. —Abre mucho los ojos observándome con sorpresa—. ¿Quieres que lo cure? —Me lo ofrece, así que cojo al Capitán y haciendo presión le encajo el brazo en su sitio—. ¿Ves? Solucionado.

—¡Gracias! —dice subiéndose las gafas con el dedo índice y después se pone en pie y hace un gesto doblándose por la mitad. Parece muy tranquilo, nada que ver con mis sobrinos postizos Antonio y Luis que son dos terremotos.

—De nada, corazón. ¿Cómo te llamas?

—TaeOh.

—Yo me llamo Zoe.

—Encantado de conocerla, señorita Zoe —afirma y vuelve a doblarse por la mitad, tan serio como un soldado, provocándome una sonrisa.

—Para mí también es un placer conocerte. Eres un niño muy educado. Y muy guapo. —Sonríe de oreja a oreja, me dan ganas de pellizcarle los mofletes.

—¿Las enfermeras de superhéroes también pueden curar las cosas de los niños?

—Claro. ¿Necesitas que te cure algo a ti? —TaeOh desvía la mirada con expresión de malestar y sin que me diga nada, sé que le sucede algo. Algo que le inquieta, le atormenta y le perturba, como diría Esperanza Gracia—. Para curar a los niños tengo este anillo mágico —afirmo mostrándole el anillo de plata con una piedra triangular que llevo—. Si lo giro, posas tu mano encima y me dices qué te pasa, te ayudará.

—Los anillos mágicos no existen. La magia no existe.

—¿Quién ha dicho eso?

—Mi *hyung* —dice sin que tenga la menor idea de lo que significa.

—Existen si crees en ellos. Son como las hadas, si no crees en ellas dejan de existir —aseguro y él enarca una ceja, incrédulo—. Y este funciona de maravilla.

—¿Lo promete, señorita Zoe? —pregunta ofreciéndome el dedo meñique para estrecharlo. Y cuando voy a hacerlo alguien le habla en un idioma extraño a mi espalda, sobresaltándome. Es un chico joven, también asiático, calculo que de mi edad aproximada. Imagino que ha debido decirle algo así como que no debe hablar con extraños. TaeOh le mira y asiente, después me sonríe y sube las escaleras deprisa.

—Hola —me saluda el chico en español con un marcado acento extranjero y se queda ante mí, observándome con curiosidad. Es alto y muy guapo, tiene el cabello rubio platino con leves matices rosados, algo largo con la raya al medio, con pequeñas argollas plateadas en ambas orejas. Va vestido con una camiseta ancha de estampados, unas bermudas de pana por la rodilla y zapatillas de marca, en el cuello lleva una cadena plateada corta de gruesos eslabones. Pienso en Bruno, sin poder remediarlo, este chico parece sacado de una de las series que tanto le gustan.

—Hola.

—¿Está aquí por el puesto de cuidadora?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Zoe.

—Yo soy JiMin—dice tocándose el pecho, y me saluda inclinándose, como hizo el pequeño —. Parece que le ha caído bien.

—Gracias. He venido un momento al baño y me lo he encontrado sentado en la escalera —explico incómoda, no quiero que piense que estaba cotilleando por la casa o algo peor—. Es un niño encantador.

—No con todo el mundo, es un poco reservado.

—Pues no me lo ha parecido. —Él sonríe, parece divertido con mi incomodidad.

—¿Señorita Lago? —nos interrumpe la chica que estaba dándonos paso a las entrevistas—. El

señor Goon la está esperando —me advierte y dice algo en su idioma al chico que está a mi lado, parece un saludo que este le devuelve.

—Hasta luego, encantada —le digo dispuesta a marcharme tras ella.

—El gusto es mío, señorita —responde con una sonrisa.

Cuando entro en el despacho el señor Goon se pone de pie, abandonando su silla de oficina. Es alto, más que el chico del pasillo, debe medir más de un metro noventa estoy segura. Y también es joven, mucho más joven de lo que esperaba. Imaginaba a un hombre de mediana edad, lo habitual para tener un hijo de al menos diez años, pero el señor Goon no creo que haya cumplido los treinta. Porque supongo que el niño que me he encontrado en las escaleras es su hijo. Lleva el cabello peinado con la raya al lado, algo largo en la parte superior, tan oscuro como el del pequeño y sus ojos rasgados también son oscuros y grandes para un asiático. Va vestido con un traje azul eléctrico que le queda como un guante y un jersey fino de cuello alto de color blanco. Lo cierto es que creo haberle visto antes, y no hace mucho…

Se me enciende la bombilla.

Ay, madre, es el tipo que me encontré en el pasillo del colegio cuando salí del baño de los hombres, el que debía esperar fuera. Si era él, espero que no me reconozca.

Esta serio, parece cansado. Lo cierto es que es muy atractivo, y huele de maravilla, su perfume me alcanza cuando se levanta y me ofrece la mano.

He olido ese perfume antes, estoy segura.

—Buenas tardes, señorita Lago. —Su voz es grave, profunda como si proviniese de una gruta escondida, también tiene cierto acento extranjero, aunque mucho menos marcado que el del joven que se ha presentado en la cocina. Estrecho su mano con fuerza, según Lucía eso demuestra carácter. Él hace un gesto de incomodidad y la retira deprisa comprobando que esté intacta. No me he dado cuenta y he dejado la parte de la piedra del anillo hacia dentro y debo haberle arañado la palma de la mano. Ay, ¿por qué hago estas cosas?

—Perdón, perdón, me he girado el anillo… —Tomo su mano y compruebo que no le he hecho daño. Él la retira como si las mías quemasen y siento que no debí hacerlo, le he violentado. Tras unos segundos se recompone. Es muy atractivo pero su mueca no puede ser más hostil.

—Siéntese, por favor —me pide y le obedezco. Después de este momento incómodo no me daría el empleo ni aunque se lo pidiese de rodillas. Por suerte no lo quiero… O sí. Cuidar de ese niño precioso no puede hacerme daño, ¿verdad Zoe? Cómo me gustaría tener a Lucía cerca y poder hablarlo con ella, pero está rumbo a Frankfurt a una reunión en la central de la empresa. Me encantaría ser más decidida, pero soy un desastre para tomar decisiones—. Señorita Lago…

—Puede llamarme Zoe.

—Prefiero no hacerlo —responde dejándome claro que le soy antipática y que va a hacerme la entrevista por compromiso.

—Vale.

—Señorita Lago —reitera—, en su currículum no hace referencia alguna a que tenga experiencia en el cuidado de niños, ¿la tiene?

—Con dieciséis años me hice cargo de mi hermano pequeño, Rudy, que tenía ocho, mientras mi madre trabajaba por las tardes limpiando una oficina bancaria. Y soy la canguro habitual de mis dos sobrinos postizos… Quiero decir, de los hijos de una amiga. —No redacté ese currículum para conseguir un empleo de niñera, me digo a mí misma. Él hace una mueca con los

labios que me resulta bastante irritante, como si no me creyese por completo, y después asiente devolviendo la mirada a los documentos que tiene delante.

—¿Tiene formación sanitaria o de primeros auxilios? —pregunta muy serio, tengo que romper esta tensión y mostrarle que soy simpática, que cualquier niño estaría encantado conmigo.

—Claro, tengo el Sana sana culito de rana —bromeo, aunque en mi cabeza sonaba mucho menos ridículo.

—¿Es un curso formativo? —Ay Dios, que no sabe lo que es y lo pregunta en serio. ¿Ahora cómo le digo que era una broma?

—Sí. El mejor. —De perdidos al río.

—Muy bien, le recomiendo que lo anote en su currículum, es algo importante. —Ya. Lo anotaré para que no me contraten ni para limpiar chimeneas.

—¿Se maneja bien en inglés? —pregunta en el idioma de Shakespeare.

—Sí, tengo el B2 en lengua inglesa —respondo en el mismo idioma muy orgullosa de los dos mil euros bien invertidos que me costó sacarlo.

—¿Tiene gato o piensa tenerlo? —¿En serio? ¿Qué clase de pregunta es esa?—. TaeOh tiene alergia a los gatos.

—Qué pena, con lo monos que son. No, no tengo gato.

—¿Y piensa tenerlo?

—En un futuro inmediato, no. —Vuelve a mirar los documentos, mi currículum tiene dos folios, tampoco hay tanto donde hurgar.

—En ocasiones llego muy tarde a casa y a veces tengo que pasar días fuera. ¿Eso le supondría un problema en su logística familiar?

—No tengo logística familiar, vivo con dos amigas.

—¿Tiene coche propio?

—Sí, pero en Málaga. Aquí suelo moverme en bus, o en metro.

—¿Cómo describiría el sabor de una manzana a alguien que no puede probarla? —Me descoloca un poco, pero lo pregunta muy serio. Pienso unos segundos.

—Le diría que es ácido y dulce a la vez, que escuece en la boca, pero hace sonreír.

—¿Cuál considera que es el mayor logro de su vida?

—Considero que el mayor logro de mi vida está aún por llegar.

—¿Y su mayor fracaso? —Sé que no sabe nada de mi vida, pero pensar en la respuesta a esa pregunta empieza a descomponerme por dentro. Él me mira a los ojos y de pronto siento que puede ver mi interior, como si pudiese leer mi historia. Y no tiene ningún sentido. No puede saber nada sobre mí, no me conoce. No puede saber que mi mayor fracaso es… saber que nunca podré tener un hijo. Nunca podré tener a un pequeñín como esa preciosidad de la escalera al que arreglar sus muñecos rotos. Pero no puedo decir eso, no procede y además no creo que sea capaz de pronunciarlo siquiera. Se me comienza a formar un nudo en la garganta, inspiro hondo y empiezo a pensar muy rápido, a ponerme nerviosa y a temblar.

—Tengo que irme —soy capaz de decir, me levanto ante su sorpresa. Me observa en silencio como si no creyese lo que estoy diciéndole—. Gracias por su atención.

—¿Se encuentra bien?

—No. Sí. Gracias por su tiempo —respondo. Y salgo de allí con el corazón palpitando deprisa y el nerviosismo atenazándome la garganta.

Alcanzo el amplio salón en el que he esperado que llegase mi turno, está vacío, recuerdo la salida y me dirijo hacia ella sin dudarlo, necesito marcharme de allí, abro la puerta de entrada y

salgo al jardín delantero. Las gotas de lluvia me golpean en la cara y siento alivio al percibir su frialdad.

—Señorita, espere, tengo que abrir la puerta —me advierte la chica del servicio que nos ha atendido.

—Tengo que irme —repito, es lo único que soy capaz de decir. Ella debe pulsar un mando, un interruptor o algo y la puerta corredera comienza a abrirse. Entré a aquella propiedad asombrándome del grandioso y elegante chalet y la abandono como un perro asustado.

# Capítulo 9

## DoHwan

No entiendo qué ha podido sucederle a esa chica para que se haya marchado así. Es como si, de pronto, hubiese recordado que tenía una olla al fuego o el grifo de la bañera abierto. La pregunta puede ser incómoda y por eso me gusta hacerla y pido a mis empleados de recursos humanos que la utilicen, porque dice mucho del carácter de los candidatos. Sin embargo, siento que la he ofendido.

JiMin y TaeOh se cuelan en el despacho, la puerta estaba abierta. TaeOh camina hacia mí con pasos curiosos, en sus manos lleva su muñeco del Capitán América que compramos el fin de semana en el que estuvimos en Disneyland Paris, en Navidad. Recuerdo entonces que JiMin se pasó todo el recorrido del parque con una diadema con las orejas de Mickey Mouse, para bochorno de JiSeung y mío. JiMin se sienta en el sillón que han ocupado las aspirantes, ante mí.

—¿Cómo estás, pequeño?

—Bien, *hyung*. —Tanto él como los mellizos rara vez me llaman por mi nombre, para ellos soy su *hyung*, su hermano mayor. Me alcanza y le siento en mis piernas.

—¿Cómo ha ido hoy el colegio?

—Bien —responde ojeando los papeles que hay sobre mi mesa, el currículum de Zoe Lago, la última de las candidatas y un poco más arriba, al filo, el de las dos anteriores.

—¿Ya has terminado? —pregunta JiMin repantingado en el sillón giratorio, con una pierna por encima del reposabrazos.

—¿Puedes sentarte bien? —Le pido y me obedece tras dar un resoplido—. Sí, he terminado. Creo que tengo a la candidata perfecta.

—Pues no deberías haberte molestado. TaeOh ya ha elegido —me responde, miro a nuestro hermano pequeño y él asiente.

—Me gusta ella —dice señalando el currículum de la señorita Lago en el que puede ver su fotografía.

—¿Ella? ¿Por qué? ¿Es que has visto a las candidatas?

—Sí. Desde la escalera. Ella arregló al Capitán América, es una enfermera de superhéroes —afirma enseñándomelo. Busco a JiMin con los ojos y este asiente divertido—. Y tiene un anillo mágico que cura a los niños.

—¿La señorita Lago te dijo todo eso? —Asiente. No me gusta que nadie invente cuentos y llene la cabeza de pájaros a mi hermano pequeño. Esa mujer habrá estado cinco minutos con él y le ha convencido de que es enfermera de muñecos y tiene un anillo mágico… Sí, con el que me

arañó la palma de la mano.

—Parece simpática —añade JiMin.

—No creo que sea la candidata apropiada, en absoluto. La señorita Rodríguez tiene un máster universitario en educación especial y varios cursos…

—Me gusta Zoe. Quiero a Zoe.

—A mí también me ha gustado Zoe, he visto como hablaba a TaeOh y parece de fiar —le apoya JiMin.

—Pues a mí no me parece que sea la adecuada para cuidar de nuestro hermano.

—¿Y no crees que debería elegir él? Al fin y al cabo, es quien pasará el tiempo con ella.

—¿Le pongo a hacer las entrevistas? —sugiero y TaeOh asiente contento.

—Y, ¿qué te hace pensar que quien tenga el mejor currículum será quien mejor le cuide? ¿Cuántos másteres tiene la tía EunJi? —me pregunta muy serio, golpeándome en la línea de flotación. No tengo respuesta para eso.

Pienso un instante en lo distintos que hemos sido JiMin, JiSeung y yo, desde pequeños. A mí siempre me tocó el papel reflexivo, comedido y responsable de hermano mayor, y quizá esto les dio alas para volar libres. A JiMin para ser más protestón, más guerrero y expresivo, a JiSeung para que hiciese lo que le apetecía sin enfrentarse a nadie, a centrarse en la música a espaldas de todo el mundo. Mientras yo me portaba bien, JiMin, y JiSeung siguiendo sus pasos, provocaban que a la tía le llamasen la atención los vecinos porque se habían colado en sus jardines para bañarse en sus piscinas porque nosotros no teníamos en su casa de Daecheon, entre otras tantas travesuras.

—¿Por qué no puedo elegir yo? —pregunta TaeOh cuando aún no me he recuperado de las palabras de JiMin. Sonrío al pensar en que se parecen entre ellos, siempre luchando por lo que creen justo.

—Estoy dispuesto a darle una oportunidad, si tú quieres. —El pequeño asiente con una sonrisa de oreja a oreja, también JiMin sintiéndose victorioso—. A pesar de que es todo lo contrario de lo que busco.

—Sí quiero —insiste. Baja de mis piernas y camina hacia la silla en la que la señorita Lago estaba sentada. JiMin me dedica un corazón formado con los dedos índice y pulgar.

—Voy a bajar al cuarto de ensayo a informar a JiSeung de que tenemos cuidadora para TaeOh —advierte JiMin incorporándose y dirigiéndose hacia la puerta.

—Dile que suba a comer algo, lleva horas sin parar —pido y me pongo en pie dispuesto a abandonar el despacho, voy a beber un vaso de agua antes de llamar a la candidata elegida.

Entonces veo un bolso, una mochila negra de piel, en la silla en la que estaban sentadas. TaeOh también lo ve, lo coge y me lo muestra. Es de la señorita Lago, estoy convencido.

El único modo que tengo de comunicarme con ella es llamarla al número de su currículum, pero es su móvil y seguro que lo lleva en el bolso. Quizá aún la alcance, será mejor que me asome al exterior.

# Capítulo 10

## Zoe

Camino calle abajo y cuando llego a la parada del bus me siento a solas y me debato entre ponerme a llorar y desahogarme, o aguantar las ganas y hacerme la fuerte, al menos hasta llegar a casa. La lluvia aprieta y golpea con fuerza el techo de metacrilato sobre mi cabeza. He corrido hasta doblar la esquina y meterme bajo la mampara y por suerte no me he mojado demasiado. Será mejor que pida un Uber, no creo que aguante el llanto mucho más.

No tengo mi bolso. Mierda, me lo he dejado en el chalet.

¿Cómo puedo ser tan despistada? ¡Joder! Me siento demasiado estúpida por haberme marchado así como para volver, pero no tengo otra opción. Me incorporo y miro hacia la esquina por la que he llegado cuando un par de personas entran corriendo a la marquesina resguardándose de la lluvia. Entonces veo al señor Goon doblar la esquina, caminando por la acera, vestido con su impoluto traje azul bajo un paraguas rojo, con mi mochila en sus manos. La lluvia provoca una bruma a su alrededor, como un halo mágico. Mientras alza el mentón y mira en todas las direcciones parece que pose para una revista, ¿cómo puede alguien tener ese porte de forma natural incluso bajo la lluvia? Él parece un dios griego saliendo de las aguas y yo una rata mojada. Me ha visto. Inspiro hondo, recomponiéndome, y echo a correr hacia él que enarca una ceja y estira el brazo para protegerme con su paraguas rojo.

—Se ha olvidado el bolso, señorita Lago —dice atravesándome con su mirada azabache. Siento un cosquilleo en la boca del estómago cuando me lo entrega y nuestros dedos se rozan. Es casi un chispazo, como si estuviese cargado de energía estática, retiro veloz la mano y el bolso cae al suelo.

—Lo siento —digo agachándome para recogerlo a la vez que lo hace él y nuestras cabezas colisionan. A mí no me duele demasiado, pero siento que le he dado un buen golpe. El señor Goon se aparta tocándose la frente con los dedos, comprobando si tiene sangre, pero no es así. Necesito un agujero de avestruz en el que meter la cabeza y desaparecer. O que apriete el aguacero y me lleve una riada. Le aparto la mano y trato de mirar si le he hecho una herida, me siento fatal. A él parece molestarle que le toque de nuevo y da un paso atrás. Pero entonces se da cuenta de que me deja descubierta bajo la lluvia y vuelve a darlo hacia adelante para cubrirme con su paraguas rojo. Su caballerosidad me hace sonreír.

—¿Le parece divertido? ¿Es que se ha propuesto matarme? —pregunta, mirándome enfadado.

—No. Lo siento, lo siento muchísimo, de verdad. —Maldice en su idioma natal, algo ininteligible—. Gracias por traerme el bolso. No suelo ser así de patosa, de verdad —digo

colgándome la mochila a la espalda y siento sus ojos fijos en los míos como si pretendiese analizarme. Estarán enrojecidos, temo que haga algún comentario al respecto, lo último que necesito es ponerme a llorar delante de él que debe pensar que estoy loca, sería lo más lógico. Está enfadado, le he dado un buen golpe, parece hacer un gran esfuerzo por tranquilizarse antes de hablar.

—Creo que me debe una explicación de por qué se ha ido así. —Como si fuese tan fácil. No sé qué decir—. ¿Dije algo que la ofendió?

—No. No es eso.

—Entonces, ¿qué es? —pregunta. No sé cómo explicarle mi reacción. Hay algo en sus ojos, en su mirada, que me intimida. Que me intimidó antes durante la entrevista y sigue haciéndolo ahora, cada vez que me mira a los ojos, me pongo nerviosa y no soy capaz de sostenerle la mirada.

—Para mí, hablar de mi mayor fracaso… aun duele.

—Entiendo —asiente, serio. ¿Sabrá sonreír? Las gotas de lluvia golpean la superficie del paraguas formando una rítmica melodía a la vez que nos envuelven en una especie de bruma, de burbuja en la que solo cabemos él y yo. Uno frente al otro. Siento que el aire que nos separa ha subido un par de grados con nuestras respiraciones. Carraspea—. Lamento haberla incomodado, he sido un desconsiderado al hacerle una pregunta que yo mismo sería incapaz de responder. —Esto último lo dice casi para sí. En sus ojos negros puedo vislumbrar la sombra de un malestar, de un dolor profundo, escondido en algún rincón bajo toda esa seguridad y que, sin embargo, está ahí agazapado, dispuesto a atormentar su presente a la menor oportunidad. Tal y como me ha sucedido a mí misma—. Le pido disculpas.

—Oh, no, por favor, no podía saberlo.

—Aun así, le ruego que las acepte —insiste y asiento—. Gracias. De todos modos, el trabajo es suyo.

—¿En serio? —He hecho la peor entrevista de la historia y me da el trabajo. Estoy A LU CI NAN DO.

—Serán unas diez semanas, hasta que la señorita Ji se recupere. Las dos primeras, estará a prueba. Si veo algo que no me gusta, cualquier cosa, le pagaré el salario y rescindiremos nuestra relación laboral, ¿de acuerdo? —Asiento—. Comienza mañana. Debe estar en casa a las ocho para ayudar a TaeOh con el desayuno y llevarle al colegio. La señora Choi GyeongHui le entregará las llaves del coche del que dispondrá y le explicará cómo va todo. Esta tarde procesaremos su alta en la seguridad social. Imagino que sabe que el salario son dos mil cuatrocientos euros mensuales. ¿Está de acuerdo? —Vuelvo a asentir, como un autómata. Por dos mil cuatrocientos euros limpiaré la escalera de mármol con un cepillo de dientes si es necesario.

—Gracias.

—No me las dé aún. Recuerde que está a prueba —advierte muy serio. El señor Goon es muy atractivo, mucho, no sé si será consciente del interés que provoca, pero un par de chicas pasan por nuestro lado y se le quedan mirando, cuchichean entre ellas, divertidas. Las miro y entonces él también lo hace, percatándose de que no llevan paraguas, ha dejado de llover. Carraspea incómodo y lo cierra, dinamitando nuestra pequeña burbuja—. Hasta mañana, señorita Lago.

—Hasta mañana —repito.

Se marcha, caminando de regreso sin decir nada más y me quedo observando cómo se aleja con el paraguas rojo en la mano y el porte alto, elegante y poderoso de un tigre que sabe que está

en la cima de la cadena alimentaria. Ojalá pudiese sentirme así, aunque fuese una sola vez en mi vida, pero no, solo soy un pobre ñu esperando a que me devore cualquier adversidad.

Cuando llego a casa oigo que Raquel está en su habitación con la música de meditación puesta, siempre lo hace cuando se queda bloqueada en el taller, sube a su dormitorio, medita un rato y regresa renovada. Lo mismo debería probarlo alguna vez, es agotador cuando la cabeza comienza a enviarme pensamientos sin parar, a hacerme dudar de mis habilidades, a cuestionarme. Es lo que me ha pasado durante el camino de regreso, intentando adivinar una y otra vez por qué el señor Goon ha decidido darme el trabajo después de haberle arañado la mano, golpeado en la frente y marchado así, pero no logro encontrar una respuesta.

Tengo tres mensajes de Lucía preguntándome qué tal me ha ido la entrevista, otros tres de Bruno y dos de Pepi, así que les envío un audio de voz en nuestro grupo de mensajes llamado *Ratitos Buenos*. Les cuento que mi entrevista ha sido un desastre pero que, inexplicablemente, he logrado el trabajo, y casi de modo instantáneo Lucía me hace una videollamada mientras Raquel y Pepi envían aplausos.

—Se suponía que ibas a rechazarlo —me dice en cuanto descuelgo.

—Ya. Pero me lo han dado y quiero intentarlo. He conocido al niño y es muy lindo.

—Todos lo son al principio —ríe ella.

—Supongo. Siempre puedo dejarlo si no lo llevo bien, pero necesito el dinero, me vendrá de maravilla mientras encuentro otra cosa.

—Sabes que puedo recomendarte para el departamento de administración en mi empresa.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no quiero comprometerte y prefiero encontrar algo por mí misma. Solo necesito algo estable para poder mudarme y dejar de abusar de tu hospitalidad.

—Sabes que me gusta que viváis conmigo, así me cuidáis la casa mientras no estoy.

—Ya, pero cuando tengas pareja, yo al menos no pienso quedarme a sujetarte la vela.

—Eso será cuando las ranas críen pelos. No me extraña que hayas conseguido el trabajo, eres la caña, preciosa.

—Gracias, yo también te quiero.

—Tengo que dejarte, voy a cenar con mis compañeros. Te quiero mucho. Cuídate, nos vemos el sábado.

—Hasta el sábado, yo también te quiero, amiga. Y cuídate tú también.

—Tranquila.

Alguien llama a la puerta y cuando me acerco a abrirla compruebo que se trata de Bruno. Por su aspecto: blusa de tirantes y shorts de lycra, ha venido corriendo directo desde el gimnasio, que está a diez kilómetros. Está sudoroso y con la respiración acelerada, sus pectorales se mueven arriba y abajo mientras respira.

«Entonces, ha ido bien, ¿no?», me pregunta entrando en el recibidor. Abro el pequeño aseo que está en la entrada, tomo una toalla de mano y se la entrego para que se seque el sudor.

—Supongo. Me han dado el trabajo.

Hace amago de abrazarme, pero se contiene, sabe que me pondrá empapada.

«¿Cómo es el tipo?».

—Pues es asiático —especifico. Abre mucho los ojos y sonríe—. Es muy alto. Pelo negro,

ojos rasgados…

«¿Chino, japonés, vietnamita, coreano…?».

—Ni idea. ¿Cómo voy a saberlo?

«¿Preguntando?», sugiere burlón.

—Se apellida Goon, de hecho, todos le llaman señor Goon.

«Ellos son muy formales en sus relaciones, solo se tutean si tienen mucha confianza. ¿Es mayor?».

—No, es joven. Menos de treinta seguro.

«¿Guapo?».

—Bueno, feo no es…

«Entonces ya sé por qué has aceptado». Ríe y se limpia la frente.

—Porque necesito el dinero.

«¿Te importa que me duche?».

—Sabes que estás en tu casa.

«He traído comida. Compré unos bocatas por el camino, el de Raquel es vegano», dice sacando una bolsa de papel de la mochila que lleva a la espalda, entregándomela. Miro en su interior, está todo movido, menos mal que no ha comprado refrescos.

Sube escaleras arriba rumbo al baño principal y minutos después regresa cambiado de ropa, con una camiseta limpia y uno de mis pantalones de chándal, uno gris muy ancho que me regaló por Navidad, pienso que a lo Homer Simpson, para utilizarlo él. He puesto los bocatas en platos, he sacado agua fría de la nevera, y he enviado un mensaje a Raquel para que baje a cenar algo.

*Comed vosotros estoy terminando de hacer un boceto*. Me ha respondido.

«Me siento muy orgulloso de ti», dice cuando termina de fregar los platos mientras me tomo un té, de pie a su lado.

—¿Orgulloso? ¿Por qué?

«Porque eres muy valiente».

—No lo soy. Tengo miedo a meter la pata mañana, entre un millón de cosas más.

«Pero lo intentas. Ojalá tuviese la mitad de valor que tú».

—¿Tú? Pero si eres supervaliente. —Enarca las cejas con incredulidad—. Para decirle a tu madre que eres gay, hay que serlo, ¿no?

«Creo que siempre lo supo, aunque no quería creerlo».

—Pues no sé cómo pudo saberlo porque yo nunca lo hubiese imaginado.

«Tú eres de otro planeta», bromea.

Recibo un mensaje y al mirarlo se trata de mi hermano Rudy. Rudy es mi debilidad, como le he contado al señor Goon le he cuidado todas las tardes desde que tenía ocho años. Mi hermano fue una sorpresa inesperada cuando mi madre creía que ya no podría tener más hijos después de varios años intentándolo. Incluso pensó que se trataba de la menopausia, que por eso estaba más hinchada. Cuando se hizo la primera ecografía estaba embarazada de cuatro meses. La doctora se encontró con la cabezota de mi hermano de primeras y le dio la enhorabuena, así mi madre tuvo un embarazo de solo cinco meses. Para mi padre fue una gran alegría saber que tendría un hijo varón que se encargase de su huerto, sus gallinas y sus dos caballos, el pobre no contaba con que mi hermano sería un urbanita frustrado y que nada querría saber ni del huerto ni de sus animales.

Rudy tiene el cabello castaño y algo ondulado. Tiene los ojos verdes, como los míos, es muy

guapo (qué voy a decir yo, que soy su hermana) y trae a todas las chicas locas. Pero es aún más bonito por dentro. Se preocupa mucho por mis padres y por mí, colabora en casa y, aunque es un poco trasto y estudia poco, aprueba todo. Está acabando segundo de bachillerato y quiere ser profesor de gimnasia.

Es un mensaje de voz.

*¿Cómo estás hermanita? Cuéntame algo que hace tres días que no hablamos. Y llama a tu madre.*

Sonrío.

El teléfono funciona en ambas direcciones, pienso, pero a mi madre si no la llamo yo no cuenta como llamada, empieza a llamarme *descastada* y a regañarme con cariño.

Y entonces le llamo a él, porque en esas pocas palabras entiendo que quiere que hablemos. Lo coge de inmediato y se pasa veinte minutos contándome que ha cortado con la chica con la que salía, una tal Daniela, y proclamando que nunca más tendrá novia, que las mujeres somos demasiado complicadas.

# Capítulo 11

## Zoe

Llego temprano al chalet del señor Goon, estoy nerviosa, mucho. Nada que no me pase cada vez que comienzo un trabajo nuevo, me digo tratando de tranquilizarme. Incluso he dudado de la ropa que debía ponerme y al final he optado por unos vaqueros y un jersey rosa claro. El señor Goon va tan formal que pensé que quizá espera que vaya igual de arreglada pero no sería cómodo para atender a un niño.

Llamo al interfono y alguien pregunta: «¿Quién es?». Al decir mi nombre la puerta se abre. Recorro el pequeño sendero de piedras entre el césped hasta llegar a la entrada principal. Allí una señora de unos sesenta años, también de rasgos orientales, me abre la gran puerta de hierro que protege el hogar, vestida con una bata de trabajo de cuadros azules y rosas con un bordado de peces de colores en el pecho.

—Buenos días —me saluda con un marcado acento extranjero—. La señorita Lago, ¿verdad? —Asiento—. Soy la señora Choi GyeongHui. —Si soy capaz de recordar su nombre que me den el premio a la memoria—. Pero puedes llamarme señora Choi.

—Buenos días. Yo soy Zoe —imito su gesto de inclinarse como saludo.

—Por favor, descálcese, ahí tiene zapatillas. —Abre un mueble zapatero que hay justo tras la puerta y cojo un par, suerte que no tengo agujeros en los calcetines—. Sígame, voy a acompañarla hasta la habitación de TaeOh. —Comienza a caminar hacia el interior de la vivienda—. Yo le preparo el desayuno de casa y el del colegio. Usted tiene que ayudarle a vestirse y bajar a desayunar. Después le llevará hasta el centro y tiene unas horas libres, a no ser que le llamen desde el colegio a este número si hay algún problema —dice entregándome un móvil que lleva en el bolsillo de su bata de trabajo—. El código es el año de nacimiento del señorito TaeOh, y tiene grabados el número del colegio, el mío, el de la señorita SoonJo, la joven que la atendió ayer en la entrevista, el del señor Goon y el de esta casa. A las cinco tiene que recoger a TaeOh en la puerta del colegio y traerle aquí, le acompañará a hacer las tareas hasta que el señor Goon regrese de trabajar y después de cenar, sobre las ocho y media, le llevará a la cama y esperará a que se acueste sobre las nueve.

—Ajá. —No se me ocurre nada más que decir.

—Si algún día el señor necesita que se quede hasta más tarde le pagará esas horas de forma extraordinaria. O si tiene que trabajar en fin de semana, le avisará con antelación, por supuesto. —Llegamos a la escalera en la que conocí al pequeño TaeOh el día anterior y ascendemos por ella, en el aire percibo un olor a guiso que no huele nada mal. Llegamos a un largo pasillo tan

minimalista en decoración como el resto de la casa, con suelos de brillante mármol beige que imagino debe estar helado. La señora Choi se detiene ante una de las puertas, llama con los nudillos antes de abrirla. Está oscuro y enciende la luz. Es un dormitorio amplísimo, pero que, de no ser por un par de camiones de juguete por el suelo, nadie diría que pertenece a un niño. La cama está correctamente hecha, como si nadie hubiese dormido en ella—. Vaya, otra vez la ha mojado —dice—. Debe estar en la habitación del señor.

Damos un par de pasos más y abrimos la contigua. La señora Choi repite la operación, llama con los nudillos y después abre y prende la luz. El pequeño está acurrucado en mitad de una cama gigante tipo tatami, envuelto en coberteras blancas. La señora Choi camina hacia el ventanal lateral y corre las cortinas verticales hacia los lados, provocando que un fuerte chorro de luz entre en la habitación.

—¡Arriba, TaeOh! Le cuesta mucho levantarse —advierte.

—No se preocupe, yo me encargo. —Me mira con cierto escepticismo, se encoje de hombros y se marcha de la habitación.

Camino hasta la cama en la que TaeOh descansa plácido. En una de las mesitas de noche hay una foto suya junto al señor Goon en la que los dos ríen, este le lleva sobre los hombros y el pequeño se agarra a su barbilla mientras con cierto temor mantiene el equilibrio. A cada lado hay dos chicos jóvenes, también sonríen y de fondo aparece la torre Eiffel; a uno de ellos le conozco, conversamos ayer junto a la escalera. ¿Cuál será su relación con ambos? Son demasiado mayores para ser hijos del señor Goon, pero se le parecen en alguno de sus rasgos, deben ser hermanos, sí seguro que lo son. Transmiten una luz muy especial en sus miradas, y son guapísimos, los cuatro.

Me siento en la cama y destapo al pequeño hasta los hombros, mueve la naricilla. Va vestido con la parte inferior de un pijama y la superior de otro. Tiene el pelo arremolinado en el flequillo y me dan ganas de hacerle cosquillas.

—Buenos días, TaeOh. —Su nombre no se me olvida, se me ha quedado grabado. Él se remueve un poco y le toco la punta de la nariz—. Hay que levantarse, hay que desayunar… Soy Zoe, ¿te acuerdas de mí? —Abre un ojo y después el otro y sonríe en duermevela, pero se da la vuelta, dispuesto a seguir durmiendo—. Vamos, no me lo pongas difícil. ¿Me regalas un Buenos días?

—Buenos días —dice estirándose en la cama, arruga el entrecejo y se tapa con la sábana—. No quiero ir al cole.

—Pues hay que ir, no queda otra.

—¡No quiero! —responde molesto. Parece que no va a ser tan sencillo como esperaba.

—¿Por qué? En el cole se aprenden muchísimas cosas.

—En el mío no. En el mío todos son malos y no se aprende nada. —No le conozco, aún, no sé cómo convencerle, pero tengo que inventarme algo.

—Y si no fuésemos al cole, dónde te gustaría ir. —Se queda callado, está pensando—. Si pudieses elegir cualquier lugar de Madrid, ¿a dónde te gustaría ir?

—Al planetario. ¿Has ido alguna vez?

—No, nunca. ¿Y tú?

—Yo muchas veces —afirma destapándose la cabeza—. ¿Me vas a llevar?

—Tengo que preguntarlo, es mi primer día y no sé si puedo tomar ese tipo de decisiones. Pero si vas al cole contento, preguntaré si puedo llevarte el viernes por la tarde.

—¿En serio? —Se despabila de golpe y se pone de pie en la cama.

—Claro, ¿por qué no?

—La señorita Ji HyeRim nunca me llevaba a ninguna parte —asegura y se levanta de la cama veloz, me coje de la mano y me saca de la habitación rumbo a la suya. ¿Habré metido la pata? ¿Por qué no podría llevarle al planetario? Parece un lugar muy educativo.

Al entrar en su habitación TaeOh mira la cama impoluta y después a mí.

—A veces mojo la cama —dice tímido.

—Pues a mí me parece que está perfecta.

—Porque mi hermano JiSeung ha cambiado las sábanas. Pero la mojé.

—No te preocupes, eso tiene solución. A mí también me ha pasado alguna vez.

—¿En serio?

—Claro, quizá estás un poco nervioso y nada más. —Él se queda reflexionando un instante y asiente—. ¿Te duchaste después del pipí?

—Sí—añade. No me imagino a su padre duchándole. Tan serio y estoico. No lo imagino.

Después de que se vista solo con el uniforme del colegio le ayudo a comprobar que en la maleta están todos los libros que corresponden al horario del día, son en inglés, todos.

El desayuno coreano es muy distinto al español. La señora Choi pone ante TaeOh un plato de arroz y varios cuencos con verduras, carne y huevo.

—¿Quiere desayunar, señorita Lago? —me pregunta la mujer. Huele de maravilla, pero no me siento con la confianza necesaria como para hacerlo.

—No, muchas gracias.

—Buenos días, señorita Lago —me saluda la joven que el día anterior me asistió en la entrevista—. Soy SoonJo —dice doblándose a modo de saludo.

—Puedes llamarme Zoe. —Ella sonríe, pero no dice nada.

SoonJo dice algo a la señora Choi en su idioma, qué idioma tan peculiar, no hay modo de cazar ni una palabra, mientras TaeOh desayuna un plato de fideos con verduras y un huevo cocido. La señora Choi me descubre observándolas.

—Perdone señorita Lago, no nos hemos dado cuenta de que no nos entiende.

—Tranquila. No pasa nada.

—Supongo que nos acostumbraremos a que en la casa haya alguien que no entiende el coreano —dice una voz masculina a mi espalda, me giro y descubro que se trata del joven de ayer, JiMin. Me sonríe, junto a él entra en la habitación el otro chico de la foto—. Señorita Lago, le presento a mi hermano mellizo, Goon JiSeung. Aunque yo soy diez minutos mayor que él.

—Encantada —digo y el otro chico me saluda con un gesto inclinando su mentón.

—*Annyeonghaseyo* —dice JiSeung—. Disculpe. Hola, señorita Lago. Mi español no es muy bueno. Espero que cuide muy bien de TaeOh.

—Lo haré lo mejor posible, gracias.

—Vamos JiSeung, desayunemos que tengo que llevarte al conservatorio y voy con el tiempo justo —le apremia su hermano. Supongo que he acertado, son hermanos del señor Goon.

—SoonJo, lleva a la señorita Lago al garaje para que vaya sacando el coche —pide la señora Choi. La joven asiente.

—Hasta luego, señorita Lago —me despide JiMin.

—Hasta luego —les digo y sigo los pasos de SoonJo.

SoonJo se mete un pedazo de pan en la boca sin que la señora Choi ni los hermanos la vean y me hace un guiño, sonrío por su complicidad y la sigo por la casa. Cruzamos una puerta que

comunica con un pasillo. Entonces SoonJo cierra tras de mí y saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta de algodón, se lleva uno a los labios y lo enciende, dándole una honda calada.

—¿Quieres uno? —me pregunta y hago un gesto de negación—. ¡Qué contenta estoy de que te hayan seleccionado, Zoe! Las otras dos candidatas parecían un par de brujas. Nos vamos a llevar genial —dice con una gran sonrisa que le achica aún más los bonitos ojos rasgados. Estoy un poco descolocada, es como si se hubiese transformado al atravesar esa puerta.

—Gracias.

—¿De dónde eres?

—De Churriana, en Málaga.

—Pero vives en Madrid, ¿no?

—Sí, vivo en Hortaleza con unas amigas.

—Yo y mi madre vivimos en Chamberí. —Su español es perfecto, cristalino.

—¿La señora Choi es tu madre?

—Sí —asiente y da una nueva calada a su cigarrillo. Comenzamos a caminar por el corto pasillo que termina en una escalinata de cuatro escalones y comunica con un amplio garaje con el portalón final abierto en el que hay dos vehículos—. Pero en el trabajo no puedo llamarla mamá, me mataría —sonríe—. Dice que es muy poco profesional.

—¿Lleváis mucho tiempo trabajando para el señor Goon?

—Desde que llegó a Madrid, hace dos años. Es muy buen jefe. El año pasado llegaron los mellizos y el trabajo aumentó un poco, pero se está muy bien aquí.

—Parece bastante serio, el señor Goon.

—Casi todos los coreanos lo son, excepto con su familia y amigos que son más amistosos.

—¿Tú eres coreana?

—Soy española. Mis padres llegaron de Corea cuando mi madre estaba embarazada de mi hermano mayor. Montaron un restaurante, uno de los primeros restaurantes coreanos que hubo en Madrid. Nos iba muy bien, pero cuando mi padre murió, hace siete años, mi madre y yo pudimos sacarlo adelante unos años, pero al final tuvimos que cerrar. Mi hermano vive en Busán y nos ofreció irnos con él, pero yo no estaba dispuesta, tengo toda mi vida aquí. Después estuvimos trabajando en un restaurante chino, doce horas al día, durante dos años, hasta que encontramos este trabajo y estamos supercontentas.

—Siento mucho lo de tu padre.

—Gracias.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós. ¿Y tú?

—Veintiséis. —Caminando hemos llegado hacia uno de los vehículos, un todocamino alto y elegante, de color negro, con los cristales traseros tintados, techo solar y un adaptador de asiento infantil en los asientos traseros. Abre la puerta del coche y percibo el olor a nuevo—. Este es tu coche.

—¿Mío?

—Sí, bueno. Tuyo mientras estés cuidando a TaeOh —ríe. Por un momento creí que venía de regalo con el contrato, me río para mí. Ella apura su cigarrillo mientras me asomo al vehículo, es el coche más bonito que he visto en mi vida, está nuevo y lo voy a conducir. Estoy deseando—. En el navegador está guardada la dirección del colegio Los Girasoles y en la guantera están las instrucciones.

—Sé llegar, uno de mis sobrinos postizos va a su mismo cole.

—¿Sobrinos postizos?

—Los hijos de mi amiga —aclaro. SoonJo camina hasta un lateral del garaje en el que hay una estantería y saca un cenicero que tiene escondido detrás de una caja de herramientas y apaga allí la colilla.

—Bien pues, creo que ya lo sabes todo. Arrancas el coche, te detienes ante la entrada principal y el pequeño saldrá y se subirá. Le llevas al colegio, le recoges a las cinco y le traes a casa. Cuando vuelvas, mi madre y yo ya nos habremos ido, así que a las ocho le calientas la cena que estará en la nevera, el arroz en la arrocera, y se la sirves. ¡Mañana nos vemos!

—Espera, ¿hay algo que creas que debo saber? No sé, algo que hacía la anterior cuidadora y deba hacer, algo que irrite al jefe y no deba hacerlo… —SoonJo se queda pensando un instante.

—La señorita Ji HyeRim solía servir al señor Goon además de a TaeOh. Y a los mellizos si estaban en la casa. No tenía que hacerlo, pero lo hacía. Al señor le gusta el silencio, procura no ser escandalosa, que no se note que estás en la casa.

—Una pregunta que me puede ayudar a no meter la pata. ¿TaeOh tiene madre?

—Sí. Pero mejor no la menciones, él se pone triste y el señor también. Lo único que sé es que está en Seúl y tiene un hijo más pequeño de su segundo matrimonio, porque TaeOh habla a veces de su hermano y de que la echa de menos.

—Pobre. Parece tan dulce.

—Es muy bueno, pero últimamente está un poco nervioso.

—¿Por qué?

—No lo sé. Serán las notas, Ji HyeRim dice que es muy autoexigente.

—¿Ji HyeRim también es coreana?

—Sí. Ella es maestra, trabajaba en un colegio privado hasta que el señor la contrató. Bueno, hasta mañana —se despide SoonJo con una sonrisa.

Subo al coche, giro el contacto y arranca a la primera, es suave y cómodo. Lo saco del garaje y me detengo ante la puerta principal, un minuto después TaeOh sale de la casa y corre hasta el vehículo. Abre solo la puerta trasera y sube. Bajo dispuesta a abrocharle a la silla, pero cuando voy a hacerlo me mira sorprendido, ya está sujeto.

—¿Quieres que ponga música?

—Me da igual, señorita Lago.

—¿Podrías llamarme Zoe? Ya somos amigos y podemos tenernos confianza, ¿no crees?

—¿Somos amigos? —pregunta abriendo mucho los ojos, le observo por el retrovisor mientras pongo rumbo a su colegio por la ruta marcada en el navegador.

—Sí, claro.

—¿Has traído el anillo mágico? —pregunta y elevo el brazo para mostrárselo. Él sonríe de nuevo—. Cuando se lo cuente a Iker no se lo va a creer, que tengo una amiga mayor con un anillo mágico.

—¿Iker es tu mejor amigo?

—No, es un niño de clase.

—Seguro que tienes muchos amigos.

—No muchos. Los niños de mi clase son idiotas.

—Pues haz amigas.

—Las niñas son peores todavía —dice provocándome la risa.

—Quizá en unos años no pienses lo mismo… o quizá sí —digo para mí.

—¿Dónde vives señori… Zoe?

—Vivo a una media hora de aquí en coche.

—¿Tienes hijos? —La gran pregunta.

—No. Vivo con dos amigas. —Se queda pensando un instante. Hemos dejado atrás la puerta corredera que da acceso a la parcela y que se ha abierto al reconocer la matrícula del coche, con un aparato como el de los párquines que me deja alucinada, y abandonamos la propiedad.

—Cuando estábamos en Seúl mi mejor amigo vivía muy cerca de mi casa. Y siempre venía a verme.

—Supongo que ha tenido que ser difícil dejar a los amigos atrás. —Él se encoje de hombros y mira a través de la ventanilla del vehículo.

Apenas tardamos diez minutos en llegar al colegio, los astros se alinean y una madre abandona un aparcamiento justo ante la puerta y ocupo su lugar. En apenas dos minutos he acompañado a TaeOh hasta la entrada, me ha dicho adiós y sin volverse ha atravesado la puerta de hierro de color azul con el nombre del colegio Los Girasoles en un gran rótulo del mismo material sobre ella.

—Nos vemos a las cinco —digo, pero ya ha entrado. Voy a regresar al coche cuando veo que vuelve corriendo—. ¿Qué te pasa? ¿Te pasa algo?

—El anillo, no lo he tocado —afirma y le ofrezco la mano para que lo haga. TaeOh posa su mano sobre la mía. Coloco la izquierda encima, atrapándola entre las mías, él me mira y sonríe —. ¡Hasta luego!

Desaparece corriendo hacia el interior. Entonces tomo conciencia de que las mamás y cuidadoras que hay en corrillo a mi lado me miran, debo ser la novedad. Me dirijo al coche, tengo toda la mañana libre para hacer lo que quiera y un cochazo con el que moverme.

# Capítulo 12

## DoHwan

Son las nueve y veinte y no he recibido la llamada. No sé en qué estará pensando esta chica, ¿habrá sucedido algo? No, no tiene por qué haber sucedido nada. He visto en la aplicación del vehículo que ha llegado puntual al colegio y minutos después ha vuelto a ponerlo en marcha. Pero le he dejado en las instrucciones que después de dejar a TaeOh tiene que telefonearme y decirme cómo está, cómo ha entrado, si estaba triste… Anoche de nuevo mojó la cama. Me rompe el corazón verle tan nervioso, tan avergonzado, acudiendo a mí en busca de paz.

Voy a llamarla. No quiero parecer controlador u obsesivo, pero tampoco me parece responsable que se salte mis indicaciones el primer día.

Marco el número del móvil que la señora Choi ha debido entregarle a su llegada y unos segundos después descuelga la llamada.

—Buenos días, señor Goon.

—¿Dónde vas con ese cochazo, cacho perra? —oigo decir a una voz femenina de fondo.

—Sssst. —La manda callar—. Dígame, señor Goon.

—Señorita Lago, ¿ha dejado a TaeOh en el colegio?

—Sí, claro.

—Y, entonces, ¿por qué no me ha llamado?

—¿Tenía que hacerlo? —¿Me lo pregunta en serio?

—Claro que tenía que hacerlo. —Me aflojo el nudo de la corbata, con toda esta tensión me aprieta demasiado—. Cada mañana, después de dejar a TaeOh en el colegio tiene que llamarme o enviarme un mensaje diciéndome si ha entrado bien.

—Vale, no lo sabía.

—Está en las instrucciones.

—¿Qué instrucciones? —Comienzo a arrepentirme de haber accedido a los deseos de mi hermanito.

—¿Ha revisado la guantera?

—¿Tenía que hacerlo? Lo siento.

—Dentro de la guantera encontrará una bolsa de tela que contiene las llaves de la vivienda, recuerde que cuando regrese la señora Choi y la señorita SoonJo ya se habrán marchado, una copia de la tarjeta sanitaria de TaeOh, una tarjeta de crédito para cualquier necesidad que pueda presentarse y un plano de emergencia en caso de evacuación de la propiedad, además de una hoja con números de teléfono y la rutina diaria de TaeOh. —Ella guarda silencio—. ¿Me oye, señorita

Lago?

—Sí, le oigo. Cuántas cosas.

—Las habría visto si hubiese mirado.

—Lo siento.

—Si está el tiempo suficiente descubrirá que me tomo muy en serio el bienestar de TaeOh y espero que usted también lo haga.

—Por supuesto.

—Y por favor, no supere el límite de velocidad recomendado cuando lo lleve en el coche, ha circulado a cincuenta y ocho en travesía. —Silencio de nuevo—. ¿Sigue ahí?

—Sigo aquí, sí… ¿Cómo puede saber eso? ¿Es que tiene acceso a las cámaras de tráfico?

—Es un vehículo 4.0, tengo acceso a cada pieza de él desde mi teléfono móvil. —Ha sonado demasiado controlador incluso para mí—. Pero, por supuesto, solo miraré los datos mientras TaeOh esté en el vehículo.

—Ahá… Siento haber excedido en ocho kilómetros la velocidad permitida, pero no había tráfico. Aun así, no volverá a suceder.

—Eso espero —acepto de mala gana—. Dígame, ¿cómo ha entrado TaeOh?

—Bien. Ha ido directo, de buen ánimo, bien.

—Perfecto, gracias, señorita Lago. Hasta la tarde.

No debí seguir el instinto de TaeOh. No debí hacerlo. Oriente y Occidente somos tan distintos como un pez y un pájaro. ¿Qué sabe un pez de lo que es volar y qué puede saber un pájaro de las profundidades del océano? Esto no va a salir bien, estoy seguro.

Todo el mundo merece una oportunidad, es el primer día, me repito tratando de calmarme. Espero pensar lo mismo cuando llegue el ocaso.

La señora Dávila, mi secretaria, llama a la puerta del despacho, me espera una reunión interdepartamental para analizar la productividad del mes anterior. Hemos crecido, eso siempre es positivo, aunque siento que menos de lo que podríamos haberlo hecho.

Termino de enviar unos correos y la aviso para comenzar la reunión, le digo y ella asiente.

Aún no he terminado cuando alguien vuelve a llamar con los nudillos a la puerta, se trata de Kim JongSuk director del departamento de compras. Le conozco desde hace varios años, antes de que le trasladasen a España trabajábamos juntos en la central en Seúl. Nunca fuimos amigos, de hecho, en un principio ni siquiera me cayó bien, este par de años trabajando juntos ha hecho que le conozca algo más, a él y a su familia. Aunque no puedo decir que seamos amigos. Nunca me ha sido fácil abrirme a la gente, mis amigos pueden contarse con los dedos de una mano. Y Kim JongSuk no está entre ellos, a pesar de que tengamos una buena relación.

Aunque sí debo agradecerle que me facilitase la llegada a Madrid. Me ayudó a encontrar el hotel en el que viví solo el primer mes, antes de traer conmigo a TaeOh, e insistió en que comiese con él y su familia en un par de ocasiones tratando de que así me sintiese menos solo. Acepté por no ofenderle, no lo necesitaba, la soledad que me embarga en ocasiones no es sencilla de llenar. Aunque la llegada de TaeOh mejoró bastante mi estado de ánimo y los mellizos acabaron de completar mi círculo. Tenerles cerca es como volver a ratos a la infancia, al hogar bullicioso e inquieto en el que crecimos, cuando nuestra mayor preocupación era coger cangrejos en las rocas de la playa de Daecheon seguidos de cerca por la tía EunJi.

—Buenos días, DoHwan —me saluda con una gran sonrisa en su cara de luna llena. Si no fuese una década mayor que yo le habría pedido que no me tutease, no me parece apropiado porque en realidad no tenemos suficiente confianza para ello.

—Buenos días, JongSuk .

—Hoy hay *yakgwas*, galletas de miel, en la cafetería. Sé lo mucho que le gustan a TaeOh así que le he comprado unas cuantas —dice dejándome una bolsita de papel sobre la mesa de mi escritorio.

La empresa para la que trabajamos, KMobile, se ha preocupado de que la delegación española se sienta como una pequeña Corea del Sur en Madrid. El ochenta por ciento de los directivos son coreanos, aunque descendiendo en la escala jerárquica la gran mayoría de los operarios son españoles. La comida y el modo de trabajar es estrictamente coreano, aunque los informes y los partes de trabajo, todo lo que va destinado a personal español, está en su idioma. De todos modos, para cualquier empleado que pretenda ascender en la empresa un requisito fundamental es manejarse en nuestro idioma porque todas las comunicaciones con la central en Seúl se establecen en coreano. Por ello, para tratar de dar las mismas oportunidades a todos los trabajadores, a mi llegada establecí la oportunidad de recibir clases de nuestra lengua a los empleados en su tiempo libre, y ya hay un par trabajadores españoles en la categoría de jefes de unidad. Siempre he creído que sin la integración en el país la oportunidad de crecer absorbiendo el talento local es imposible.

—No era necesario, pero gracias —le digo y me pongo de pie, dispuesto a marcharme para la reunión. Pero entonces otra persona llama a mi puerta—. Adelante —exclamo. Se trata de Miguel Jung Rodríguez, el actual jefe del equipo de ventas. Un tipo de mi edad con quien no tengo demasiada confianza en lo personal pero absoluta en lo profesional, mitad coreano mitad español se maneja a la perfección en ambos idiomas. Kim JongSuk tuerce el gesto, sé que Miguel no le cae bien, aunque desconozco el motivo, si es que lo hay.

—Buenos días, señor Goon, señor Kim —nos saluda—. Señor Goon, me gustaría comentarle un par de actualizaciones de los datos que le entregué ayer antes de la reunión que va a tener con la central.

—Sí, claro. —Miro a Kim JongSuk con intención de que nos deje a solas, pero no parece darse por aludido, mira al techo y a mi estantería. ¿Cómo puede ser alguien tan duro para captar las indirectas? El jefe de ventas espera lo mismo—. Ahora le veo en su despacho señor Jung.

—De acuerdo —responde Miguel Jung abandonando la habitación. Miro a Kim JongSuk que hace una mueca de desaprobación.

—Menudo pelota está hecho, le falta tirarte la alfombra roja por donde pasas —asegura.

—Lo cierto es que no tengo esa sensación. Es un buen empleado, que es lo único que necesito, y además está agradecido por la oportunidad que le di.

—Una gran oportunidad. Casi en cuanto llegaste le contrataste y al poco le nombraste jefe de ventas. —Suena a reproche, ¿o estoy imaginándolo? Miro sus ojos, él reacciona sonriendo—. Y acertaste, es muy trabajador —asegura, pero no es sincero—. Tienes buen ojo para los empleados.

—Tengo que marcharme.

—Ah, sí, claro. Cuando te vayas a casa no olvides las galletas de TaeOh.

—No lo haré.

—Ese pequeño es encantador —afirma mientras camino hacia la salida. Sigue mis pasos y

abandonamos mi despacho.

# Capítulo 13

## Zoe

Cuando cuelgo el teléfono tengo la sensación de haber hablado con el padre más neurótico con el que me he topado en la vida. Pepi acaba de pasar a convertirse en una madre descerebrada a su lado. Precisamente estoy parada con el coche espía frente a la casa de Pepi, que me ha llamado para invitarnos a desayunar a mí y a Raquel, para celebrar mi nuevo empleo. Raquel ya estaba allí y ha salido a saludarme con un: «De dónde has sacado ese cochazo, cacho perra», que espero que él no haya oído.

—¿Qué te pasa? —me pregunta arrugando el entrecejo. Lleva el cabello rosado suelto, con un par de rastas mal hechas por ella misma, pero que le quedan muy simpáticas, por la parte interior del cabello.

—Ya podemos decirle a tu hermana que ha perdido el trono.

—¿Qué trono?

—El de madre controladora, mi jefe acaba de quitárselo. Y sé de lo que hablo, que sabes que la mía aún me hace llamarla cada noche. —Ella se echa a reír.

—Aún me acuerdo de cuando pasé en bragas por el salón y estabas en videollamada con tus padres.

—Y mi hermano —apunto subiendo la ventanilla y bajando del vehículo.

Pepi nos ha preparado un festín: tortitas, mantequilla, mermelada, pan moreno, un brownie, zumo, fiambres… Nos sentamos en la terraza trasera de su adosado en torno a una mesa de forja blanca que conoce la mayoría de nuestras aventuras y desventuras.

—¿Qué tal te ha ido esta mañana? Ya sabía yo que ibas a conseguir el trabajo —afirma Pepi, sentada a mi lado, sirviéndose el café de la cafetera exprés.

—Pues la competencia era dura: una señora mayor que era todo un sargento y otra chica joven también seria como un soldado de guardia. Y de verdad, que no tengo ni la más remota idea de por qué me eligió, si hasta le arañé con el anillo en la mano y le di un cabezazo —digo antes de comerme un pedazo de brownie que me durará un segundo en la boca y toda la vida en el trasero.

—¿Cómo pudiste arañarle? —pregunta la anfitriona horrorizada.

—Sin querer, le había dado la vuelta al anillo y al estrecharle la mano pues… —Pepi pone los ojos en blanco. No, no tengo remedio.

—¿Y el cabezazo?

—Me agaché y…

—Pues a mí me parece que ha sido cosa del destino. Me gusta mucho la energía que traes hoy,

es un cambio que va a encajar muy bien en tu vida, ya lo verás —asegura Raquel.

—No lo sé, tenía muy buena sensación hasta que me ha llamado enfadado porque no le he escrito o llamado después de dejar al niño en el colegio. Me ha preguntado cómo ha entrado, pues por la puerta, ¿no? No sé. No sé si aguantaré sin que me despida.

—Es cuidar de un niño y tú lo haces genial. Mis sobrinos te quieren más a ti que a mí —asegura Raquel con una sonrisa.

—Porque cuando se quedan contigo los obligas a comer brócoli para merendar, y encima crudo. Son niños, no ovejas —protesta Pepi—. No te habría recomendado de no estar convencida de que lo harás genial.

—No lo sé, su padre controla hasta los movimientos del coche en tiempo real y llevo un documento en el que por lo visto hay instrucciones hasta para qué hacer en caso de la Tercera Guerra Mundial, que aún no he mirado, por cierto.

—Eso no es nada malo, con los niños hay que estar preparados para todo.

—Ya —Raquel y yo reímos, estaba convencida de que no se lo parecería.

El sol se cuela por encima de los setos que rodean el patio trasero y nos calienta. También ilumina los juguetes que hay desparramados en la explanada de césped artificial: una moto correpasillos, una casa de exploradores y varias pelotas. Antes, cuando vivía en un piso, añoraba tener una unifamiliar como aquella, coqueta, pareada, con un patio trasero en el que los futuros niños pudiesen jugar tranquilos. Ahora sé que no habrá niños y cada vez veo más lejana la posibilidad de ahorrar para comprar algo así.

Quizá lo mejor sea que me vuelva a Málaga. Llevo algún tiempo barajando la idea. No he dicho nada a las chicas porque sé que pondrían el grito en el cielo, pero, al fin y al cabo, estoy en Madrid de trabajo temporal en trabajo temporal, sobreviviendo gracias a la caridad hospitalaria de mi mejor amiga, sin pareja y sin expectativas de avanzar de ningún modo. Necesito un cambio, aunque la idea de volver a casa con el rabo entre las piernas no me entusiasma lo más mínimo.

¿Cuál es su mayor logro profesional? Me había preguntado el señor Goon, tan serio y estirado. Y no supe qué contestar, salí por la tangente. Mi mayor logro profesional es sobrevivir en el mercado laboral a los veintiséis años.

Y él, ¿cuántos tendrá? El hecho de que esté divorciado, o viudo, fantaseo, y tenga un hijo de diez años me hace pensar que ha corrido bastante en su vida, o que parece mucho más joven de lo que es.

Nuestras vidas no pueden ser más distintas.

—Zoe. Zoe, baja de las nubes, cariño —me llama Pepi—. Te estoy diciendo que el sábado voy a coger cita para la esteticista para depilarme las cejas, por si quieres venir conmigo.

—¿Intentas decirme que parezco un búho?

—No. Ni mucho menos.

—Tranquila, Lucía me las depilará el fin de semana. No pienso volver a tu esteticista.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Tu esteticista casi se lleva un ojo la última vez que fui contigo, la depilación con hilo debería estar catalogada como un modo de tortura.

—Bah. Qué exagerada.

—No sé cómo podéis seguir depilándoos las cejas y el bigote, es un símbolo de opresión, de

esclavitud estética —protesta Raquel.

—Eso lo dices tú porque has heredado el bello rubio de la abuela, si tuvieses el bigote de sargento que tengo yo, verías como te depilabas.

—No lo creo. Pero bueno, no seré yo quien os libere de la opresión del patriarcado si no queréis. Chicas, me tengo que ir ya —dice Raquel levantándose de su sitio. Apenas ha comido un pedazo de brownie y se ha tomado medio vaso de zumo.

—¿Y eso?

—Voy a recoger a Carlos al aeropuerto, llega hoy —afirma con una sonrisa—. Tiene varios días libres y los vamos a aprovechar.

—Oooh, por favor… Cómprame tapones para los oídos, si no te importa —le pido y ella me saca el dedo corazón—. No me lo tengas en cuenta, es la envidia —le digo mientras va hacia su hermana y la besa en la mejilla y después hace lo mismo conmigo y se marcha. Raquel es así de cariñosa, nada que ver conmigo, que para que mis amigas me saquen un arrechucho tiene que ser fin de año, excepto con los hijos de Pepi a los que me como a besos, y a mi hermano.

Pepi está muy seria, sé que le pasa algo desde que he llegado, por la expresión de sus ojos. Están más oscuros que de costumbre y algo apagados. Es bastante transparente para mí, desconozco el motivo, pero puedo leer en sus gestos, en su fachada de perfección que se descascarilla en cuanto tiene un problema, desde que nos conocimos, quizá por eso confía tanto en mí.

—A ver, desembucha —le pido cuando nos quedamos a solas. Me mira haciéndose la desentendida.

—¿Qué?

—Que me cuentes qué te pasa, porque sé que te pasa algo. —Se echa hacia detrás en la silla de forja y se lleva el vaso de zumo a los labios, da un sorbo, parsimoniosa como si estuviese ordenando los pensamientos en su mente.

—No estoy bien, Zoe.

—¿Qué pasa, son los niños?

—No, ellos están bien, perfectos. —Respiro aliviada.

—¿Ángel?

—Ángel y yo… No sé. Estamos mal —comienza y le doy espacio para que decida qué quiere contarme y qué no—. Ya nada es como antes.

—¿A qué te refieres?

—A que creo que tiene una aventura. —Debe estar muy preocupada, de lo contrario jamás pondría en duda a su marido. Ángel siempre ha sido perfecto. Se frota las manos, entonces me doy cuenta de que tiene algo en su regazo, parece un móvil dentro de una funda de esas plegables.

—¿Por qué piensas eso?

—Ya nunca me busca para hacer el amor, Zoe. Y cuando le busco yo a él, siempre me dice que así no puede. Antoñito nos pilló una noche en plena faena, aunque no vio nada porque estábamos tapados con las sábanas, pero supo que pasaba algo extraño. Le dije que mamá y papá estaban jugando.

—¿Y?

—Y nada, se quedó conforme, eso fue el verano pasado. Y después Luis y él vieron en casa de mi madre una película de extraterrestres y por la noche comenzó a levantarse y a venirse a nuestra cama. No se acuesta con nosotros, pero todas las noches acaba en nuestra cama. Y a

Ángel le da miedo que nos descubran en plena faena, que nos descubra cualquiera de los dos. Al principio pensaba que está obsesionado con eso, que por eso siempre me rechazaba. Pero ahora creo que tiene que haber algo más.

—¿Y por qué crees eso?

—¿Tú ves normal que no le dé importancia al sexo? ¿Que me diga que no le importa que el niño se acueste con nosotros porque le encanta? A mí también me encanta, pero tenemos que buscar otro momento para estar juntos. Y no es fácil.

—Yo no tengo problema por quedarme con ellos.

—Lo sé. Antonio se iría contigo como siempre sin problema, pero Luis últimamente no quiere quedarse con nadie. Sabes que antes se iban algunos jueves con vosotras, pero ahora no quieren. Están muy a gusto en casa.

—¿Y por eso crees que Ángel tiene una aventura?

—Por eso y porque tiene dos contraseñas en el teléfono. Una para el móvil y otra para los mensajes. La del desbloqueo la sé, la otra no.

—¿Has intentado mirar su teléfono? Pepi, no debes hacerlo, es mejor que lo hables con él.

—Ya lo he hecho. Ayer discutimos. Me asegura que no es cierto, que no está con nadie, que me quiere —dice muy emocionada—. Es cierto que Ángel nunca ha sido un hombre fogoso, ni siquiera cuando éramos más jóvenes. —No sé si quiero oír esto, pero necesita desahogarse—. Nunca le ha dado demasiada importancia al sexo.

—No sé Pepi, hay gente que es muy celosa de su privacidad con el teléfono, ¿antes no era así?

—No. Pero antes Antonio no le cambiaba los fondos de pantalla, los iconos y todo, y le ha vuelto el móvil loco en más de una ocasión.

—Entonces tiene sentido, ¿no?

—Y cuando le llaman por teléfono se sale al patio, aquí afuera, porque dice que sino oyen el jaleo de los niños.

—Pepi, creo que lo mejor es que habléis en serio, que le hables abiertamente de tu necesidad de tener sexo…

—Todo esto me hace sentir una ninfómana y no lo soy. Con hacerlo una vez a la semana me conformo, pero van para dos meses de la última vez.

En ese momento oímos que alguien ha entrado en la casa, directo al salón, al mirar hacia detrás vemos a Ángel, tan elegantemente trajeado como de costumbre. Pepi me da el teléfono que tiene en las manos.

—Escóndelo, escóndelo —me pide desesperada y entiendo que no es el suyo. Me lo pongo debajo del trasero. La voy a matar. Ángel aparta los cojines del sofá supongo que buscándolo antes de dirigirse hacia nosotras.

—Buenos días, Zoe.

—Buenos días, Ángel. —Me siento como si tuviese una bomba nuclear en el culo. Se acerca a Pepi y le da un beso rápido en los labios.

—Cariño, ¿has visto mi móvil? Debí dejarlo fuera de la cartera del trabajo. He llegado a la oficina y me he dado cuenta cuando iba a llamar a un cliente.

—No, no lo he visto —responde con total tranquilidad. Supongo que fingida, pero podrían darle un Goya como mínimo. Ángel regresa al interior del salón a seguir buscándolo. Veo que ha cogido el teléfono fijo para llamarse.

—Tranquila, está silenciado —me susurra.

—Te voy a matar.

El móvil comienza a vibrar bajo mi pandero. Vibra y hace un zumbido que va a oír porque le tengo a menos de cinco pasos.

—Bueno como te decía Zoe, hemos pensado celebrar el cumpleaños de Antonio en un local que… —Pepi trata de hacer ruido.

—Sst. ¿Podéis guardar silencio un instante? —nos pide y está demasiado cerca, el zumbido es audible, tendría que estar sordo para no oírlo. Me va a descubrir, no hay duda. Se acerca más—. Suena por aquí —afirma a mi lado y siento que estoy poniéndome roja como un tomate. Me va a pillar y no sabré qué cara poner.

—¡Una rata! —grita Pepi y casi me da un infarto, señalando hacia el lugar en el que está la casita de juguete, al otro extremo del patio. Agarra a Ángel y le empuja hacia allí.

—¿Dónde? —Trata de hacerse el valiente, pero no parece muy convencido, agarra el cepillo que está en el pequeño trastero a nuestra izquierda, mientras Pepi me pide el teléfono. Se lo doy y lo echa en un gran cesto lleno de juguetes que está a mi izquierda, a un par de metros, y acude a donde su marido está apartando con cuidado la casita infantil.

—¡Ahí! Ahí la he visto.

—Pepi aquí no hay nada —asegura después de apartarla con más miedo que decisión.

—Se habrá escapado por entre los setos. Yo la he visto ahí —afirma con cara de terror. Lo que ha perdido el cine español, madre mía.

—Habrá que poner una trampa, por si acaso —asegura volviéndose, dejando el cepillo en su lugar—. No tengas miedo, tontorrona —le dice con cariño y le da un beso en los labios, yo me siento fatal—. La rata ha salido huyendo de ti.

—Qué gracioso eres —protesta ella regresando a su silla, a mi lado. Ángel se acerca a mí.

—Podríais llamarme, por favor. Necesito encontrarlo. He quedado con un cliente en media hora —nos pide y busco mi teléfono en el bolso y le obedezco. Comienza a vibrar, ahora más fuerte aún y es que en el cesto de juguetes hay varias piezas de Lego. Ángel camina hasta este y lo ve—. ¡Aquí está!

—¿Y cómo te lo has dejado ahí? —pregunta Pepi.

—No me lo he dejado ahí, lo dejé dentro de mi cartera del trabajo. Imagino que habrán sido los niños que habrán tratado de desbloquearlo. Bueno, tengo que marcharme. Que tengáis una buena mañana, chicas —dice dedicándome una sonrisa y no puedo evitar sentirme una rastrera.

—Te voy a matar Pepi. Ángel no te está engañando, estoy segura al noventa y nueve por ciento. Te mira con mucho amor.

—Ya. Amor platónico —protesta—. Vamos a seguirle, aún estamos a tiempo. Seguro que no ha quedado con un cliente.

—Cariño, no entres en bucle. Dale un poco de tiempo, no tienes más que un puñado de sospechas, de miedos infundados porque no está encima de ti para hacer el amor, pero es que a mí Fran me seguía buscando con las mismas ganas de siempre y tenía una cornamenta que ni todo el trineo de renos de Papá Noel. En serio, dale algo de tiempo y trata de no emparanoiarte.

—Está bien. Lo haré, pero porque no tengo coche con el que seguirlo —protesta, antes de dar un último mordisco a su tostada.

Son casi las dos cuando llego a casa. No me apetece cocinar así que estoy decidida a comerme el táper de ensalada de aguacate que me sobró del almuerzo de ayer. Sin embargo, cuando abro la puerta de la cocina me encuentro una escena que me arrebata el apetito. La del cuerpo sudoroso

de Carlos, el ligue de Raquel, completamente desnudo, como su madre le trajo al mundo, bebiendo agua a morro de la botella de la nevera, porque el veganismo no debe ser incompatible con compartir los microbios. Al verme ni se inmuta, al contrario, me sonríe.

—Hola Zoe, encantado de verte. —Me tapo los ojos y me golpeo en la cadera con el filo de la encimera de la cocina—. ¿Estás bien? —dice acercándose y me echo un paso atrás—. No te asustes, solo es un pene.

—Sé lo que es un pene, pero no tengo necesidad de ver el tuyo. Auch. —Me restriego la zona golpeada sin abrir los ojos. Él me posa una mano en el hombro y arqueo la espalda hacia detrás, como me roce en algún lado me da algo.

—El día que dejes fluir tu energía y te sueltes de todos esos corsés mentales, descubrirás que podemos dejar de ser mera apariencia y convertirnos en seres libres. Seres de luz, capaces de disfrutar del sexo tántrico —asegura y me da un golpecito en la nariz, espero que no se haya tocado en otro lado antes.

—Yo con el normal me las apaño bien —protesto. Él se echa a reír y le oigo alejarse. Cuando abro los ojos veo sus nalgas moviéndose por el pasillo en dirección hacia la planta superior. Raquel sí que debería sospechar de él, me parece que su libertad incluye navegar en lagos ajenos.

En la nevera no está mi táper de ensalada de aguacate. Miro el fregadero, bingo, se la han zampado. Si es que eso de fornicar como descosidos debe quemar mucha energía. ¿Y ahora qué almuerzo?

Comienzo a oír gemidos, Raquel está deshecha de gozo. Han debido dejar la puerta de la habitación abierta, porque esto no es normal. Con tanto *ah, oh, eh,* parece que esté en primero de primaria aprendiendo las vocales. Es una tortura que no estoy dispuesta a soportar. Con las mismas salgo de la casa y me marcho.

¿Es que Carlos no tiene una, por qué siempre tienen que venir a la nuestra? La excusa es que su apartamento es muy pequeño, si no salen de la cama poco importa, ¿no?

No sirve de nada quemarme la sangre. No es el primer tío que Raquel trae a casa. Pero sí el primero al que parece que le gusta exhibirse. Es como si quisiese que los oigan. Ya lo comenté con Lucía una vez, hace un par de semanas. Ella no ha tenido la *suerte* de coincidir con ellos. Y es que ese tipo no me acaba de convencer, estaba empalmado mientras bebía agua fría, ¿cuánto tiempo puede durar así y que le siga llegando la sangre al cerebro? Eso no es normal.

Sexo tántrico. Puf.

No tengo ni idea de cómo va eso. Casi se me olvida cómo va el normal, como para ponerme a investigar otro.

Mi teléfono móvil comienza a sonar. Es mi madre.

—Buenos días, mami.

—Buenos días, cariño, ¿qué tal el nuevo trabajo?

—Muy bien. He metido un poco la pata con mi jefe nada más empezar, pero bien.

—¿Y eso?

—Pues que me había dado una lista de instrucciones y no la vi, así que no las cumplí.

—Vaya por Dios.

—Tenía que haberle llamado y no lo hice. Así que me llamó enfadado. Es un poco neurótico, creo. ¿Qué podía haber pasado si el colegio está a cinco kilómetros de la casa?

—Tú te me perdiste en 20 metros. —Sonrío al recordarlo. Con seis años me escondí detrás de una duna para darle un susto a mi madre en la playa, era otoño y estaba desierta, casi se muere de un ataque al corazón—. La neurosis va un poco en el trabajo de ser padres. —Se queda en

silencio. Ella no suele hablar de ese tema conmigo, porque sabe que me hace daño, sé que se culpabiliza por no haberme llevado al ginecólogo antes para que hubiésemos podido descubrir lo que me sucede, pero quién podría imaginarlo. Mi pequeño útero de muñeca cumplía su función con las menstruaciones, mínimas, pero presentes, y eso hizo que no tuviésemos una señal de que algo me sucedía.

—¿Y vosotros cómo estáis? ¿Dónde está papá?

—En el huerto, ha ido a coger naranjas. Ya no sabemos qué más hacer con ellas, hemos hecho mermelada, zumo, flan de naranja, un bizcocho enorme… Más cuatro cajas que le hemos llevado a tus tíos al restaurante y otras dos bolsas a la madre de Lucía.

—Qué pena que salga tan caro enviármelas —me quejo. Las naranjas de mi padre son deliciosas, dulces y con pocas semillas.

—Pues ven a vernos y te llevas un buen cesto —afirma haciéndome sonreír, hace ya tres meses que no bajo a casa y lo cierto es que también tengo ganas de verlos—. Bueno cariño, te dejo porque vamos a comer, ¿quieres un poquito de arroz con verduras y gambas?

—Me encantaría. —Me ruge el estómago.

—Come bien. Besos cariño.

Que coma bien. Pues como no me detenga en algún restaurante no sé qué puedo comer.

Me compro un sándwich en un hipermercado. Son las tres y media, a las cuatro y media me dirigiré al colegio para recoger a TaeOh y llevarle a casa y ayudarle a hacer las tareas. Esto de tener jornada partida tengo que organizármelo mejor porque de lo contrario no voy a aprovechar nada las mañanas. Pero para eso tengo que alejarme del lupanar en el que se convierte mi casa cuando Carlos, el cámara con pértiga, llega de sus viajes alrededor del globo.

El día que repartieron la suerte alguien debió quedarse con mi parte. Con lo a gusto que estaba en mi pisito de alquiler en Tres Cantos hasta que Fran decidió que lo nuestro se acababa, y después descubrí por medio de Bruno, que buscó las redes sociales de la chica en cuestión, que llevaba meses engañándome.

No olvidaré la expresión de su rostro cuando me dijo con lágrimas en los ojos que sentía hacerme daño, pero que no podía superar que fuese estéril, porque él siempre había soñado con ser padre algún día. Y puf, mi vida se esfumó. Mis planes de presente: comprar un sofá nuevo y cambiar las cortinas a juego, los de futuro: las vacaciones en las islas griegas de ese verano, y hasta casi el pasado, se borraron en un abrir y cerrar de ojos. Toda la buena relación con su madre y su hermana, que me adoraban, se diluyó en un mar de *ya hablaremos*, *nos llamamos*, *te apreciamos mucho*, *nada tiene por qué cambiar* y blablablá. Tampoco a mí me apetecía alargar esa agonía y no insistí en continuar el contacto. Al menos les ahorré el sufrimiento a mis padres de tener que echarle de menos porque solo le veían en Navidad y vacaciones, un par de semanas al año. Y a mi hermano nunca terminó de caerle bien, decía que era un chulo prepotente y algo de razón tenía. Me pasé años justificando sus meteduras de pata, sus comentarios fuera de lugar, sus risas escandalosas y hasta sus garrafales faltas de modales. Para nada. Idiota de mí que nadie me mandó hacerlo.

Miro el reloj. Son las cuatro. Mi conciencia me dice que debo leerme todo el decálogo de buenas prácticas como niñera antes de recoger a TaeOh. Abro el bolsito de instrucciones y saco de él los tres folios doblados con meticulosidad, incluso las esquinas encajan a la perfección. Desdoblo el primero y leo con perfecta caligrafía:

«Horario:

8:00. Llegada a la casa.

8:00-8:40. Asistencia en el aseo, preparación y desayuno de TaeOh.

8:40. Salida hacia el colegio.

9:00. Entrada en el colegio. Enviar al señor Goon mensaje sobre cómo se ha levantado, sobre disposición para ir al colegio y su humor.

9:00-17:00. Tiempo libre.

17:00-20:00. Recogida de TaeOh del colegio, regreso al domicilio y realización de tareas.

20:00. Cena familiar.

21:00-22:00. Asistencia para el aseo y ropa de cama, acompañarle a la cama. Fin de la jornada laboral».

Madre mía, nunca he conocido a nadie tan cuadriculado. Debe anotar hasta la puntuación de los orgasmos, fulanita, un 8,5, menganita, suspenso… Eso si sabe lo que es tener un orgasmo que hay que dejarse llevar y no lo veo capaz. Al menos uno ha debido tener, ya que tiene un hijo, me río para mí y luego me regaño por malvada.

Con lo atractivo que es seguro que candidatas no le faltan, ya me lo pareció cuando le vi en el pasillo del colegio hablando por teléfono, si llega a saber que era yo la que estaba dentro del baño… Lástima que sea un robot.

Reviso el resto de las cosas que hay en el interior del bolsito y no hay ninguna sorpresa, ningún pase dorado de Willy Wonka. ¿Qué se debe sentir teniendo tanto dinero? Tampoco es que parezca muy feliz. Sé que el dinero no da la felicidad, no soy idiota, pero la facilita. Supongo que no es lo mismo tener que estar todos los meses mirando la cuenta bancaria que saber que tienes para pagar todo y puedes gastar un poco extra sin despeinarte.

Para mí este empleo ha supuesto un pequeño salvavidas, aunque sepa de antemano que solo se trata de un par de meses. Eran los que me quedaban para agotar mi prestación por desempleo y tengo ocho cientos euros en la cuenta. Si ahorro mil quinientos euros cada mes, al menos tendré tres mil con los que subsistir mientras encuentro el próximo empleo. O también puedo invertirlos en la matrícula y acabar el TFG de una vez. ¿Por qué tuve que dejarlo? Me pareció tan buena idea en ese momento que incluso discutí con mis padres por ello. Todo por ayudar a Fran en su empresa, sino habría contratado a un administrativo, que habría sido lo mejor.

Recibo un mensaje de Pepi.

*He estado pensando en lo que me dijiste, tienes razón, voy a darnos un tiempo a ver si mejora la relación. No voy a obsesionarme.*

Pepi sin obsesionarse, eso es como una limonada sin limón, me río para mí.

*Vale, espero que sea verdad,* le respondo. *Piensa que todo lo que estás fornicando de menos es para compensar lo que tu hermana lo está haciendo de más*. Escribo con caritas sonrientes y ella me devuelve un emoticono del dedo corazón levantado.

Me detengo en la entrada y antes de que me dé tiempo a aparcar TaeOh aparece por las puertas del colegio. Saludo a su maestra con la mano y él sube al vehículo.

—¿Qué tal te ha ido el día, precioso?

—Muy bien. Hoy hemos aprendido a dividir y es muy fácil.

—Qué bien. ¿Cuál es tu asignatura preferida?

—Matemáticas —dice convencido—. Las matemáticas lo explican todo. De mayor quiero ser científico astronauta.

—Y estoy segura de que lo serás. Es muy importante seguir tus sueños.

—¿Tú siempre quisiste cuidar niños?

—Lo cierto es que nunca se me había ocurrido, pero si son tan bonitos como tú no me importa —le digo y sonríe. Tiene una sonrisa preciosa, si no fuese porque aún no tenemos confianza y no sé cómo le sentaría a su padre, que parece tan reacio al contacto físico, le daría un buen achuchón.

Conduzco hasta la casa, la puerta para vehículos se abre con el mando a distancia del llavero para entrar y también la del garaje, en el que aparco. Abro la puerta trasera con una de las llaves. TaeOh se deshace de los zapatos y toma unas zapatillas del zapatero que hay junto a la puerta y me enseña otras.

—Estás son para ti —dice entregándomelas y le hago caso. Son nuevas. Cuando llegamos al salón deja la mochila sobre el largo sofá beis y la abre, sacando un par de libros—. Voy a hacer la tarea.

—¿Ya? ¿No vas a descansar un poco? —A mi sobrino postizo Antonio hay que matarlo para que se ponga a hacer la tarea a la vuelta del colegio. Él niega con la cabeza y se pone manos a la obra—. ¿Quieres merendar? ¿Te apetece algo de fruta?

—Vale. Quiero kiwi y plátano.

—Voy a mirar si hay.

Después de registrar la cocina veo que la señora Choi ha dejado en la nevera, además de un montón de cuencos distintos tapados, que imagino habrá que calentar al fuego para la cena, un bol cubierto con plástico transparente lleno de kiwi y plátano troceados. Me quedo a cuadros. ¿Tan bien le conoce que sabe incluso lo que va a apetecerle? No doy crédito. También hay un papel de notas pegado en el lateral de la nevera, con perfecta caligrafía española, imagino que escrito por SoonJo:

*«Señorita Lago:*

*Cuando llega a casa TaeOh merienda fruta, después a las ocho le servirá la cena, los platos que hay en la nevera puede calentarlos al fuego. En la arrocera está el arroz, pulse el botón Warm, que lo calienta en cinco minutos. Cena con cuchara y con palillos, están en el tercer cajón bajo el horno. Deje todos los cuencos usados en la encimera, gracias.*

*Señora Choi».*

Una casa sin lugar para la improvisación.

No lo concibo. Será porque me he criado con libertad para casi todo, un poco salvaje incluso. Mis padres nunca me obligaron a comer algo que no me gustaba, aunque sí me insistían en probarlo, me daban autonomía para vestirme, para acostarme, para salir, para merendar. Y no les he salido tan mal, creo. Aunque no sea una gran ejecutiva.

Le llevo la fruta y unos palillos metálicos, no creo que se la coma con cuchara. TaeOh comienza a escribir y comer, alternando palillos y bolígrafo y me deja alucinada con su maestría con los primeros. Estoy segura de que sería capaz de coger una mosca en el aire como el chico de

*Kárate Kid*. En un abrir y cerrar de ojos se ha comido todo el cuenco y ha terminado la tarea.

—¿Jugamos? —pregunta con ojos brillantes.

—Claro. Un momento. —Tomo sus libros y el cuaderno y los meto en la mochila.

Me doy cuenta entonces de que está bastante deteriorada, tiene algunos agujeros pequeños, como pinchazos. Y también varias manchas. Dentro está el táper en el que la señora Choi le puso el desayuno, lo tomo junto a la botella de agua y los llevo a la cocina, los dejo en el fregadero y regreso al salón. Una vez allí me quito la chaqueta y el jersey y me quedo en camiseta—. ¿A qué quieres jugar?

—¿A la consola?

—¿Cuál tienes?

—Nintendo Swich, Xbox, Wii, Play… la que quieras —asegura incorporándose y abriendo una de las puertas del mueble del salón, junto a la pantalla plana de dos metros. Ahí están. Antonio y Luis fliparían si viesen tantas consolas juntas—. ¿A qué te gustaría jugar?

—Da igual. Soy bastante mala para los videojuegos, me matan enseguida.

—No importa, señorita Lago. Podemos jugar en equipo y yo la salvo.

—Está bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que dejes de llamarme señorita Lago y me llames Zoe.

Ha pasado al menos una hora desde que llegamos cuando oigo abrirse la puerta principal, me asomo para ver quién ha entrado y se trata de uno de los mellizos, el que no tiene el cabello teñido, ¿cómo se llamaba? Trae a su espalda como mochila un porta instrumentos con forma de violín.

—*Annyeonghaseyo* —me saluda con una sonrisa comedida al alcanzarnos y dice algo más en coreano, supongo, a TaeOh.

—Dice JiSeung que ha roto con el coche una de las macetas que hay junto a la entrada del garaje.

—¿Qué? —pregunto alarmada.

—Es una broma para romper el hielo —dice JiSeung con una sonrisa y me siento invadida por el alivio—. Bienvenida a la casa.

—Gracias.

JiSeung se dirige al pasillo que conecta con la planta superior, imagino que a su habitación. Solo he visto la de TaeOh y la de su padre, que está pegada, pero después hay dos puertas más, además del baño, que serán las habitaciones de los mellizos.

Son casi las siete cuando TaeOh se ha cansado de que me maten una y otra vez en sus videojuegos, o de que me despeñe por los acantilados, o me caiga por las alturas porque tengo la coordinación de un pato mareado, pero es tan educado que no es capaz de decirme que jugar conmigo es un rollo. JiSeung bajó hace rato de su habitación con el violín y se dirigió a la puerta que comunica con el garaje, el pequeño me informó de que en el sótano está su cuarto de ensayo, al parecer es un talentoso músico y está acabando la carrera de violín. Minutos después comenzamos a oír sus melodías.

TaeOh se ha hartado de jugar y le ayudo a guardar sus mandos, primero enrolla los cables y después los coloca uno sobre otro en el mueble, y entonces oigo cómo se abre la puerta de la entrada otra vez y me pongo más derecha que una vela.

El señor Goon se adentra en el salón y es como si una ráfaga de viento moviese el aire, va vestido con un abrigo largo hasta la rodilla de color gris y en el interior lleva un traje azul cobalto con camisa blanca y corbata del mismo color que el traje que resalta el tono claro de su piel y su cabello oscuro.

Se acerca a nosotros en el sofá.

—Buenas tardes —me dice. TaeOh echa a correr a sus brazos. Él deja el maletín de piel sobre el sofá y le estrecha fuerte contra sí. Su mirada se dulcifica cuando le mira, es muy bonito. Pero la dulzura le dura poco, en cuanto le suelta vuelve a estar serio como si le hubiesen metido un palo…

—Buenas tardes —respondo y se marcha en dirección a la parte trasera de la vivienda.

—Va a su despacho —me informa TaeOh y entonces soy consciente de que me he quedado mirándolo.

—¿Qué te apetece que hagamos ahora? ¿O vas a pasar un rato con él?

—Está ocupado, trabaja mucho.

—Los papás y las mamás suelen trabajar mucho para que a los hijos no les falte de nada.

—Mi papá no está.

—Sí, acaba de llegar.

—No está, se murió. —Me quedo descolocada y mi rostro debe reflejarlo—. Él no es mi *abeoji*, es mi *hyung*.

—¿Qué significa?

—Es mi hermano mayor.

—¿Y los mellizos? ¿También sois hermanos?

—Sí.

—¿Y tu mamá? ¿Dónde está?

—Mi *eomma* está en Seúl. Con mi hermano pequeño DakHo. —Hay algo que no me cuadra entonces, la edad de la madre de TaeOh, no entiendo cómo puede tener unos hijos tan mayores y otros tan pequeños.

—¿Tus hermanos mayores y tú os vinisteis a Madrid y vuestra mamá se quedó con tu hermanito pequeño?

—Mi *eomma* no es la *eomma* de mi *hyung*, ni de JiMin, ni de JiSeung, su *eomma* se llama Hong JinAh —me explica paciente, estoy convencida de que ha percibido mi expresión de desconcierto. Ahora lo entiendo, son hermanos de padre—. Mi *eomma* vive en Seúl con mi hermano y su marido.

—Entonces, tu papá falleció y te fuiste a vivir con tus hermanos mayores, pero tu mamá vive en Seúl con tu hermano pequeño y su nuevo marido —repito para comprobar que lo he entendido.

—Sí. Yo me quedé con mi *hyung* porque mi *eomma* está muy ocupada con el pequeño.

—Siento mucho que tu papá falleciese, TaeOh. —Él enseria, no quiero ponerle triste, ¿para qué habré preguntado? Bocazas—. Bueno, aquí estás muy bien, ¿no?

—Sí, estoy bien. El anillo ha funcionado —afirma cambiando de tema. Lo agradezco.

—Claro, siempre funciona —le digo divertida—. ¿Y en qué lo has notado?

—En que Eva Pérez me ha hablado. Ella nunca me habla y hoy se ha sentado a mi lado para comer.

—Y Eva, ¿te gusta?

—Sí, pero mi *hyung* dice que soy muy pequeño para tener novia. ¿Con cuántos años se puede tener novia? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Supongo que depende de si te apetece tenerla… —salgo por la tangente.

—¿Tú tienes novio? —me pregunta haciéndome sonreír con su curiosidad. Entonces veo que el señor Goon está bajando las escaleras, se ha deshecho del abrigo y de la chaqueta del traje, los brazos fuertes se le marcan bajo la camisa.

—No tengo novio. ¿Quién lo necesita? —digo y percibo la mirada lejana de mi jefe mientras gira hacia el salón, sé que nos está oyendo, entre otras cosas porque el torrente de voz de TaeOh es bastante alto. Camina en nuestra dirección, cuando pasa por nuestro lado sonríe al pequeño, parece cansado, a mí no me dedica ni una mirada fugaz.

—*Hyung*, ¿puedo ir con la señorita Lago al planetario? —Así que no se le ha olvidado.

—¿Hoy? —Mira el reloj.

—No, hoy no. Uno de estos días. Le hace ilusión —intervengo.

—Siempre y cuando tengáis cuidado, no tengo inconveniente —dice y continúa su camino hacia el despacho, cerrando la puerta tras de sí.

A la hora de la cena TaeOh me acompaña a la cocina, mientras él ve un vídeo en inglés en su Tablet caliento los distintos cuencos de comida y le sirvo en la larga mesa de madera de la cocina.

SoonJo me dijo que la antigua cuidadora también servía al señor Goon y a los mellizos. A mí no me importa hacerlo, pero no sé si debo avisarlos o si les molestará que les interrumpa en lo que estén haciendo.

¿Qué hago?

—TaeOh, tu… —¿Cómo era la palabra?—. ¿Tu hermano mayor suele cenar contigo?

—Sí —responde antes de devolver la vista a la pantalla que sostiene entre las manos.

Por preguntarle no pasa nada, me digo. Inspiro hondo y me dirijo al despacho, toco la puerta con los dedos. Oigo decir algo en el interior y la abro. Está ojeando unos documentos que tiene sobre la mesa, alza la mirada hacia mí.

—Dígame, señorita Lago.

—Disculpe, señor Goon, pero ¿viene a cenar? —Arruga el entrecejo—. La cena está lista.

—Sí… Enseguida voy, gracias.

Cuando vuelvo a la cocina JiSeung está sentado también a la mesa, junto a TaeOh, y JiMin a su lado. Ambos han cogido sus platos y sus palillos y han comenzado a comer.

—Buenas noches, señorita Lago —me saluda JiMin con una sonrisa ladeada. Está muy guapo vestido con una chaqueta de cuero y vaqueros oscuros, en realidad los cuatro lo son. TaeOh porque aún es un niño, pero ya pueden distinguirse sus rasgos delicados, y tanto el señor Goon como los mellizos parecen sacados de una de esas series coreanas que tanto le gustan a Bruno. En realidad, JiMin con su pelo rubio platino y esos aretes pasaría por un cantante de Kpop—. Espero que no le importe que la haya añadido en mi Instagram.

—¿Lo has hecho? No lo he visto, pero aceptaré la invitación.

—No le acepte, señorita Lago. En dos días estará enviándole mensajes invitándola a salir —bromea JiSeung y su hermano mellizo le da una colleja—. Auch. ¿Es que es mentira? —TaeOh se ríe a carcajadas.

—No le haga caso, está celoso de mi éxito —dice enarcando una ceja. Me echo a reír también, sin poder evitarlo.

—¿Celoso? ¿De ti? —ríe JiSeung. JiMin hace un mohín con los labios molesto con su hermano y le dice algo en su idioma, regañándole. JiSeung le contesta algo ininteligible entre risas.

—¿Podéis comportaros, por favor? —Siento la voz profunda a mi espalda, sobresaltándome. Me giro y veo que los mira muy serio. Los tres se enderezan en el acto, aunque no mudan demasiado el gesto. Le respetan, pero le tienen confianza—. Es de mala educación que habléis coreano estando presente alguien que no entiende nuestro idioma —les recrimina.

—Discúlpenos, señorita Lago —me dice JiSeung uniendo las manos ante el pecho e inclinándose.

—Lo siento —añade JiMin imitándole.

—Tranquilos, todo está bien.

—*Hyung*, date prisa en comer que *toooda* la comida está caliente —comenta JiSeung y los tres ríen, el señor Goon deja escapar una sonrisa. ¿Qué pasa? He calentado todo, como ponía en la nota.

—TaeOh, te espero en tu habitación, voy a ir preparando el pijama, cuando termines de cenar sube —le pido y él asiente.

—Puede cenar con nosotros si lo desea —propone JiMin.

—Gracias, pero suelo cenar más tarde —digo cuando en realidad todo huele de maravilla y mi estómago está tan vacío que hace eco. Pero me moriría de vergüenza de que algo no me gustara y no fuese capaz de comerlo, además de temer que al señor Goon no le parezca adecuado que una empleada cene con ellos. Tomo uno de los platos del mueble y le sirvo una buena bola de arroz, preparo otros palillos metálicos y los dejo en uno de los huecos libres de la mesa, también sirvo un vaso de agua de la nevera y la dejo a su lado. El señor Goon me mira con cierta expresión de sorpresa, pero asiente y entonces me marcho.

Esa noche, cuando estoy relajada en mi cama y mi mente empieza a repasar lo que he hecho en todo el día, acude a mi pensamiento la sonrisa de TaeOh cuando le arropé con las sábanas y me preguntó si nos veríamos al día siguiente y le respondí que sí. Me parece un niño adorable, al menos por el momento. También pienso en la mirada seria del señor Goon. Y entonces soy yo la que sonrío. No ha estado tan mal mi primer día.

# Capítulo 14

## DoHwan

Hace ya rato que la señorita Lago se ha marchado de casa. TaeOh está dormido, en su cama, espero que pueda descansar esta noche, lo pasa demasiado mal cuando tiene escapes nocturnos. JiMin y JiSeung están cada uno en su habitación, no quiero saber haciendo qué.

Yo he mandado un par de informes a la central y ahora por fin tengo un momento para mí. Necesito estos minutos de tranquilidad, frente a la chimenea eléctrica, con una copa de vino que me sabe a gloria.

Pienso en que el primer día con la señorita Lago no ha estado tan mal. A excepción de que olvidase llamarme después de dejarle en el colegio. Parece bastante paciente, eso es algo bueno, TaeOh en ocasiones puede ser muy intenso. También es diligente, incluso me ha puesto los cubiertos en la mesa, sin tener por qué hacerlo. Aunque ha calentado el *Naengmyeon*, la sopa fría de fideos y los cuatro nos hemos mirado con una sonrisa conscientes de su desconocimiento. También se ha dejado olvidado un jersey, es rosa y lo encontré entre los cojines del salón, lo he doblado y dejado sobre el aparador de la habitación de TaeOh, para que mañana por la mañana lo vea cuando vaya a despertarlo. ¿Cómo puede dejarse olvidado el jersey? No sé de qué me extraño cuando ya se dejó olvidado el bolso en la entrevista.

Ayer, cuando ambos estábamos bajo el paraguas, cuando me disculpé por mi pregunta incómoda, me di cuenta de que sus ojos estaban enrojecidos, imagino que había llorado. No pretendí lastimarla con mi pregunta, en ningún momento, pero no pude evitar sentirme culpable por haberla molestado. En ese momento, me pareció tan frágil… ¿Qué le habrá sucedido? ¿Cuál será ese *fracaso* que aún la martiriza? Me inquieta, aunque sé que no debería hacerlo.

Solo espero que estos meses TaeOh esté bien atendido y que seguir su corazonada no me ocasione más dolores de cabeza de los que ya tengo en el trabajo.

Esta tarde, en el camino de regreso, he dejado a Kim JongSuk en su casa. Me contó que su coche está en el taller y me preguntó si podía acercarle. Si tuviese un poco más de iniciativa y decisión estoy convencido de que el puesto que ocupo en la dirección se lo habrían ofrecido a él. Nadie mejor, cuando ya estaba en el país y conocía la empresa a la perfección, un hombre casado, de casi cuarenta años, con una vida estable… Sin embargo, el señor Yeon decidió que yo fuese el elegido. Quizá ahora tenga una nueva oportunidad. Aunque nadie sabe que me marcho, me prohibió expresamente que contase que nuestra estancia era temporal porque a su parecer eso

haría que me fuese más difícil hacerme con las riendas de la empresa. No lo fue, al menos por este motivo, sino por el desastre en el que la había dejado sumida mi predecesor.

Una vez en la puerta de su casa, Kim JongSuk ha insistido en que bajase a tomarme un té, no lo he hecho porque quería llegar temprano para ver cómo le había ido el primer día a mi hermano pequeño con su nueva cuidadora. Por el camino hemos estado hablando una vez más de lo diferente que es nuestra cultura a la de este país. La confianza que se muestran entre ellos a las pocas horas de conocerse y lo difícil que es para nosotros romper esa barrera invisible, por respeto hacia la otra persona. Al menos en mi caso, JiMin y JiSeung se han adaptado a la costumbre con rapidez y tutean a casi todo el mundo.

Me siento afortunado de tenerles conmigo, estos últimos cuatro años en los que nos hemos visto a escondidas han sido duros. Pero ni una sola vez me perdí uno de los recitales de JiSeung, a pesar de tener que enfrentarme a la mirada de desprecio de nuestra madre. JiMin ha dormido en mi casa en muchas ocasiones, cuando discutían por cualquier motivo, y siempre había un reproche de su parte en mi teléfono por acogerlo, siempre la misma historia, que estaba apartándoles de ella.

Sin embargo, nunca se arrepintió de alejarme a mí de su lado.

Duele.

Entonces recibo un mensaje de la tía EunJi, como cada noche. Es una fotografía, un selfi en el que aparece junto a la señora Jung, su vecina y amiga. Las dos están en la playa, sonrientes, cada mañana van a caminar por la orilla. Miro la hora, son las siete en Corea. Observo sus ojos que rebosan auténtico amor, amor verdadero, ese que no varía con el tiempo y el espacio. Es lo peor que llevo de vivir lejos de Corea, no tenerla cerca. Y sé que JiMin y JiSeung sienten lo mismo. El humilde hogar de la tía EunJi es nuestro hogar. Ahora que sé que está bien ya puedo irme a la cama y dormir unas horas.

# Capítulo 15

## Zoe

Casi sin darme cuenta ha transcurrido una semana desde que trabajo en casa de los Goon. Los días se han sucedido veloces y he ido ganando confianza poco a poco. Sé que no soy la cuidadora perfecta, al menos como creo que al señor Goon le gustaría: olvidé llamarlo el primer día, me dejé el jersey en su casa y otro día una chaqueta, ayer, no sé cómo, hice saltar la alarma cuando me iba… Pero, a pesar de todo, creo que no ha estado tan mal. Lo hago lo mejor que puedo y lo más importante es que TaeOh, parece estar contento conmigo.

La señora Choi y SoonJo son muy amables, aunque solo nos vemos durante el desayuno cada mañana, siempre intentan ayudarme y enseñarme cosas sobre la cultura coreana. Cosas como que la sopa *Naengmyeon* es una sopa fría de fideos que serví caliente el primer día. Ahora entiendo las miradas de complicidad entre los hermanos.

Gracias a ellas también he aprendido algunas palabras muy básicas en coreano. A decirlas, porque escribirlas ni me lo planteo. Me han enseñado que *kamsahabnida* significa gracias, que *annyeonghaseyo* es como hola, y *annyeong* tanto hola como adiós, que *ne* es sí, y *aniyo*, no, que *pali pali* es deprisa y *chingu*, amiga. A TaeOh le divierte mucho que trate de pronunciarlas y me corrige con paciencia mientras practico con él en el coche camino del colegio.

Hay días en los que va con muchas ganas y energías, otros en los que le cuesta levantarse y me repite que no quiere ir porque allí no se aprende nada. Es cierto que no es un niño que corra en busca de sus amigos cuando llegamos a la escuela, en ocasiones pienso que su actitud es demasiado madura para su edad, pero también resulta lógico cuando está creciendo rodeado de hermanos veinteañeros.

JiMin y JiSeung son muy amables conmigo. JiMin me agregó a su cuenta de Instagram y es muy divertido ver sus *stories*, haciendo bailes y fotografías imposibles, Bruno dice que parece un auténtico cantante de Kpop, eso seguido de un montón de obscenidades sobre lo guapo que es y lo bueno que está. Y JiSeung, aunque es más reservado, siempre tiene una sonrisa luminosa como saludo, me encanta oír cómo toca el violín, a veces JiMin también baja a ensayar con él, toca la guitarra eléctrica, y la música llega al salón a pesar del aislamiento del cuarto de ensayo.

Poco a poco he ido haciéndome con la casa, al menos con la planta inferior y la habitación de TaeOh. Aunque no tengo por qué hacerlo le ayudo a ordenar su cuarto y a colocar su ropa, que SoonJo deja doblada cada día sobre el aparador. Donde también ha colocado la que yo he dejado olvidada.

El señor Goon, todas las tardes, cuando llega da un beso a TaeOh y después se mete en su

despacho y trabaja un par de horas más. No sé cómo puede aguantar ese ritmo porque cuando llego cada mañana ya se ha marchado al trabajo. Según SoonJo tiene veintiocho o veintinueve años, pero por su actitud parece que tenga cincuenta. Solo le he visto sonreír un par de veces y ha sido a causa de TaeOh. Me preguntó si es así o le sucede algo. Y tampoco he logrado averiguar aún por qué se ha hecho cargo de TaeOh cuando su madre está viva y tiene otro hijo. La cotilla que habita en mi interior no para de querer averiguarlo, aunque trato de acallarla porque preguntar demasiado solo puede hacerme meter la pata.

Es viernes y TaeOh se levanta deprisa, estaba en su cuarto, así que llevamos tres noches sin escapes nocturnos. Eso le tiene muy contento y a mí también. Está lleno de energía, se viste enseguida y bajamos la escalera como un rayo.

—¿Hoy vamos a ir al planetario? —me pregunta ilusionado. Se lo prometí y vamos a hacerlo, el señor Goon lo sabe y ha dado su consentimiento, no quiero recordar lo nerviosa que me puse al preguntárselo ayer.

—Sí, esta tarde iremos.

—*Bieeeen*… ¡Señora Choi, señorita Kan, hoy iremos al planetario! —anuncia feliz. La señora Choi sonríe y SoonJo asiente mientras coloca los platos del lavavajillas en el mueble.

—Qué bien TaeOh, lo vais a pasar genial —dice SoonJo.

—Voy a enseñarle a Zoe muchas estrellas, aún no sabe cuál es mi favorita, aunque se ve desde mi habitación —me advierte—. Pero no te diré cuál es, a ver si lo adivinas.

—Eso sería un milagro TaeOh, entiendo muy poco de estrellas.

La señora Choi me pone por delante un plato de sopa calentita que huele de maravilla. No he tomado nada en casa porque llegaba con el tiempo justo.

—Vamos, pruébela, no me haga ese feo —me pide. Asiento y me llevo el cuenco a los labios, dándole un sorbito. Sabe deliciosa. Es una sopa de pollo con verduras y fideos que me sienta de maravilla, es la primera vez que desayuno sopa en mi vida. No sé si podría acostumbrarme a desayunar así cada día.

—TaeOh, ya que no tengo experiencia con nada que tenga que ver con Corea, cuando haga algo mal, ¿podrías decírmelo para ayudarme? —le pido mirando sus ojitos negros por el retrovisor cuando vamos camino del colegio. Él afirma sonriendo.

—Sí, lo haré.

—Como por ejemplo cuando sirvo una sopa caliente que debe ser fría. —Él se echa a reír. Sus ojitos se convierten en dos rayitas curvadas y me dan ganas de parar el coche y morderle los mofletes—. ¿Cómo se presenta hoy el día en el colegio? ¿Algo interesante?

—Bueno, tenemos música a primera hora, el profesor, don Aureliano es muy exigente.

—Y eso es bueno, ¿no?

—Sí. Yo saco buenas notas. —No me cabía la menor duda—. Me gusta la música, de mayor quiero tocar en una banda, como JiMin y JiSeung.

—¿JiMin y JiSeung tocan en una banda? —pregunto y él se lleva ambas manos a los labios, se le ha escapado.

—No.

—Vamos, dime la verdad. ¿Es un secreto? —TaeOh mira hacia todas partes, sin saber qué decir—. ¿No confías en mí?

—Sí, pero es un secreto.

—Vale, lo entiendo. ¿El señor Goon lo sabe? —Hace un gesto de negación. No sé por qué, pero lo suponía. Sonrío sin poder evitarlo, por más que quiera controlarlo todo, el señor Goon no es todopoderoso y trabaja demasiado como para estar atento a cada movimiento de sus hermanos —. Pues podríamos ir a verlos algún día.

—¡Sería genial! JiMin canta igual que los BTS.

—¿JiMin canta? ¿Quiénes son los BTS?

—¿No lo sabes? Son famosos en *tooodo* el mundo. —No en mi casa, pienso. Pero entonces comienza a tararear una canción que sí reconozco, una llamada Dinamite, que Bruno ha estado oyendo en bucle en plan obsesivo los últimos meses.

—Ah, ya sé quiénes son. Pero creía que eran japoneses.

—¡Son coreanos! —explica molesto con la confusión—. Los coreanos y los japoneses no nos parecemos en nada —afirma cruzando los brazos ante el pecho, haciéndome reír. Si él lo dice, yo lo creo.

En la puerta del colegio, donde esperamos que abran, me fijo que a la mayoría de los niños que nos rodean no les traen sus padres. Hay un sinfín de niñeras de múltiples nacionalidades, con las mochilas en sus propias espaldas la mayoría, aguardando a que suene el timbre de entrada. TaeOh carga su propia mochila y estoy convencida de que no me permitiría que lo hiciese yo aunque se lo pidiese.

Hay dos niñas, una morena y la otra rubia, que le miran y cuchichean entre ellas. Sus niñeras no les prestan atención, una está mirando el móvil y la otra conversando con otra mujer. La niña morena, con cara de romper vajillas enteras, le hace una burla, sacándole la lengua. Observo a TaeOh, que aprieta los labios y mira hacia otro lado.

Será antipática.

No me gusta ni un pelo. Tiene pinta de chulita de la clase. Ay, cómo las odiaba. Nunca fui popular, más bien lo contrario, era la cara mustia con gafas y la frente como un Ferrero Roché con la que se metía Belarmino Muñoz, un niño cuyo nombre hubiese dado mucho juego de no ser porque tenía espíritu de líder, ya fuera de una clase o de las hordas bárbaras que arrasaron a los límites del Imperio Romano. El pequeño dictador Belarmino la tomó conmigo, y lo mismo me quería dar un beso por sorpresa, que me abrió la puerta del baño mientras hacía mis necesidades dentro, que me rompió una mochila haciéndole un gran agujero. Pero mi profe de inglés en sexto, Carmela Napolitano, una maestra de origen italiano que llevaba muchos años viviendo en España, me dio un consejo que jamás olvidaría: los acosadores se hacen más fuertes si no les plantas cara, defiéndete. Fue así cómo fui capaz de gritarle en mitad de la clase que me dejase en paz cuando me golpeó con una bomba de papel en la cara. Me castigaron por alterar el orden, pero él se sintió avergonzado delante de todos. En aquella época el *bullying* aún era considerado *cosas de niños*.

Mi sentido arácnido me dice que esa niña no es trigo limpio. La miro, ha vuelto a sacarle la lengua a TaeOh y la otra que está a su lado, la rubita, se ríe. Me digo que quizá no es para tanto, un acto puntual de una cría maleducada, pero se me está hinchando la vena…

—¿Quiénes son esas niñas? —le pregunto agachándome a su lado, indicando hacia ellas con la nariz.

—Son Cayetana y Patro.

—¿Patro? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Patrocinio de todos los Santos Sáez de Buendía Suárez —recita de memoria.

—Vamos, el nombre es más grande que ella. ¿Y Patro es la rubia o la morena?

—La morena. ¿Por qué me preguntas por ellas?

—Porque sí. ¿Se meten contigo o algo? —Le miro a los ojos, él hace un gesto de negación, pero aún no le conozco suficiente para saber si me miente—. Si se meten contigo dímelo, que tengo unos alicates nuevos con los que le pillo esa lengua y se le quitan las ganas de sacarla. —TaeOh se ríe, en su cara se refleja su sorpresa por mi comentario.

—Vale. Gracias, Zoe —dice justo sobre la campana del timbre, me coge la mano, tocando con sus deditos la piedra de mi anillo, como cada mañana, y se mete directo al colegio.

Cayetana y Patro entran tras él, sin quitarme los ojos de encima. Bien que hacen.

Nunca unas niñas de diez años dieron tanto miedo.

Llego a casa y aparco con la sensación de que hay algo que no he hecho y entonces mi móvil de trabajo comienza a tronar y me acuerdo de Santa Bárbara y me preparo para la tormenta eléctrica que está a punto de caerme encima. Otra vez no he llamado al señor Goon. Con lo bien que iba sin saltármelo en tres días. Miro el teléfono como si quemase, salgo del coche mientras suena y entro en la casa. ¿Qué excusa me invento? Tiene que estar muy enfadado, es la segunda vez esta semana, el primer día y hoy. Me va a llamar de todo menos bonita.

En el salón está Raquel, se ha quedado dormida en el sofá, con la cabeza hacia detrás, la boca abierta, y una taza de café sobre la mesita.

El móvil vuelve a sonar, me dirijo escaleras arriba hacia mi habitación con intención de no despertarla, después del maratón sexual que ha tenido toda la noche, es lógico que esté molida. Qué ganas tengo de que a Carlos se le acaben los días libres. Abro la puerta de mi cuarto y…

El cámara está en mi habitación con el cajón superior de mi cómoda abierto. No entiendo qué hace allí hasta que me fijo que en su mano derecha tiene una de mis bragas y está oliéndola. Son unas de corazoncitos con relieve peludito, las que sujeta contra su nariz y sus labios. Me quedo de piedra. Al menos está vestido. Tardo unos segundos en reaccionar, mirándolo, él las sostiene y sonríe con todo el descaro del mundo. Me olvido de que me está sonando el teléfono.

—¿Qué coño haces?

—Te doy cien euros por ellas, quinientos por las que tienes puestas —me contesta sin inmutarse.

—Pe… Pero ¿estás loco? Eres el novio de mi amiga. ¡Suelta eso ahora mismo!

—¿No quieres los cien euros?

—Quiero mis bragas —digo tratando de arrancárselas de las manos, no las suelta, tiro con fuerza y se las arrebato—. Sal de mi cuarto ahora mismo, pervertido.

—Era una broma, mujer, no te lo tomes así.

Abandona mi habitación con paso lento y parsimonioso cuando el móvil vuelve a sonar.

—Lo siento, lo siento, por favor perdóneme, señor Goon —descuelgo disculpándome, aunque no creo que sirva de nada.

—Una sola instrucción, señorita Lago, una sola tiene que llevar a cabo por las mañanas. No le exijo un reporte continuo durante la tarde de cómo está TaeOh, no le exijo que me llame y me cuente cómo merienda, o cómo hace la tarea, solo le pido que me llame después de que entre al colegio —Casi puedo sentir el fuego que está destilando por los ojos y da miedito. Me lo merezco.

—Lo sé. Y lo siento.

—No basta con que lo sienta. Es la segunda vez en su primera semana… —Va a despedirme, lo sé. Va a hacerlo y no puedo justificarme.

—Lo siento, pero… Pero… He llegado a casa y me ha sucedido algo y…. me he puesto muy nerviosa…

—¿Está bien?

—Sí, sí… estoy bien. Ha sido solo un susto. —Uno bien grande del que tardaré en recuperarme, digo para mí—. Lo siento, de verdad que lo siento. No suelo ser tan irresponsable. Perdóneme por favor, le haré una tarde de sábado gratis, o un domingo, le haré la compra, le llevaré el desayuno al trabajo, lo que sea, pero no me despida, por favor. TaeOh está bien, ha entrado contento al colegio. No volverá a pasar, de verdad, se lo prometo.

—Esta tarde va a llevarle al planetario, ¿verdad?

—Sí. Iremos a casa, hará la tarea y nos marcharemos. Quizá regresemos un poco más tarde para la cena.

—Eso si no le deja olvidado allí…—masculla en voz baja. Me lo merezco así que no rechisto. Aunque jamás me dejaría olvidado a TaeOh en ninguna parte porque es más bonito que las pesetas, a él sí—. De acuerdo. La veré después, señorita Lago. Adiós.

—Adiós —digo justo antes de que cuelgue. Me estoy cubriendo de gloria con mis despistes. Pero ¿por qué es tan importante para él saber cómo se levanta y cómo va al colegio? No lo entiendo.

Y ahora que hemos dejado de hablar tengo algo que hacer.

Bajo la escalera dispuesta a enfrentar a Carlos y a explicarle el significado de la palabra intimidad. Cuando llego al salón está vacío, oigo ruido en la cocina, pero entonces mi madre me llama por teléfono.

—Buenos días, mami.

—Hola cariño, ¿cómo estás? ¿qué tal va ese trabajo?

—Pues si me hubieses llamado hace diez minutos te habría dicho que bien. Pero acabo de meter la pata y lo mismo me despiden.

—¿Por qué has metido la pata?

—Porque he vuelto a olvidar llamar a mi jefe cuando TaeOh entró al colegio.

—Anda, Zoe, hija. Eres un desastre.

—Gracias por tu apoyo.

—Pero por eso no te va a despedir, estoy segura. Discúlpate y no vuelvas a olvidarlo y verás como todo va bien.

—Ojalá. ¿Y tú cómo estás, y papá?

—Papá bien. Con su humor negro de siempre.

—¿Habéis discutido?

—Yo no discuto con él, nunca. Él discute conmigo.

—¿Por qué?

—Porque tiene que hacerlo todo a su manera. Cuarenta años he fregado yo los cacharros y no me he quejado, y ahora que es él quien friega, siempre me está regañando. Que no amontone los platos unos encima de otros, que lo dejo todo dentro del fregadero…

—Sois los nuevos Pepa y Avelino, siempre relatando.

—Ya. Pero mientras friegue, que relate lo que quiera.

—Te quiero mucho, mami, cuídate.

—Lo mismo te digo, despliega tu simpatía y gánate al niño y verás como no te despide.

—El niño es un amor, mamá. Es para comérselo.

—Pues mejor aún. Ánimo, cariño.

—Gracias, mami.

Quiero creer en las palabras de mi madre, que mi falta no es suficiente para ser despedida y que el cariño de TaeOh me salvará. Ojalá, porque me está gustando este trabajo, al menos hasta el momento.

Me dirijo a la cocina. Carlos está preparando una tortilla francesa y Raquel le observa con ojos brillantes. Ha desplegado un arsenal de platos para el desayuno, tomate en rodajas, ajo picado, taquitos de aguacate, y café humeante en la cafetera.

—Mira qué bien me cuida mi amorcito, ¿has visto? —me dice con la ilusión de un cervatillo que encuentra los primeros brotes verdes en el bosque, y me acuerdo de la madre de Bambi y cómo acabó la pobre.

—¿Podéis comer huevos? Provienen de los animales.

—Son huevos ecológicos, ningún animal ha sufrido para proporcionárnoslos —responde el oledor de bragas. Raquel sonríe de oreja a oreja, ¿cómo voy a montar una escena ahora? ¿Le digo a mi amiga que he pillado a su novio oliendo mi ropa interior y que me ha ofrecido quinientos euros por la que llevo puesta? ¿Me callo y hago como si no hubiese pasado nada? ¿QUÉ HAGO?

—Me voy.

—¿No desayunas? —me pregunta mi amiga y la miro queriendo decirle mil cosas con los ojos. Tengo que pensar en cómo contárselo, pero tengo que hacerlo.

—No, tengo cosas que hacer. —Carlos me observa con absoluta normalidad, sin un solo gesto que delate incomodidad o malestar, como si lo que ha hecho fuese de lo más corriente.

Como necesito un café con urgencia me voy al Sixties donde Rodolfo me sonríe de oreja a oreja al verme entrar. Me sirve y me pregunta cómo estoy, hace al menos una semana que no paso por allí, le explico que he encontrado trabajo y tengo las tardes ocupadas. Entonces me dice con una sonrisa que no le deje tan abandonado. Al final va a ser verdad que le gusto. No me da tiempo a terminar el café cuando mi móvil comienza a vibrar, lo miro y se trata de Pepi.

—Buenos días.

—¿Dónde estás? —pregunta con voz apremiada.

—¿Te pasa algo?

—¿Aún tienes el coche? —Con su pregunta es como si dudase de que continúo con el empleo.

—Sí.

—¿Puedes recogerme? Necesito ir a un sitio. Pero es urgente.

—Bueno, vale. Ahora mismo me paso, ¿estás bien?

—Sí. Estoy bien, pero date prisa.

—Voy.

Nunca me han gustado las adivinanzas ni las intrigas. Cuando mi ex me dijo que teníamos que hablar le pregunté si iba a dejarme, aunque lo cierto es que creía que me contestaría que no y ahí me llevé una bofetada de realidad épica. Así que me despido de Rodolfo, que parece bastante

desanimado por mi abandono, y tomo mi coche prestado rumbo a la casa de mi amiga.

Al llegar está en la puerta, esperándome, tan arreglada como de costumbre. Maquillada y vestida con un traje pantalón de tweed con el que dejaría a Kate Middleton a la altura del betún. No me da tiempo a saludarla que ya está subida en el coche, lleva abierto un mapa que detalla una posición en su teléfono.

—¿Dónde vamos?

—Al Hospital Santa Cristina.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, no vamos al hospital, vamos al lado del hospital.

—Ah, no me des esos sustos.

—Susto el que tengo encima, anda vamos, ponte en marcha.

—No me voy a poner en marcha hasta que no me cuentes qué pasa —protesto girándome para mirarla, ella hace un mohín con los labios.

—Tú hazme caso y ya está, ¿no?

—Pues no. Porque si voy a participar en algo, o si voy a ser cómplice de… no sé, un secuestro, tengo que saber lo que pasa.

—Está bien… Voy a ver con quién ha quedado Ángel.

—Hala. ¿Qué fue todo eso de: voy a darle una oportunidad, voy a confiar en él y blablablá?

—Y voy a hacerlo. En cuanto compruebe que ha quedado con un señor ruso me quedaré tranquila, me volveré a casa y lo olvidaré todo.

—La confianza no funciona así.

—La confianza funciona como yo quiera —protesta irritada—. Arranca.

—Pepi, esto no está bien…

—¡Arranca y te dejo el piso de Torrevieja gratis todo el mes de agosto!

—Todo sea por la amistad.

Me pongo en marcha y sigo sus indicaciones hasta el hospital, que rodeamos. Hace que me detenga en la entrada al garaje de un edificio en el que según ella está Ángel.

—¿Cómo has conseguido tener su ubicación?

—Es una aplicación para niños, se la he instado en su móvil y escondido en una del millón de carpetas que tiene.

—Das miedito. —Ella se encoje de hombros.

—Como me esté poniendo los cuernos sí que voy a dar miedo —dice buscando algo en el bolso.

—No me digas que llevas una pistola —bromeo, ella saca un paquete de cigarrillos y me lo muestra. Va a encender uno, pero le agarro la mano del mechero—. Aquí no se fuma, lo que hace falta es que mi jefe huela a tabaco en el coche y ya me puedo hacer el haraquiri o como se diga.

—Eso lo hacen los japoneses, no los coreanos. Los nervios me van a matar —afirma guardando los cigarrillos, consciente de que si se sale del coche a fumar Ángel podría verla.

Después de media hora, las dos estamos aburridas como ostras. Ella no para de mirar la dichosa aplicación y del edificio han salido más de una docena de personas, pero ni rastro de Ángel con su cliente.

—Creo que voy a entrar.

—¿Para qué? A no ser que ese cacharro te diga el piso exacto, no le encontrarás en un edificio de cinco plantas. Y si le esperas en el rellano, y es cierto, como estoy convencida, de que está con ese cliente, ¿qué le dirás? —Hace una mueca de desagrado como respuesta. Sus ojos grises

centellean de nerviosismo.

—¡Míralo, ahí está! —Indica hacia la puerta del edificio y veo a Ángel abandonarlo, sujeta la puerta al salir y tras él sale una joven con una larga cabellera rubia, con la que conversa unos segundos, ella muy coqueta, y cada uno se dirige hacia un lado opuesto de la calle—. ¡Me la está pegando! ¿Lo ves? ¿Lo ves? Así nunca tiene ganas… ¡Porque está satisfecho!

—A ver, Pepi. Tranquilízate. No hemos visto que se hayan besado, ni que se hayan abrazado ni nada…

—Y el ruso, eh, ¿dónde está? ¿Tú lo ves? Porque yo no lo veo… Me ha mentido y el que miente es porque oculta algo.

—Pepi, quizá lo entendiste mal y te dijo UNA rusa.

—Una porra. Me dijo UN ruso. Y no una rubia alta y delgada con ojos almendrados.

—No saquemos las cosas de quicio. Respira hondo. No tienes pruebas de que…

—No le he hecho fotos, eso es verdad.

—¡Pepi!

—¿Qué?

—Corta, pero ya. Estás entrando en un bucle de histeria.

—Sí, ¿verdad? —admite e intenta inspirar hondo. Saca el paquete de tabaco del bolso y ante mi asombro enciende un cigarrillo.

—¡No!

—¿Qué?

—Baja del coche, no puedes fumar dentro.

—¿De veras? Estoy a punto de tener una crisis de ansiedad, después dejo la ventana abierta todo el camino.

—Si quieres fumarte el cigarro, baja del coche, sino tíralo y nos vamos.

—¡Joder! —dice tirándolo por la ventanilla sin mirar y golpea directamente contra el brazo de un señor que iba pasando por la calle—. Lo siento, lo siento. Arranca Zoe…

Cuando entramos en la casa, TaeOh se va directo al salón para hacer la tarea enseguida para que podamos marcharnos al planetario tal y como le prometí. Siempre la hace en cuanto llegamos, es como si desease acabar cuanto antes lo relacionado con el colegio para poder ser libre el resto del día. Le daré de merendar y cuando termine nos marcharemos, es viernes y mañana no tiene que levantarse temprano así que si hoy se acuesta un poco más tarde no pasará nada. Yo me acerco a la cocina para prepararle algo de fruta para merendar, al abrir la nevera veo que la señora Choi ha dejado una botella de cristal con un PostIt en el que puedo leer:

*Os he dejado hecho té mogwacha, está hecho de membrillo. Espero que os guste.*
*Saludos.*
*Señora Choi.*

Sonrío al leer la nota, según SoonJo siempre la hace escribir sus notas y acabarlas con *señora Choi*. Es una mujer seria, incluso estricta según su propia hija, pero muy buena. Por lo que me ha demostrado en estos días, se preocupa por que a los hermanos y especialmente a TaeOh no les falte de nada. Ellos le dejan notas por la noche con las comidas que desearían para el día siguiente, unos trazos de bolígrafo ininteligibles que me he encontrado pegados sobre la

encimera, los muebles o la mesa y que al principio no tenía ni idea de lo que eran hasta que pedí a TaeOh que me leyese uno. Y la señora Choi se encarga de hacer la compra, que le traen a casa, y prepararlos. El señor Goon le ha dado absoluta libertad, imagino que con una tarjeta bancaria como la mía que hasta el momento solo he usado para echar gasolina.

Me sirvo un vaso de té y otro para TaeOh, preparo una bandeja en la que pongo un cuenco en el que he pelado y cortado un mango, y dos palillos metálicos, y lo llevo al salón.

Lo coloco junto a TaeOh que hace concentrado la tarea, tiene desplegados tres o cuatro cuadernos y libros, y metódico va cerrando y dejando a un lado las asignaturas que ha terminado. Qué rico, dice al llevarse un pedazo de mango a la boca, sonríe y asiente dándome las gracias antes de volver a sumergirse en sus tareas.

—Zoe, ¿podrías traerme el libro de francés? Está en mi habitación —me pide muy amable.

—Sí, claro, ¿está en la estantería junto a tu escritorio? —asiente y me encamino escaleras arriba.

Subo y encuentro el libro enseguida, el dormitorio está tan recogido como cada día, SoonJo es muy meticulosa, si tuviese dinero la contrataría para ordenar la leonera que es el mío. Me dispongo a bajar cuando oigo un ruido que me sobresalta, es una tos.

Se supone que no hay nadie más en la casa, JiMin siempre almuerza en la universidad y no suele llegar antes de las siete o incluso más tarde y JiSeung después del conservatorio siempre tiene algo que hacer, y solo un día ha llegado a las cinco y media en la semana que llevo trabajando en la casa.

Oigo otra tos. Decido asomarme a ver de quién se trata, ¿un ladrón resfriado?

Camino despacio por el pasillo, dejando atrás la habitación del señor Goon y entonces veo que la puerta del dormitorio de JiMin está abierta. Me asomo sin hacer ruido y veo que está en la cama, cubierto por el edredón hasta la cara, con los ojos cerrados y la persiana a medio bajar, la luz anaranjada del atardecer ilumina tenuemente la habitación. Se sacude sin parar, está tiritando. Dudo en decirle algo. Sé que solo estoy contratada para cuidar de TaeOh y no quiero parecer una entrometida, pero veo que lo está pasando mal y no puedo hacerme la indiferente. Doy un paso al interior de la habitación que es tan grande y amplia como la de sus hermanos, pero repleta de pósteres de grupos que parecen de Metal en las paredes, aunque no me suenan de nada pues sus integrantes por sus rasgos deben de ser coreanos, y en el suelo hay un bajo desenchufado.

—Hola —digo adentrándome en el dormitorio, él no para de tiritar—. ¿Estás bien?

Entonces abre los ojos.

—Ho-la, se-ño-ri-ta La-go —dice entre tiritones—. Cre-o que ten-go al-go de fie-bre.

—A ver. —Me agacho junto a él y le toco la frente, mi palma arde. No solo tiene fiebre, sino que muy alta—. Uy, sí tienes fiebre. ¿Hay termómetro?

—No-lo-sé —responde.

—¿Te has tomado algo para la fiebre?

—No. Lle-gué de la u-ni-ver-si-dad y me a-cos-té.

—¿Qué sueles tomarte cuando tienes fiebre? —Se encoje de hombros sin dejar de tiritar—. Madre mía. ¿Eres alérgico a algo?

—Que yo se-pa no.

—Entonces no lo eres, si lo fueras lo sabrías —digo saliendo de la habitación. Bajo las escaleras y dejo el libro de francés sobre la mesa en la que hace las tareas TaeOh—. ¿Tenéis termómetro?

—Sí. Mi *hyung* lo tiene en su cuarto. ¿Te sientes mal?

—Yo no. Es JiMin, está acostado y tiene fiebre. ¿Dónde guardáis las medicinas?

—En uno de los muebles de la cocina, dentro de una caja de plástico.

Abro unos cuantos muebles hasta que encuentro la caja de plástico trasparente del tamaño de una de zapatos en la que hay envases de medicamentos y jarabes. Pero la mayoría están en coreano, ni una mísera caja de paracetamol. Voy a buscar de nuevo a TaeOh con la caja a cuestas.

—Dime dónde pone paracetamol, por favor —le pido y él mira los envases encontrando uno amarillo con unos muñequitos en el que hay sobres en el interior.

—Aquí pone *palacetamol* 1000.

—Gracias, tesoro mío —digo y le doy un beso en la mejilla. Él se la toca y sonríe.

Subo escaleras arriba con uno de los sobres y un vaso de agua, pero antes me paro en el dormitorio del señor Goon y sintiéndome mal por hacerlo abro el cajón de una de las mesitas de noche. Encuentro un cargador de batería, unas gotas para los ojos, una correa para reloj de silicona y una caja abierta de preservativos.

Me pongo roja sin poder evitarlo al descubrirlos. Siento un calor sofocante en el pecho que me asciende por el cuello hasta las mejillas. Como si en este preciso momento acabase de tomar consciencia de que el señor Goon es humano y mantiene relaciones sexuales.

¿Con quién? En estos días no he visto a ninguna chica rondar la casa ni a ellos mencionar a nadie. Bueno, oír una palabra al señor Goon es un milagro, pero JiMin y JiSeung se meten con él con cosas del día a día, como por ejemplo de su papel como jefe, por lo que los he oído trabaja en una empresa coreana de telefonía móvil y telecomunicaciones, o con la seriedad de su forma de vestir, pero nunca han mencionado nada de una chica… Quizá ni ellos mismos lo saben. ¿Quién será? ¿Será coreana? Seguro que será una de esas bellezas asiáticas con cuerpazo y cara de ángel.

¿Estoy tonta? Cierro el cajón y voy hacia el otro. Al abrirlo hallo el termómetro, ¡bien! Me acerco al cuarto de JiMin y le pongo el termómetro, no para de tiritar, tiro del cuello de su camiseta, él me mira, parece algo violentado, pero no hay tiempo de tantos remilgos, está ardiendo. Treinta y nueve con ocho grados, marca el termómetro.

JiMin comienza a decir algo en coreano señalando hacia la puerta y me giro. No hay nadie. Sigue hablando.

—No te entiendo, ¿qué dices?

Echo el contenido del sobre de paracetamol en el agua que comienza a burbujear, en unos segundos se ha deshecho. JiMin me está diciendo algo y es desesperante no entenderlo.

—Dímelo en español, por favor. O en inglés. Pero en coreano no te entiendo —le digo. Él sonríe, tiene una sonrisa bonita.

—Está diciendo que no quiere volver a Seúl, que no te lo lleves allí —me traduce TaeOh que aparece en la puerta. Camina hasta mi lado—. Se cree que eres su *eomma*. ¿Está muy mal?

—No, qué va, es solo un poco de fiebre —le digo, aunque no estoy tan segura. JiMin sonríe con la mirada perdida y sigue tiritando. Ya esto me da miedo, diciendo cosas sin sentido y con esa fiebre tan alta. ¿Cuánto tarda en hacer efecto el paracetamol? Tengo a alguien perfecta para decírmelo.

—Dime —me saluda Lucía en una videollamada. Está en una especie de sala de reuniones.

—Tienes que ayudarme.

—¿Qué necesitas?

—Que le preguntes a uno de tus amigos médicos qué hago con un chico de veinticuatro años

con 39,8 de fiebre, que está dando saltos en la cama y diciendo cosas sin sentido.

—¿Qué? —pregunta sin entender nada y enfoco la cámara hacia JiMin. Que abre los ojos, me sonríe y dice algo en coreano—. ¿Ese es tu jefe?

—No, es uno de los hermanos de mi jefe. ¿Qué ha dicho, TaeOh?

—Ha preguntado que si eres un ángel —traduce mi pequeño intérprete.

—Es muy guapo…

—¡Lucía por favor! ¿Qué hago? Le he dado un paracetamol…

—Dale algo fresquito de beber. No estoy en un hospital, acabo de terminar una reunión de presupuestos. Voy a hablar con el jefe de investigación, el doctor Cano que es muy apañado, a ver qué me dice. Espera que ahora te llamo. ¿Tiene alguna enfermedad?

—¿Tu hermano tiene alguna enfermedad? —pregunto a TaeOh. Que hace la pregunta en coreano a JiMin. Este responde algo—. ¿Qué ha dicho?

—Que tiene el corazón roto.

—¿Tiene una enfermedad del corazón? —le pregunto alarmada. TaeOh repite la pregunta en su idioma materno.

—No, se lo rompió una chica, en Daecheon —responde sorprendido con los ojos muy abiertos.

—Vale. Voy a hablar con el doctor Cano, ya te cuento si me dice que hay que llevarlo al hospital —dice y cuelga.

—¿Al hospital? —pregunta TaeOh alarmado—. ¿Hay que llevarlo al hospital? Mi papá fue al hospital y se murió. Yo no quiero que JiMin se mueraaaaa —comienza a hacer pucheros y a llorar.

—No se va a morir, tranquilo, pero tendremos que dejar la visita al planetario para otro día, ¿vale? —digo abrazándolo, él asiente resignado. Estoy muy nerviosa y preocupada. Inspiro hondo, tratando de calmarme. Dejo a TaeOh sentado junto a su hermano en la cama y le sirvo un vaso de té frío a él, subo y le ayudo a levantarse para que se lo beba. No le hace mucha ilusión beber té frío mientras tirita, pero me hace caso después de insistirle y se toma el vaso entero. Después busco una toalla pequeña en el baño, la mojo en agua tibia y se la pongo en la frente. Es lo que solía hacer mi madre conmigo cuando tenía fiebre y funcionaba. Entonces Lucía me devuelve la videollamada. Junto a ella hay un señor con el cabello blanco entrado en la cincuentena.

Es el doctor Cano. Hace unas cuantas preguntas a JiMin de las que TaeOh traduce las respuestas, y me dice que si en media hora comienza a bajarle la fiebre no hace falta que le lleve al hospital. A no ser que le cueste respirar o tenga algún otro síntoma preocupante, como manchas en la piel, el cuello rígido o cualquier cosa extraña. Que si mañana sigue con fiebre que vaya a su médico.

Doy las gracias al buen doctor y a Lucía y rezo a todos los santos del cielo porque le baje la fiebre. A la media hora, su temperatura es de treinta y ocho con nueve grados. Le está bajando. Ha dejado de tiritar y tiene mucho mejor aspecto. TaeOh y yo estamos sentados en el suelo, al pie de la cama. Él se ha traído la tarea de francés que está terminando en la alfombra y celebramos la bajada de temperatura poniéndonos en pie y saltando.

—¿Qué está pasando? —pregunta el señor Goon desde la puerta. Me quedo inmóvil al verle —. ¿Dónde tiene el teléfono señorita Lago? Estoy cansado de llamarla —dice muy enfadado, entonces ve a JiMin en la cama adormilado—. ¿Qué le pasa? —pregunta soltando en el suelo su cartera de piel. Pasa entre su hermano pequeño y yo y se arrodilla en el suelo—. ¿Qué le pasa?

—Tenía fiebre muy alta —relata TaeOh—. Y la señorita Lago le ha cuidado, le ha dado medicina y ha llamado a un médico. —El señor Goon me mira un instante, en silencio.

—¿Y está mejor? —me pregunta tocándole el cuello, JiMin despierta.

—Creo que sí… Le ha bajado a 38,9 grados. Mi teléfono, quiero decir, su teléfono está abajo, lo siento, no he querido separarme de él… —digo caminando hacia la puerta.

—¿Qué ha dicho el doctor?

—Que si mañana sigue con mucha fiebre debe verle su médico.

—Ahora mismo voy a llamar al doctor Wang para que venga a visitarle —asegura sacando su teléfono móvil del bolsillo.

—Estoy mejor, creo que es la garganta —dice JiMin, después me mira a mí—. Gracias, señorita Lago.

—De nada —respondo y salgo de la habitación. Comienzo a bajar las escaleras. Ya está su hermano mayor con él, no me necesitan para nada.

Lo cierto es que me ha dado pena que me haya regañado por no responder a sus llamadas. Sé que tiene razón porque casi nunca estoy pendiente del teléfono, al menos no todo lo que debería. Fallé esta mañana y ahora también, pero estaba atendiendo algo mucho más importante.

Me refugio en la cocina y me sirvo un vaso de té de membrillo para ver si soy capaz de bajar el nudo que siento en la garganta. Me he asustado. Cuando JiMin daba saltos temblando en la cama y ha empezado a decir cosas incoherentes me ha dado mucho miedo. Y las lágrimas desesperadas de TaeOh preguntándome si se iba a morir, recordando que su padre no salió del hospital… Bebo más té. No funciona, el nudo sigue ahí, tengo ganas de llorar. Soy la llorona de la canción de Chavela Vargas. Lo he sido siempre, no es nada nuevo. Intento no hacerlo, pero se me escapan las lágrimas, rebeldes se empeñan en bajar por mis mejillas, las limpio con una servilleta de papel. Oigo pasos, lo que faltaba, que el señor Goon me pille. Me limpio veloz.

—¿Está bien? —pregunta al descubrirme sentada a solas a la mesa de la cocina. Carraspeo.

—Sí, gracias. Estoy bien. —Tengo la vista fija en el infinito, no quiero mirarle.

—¿Seguro que está bien?

—¿Va a venir su doctor?

—No, el doctor Wang me ha dicho que como está bajándole la fiebre mañana se pasará a verle por la mañana. —Se acerca, le tengo a dos pasos a mi derecha—. Señorita Lago. —No me queda más remedio que mirarle a los ojos. En los suyos encuentro pesar, se siente mal—. Discúlpeme. He sido brusco con usted y no lo merecía. Gracias por cuidar de mi hermano.

—No tiene por qué dármelas —respondo con un hilo de voz, conteniendo las lágrimas.

—Lo siento —dice inclinándose para mirarme a los ojos—. Gracias.

Y una vez más siento que su mirada de ónix me atraviesa, que puede ver a través de mí. Y el corazón me late rápido, mucho, al sentirle tan cerca que casi puedo percibir el calor que desprende su cuerpo. Hay algo en él que no puedo describir, que no puedo ver, pero que puedo sentir. Es una buena persona. Una buena persona que se enfunda cada día el traje de un luchador que debe ser duro la mayor parte del tiempo, encargándose de sus tres hermanos, tirando hacia adelante con todo, pero dentro, en el fondo, no es tan fuerte como aparenta. Y le veo con su edad, con veintitantos años, el rostro de un chico joven con el que podría cruzarme en cualquier parte sin tener ni idea del peso que carga a sus espaldas.

—Puede marcharse ya a casa si así lo desea, yo me haré cargo de TaeOh.

Asiento y él se aleja, regresando hacia el pasillo, supongo que para volver junto a JiMin.

Cuando estoy aparcando el coche en casa las lágrimas me caen a borbotones sobre el pecho y las limpio con las manos. En ese momento recibo una llamada de mi asesora médica y espiritual, Lucía acude a mi rescate, carraspeo para intentar evitar que note que he llorado.

—Buenas noches, preciosa. ¿Cómo sigue ese chico?

—Buenas noches, Lu. Está mejor, gracias, me has salvado la vida.

—Será algún cuadro vírico.

—Mañana irá a verlo su médico, pero le ha bajado la fiebre y se encontraba mejor. Me he dado un susto de muerte.

—Normal. Entonces, ¿ya está bien?

—Bueno, está mejor. Me imagino que estará unos días atontado, ¿no?

—Sí, claro… Oye, no me habías contado que es guapísimo —dice provocándome la risa, solo ella puede fijarse en eso en un momento así—. Con ese pelo rubio platino, tiene un rollazo… ¿No te gusta?

—¿Estás loca? Ya sabes el refrán ese de donde tengas la olla… —bromeo y ella se queda muy seria.

—Pues quería contarte algo sobre eso. He hecho algo malo.

—No me asustes que no necesito más sustos, ¿vale?

—Me he acostado con mi jefe.

—¿Queeeeeé?

—Que me he liado con él, Zoe. Anoche, acabamos a las ocho de la tarde la reunión de análisis de datos y los que somos de fuera nos fuimos al hotel y él vino a tomarse una copa con nosotros. Él me había encargado una cuña de queso de cabra porque una vez llevé uno a una reunión y los compañeros fliparon. Y subió a mi habitación a por él. Estaba muy sexy medio despeinado después de todo el día de trabajo, con las canitas en las sienes y esa barbita, siempre me ha parecido muy atractivo y me pilló en horas bajas, con tres gin-tonics en el cuerpo… Me lancé y le di un beso. Al principio se quedó helado, pero después…

—*Fuegote* del bueno, ¿no? La madre que te parió.

—Lo sé, soy lo peor. Soy una lujuriosa.

—Pues hala, date diez latigazos con el borlón de la cortina y expía tus pecados.

—No te burles, Zoe. Es mi jefe y esto es una cagada. Esta mañana cuando me levanté se había ido. Llevo todo el día de los nervios, evitándolo. Él ha tratado de hablar conmigo…

—Pues haberle escuchado. Lo mismo se fue porque tenía una reunión temprano. Un momento… ¿está casado?

—Está divorciado. Tiene un hijo de quince años.

—Ah. Bueno, pues mándame una foto de tu jefe, que nunca me habías dicho que te gustaba.

—Y es que no me gustaba, es sexy pero nunca me planteé… Uf. Es que no sé cómo he podido hacerlo, de verdad y a la vez… Ha sido una noche superloca.

—Y además has ganado nuestra apuesta. Sé que en realidad lo has hecho para que tenga que limpiar, caradura —bromeo. Sin pretenderlo Lucía ha cambiado mi humor, me siento mucho mejor.

—¿Puedes dejar de burlarte?

—Vale. Ahora en serio, deberías hablar con él. Llámalo o mejor habla con él en persona, que es tu jefe y encima es alemán y son unos cuadriculados, no sea que se ofenda y te despida.

—No me digas eso que me pones más nerviosa.

—Llámalo, queda con él y…

—Tienes razón, le dejaré claro que ha sido un impulso y muy poco profesional por mi parte. Le diré que será mejor que continuemos como si no hubiese pasado.

—Vale. Ánimo.

—Gracias, Zoe. Te quiero.

Cuando entro en casa lo único de lo que tengo ganas es de acostarme, ni siquiera me apetece cenar. Ha sido un día demasiado largo. Pero encontrar a Raquel sentada en el sofá, con la mirada perdida, los ojos hinchados y un puñado de clínex arrugados delante de ella me hace saber que no lo tendré tan fácil.

Seguro que ese imbécil de Carlos le ha hecho algo, no me cabe la menor duda. Es un…

—¿Qué te pasa? —pregunto soltando mi bolso y dejándolo a un lado.

—Es Carlos.

—No llores, cariño, ese salido de mierda no te merece —digo sentándome a su lado. Ella abre mucho los ojos y me mira.

—¿Por qué dices eso? Estoy llorando porque me ha pedido que me case con él. —Ups. ¿Por qué Señor no me coses la boca?—. ¿Por qué has dicho que es un salido de mierda?

—No lo sé, creí que te había hecho daño —respondo sin saber cómo reaccionar. ¿Le ha pedido matrimonio? ¿El mismo tipo al que he pillado oliendo mis bragas esta misma mañana? ¿Estamos locos? Ella sonríe y se deja caer sobre mi hombro.

—Es tan dulce… Y nos entendemos muy bien en el sexo.

—Eso me lo imaginaba, no me preguntes por qué. Y ¿por qué lloras?

—Porque no sé qué hacer. Me gusta mucho, creo que estoy enamorada de él… Pero solo llevamos cinco meses juntos. Y me lo ha pedido mientras follábamos y ahora no sé si lo decía en serio.

—¿Cómo que te lo ha pedido mientras…?

—Sí. Mientras se corría me ha dicho: quiero casarme contigo, joder. —La miro a los ojos, ella hace un mohín con los labios.

—¿Y después dijo algo más?

—No, ya no dijo nada más.

—Nena, eso no es una declaración de matrimonio. Es algo que se dice como… no sé, a mí Fran me decía: joder, estás más buena que Angelina Jolie. ¿Y lo estoy? Pues sí, pues claro.

—No lo sé. No quiero pensarlo.

—¿Y tú quieres que te lo haya pedido en serio? ¿Quieres casarte con él? Si apenas le conoces…

—¿Qué quieres decir?

—Llevas cinco meses viéndole un par de veces al mes, eso no es una relación estable.

—¿Por qué te cae tan mal?

—No me cae mal. —Se está poniendo a la defensiva y eso me hace saber que no voy por buen camino. Quiero abrirle los ojos, pero así no va a ser posible.

—Sí, te cae mal y él se ha dado cuenta, Zoe.

—¿Qué?

—Me lo ha dicho, me ha dicho que sabe que no le soportas por el modo en que le miras… —Ay madre. El muy cerdo, está tratando de ponerla en mi contra.

—Mira, Raquel. Te lo voy a soltar así sin más porque no sé cómo hacerlo mejor. Ha sido un día muy largo y no me da la mente para hacerlo de otro modo. Le he pillado oliendo mis bragas —¡BOOOM! ¿BOOOM? Raquel inspira hondo y me mira sin demasiada sorpresa.

—Tiene un TOC.

—¿Un TOC?

—Un trastorno obses…

—Sé lo que es un TOC. ¿Y su TOC abarca oler la ropa interior de las amigas de su pareja?

—No, su TOC son los olores de los suavizantes. Tiene que oler la ropa, es algo que le acompleja bastante y por eso lo hizo a escondidas. Está mal, no debió entrar a tu cuarto, pero necesitaba oler tu ropa.

—Mis bragas. Estaba oliendo mis BRA-GAS.

—Se sintió muy mal. Me lo contó enseguida.

—A ver, Raquel. —Intento calmarme. Pero ¿cómo puede tragarse semejante gilipollez? —. En serio, ¿te lo crees? ¿En serio crees que las cogió para olerlas porque tiene un TOC y le gusta el olor a suavizante?

—¿Y por qué iba a hacerlo sino? —¿Porque es un salido que se pasea en bolas por la casa?—. ¿Crees que quiere algo contigo? ¿Es eso? No puedes creer que tiene un problema médico porque es más fácil pensar que le gustas más que yo, ¿verdad? La amiga gorda y simpática no puede gustarle más que la mona y delgada, ¿no? —No doy crédito a lo que está diciéndome. No voy a tenérselo en cuenta, no voy a hacerlo.

—Raquel. Me voy a la cama. Eres preciosa, por dentro y por fuera, espero que te des cuenta cuanto antes para que capullos como Carlos no se aprovechen de tus inseguridades. Mereces más, piénsalo, por favor. Hasta mañana. —Subo a la cama y caigo en coma contra la almohada. A las dos de la mañana me despiertan los golpes del cabecero y los gemidos de Raquel. Carlos ha vuelto.

# Capítulo 16

## DoHwan

Cuando llego de correr JiMin y JiSeung están desayunando con TaeOh en la cocina. Me sorprende que los tres estén despiertos tan temprano un domingo, cuando me marché aún dormían. Miro mi reloj de pulsera, son las nueve de la mañana, he hecho una buena media, veinticinco kilómetros en dos horas. Los tres me observan mientras me sirvo un vaso de agua del frigorífico.

—¿Vais a alguna parte? —pregunto a los mellizos.

—JiSeung y yo hemos quedado con unos amigos —dice JiMin.

—¿Crees que te encuentras bien para salir? —le pregunto, sé que no ha vuelto a tener fiebre y que el doctor Wang no le dio demasiada importancia a su cuadro viral después de examinarle, pero pienso que al menos debería tomar un día más de descanso para recuperarse.

—Sí, estoy perfecto. Además, será algo tranquilo, dar una vuelta y tomarnos algo juntos.

—Como vosotros veáis. Entonces, ¿no comeréis con nosotros hoy?

—No lo creo —responde JiSeung.

—Está bien. No bebas alcohol, aún no estás bien del todo —advierto a JiMin que asiente de mala gana—. Bueno, estaremos juntos tú y yo, pequeño —digo a TaeOh.

—¿Por qué no vamos al planetario? La señorita Lago iba a llevarme, pero no pudo porque *alguien* se puso enfermo —dice mirando a JiMin.

—Siento haberos estropeado los planes, pequeño —responde el aludido revolviéndole el cabello.

—Una duda, ¿contrataste a la señorita Lago para cuidar de TaeOh o de JiMin? —se burla JiSeung.

—Qué gracioso es. ¿Te comiste un payaso de pequeño? Te recuerdo que nací diez minutos antes que tú y me debes respeto.

—Diez minutos no es nada —protesta JiSeung entre risas.

—Lo son todo, porque soy mayor.

—¿Aunque no lo parezcas la mayor parte del tiempo? —Se burla y JiMin le da un golpe con el puño en el hombro—. Auch, no uses la violencia cuando no tengas argumentos, hermano.

—Pues lo cierto es que, no lo recuerdo con claridad porque tenía fiebre muy alta, pero la señorita Lago me cuidó muy bien. Incluso llamó a un médico. Al final, parece que TaeOh eligió bien, ¿no, hermano?

—No cantemos victoria aún, solo lleva una semana —me resisto a darle la razón tan a la ligera

—. Y sí, deberías ser agradecido con ella, estuvo pendiente de ti hasta que te bajó la fiebre.

—El lunes le daré las gracias. Además, me parece muy atractiva, tiene una sonrisa preciosa. ¿A vosotros no os lo parece?

—Es guapa. ¿Cuántos años puede tener, *hyung*? —me pregunta JiSeung.

—Veintiséis. Lo sé por su currículum —digo a ambos que me observan como si saberlo fuese una cosa especial.

—La edad ideal para que se encargue de cuidarme a mí —responde JiMin entre risas. No tiene remedio, su lista de conquistas es más larga que el garaje de un tren.

—Pues como JiMin le eche el ojo nos quedamos sin niñera en breve —añade JiSeung divertido.

—¡No! —protesta TaeOh—. La señorita Lago no va a cuidarte a ti, solo a mí.

—Está bien, pequeño, tú ganas —afirma JiMin alzando las manos en señal de rendición.

—Podemos ir al planetario hoy, ¿podemos, *hyung*? —Sus ojos me observan con ilusión, lo cierto es que pensaba pasar el día haciendo cualquier otra cosa en casa, jugando con él o repasando algo del colegio juntos, pero si me lo pide así no puedo negarme.

—Está bien, iremos y comeremos fuera.

—¡Pizza!

Me meto en la ducha y la pregunta de JiMin acude a mi mente, ¿me parece atractiva la señorita Lago? No le he respondido porque soy muy celoso de mi intimidad, pero sí, me lo parece. Y no solo porque es guapa, que lo es, ni por sus ojos verdes, brillantes y expresivos, o porque tenga una bonita figura. Coincido con JiMin en que lo más atractivo de ella es su sonrisa, cuando sonríe su rostro se ilumina, resplandece. Cuando sonríe es como si hubiesen dejado de ocurrir cosas terribles en el mundo, como si te convenciese de que todo, sea lo que sea, va a salir bien. Cuando mira a TaeOh y le sonríe, o cuando ríe con sus ocurrencias, se nota que es sincera, que no lo hace por compromiso, ni porque esté observándoles en la distancia.

Al salir del baño, TaeOh está esperándome en mi dormitorio arreglado para marcharnos, jugando con su teléfono móvil.

—¿A qué hora llegaremos al planetario? —me pregunta. Miro mi reloj, son las diez.

—Sobre las once, calculo. Abre a las diez y media. —Él asiente contento. Es al menos la quinta o sexta vez que lo visitamos desde que estamos en Madrid, con una media de seis horas de visita, viendo las distintas proyecciones y exposiciones y realizando las diversas actividades para niños. La necesidad de conocimientos astronómicos de mi hermano pequeño es insaciable, espero que hoy al menos la visita sea algo más breve o acabaré por aprenderme de memoria todas las galaxias de la Vía Láctea.

Dejamos el coche en el aparcamiento cercano, bastante concurrido, y nos dirigimos caminando hacia la puerta. Acabo de recibir un correo electrónico del trabajo y voy respondiendo mientras caminamos, así que cuando TaeOh me suelta la mano y echa a correr alzo la vista para comprobar a dónde se dirige. Observo sorprendido que la señorita Lago está en la puerta, ¿esperándonos?

# Capítulo 17

## Zoe

Estaba limpiando toda la casa desde bien temprano, pagando las consecuencias de mi apuesta perdida, mientras Raquel y Lucía dormían, cuando recibí un mensaje en mi teléfono móvil personal que me dejó descolocada.

*Señorita Lago, vamos a ir hoy al planetario, ¿puede venir con nosotros?*

Es un número que no tengo guardado en mi agenda, pero está hablándome del planetario, entonces, solo puede tratarse del señor Goon. Recuerdo entonces que me ofrecí a trabajar un sábado o un domingo por haber olvidado llamarle en dos ocasiones tras el colegio. Pero no esperaba que se la cobrase tan rápido.

*Sí, claro. ¿A qué hora?* Pregunto.

*A las once.* Responde el señor Goon.

*Perfecto, allí estaré.*

Miro la hora en mi móvil, tengo el tiempo justo de ducharme y tomar el coche, suerte que no tengo que devolverlo los fines de semana, supongo que para esta clase de imprevistos. Después de ducharme escribo una nota y la dejo sobre la mesa del salón informando a Raquel y Lucía de que trabajo para que no se preocupen cuando se levanten y descubran que no estoy, y me marcho.

He llegado a la puerta del planetario a las once menos veinte, para que no piense que soy impuntual y espero hasta que los veo aparecer, caminando en mi dirección. El señor Goon pendiente de su teléfono, que sostiene en una mano y con la otra a TaeOh que me ve desde lejos y me saluda. Me sorprende el aspecto del señor Goon, no lleva uno de sus habituales trajes, sino unos pantalones chinos gris oscuro y un jersey beige que parece bastante grueso. Tan alto y bien peinado, caminando serio, concentrado en su teléfono, rebosa seguridad en sí mismo, parece un modelo recorriendo la pasarela.

TaeOh suelta su mano y echa a correr hasta alcanzarme, me abraza por la cintura.

—¡Zoe, has venido!

—Claro que he venido.

—Señorita Lago, ¿qué hace aquí? —me pregunta el señor Goon cuando nos alcanza, su expresión de sorpresa me desconcierta.

—Usted me pidió que viniese.

—No es cierto.

—Me ha enviado un mensaje hace un rato diciéndome que estuviese aquí a las once —digo

buscando mi teléfono móvil para enseñárselo, él mira la pantalla y cuando la desbloqueo en la imagen aparecemos Bruno y yo con pajitas metidas en la nariz haciendo el tonto con una copa en la mano cada uno. Es una de mis favoritas porque fue en su cumpleaños y lo pasamos muy bien, pero no es la mejor imagen de ti que mostrar a tu jefe.

—Perdón, un momento —digo buscando la aplicación de mensajería y le muestro el mensaje.

—Ese no es mi número de teléfono, es el de… TaeOh. ¿Por qué has hecho venir a la señorita Lago? Hoy es su día libre. Estoy muy enfadado contigo —le dice y el pequeño se encoje de hombros y pone la cara triste.

—Como ella quería venir…

—¿Y cómo has conseguido su número?

—De su currículum, que está en tu despacho.

—¿Has entrado en mi despacho sin permiso? —le dice frunciendo el ceño—. Lo siento mucho, señorita Lago. Puede marcharse, lamento mucho que…

—Bueno, no pasa nada. No me importa, en absoluto —digo, no quiero que le regañe—. Entonces… ¿me voy?

—Sí.

—Pero yo quiero que Zoe… Que la señorita Lago —corrige—, se quede con nosotros —insiste agarrando mi mano.

—TaeOh…

—A mí no me importa —intervengo. Ya me había hecho a la idea de visitar el planetario con TaeOh y me fastidiaría no hacerlo con la ilusión que sé que le hace enseñármelo—. Lo cierto es que no tenía ningún plan para hoy. —Mi disposición le descoloca, puedo verlo en la expresión de sus bonitos ojos rasgados.

—Bueno, vamos entonces —acepta y TaeOh sonríe feliz, tomándole de la mano también a él. Lo cual me violenta un poco porque parecemos un matrimonio de paseo con el niño, pero inspiro hondo e intento relajarme, se trata de pasar la mañana aprendiendo cosas del universo, nada puede salir mal.

# Capítulo 18

## DoHwan

La paciencia de la señorita Lago es infinita, es lo que estoy sacando en claro de esta visita. TaeOh la lleva de la mano de un expositor a otro y va explicándole cuanto dato sabe sobre cada una de las estrellas, planetas, descubrimientos y un largo etcétera que vamos encontrándonos. Ella le oye con atención y muestra sorpresa ante su interés por cosas tan poco comunes en los niños de su edad, como su preocupación por el cambio climático, o su conocimiento del nombre de una pequeña luna helada de Saturno llamada Encélado.

Para TaeOh es gratificante tener a alguien nuevo a quien explicar todo aquello, tanto los mellizos como yo le hemos oído mil veces hablar del espacio y obviamente no podemos mostrar el mismo interés que las primeras ocasiones.

Después de una exposición de imágenes sobre los colores del cielo profundo en la que podemos ver astrofotografías en gran formato de distintos planetas y galaxias visitamos la cúpula de proyección.

A pesar de todas las imágenes impresionantes que hemos visto hoy, hay una a la que no paro de dar vueltas en mi cabeza. La existente en el teléfono de la señorita Lago en la que aparece con un chico con expresión divertida. ¿Quién será ese tipo? ¿Será su novio? No sé por qué, pero había pensado que no tenía. Creo recordar que incluso TaeOh le preguntó y le respondió que no. No sé de qué me sorprendo, una chica tan atractiva como ella es lógico que tenga pareja. Como si eso te interesase de algún modo, DoHwan, me digo. Y, sin embargo, no paro de pensar en esa imagen mientras se representa el cielo nocturno sentados bajo la cúpula.

A la salida TaeOh me pide que le compre un refresco en un pequeño kiosco, en el que hay varias mesas y sillas y tomamos asiento. Ante nosotros se representará en breve un teatro de marionetas que escenifica la llegada del hombre a la luna, así que esperaremos aquí a que comience.

—¿Qué le apetece tomar, señorita Lago? —le pregunto.

—Una botella de agua estaría bien —pide y me acerco a por las bebidas. Compro una cerveza para mí, el refresco de TaeOh y su agua y me siento junto a ellos.

—¿Le está gustando el planetario? —le pregunta TaeOh.

—Pues lo cierto es que sí, no sé por qué no he venido antes con mis amigos. Tú has estado muchas veces, por lo que veo.

—Muchas. JiMin y JiSeung casi nunca quieren venir, a ellos no les interesan los planetas —afirma TaeOh.

—Es que después de las cien primeras veces que vienes ya no impresionan tanto —le digo y mi hermano se echa a reír.

—Pero mi *hyung* siempre viene conmigo. Van a empezar las marionetas —dice tomando su lata de refresco—. ¿Puedo sentarme delante? —me pregunta y asiento, se va corriendo a ocupar uno de los cojines en el suelo de la primera fila.

La señorita Lago le observa en silencio, con una sonrisa.

—Gracias. Por quedarse y también por cuidar de JiMin el viernes.

—No tiene que darme las gracias, me he quedado porque me apetecía. Y por lo de JiMin tampoco, solo hice lo que cualquiera habría hecho en mi lugar. ¿Cómo se encuentra?

—Pues hoy se han marchado los dos con sus amigos, así que supongo que se encuentra bien.

—Siento no haberle llamado tras el colegio en las dos ocasiones en las que lo olvidé, eso estuvo mal. Intentaré que no vuelva a suceder. —Sé que es sincera, miro a TaeOh que se gira y nos dedica un pulgar hacia arriba.

—Está feliz —digo para mí—. Quiero que siempre esté así pero nunca imaginé que sería tan difícil —confieso sin apartar los ojos de él—. Cuando acepté hacerme cargo de mi hermano no tenía la menor idea de lo duro que sería que otra persona dependa completamente de ti, tener en tus manos la felicidad de un ser tan indefenso e inocente. No dejo de preguntarme si lo estoy haciendo bien, cada día, y no hay modo de saberlo.

—Sí lo hay, es un niño feliz, salta a la vista —asegura y la miro a los ojos.

—¿Lo es?

—Sí. Estoy segura. Tiene una luz muy especial. Se nota que le adora, siempre está hablando de su *hyung*. De que su *hyung* hace esto o aquello de tal modo, que su *hyung* trabaja mucho para que no le falte de nada, que juega muy bien a la videoconsola o que tienen una casa muy bonita en Seúl —dice con una sonrisa, está muy cerca, tanto que si muevo el brazo rozaré el suyo, pero permanezco inmóvil.

—En Seúl siempre iba contento al colegio, porque le encanta aprender. Cuando llegamos a Madrid, hace dos años, a pesar de los lógicos problemas de adaptación: nuevo país, nuevo idioma, nuevo colegio… también acudía con ilusión. Pero desde hace unos meses hay días en los que se levanta muy contento y desea ir, en cambio otros es un auténtico suplicio para él.

—Los niños son así, tienen días mejores y peores, supongo que será eso.

—Hace unos seis meses que empezó a mojar la cama, algo que nunca le había sucedido. Cuando le pregunto qué le pasa, si tiene algún problema, siempre responde que está bien, pero si lo estuviese, ¿la mojaría? Le he llevado a una psicóloga, hemos asistido a cuatro sesiones en este tiempo, y ella piensa que se debe al desarraigo, a que le he llevado lejos de su hogar, de su mundo, de sus amigos y su madre… —No sé por qué estoy contándole todo esto, jamás hice una confesión semejante ante la señorita Ji HyeRim. Ni siquiera lo he hecho con mis hermanos, pero siento que necesito hablar de ello y me dejo llevar.

—Yo no soy una experta, pero eso tendría sentido al principio, no tanto tiempo después, creo.

—Es tan reservado con sus sentimientos que es imposible saber a ciencia cierta lo que le sucede y me mortifica pensar que es infeliz por mi culpa.

—No creo que sea infeliz, en general. Es cierto que hay días en los que no quiere ir al colegio, pero la mayor parte del tiempo juega y se divierte. Al menos es lo que he percibido en estos días. De todos modos, si descubro cualquier cosa se la haré saber —me dice con una sonrisa, atravesándome con las esmeraldas de sus ojos. Lo es, es preciosa—. Señor Goon, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué me contrató? Hice una entrevista horrible, le arañé la mano, me marché corriendo, le golpeé con la cabeza… Y estoy segura de que las otras candidatas tenían mucho mejor currículum que yo.

—Porque él me lo pidió, por eso la contraté —admito sin tapujos indicando hacia TaeOh con la nariz, se ha vuelto y me mira con una sonrisa.

—Pues, gracias, de corazón, por darme la oportunidad.

# Capítulo 19

## Zoe

*Nunca imaginé que sería tan difícil.*

*No tenía la menor idea de lo duro que sería que otra persona dependa completamente de ti, tener en tus manos la felicidad de un ser tan indefenso e inocente.*

Sus palabras, la expresión y el tono con el que me lo dijo me han revoloteado en la cabeza sin parar todos estos días. Siento que por primera vez he hablado con el hombre que hay tras la fachada de hielo del señor Goon. Le he visto a él. A un tipo de veintitantos años con obligaciones que en ocasiones le hacen sentirse superado. Y ha sido hermoso. Oír cuánto se preocupa por su hermano pequeño, su temor a no estar haciéndolo bien… pienso que deben ser muy parecidos a los de cualquier padre, y es que está ejerciendo como tal.

Es una buena persona, eso me ha quedado claro, lo he sentido, lo he visto en el fondo de sus ojos oscuros. Y aunque probablemente en el tiempo que me queda trabajando para él en algún momento vuelva a meter la pata y tenga que volver a regañarme, seguro que no será por no llamarle para decirle cómo está TaeOh después de dejarle en el colegio, porque he entendido lo importante que es para él saberlo. Lo he hecho, lunes, martes y hoy miércoles durante esta mi segunda semana. TaeOh, aunque no pueda estar con su madre, por un motivo que continúo sin saber, es afortunado de tenerle, mucho, y a JiMin y JiSeung, que también le adoran.

No sé ni cuántas veces me ha dado las gracias JiMin por ayudarle el día que estuvo enfermo, como si lo que hice fuese una gran cosa, incluso me ha regalado una caja de bombones que compartí con la señora Choi, SoonJo y TaeOh. Cuando su hermano me los entregó durante el desayuno, él le dijo algo en coreano, enfadado, que después SoonJo me tradujo y no pude evitar reír.

—No le hagas la pelota porque no va a cuidarte a ti, solo a mí —JiMin se echó a reír y no le respondió nada.

No he vuelto a tener una conversación con el señor Goon desde nuestra charla en el planetario. Después del teatro de marionetas almorzamos en un italiano de la zona y nos despedimos en el aparcamiento hasta el día siguiente, donde me deseó que llegase a salvo a casa. Le respondí que igualmente y me fui. Sin embargo, desde entonces parece menos tenso en mi presencia, y he notado, en las pocas palabras que intercambiamos cada día (Buenos días, TaeOh ha entrado contento, o Buenas tardes, la cena está lista…) que intenta ser un poco más amable conmigo.

Lucía les ha contado a Bruno y a Pepi que JiMin es guapísimo, Bruno ya le había visto en Instagram, pero ahora entre los tres tienen un pitorreo importante sobre lo buena samaritana que soy cuando el enfermo está cañón. No tienen la menor idea de que no es el que está más cañón de los hermanos, al menos para mi gusto. Porque es cierto que JiMin es muy atractivo, mucho, y JiSeung, con esas gafas redondas que se pone para leer las partituras y su aspecto serio, tiene un punto de profe de música sexy, pero ninguno alcanza al atractivo de agente secreto, a lo 007 asiático del señor Goon. Me llamo Goon, James Goon. Ains, si alguien encuentra el tornillo que me falta, que me lo devuelva por favor.

Hoy TaeOh ha salido serio de clase, le he preguntado si le ha ocurrido algo, pero no ha querido contarme nada. Se ha pasado la tarde triste, haciendo las tareas con desgana, incluso JiMin y JiSeung han intentado animarle cuando han llegado a casa, con sus ocurrencias, sin éxito. Está de mal humor.

El señor Goon también lo nota en cuanto le ve, me mira y me encojo de hombros. No dice nada, se acerca y le da un beso en la frente a lo que él responde con una sonrisa más breve que un suspiro. Cuando le estoy arropando en la cama vuelvo a preguntarle.

—Buenas noches, precioso. ¿No me vas a contar qué te tiene de mal humor?

—Nada. —Arruga la nariz en un mohín.

—¿Seguro?

—Sí.

—De acuerdo, pues cuando me lo quieras contar, que sepas que estaré aquí para escucharte —le digo y le doy un beso en la frente, él sonríe, esta vez de verdad—. Descansa, tesoro.

Enciendo la lamparita de estrellas que está sobre la cómoda, apago la luz y cierro la puerta.

—¡Señorita Lago! —me llama JiMin asomado a la puerta de su cuarto—. ¿Puede venir un momento?

Cuando entro descubro que JiSeung está sentado en el suelo, sobre la alfombra circular de pelo roja, con una guitarra acústica color caoba en las manos. Lleva el flequillo algo despeinado y su aspecto es menos formal del que estoy acostumbrada a verle. Va vestido con una camisa y vaqueros oscuros, y me dedica una sonrisa al verme entrar.

—Quería darle las gracias…

—No es necesario que me des más las gracias, JiMin. Lo hice encantada.

—Espere, que no he terminado. Como agradecimiento, si le apetece, queríamos invitarla al concierto que vamos a dar —afirma con una sonrisa que le hincha las mejillas. Los mellizos son muy bromistas y temo que me estén tomando el pelo. ¿Me van a dar un concierto? ¿Solo para mí? Miro el reloj, son las nueve y media, no tengo prisa.

—Pues adelante, pero flojito no sea que molestemos a TaeOh —les digo tomando asiento en el suelo junto a JiSeung. Se miran entre ellos y se echan a reír.

—La invitamos a un concierto de verdad. Todos los jueves tocamos en el Pub Champion en Lavapiés, a partir de las once de la noche. ¿Vendrá a vernos mañana? —sugiere JiSeung.

—Ah, pues, no tenía ni idea de que tocáis, en locales quiero decir.

—Solo tocamos ahí, por el momento, el hijo del dueño estudia conmigo —explica JiMin—. Un día le conté que mi hermano, otros dos amigos y yo teníamos un grupo en Corea y me propuso que actuásemos en el pub de su padre. Hicimos una prueba y nos contrató.

—Qué sorpresa. ¿Y qué tipo de música tocáis?

—Metal. Yo toco la batería y JiMin el bajo y canta. ¿Vendrá a vernos? —Sé que les hace ilusión y no me vendría mal salir un rato, aunque al día siguiente tenga que levantarme temprano para llevar a clase a TaeOh. Además, será la ocasión ideal para que Bruno pueda ver a JiMin en vivo y en directo. Lástima que Lucía no vuelva de Vigo hasta el viernes.

—Me encantará oíros. ¿Puedo llevar a un amigo?

—¿Un amigo especial? —pregunta JiMin arrugando el entrecejo, provocándome la risa.

—Un amigo a secas —respondo divertida con su curiosidad.

—Hay una cosa importante que debe saber —dice JiSeung antes de que me incorpore para salir de la habitación.

—Nuestro hermano mayor no sabe nada, él cree que los jueves salimos a un karaoke, algo muy típico en Corea.

—¿Y por qué no se lo habéis contado?

—Porque su primera condición para dejarnos venir a España era que no nos desviásemos de nuestros objetivos, el mío el Máster y el de JiSeung acabar la especialidad de violín clásico. ¿Qué necesidad hay de que se disguste? —pregunta JiMin con una sonrisa cargada de picardía.

—Está bien, guardaré el secreto. —Ellos me ofrecen el puño para chocarlo y lo hago—. ¿Cómo os llamáis, como grupo?

—Big Bang.

—Como el estallido que dio origen al universo —aclara JiSeung.

—Vaya, estoy segura de quién ha inspirado el nombre —les digo y se echan a reír.

—¿Vendrá?

—Será nuestra primera groupie —añade JiMin guiñándome un ojo.

Bajo las escaleras con una sonrisa, veo que han dejado la luz de la cocina encendida y me acerco a apagarla, la puerta del despacho del señor Goon está cerrada así que supongo que estará dentro. Me asomo al marco y apago la luz.

—Estoy aquí —dice el señor Goon y la enciendo de inmediato. No le había visto, estaba agachado por detrás de la mesa. Me acerco y veo que estaba recogiendo un par de plátanos que deben habérsele caído al suelo.

—Lo siento, creía que la luz se había quedado encendida y está tan cara… —Me disculpo y distingo en sus labios el esbozo de una sonrisa, pero es solo un espejismo. Un espejismo precioso y sexy. Recobra la compostura al instante. Debe pensar que soy idiota, con todo el dinero que tendrá no va a estar sufriendo por la factura de la luz.

—No pasa nada.

—Hasta mañana —digo ansiosa por marcharme.

—Señorita Lago.

—¿Sí? —¿Le apetece que nos fuguemos juntos? En este mismo instante, desaparezcamos sin más, pienso divertida para mí.

—¿Podría usted hacerse cargo de TaeOh este sábado por la noche? Aún no es seguro, pero quizá tenga que salir —me detengo un instante a pensarlo. ¿Mi atracón de chuches y series ante la pantalla puede esperar? No lo sé, son regalices, mis favoritos—. Serían unas cuatro o cinco horas, le pagaré ciento cincuenta euros, si le parece bien.

—Sí, claro. No tengo problema.

Yo se los pagaría a él, si me invitase a salir a mí. Bueno, lo haría si no fuese más pobre que las

ratas, pero podría invitarle a una hamburguesa con patatas y el postre correría de mi cuenta.

—Gracias.

—De nada. —De nuevo me doy la vuelta para marcharme.

—Señorita Lago. —Ahora es cuando me dice que después de nuestra conversación en el planetario no ha dejado de pensar en mí un solo instante, que soy la niñera más sexy del planeta y que le encantaría tomar algo conmigo. Me giro y le miro a los ojos desde la puerta—. Sé que está preocupada por TaeOh. Solo quería decirle que el motivo por el que está serio es su madre, hace casi dos semanas que no habla con ella.

—¿Por qué? —Quizá no debería preguntarle, puede pensar que soy una entrometida, pero me preocupa que esté triste por eso.

—La hemos llamado en varias ocasiones, la última este domingo, cuando volvimos a casa, pero no ha respondido, aunque sé que está bien porque lo he visto en sus redes sociales. Imagino que estará ocupada —explica arrugando la frente, parece bastante molesto con la situación.

—Es miércoles.

—Lo sé —añade y no dice nada más, deja los plátanos en el frutero—. Hasta mañana, señorita Lago. Que llegue bien a casa —me dice, dando por finalizada la conversación. ¿Y esa obsesión por desearme que llegue bien a casa? ¿Me habrá visto conducir?

Me quedo un instante en el pasillo, intentando entender qué pasa. ¿En serio es normal que la madre de TaeOh no le llame en casi dos semanas? La mía me llama casi todos los días y tengo veintiséis años.

No me lo explico.

¿Cómo puede vivir tan tranquila sin saber de él?

¿Qué clase de relación tienen? ¿Qué relación tiene el señor Goon con ella?

No puedo dejar de pensar en ello de camino a casa. Ceno cualquier cosa y subo a mi habitación. Raquel está en su cuarto, con Carlos. Los gemidos me hacen saber que siguen *bien*. ¿No tenía solo unos pocos días libres? Pues se están alargando. Me preocupa mi amiga, pero no soy nadie para juzgar su relación, me digo, aunque mi vocecita interior insiste en que sé que va a sufrir y no estoy haciendo nada para evitarlo. No hemos vuelto a hablar del tema, en realidad casi no hemos vuelto a hablar de nada, está evitándome y no sé cuánto tiempo piensa seguir haciéndolo. Él también, cada vez que llego a casa me saluda con frialdad, haciéndome sentir incómoda en mi propio hogar. Si me quedo se marcha y casi siempre ella se va tras él. No sé cómo va a acabar esto, pero sí que vamos a pasarlo mal.

Una vez estoy en pijama metida en la cama envío un audio a nuestro grupo *Ratitos Buenos* en el que las invito a asistir al concierto de los dos hermanos medianos de mi jefe mañana.

Lucía responde enseguida que al final regresa mañana al medio día y que por supuesto que se apunta a esa salida. Y Bruno que mata por un *juernes* loco de esos que teníamos cuando éramos capaces de trabajar un viernes aun sin dormir siquiera. Antes de que todos estuviésemos demasiado ocupados. Pepi en cambio no puede, los niños tienen colegio y no quiere acostarse tarde, nos emplaza para otro día que sabemos que no llegará, al menos en breve tiempo. Raquel no responde hasta por la mañana, que le encantaría acompañarnos, pero ha quedado con Carlos.

Al día siguiente todo va como la seda, TaeOh se levanta temprano, va al colegio con mejor

ánimo y cuando le recojo también se encuentra animado. Al preguntarle cómo está me responde que mucho mejor, que ayer le dolía el estómago y ya no. Le pido que otra vez que le duela el estómago me lo diga porque le prepararé un té de regaliz, remedio mágico de mi abuela que es mano de santo.

Evito al señor Goon cuando llega todo lo que puedo, parece que llevo pintado en la cara el secreto de JiMin y JiSeung y procuro estar a su lado lo menos posible porque soy una bocazas y como me pregunte cómo estoy contestaré: ¡sí, voy a ir ese concierto secreto de los mellizos! A ellos no los veo en toda la tarde, imagino que estarán ocupados ensayando o pasando el rato con los amigos.

Tengo el tiempo justo de llegar a casa y cambiarme de ropa, he cenado algo en casa de los Goon, todos los días sobra muchísima comida y me he zampado unos fideos con gambas que estaban de muerte, como todo lo que cocina la señora Choi. Bruno y Lucía me esperan en el salón, se han arreglado a conciencia. Lu se ha puesto un traje negro ceñido y una cazadora vaquera, se ha soltado el pelo y pintado los labios de rojo, la abrazo, cuatro días sin vernos son demasiados. Bruno también está muy guapo, elegante pero informal, con una de esas camisetas que solo alguien con su físico puede ponerse, ajustadas, pero sin estrangular.

Cuando el taxi nos deja en la puerta del pub oímos la música desde el exterior, pero al entrar nos damos cuenta de que se trata de música ambiente. El interior del local está bastante oscuro, con luces rojas que permiten ver los vinilos en las paredes, también hay guitarras antiguas y dibujos de calaveras y tumbas por todas partes. Lucía me mira con una sonrisa, sorprendida por el ambiente *oscuro*, y Bruno enarca una de sus cejas. La clientela es acorde al lugar, muy *metalera*, parece animada con la música ambiente, a ver qué tal cuando comience la música en vivo.

Lucía se cuela hasta la primera fila junto al escenario de cuatro por cuatro metros que está al fondo del todo y se sitúa en una de las mesas altas, Bruno en un par de movimientos se deshace de los vasos que había sobre esta.

—¿Qué quieres? —me pregunta Lucía, dispuesta a ir a la barra en busca de *suministros*.

—Una tónica.

—Un gin-tonic. Y tú un ron cola —dice a Bruno.

«Mañana trabajo».

—Y yo también. Esta noche es nuestra, ¡fuera comecocos! Vamos a pasarlo bien —afirma y se marcha.

«Está agobiada con lo de su jefe», dice Bruno. «Me lo ha contado mientras te esperábamos».

Con el ruido que nos rodea me es más cómodo hablarle en lengua de signos.

«Ya. Creo que le gusta bastante».

«Meterse con tíos casados siempre es un problema».

«Está divorciado».

«Eso dice él». Le miro a los ojos. «Siempre están divorciados, o a punto de dejar a su mujer, lo digo por experiencia», asegura encogiéndose de hombros. Le aprieto la mano sobre la mesa, sé a qué se refiere, Bruno estuvo dos años con un tipo que jamás llegó a salir del armario, ni a dejar a su pareja femenina. Algo que solo le acarreó sufrimiento y quebraderos de cabeza.

«Ojalá no tengas razón».

«Ojalá. Y bueno, tus amigos, ¿qué clase de música tocan? Porque como sea Kpop estos se van

a echar las manos a la cabeza».

«Metal, me han dicho. Y no son mis amigos, son los hermanos de mi jefe».

De pronto un tipo vestido de riguroso negro, con una larga melena y mostacho a lo Sam Bigotes, se sube al escenario y se hace con el micrófono, detrás hay un bajo en el suelo y una batería. Un foco se enciende y le ilumina.

—Buenas noches, ¡bienvenidos! No soy de hablar mucho, ya lo sabéis, así que, doy paso a unos chicos a los que ya conocéis, con vosotros: ¡Big Bang!

Anuncia y el foco se apaga. El tipo baja del escenario a la vez que Lucía llega con las bebidas que pone sobre la mesa. Dos tipos altos suben desde la parte trasera, pero no puedo reconocerlos porque está todo oscuro.

Cuando el foco vuelve a encender su luz me convierto en una estatua. Me quedo de piedra al verles. Por supuesto son JiMin y JiSeung, aunque nadie lo diría. JiMin, al bajo, va vestido con vaqueros negros ajustados, camiseta blanca desgarrada como si le hubiese atacado un oso y chupa de cuero oscura, con el cabello rubio platino ahora con reflejos azules, y JiSeung… JiSeung en la batería, está irreconocible, sin sus gafas redondas, con unos pantalones de vinilo negro y una camiseta de rejilla, que transparenta su torso. Los dos llevan los ojos maquillados de negro.

—¿Son ellos? —pregunta Lucía, incrédula.

—Sí, aunque no lo parecen.

«Son los hermanos *dark* de los BTS», bromea Bruno, sin apartar la mirada del escenario.

—El rubio es guapísimo —dice Lucía cuando JiMin da un paso hacia el micrófono y se prepara para puntear su bajo.

«No estoy de acuerdo, el otro lo es mucho más. ¿Cómo se llama?».

—JiSeung.

«Me acabo de enamorar».

La música comienza a sonar con fuerza por los altavoces, es metal, puro y duro. Cantan en inglés con palabras en coreano que no entiendo, aunque me sorprende que pueda reconocer el idioma. Lo cierto es que lo hacen genial, cuando dijeron que tenían un grupo jamás pensé algo así. Lucía se pone a bailar como loca y tira de mí para que lo haga a su lado. Las dos nos dejamos llevar por la música. JiMin me guiña un ojo desde el escenario, nos ha visto. Tocan al menos durante una hora, la gran mayoría creo que temas propios y algún clásico que tocan en coreano, reconozco Paranoid, de Black Sabbath, por la música, pues JiMin canta en su idioma materno toda la letra. Es diferente y tienen mucho gancho.

Cuando la actuación acaba les aplauden varios minutos. Ambos bajan del escenario por la zona posterior y se meten en la parte trasera. Cuando salen estoy terminando el tercer gin-tonic, Lucía sigue bailando, pienso que no dejará de hacerlo, aunque le pongan Torito guapo, de El Fary.

Los chicos se han cambiado. JiMin se ha puesto unos vaqueros y lleva una camiseta nueva bajo la chaqueta de cuero, JiSeung se ha deshecho de los pantalones de vinilo y de la camiseta de rejilla, también con vaqueros y una cazadora gris, y ha recuperado sus gafas redondas, aunque sus ojos continúan maquillados.

El público va felicitándoles, estrechando sus manos en todo su camino hacia donde estamos.

—Buenas noches —dice JiMin cuando nos alcanzan.

—Buenas noches —repito con una sonrisa—. Me habéis dejado impresionada.

—Habéis estado geniales —añade Lucía, Bruno asiente.

—Gracias —responde JiSeung. No puedo evitar notar cómo Bruno le mira embelesado.

—JiMin, JiSeung, os presento a mis amigos Bruno y Lucía. —Ambos estrechan la mano de Bruno. Lucía en cambio se lanza y le da dos besos a cada uno, temo que se sientan violentos, pero al parecer, fuera de su casa son dos chicos absolutamente adaptados a las costumbres nacionales.

—¿Qué queréis tomar? —pregunta Lucía, bebiendo de un tirón el tercio del vaso de tubo que le quedaba.

—Espera, te acompaño. Mi hermano solo bebe ginebra sin alcohol —dice JiMin y ambos marchan hacia la barra.

—¿Ginebra sin alcohol? ¿Eso existe? —pregunto a JiSeung.

—Soy abstemio.

«Es el padre de mis hijos», bromea Bruno sabiendo que no puede entenderle. JiSeung le mira y él le sonríe tibiamente.

—Bruno no habla, aunque sí oye —le explico.

*Habéis tocado genial*. Podemos leer en la pantalla de su teléfono móvil.

—Gracias. ¿Nos sentamos en aquel apartado? Será más fácil hablar —sugiere indicando hacia unos sillones acolchados con forma de medialuna que están en el lateral derecho del local.

—Vale, voy a avisar a JiMin y a Lucía —digo y voy en busca de ellos que están pidiendo en la barra y les ayudo a cargar con las bebidas. Cuando alcanzamos el reservado observo que JiSeung y Bruno hablan entre ellos, mi amigo se las apaña muy bien utilizando su móvil, y JiSeung ríe relajado con alguna de sus ocurrencias.

Durante el siguiente par de horas me olvido de que son los hermanos de mi jefe o de que trabajo en su casa y los cinco nos divertimos al son de la música. Bailo Fake it de Seether con JiMin y pruebo el gin-tonic sin alcohol de JiSeung. Bailamos, cantamos y nos reímos. En ese momento solo somos cinco jóvenes que disfrutan de la noche sin pensar en que en tan solo unas horas amanecerá.

A las cinco de la mañana salimos a buscar un taxi que nos lleve a casa. JiMin va apoyado en mi hombro. Lleva toda la noche haciéndome reír con las cosas más tontas, como por ejemplo pidiéndome que le explique los chistes que ha aprendido en la universidad, algunos más antiguos que el hilo negro y sin ninguna gracia pero que quiere entender y que no sé cómo ayudarlo, como por ejemplo: «Uno le dice a otro: ¡estás obsesionado con la comida! Y el otro le responde: no sé a qué te refieres croquetamente». ¿Cómo le explico eso? Me muero de la risa y él también.

Lucía y Bruno se meten en el taxi, yo me tropiezo en la acera y por suerte JiMin me sujeta por la cintura y me sostiene contra su cuerpo.

—Gracias —le digo mirándole a los ojos con una sonrisa. Y entonces… se inclina sobre mí y… me besa.

Siento sus labios sobre los míos, caricias de su lengua en estos y me quedo como petrificada. Estoy en *shock*, aunque he de reconocer que besa muy bien. Él se aparta y sonríe.

—Nos vemos en casa —me dice alejándose, caminando hacia detrás, acercándose a su hermano que cabecea ante lo que acaba de ver, aguardándolo a la puerta del pub.

Me subo al taxi y no sé si voy más mareada por el alcohol o por lo que acaba de pasar.

—Pero, bueno, mírala, a ese me lo pensaba ligar yo —protesta Lucía entre risas. No soy capaz de reaccionar aún.

«¿Estás bien?», me pregunta Bruno, sentado a mi lado. «Sé que no lo esperabas, pero ¿te ha gustado?».

«No lo sé», respondo en lengua de signos, mientras Lucía canta a viva voz Libre de Nino Bravo para dolor de cabeza del taxista.

# Capítulo 20

## DoHwan

Miro la aplicación de mi teléfono móvil que me permite saber dónde se encuentra aparcado el vehículo que he cedido a la señorita Lago y compruebo que acaban de salir hacia el colegio, otra vez con el tiempo justo.

Espero que se encuentre bien. Esta mañana me marché algo más tarde porque he estado trabajando en el despacho de casa y me la he cruzado, no tenía buen aspecto, parecía agotada. Si no se encuentra bien tendré que anular la salida de mañana sábado, no voy a pedirle que trabaje sintiéndose enferma. O quizá estoy buscando una excusa para no salir con Kim JongSuk, su esposa y la amiga de esta.

La señorita Maeng JiYu es simpática, es profesora de matemáticas, está terminando un curso de estadística en Inglaterra y Kim JongSuk y su mujer parecen empeñados en juntarnos, ya he cenado con ellos en enero cuando vino a Madrid de vacaciones. Ellos no saben que en menos de tres meses vuelvo a Seúl, ni deben saberlo, el señor Yeon fue muy insistente en eso. Solo espero que no se sienta engañado cuando se lo diga. Quizá el señor Yeon le ofrezca mi puesto, aunque no sé si sería capaz de hacerlo bien, hay varias cosas de él que no acaban de convencerme, entre ellas cómo trata a sus subordinados. Siempre he pensado que un buen jefe debe hablar del mismo modo a un director de área que al último ayudante que haya en el escalafón, debe demostrar por qué está en el puesto con sus acciones, no con sus palabras, y Kim JongSuk ordena mucho, pero ejecuta poco. Le he visto tratar a su secretaria con una prepotencia que no me gustó lo más mínimo, y por la que le llamé la atención en privado. Sé que se disculpó con ella y hasta donde tengo conocimiento no ha vuelto a arrojarle documentos a la cara ni a alzarle la voz, pero esa es una actitud difícil de corregir.

¿Será el estómago lo que está martirizando a la señorita Lago? Tenía ojeras y su energía natural, esa con la que despierta a TaeOh cantando en ocasiones y otras haciéndole cosquillas, según me cuenta él, parecía debilitada. Cuando nos cruzamos en la escalera me dedicó una sonrisa apagada.

¿Estaré exigiéndole mucho? Espero que no esté cansándose de trabajar en casa porque no quiero perderla. Me refiero a que TaeOh no lo pasaría bien. En estas dos semanas, al contrario de lo esperado, se ha compenetrado bastante bien al ritmo de nuestra familia.

Termino de enviar unos emails repletos de nuevas noticias sobre el buen recibimiento del

mercado español de nuestra nueva tecnología Imasense para la captura de fotografías de mascotas, superando la dificultad de su continuo movimiento. Se han vendido casi el doble de los dispositivos previstos del nuevo modelo de teléfono móvil, KEmotion XP, si seguimos a este ritmo, en Navidad triplicaremos nuestra mejor venta de un nuevo dispositivo, la del año anterior.

Quizá no haya dormido bien. Sí, puede que sea eso. Podría recomendarle el té de pétalos de amapola, creo que tengo en casa, en el mueble alto de la cocina sobre la nevera. Cuando llegue le preguntaré a TaeOh si sabe lo que le sucede y si es eso lo buscaré.

Podría preguntarle, pero no quiero que piense que estoy entrometiéndome en su vida privada. También gracias a mi hermanito sé que no está casada, aunque desconozco si el tipo de la fotografía será su pareja, recuerdo que me dijo en la entrevista que vivía con unas amigas.

Acabo de recibir un correo desde la central, será mejor que deje de pensar en lo que le sucede a la señorita Lago y me centre en lo que pasa en Seúl con los microchips que tienen que enviarnos y cuyo pedido lleva más de dos semanas de retraso. Cuando abramos la nueva fábrica en septiembre en Córdoba este tipo de problemas deberán quedar atrás. Me sumerjo en la vorágine de trabajo y cuando aparto la cabeza del ordenador son las tres de la tarde. He comido el *japchae* de ternera, fideos de cristal con verduras y carne, de la fiambrera de metal que me prepara cada día la señora Choi, sin calentarlos siquiera.

La señora Dávila me ha traído un té negro con leche, como sabe que me gusta, sin que se lo haya pedido. Es agradable que quienes te rodean se tomen esas molestias por ti, pero no es necesario, suficiente tienen con la cantidad de horas que trabajamos en esta empresa. Un esfuerzo que se está viendo recompensado con los resultados. El cambio de estrategia que impuse a mi llegada, más centrada en los jóvenes adultos basándome en los deseos y experiencias de mis propios hermanos y sus amigos, ha funcionado y hemos pasado de ser la octava empresa asiática de venta en el país a ser la segunda. Ojalá pudiese dejarla como la primera antes de marcharme, al menos en el segundo trimestre del año.

Mis hermanos. Me prometí que no interferiría en sus vidas mientras continuasen obteniendo buenas calificaciones, cada uno en su área, y está siendo así. En gran parte por su inteligencia privilegiada en el caso de JiMin, porque lo que es encerrarse en su habitación a estudiar solo ocurre en época de exámenes. JiSeung sí pasa horas practicando, pero también encuentra tiempo para salir a perder el Norte. Esas salidas nocturnas al karaoke los jueves me tienen en alerta. Acepto que la mayoría de los sábados vuelvan al alba y se pasen el domingo dormitando como osos pardos, pero el viernes hay clases. Y asisten, a pesar de que JiMin tenía aún más mala cara que la señorita Lago.

Anoche tuve que salir al pasillo a llamarles la atención cuando llegaron pasadas las cinco, tratando de no hacer ruido, sin éxito. Por suerte TaeOh duerme como un tronco, llevamos casi diez días sin un solo escape y no me lo creo. Pero estuvieron un rato conversando entre ellos antes de acostarse y tuve que decirles que no era momento de cháchara, que se fuesen cada uno a su cama a dormir el par de horas que les quedaban para levantarse. Sé que JiSeung no bebe alcohol, pero JiMin tenía un par de copas de más encima. Sin embargo, a las siete y media

estaban montados en el coche para asistir cada uno a sus clases.

Mi madre entraría en cólera si supiese que no estoy vigilando cada uno de sus pasos, pero como apenas me dirige la palabra no puede preguntarme cada día por lo que están haciendo. Para ella todo lo que no sea trabajar es perder el tiempo, de nada me sirvió obedecerla cuando trabajaba para ella, no dudó un instante en ponerme en la calle el día en el que acepté hacerme cargo de TaeOh.

A veces me pregunto dónde estará ese karaoke que tanto les gusta. Quizá debería aceptar su invitación y acompañarlos cualquier día, sé que les sorprendería bastante verme allí.

Mi móvil comienza a sonar. Al verlo compruebo que se trata de la señorita Han SoHee, la nieta de la señora Jung, la vecina de mi tía EunJi. Cada vez que me llaman ella o su abuela mi corazón se acelera sin remedio.

—Buenas noches, dígame. —Según mi reloj son casi las diez de la noche en Corea.

—Buenas noches, señor Goon —me saluda Han SoHee—. Espero que esté bien, disculpe la hora, pero mi abuela me ha pedido que le llame para decirle que, con esta, su tía lleva tres noches negándose a tomarse la medicación para ir al baño.

—¿Otra vez? —pregunto exasperado. Esto ha sucedido en varias ocasiones, la tía EunJi odia los diuréticos, casi tanto como ir al médico.

—Sí. Dice que no puede descansar por las noches porque se las pasa en el aseo. Y dice mi abuela que es cierto, que va mucho.

—Sí, lo sé, ella misma me lo ha comentado. Pero los diuréticos son una medicación muy importante para que su cuerpo no retenga líquidos y no se le hinchen las piernas, debe tomarla. Hablaré con la enfermera Lee para que vaya a visitarla y le explique que debe tratar de beber la mayor cantidad de agua por la mañana e ir reduciéndola por las tardes para que no le suceda esto.

—Yo puedo decírselo, señor Goon —se ofrece. Es una joven muy amable, la nieta mayor de la señora Jung pasa con ella algunos fines de semana. Su abuela fue la mejor amiga de mi tía EunJi en su más tierna infancia, antes de que… su infancia se esfumase para siempre. Y cuando la tía decidió regresar a Daecheon con más de ochenta años y ambas se reencontraron, viviendo en las antiguas casas de sus padres, la tía, soltera y la señora Jung viuda, se unieron como cuando eran niñas y la una cuida de la otra, como si de un par de hermanas se tratase. La señorita Han SoHee es mis ojos y mis oídos en casa de la tía EunJi, sin que nunca haya querido aceptar ni un solo won de mi parte.

—Gracias, señorita Han, pero creo que le vendrá bien oírlo de la enfermera Lee, además así aprovecharé para que le tome la presión arterial y el resto de las constantes vitales.

—De acuerdo, señor Goon. Pues si la enfermera Lee va a venir a verla, ¿podría decirle que mi abuela pasó todo el fin de semana con la presión un poco alta?

—Por supuesto. En cuanto terminemos de hablar enviaré un correo electrónico a la enfermera Lee.

Y así hago, en cuanto cuelgo el teléfono le escribo. La enfermera Lee trabaja en una clínica privada cercana a la casa de la tía EunJi. Contraté sus servicios para ella y la señora Jung hace ocho años, cuando la tía se empeñó en volver a Daecheon. La enfermera Lee, la tía EunJi y la señora Jung mantienen una relación de amor odio. La enfermera se preocupa por ellas y va a visitarlas dos veces por semana, les regaña afectuosamente y después ellas hacen lo que quieren. Así funcionan las cosas.

Antes de que haya pasado al siguiente asunto recibo un correo electrónico de la enfermera Lee diciéndome que pasará a verlas con un emoticono de disgusto.

—Señor Goon, ¿puedo pasar? —me pregunta la señora Dávila desde la puerta, son casi las tres, acaba de reincorporarse tras el almuerzo.

—Sí, claro —le digo y aguardo a que se acerque, trae un folio en las manos.

—Es otro correo electrónico dirigido a su atención… —En nuestra empresa, todos los líderes de departamento, incluido el director, tienen una cuenta de correo electrónico pública, que aparece en la página web, para que los clientes muestren sus sugerencias o quejas, y la mía la gestiona mi secretaria.

—Démelo.

—Señor Goon, ¿no cree que deberíamos llamar a la policía?

# Capítulo 21

## Zoe

Me besó.

JiMin me besó y me quedé quieta.

¿Es que he perdido la cabeza?

Es un beso, los besos son agradables, apetecen y se disfrutan y yo llevaba demasiados meses sin recibir ninguno. Y si no fuese el hermano de mi jefe incluso podría plantearme darle una alegría al cuerpo, porque es atractivo, es agradable y besa muy bien.

«¿Es la resaca o es que estás rayada?», me pregunta Bruno abriendo los ojos por turnos al ver que me he quedado sentada en la cama pensando en el infinito después de apagar el despertador. Ha dormido en mi cuarto, siempre que se queda inflamos una colchoneta con llenado automático que tengo guardada en el armario.

—Un poco de cada.

«Es solo un beso».

—Pero como se lo cuente a su hermano me despide, seguro.

«¿Tú vas contándole a tu hermano con quien te besas? No te rayes por eso».

—No estoy rayada por eso. Estoy rayada porque no hice nada, dejé que me besara y hasta en cierta forma me gustó, pero no me gustó porque fuera él, me gustó porque besa bien. Pero no quiero que piense que entre nosotros puede haber algo porque no lo va a haber.

«Y quién dice que él cree eso. Igual te dio un beso de despedida al estilo coreano moderno».

—Precisamente tú, adicto a las series esas, debes saber que los coreanos no se tocan con tanta facilidad.

«Ya. Lo sé. Pero me imagino que los niños no los fabrican por carta. Y su actitud no me pareció demasiado coreana».

—A mí tampoco.

«¿Quién dice que él crea que podéis tener algo? Te besó, no te pidió matrimonio ni una noche loca de sexo. El tema del trabajo lo entiendo, a no ser que me digas que crees que es el amor de tu vida, te aconsejo que no lo mezcles, al menos hasta que termines de currar en su casa. Ni el polvo más épico de la historia merece que pierdas este trabajo», dice en calzoncillos, mirándome desde el hueco entre mi cama y el armario, se ha tapado con una manta.

—No es el amor de mi vida. Lo cierto es que me gusta más su hermano.

«¿JiSeung?», duda deletreando cada letra con cierta alarma y me echo a reír.

—Este va a ser el signo para JiSeung, ¿ok? —le digo haciendo un corazón coreano entre los

dedos pulgar e índice. Él asiente con una sonrisa—. No me refiero a JiSeung, me refiero al señor Goon.

«¿Te gusta?».

—Le gustaría a cualquiera, Bruno. No tiene nada que ver con Fran, absolutamente nada. Y creo que con ningún hombre que haya conocido. Es maduro, es serio y responsable, veo cuánto se preocupa por sus hermanos, el amor con el que trata a TaeOh, lo mucho que le respetan JiMin y JiSeung…

«Le respetan tanto que se escapan a escondidas».

—Pero le respetan. Aún no sé de qué murió el padre, ni por qué TaeOh vive con ellos y no con su madre, y no sé si llegaré a enterarme, pero el señor Goon es como un segundo padre para ellos.

«O sea que te gusta su forma de ser, porque su físico es horrible», sugiere divertido.

—¿Crees que es feo? Ni hablar. Te acuerdas de la serie esa que me obligaste a ver porque estabas obsesionado con ella, esa que él era un duende… Goblin. ¿La recuerdas?

«No irás a decirme que se parece a Gong Yoo porque me voy contigo a trabajar ahora mismo, se me quita hasta el sueño», sugiere y yo asiento.

—Se parece, aunque el señor Goon es aún más guapo.

«Eso es imposible. En el planeta tierra no ha nacido hombre más guapo que Gong Yoo».

—Eso crees tú porque no le has visto —añado divertida—. ¿Y JiSeung a quién se parece? —sugiero y él me guiña un ojo con picardía. Nos conocemos muy bien.

«No sé, tiene cierto aire a Nam YoonSo. Y JiMin no puede parecerse más a Taemin de SHINee».

—Ni idea de quiénes son.

«Lógico. La poca cultura de entretenimiento coreano que tienes es porque yo te la he enseñado».

—Ya. ¿Y quién me iba a decir que acabaría viviendo en un *Kdrama*? —bromeo y él se echa a reír—. No vayas a acostarte en mi cama, en cuanto deje aTaeOh en el colegio vengo y me echo de nuevo.

«Acaparadora. Ponte algo de maquillaje que La novia cadáver tenía mejor aspecto que tú». Se burla y le tiro un cojín a la cara.

Cuando llego a casa de los Goon los mellizos se han marchado temprano, a Dios gracias, porque no sé qué cara pondré cuando me encuentre a JiMin. Me duele la cabeza como si alguien estuviese utilizando un martillo percutor contra ella. SoonJo me recibe con una sonrisa enorme y me agarra del brazo.

—Mi madre ha preparado *hotteoks* —dice arrastrándome a la cocina.

La señora Choi tiene preparado para mí un café dalgona listo para servirlo en cuanto me ve aparecer y hay una fuente repleta de unos bollitos redondos y aplastados que parecen tener frutos secos o una especie de pasta en el interior. Oler huelen de maravilla así que doy un trago del café y un mordisco a uno de ellos. SoonJo tiene uno a medio comer sobre la mesa.

—Esto está delicioso, señora Choi —digo y asiente agradecida.

—El señor Goon está en su despacho, tenía una videoconferencia temprano, así que comed deprisa —nos advierte con una sonrisa.

En realidad, no creo que el señor Goon nos dijese nada si nos descubriese allí sentadas, hablando y desayunando en horas de trabajo, siempre y cuando cada una cumplamos con nuestro cometido. Cada día que pasa, aunque lo vea solo a ratos, me está pareciendo menos fiero el león

de como lo creí en un principio. TaeOh habla tantas cosas de su hermano que me parece que lo conozco mucho más de lo que lo hago. Ahora sé que tiene veintiocho años, que le gusta la música clásica, sobre todo Chopin y un cuarteto de cuerda llamado Vitamin String Quartet, que sale a correr los fines de semana o que cuando era pequeño se le rompió un diente contra el aro metiendo una canasta de baloncesto, aunque debió arreglárselo porque tiene una sonrisa perfecta. Cosas sencillas que unidas a todas las veces que he fantaseado en estos días con él, me hacen sentirle más cercano.

Dos bollos después subo las escaleras rumbo a la habitación de TaeOh para despertarle. Los albañiles siguen de obras reconstruyendo mi cerebro después de la noche loca de ayer y voy fantaseando con tomarme un paracetamol efervescente cuando veo al señor Goon bajando la escalera. Nos encontramos a mitad de camino.

—Buenos días, señorita Lago —dice. Alzo la mirada y trato de sonreír, pero no me sale. Ni siquiera porque esté guapísimo, con el cabello húmedo que acaba de peinarse, o porque puedo oler su perfume, Bleu, de Chanel. Lo he visto en su baño, huele de maravilla.

—Buenos días, señor Goon —respondo y bajo la cabeza, me molesta la intensidad de la luz del techo.

—¿Está bien? —me pregunta. No, tengo una resaca del quince porque estuve de fiesta en secreto con sus hermanos, y, ¿sabe qué? Uno de ellos incluso me besó. ¿Dónde se recogen los finiquitos?

—Sí, gracias —respondo y continúo mi camino escalones arriba.

Por suerte TaeOh está de buenas y se levanta a la primera. A las diez menos cuarto estoy en casa con cuatro cafés, el de Raquel, descafeinado con nata vegana lo dejo sobre la encimera de la cocina, le gusta frío así que cuando se levante lo tomará. El de Lucía con cacao en polvo por encima y endulzado con estevia, se lo dejo en el aparador de su cuarto, el de Bruno, con leche desnatada y extra de azúcar moreno, se lo doy en mano porque abre los ojos al oírme entrar, y después de quitarme los pantalones, ponerme una alarma a las cuatro y meterme en la cama de nuevo, me bebo el mío, el de toda la vida, con leche de vaca y azúcar normal.

La alarma de mi móvil comienza a sonar y me despierta, la apago y lo dejo sobre la mesita de noche.

—¿Señorita Lago? ¿Señorita Lago?

¿Oigo la voz del señor Goon que me habla en sueños? Me despabilo y me doy cuenta de que no era la alarma, era una llamada. Tomo el teléfono, veo la hora, son las cuatro menos cuarto, gracias a Dios no me he quedado dormida.

—Sí, señor Goon, dígame —respondo despabilándome del todo.

—Mmmm. —Parece incómodo—. Disculpe que la moleste.

—No me molesta, dígame.

—Pero la he despertado.

—Sí, me he quedado dormida viendo la tele —miento.

—Solo quería decirle que no hace falta que recoja hoy a TaeOh en el colegio si no se siente bien, yo me haré cargo.

—No, no… Solo tengo un poco de jaqueca, pero estoy bien, de verdad, estoy mejor —

respondo sin poder evitar que una sonrisa me acuda a los labios. Así que se ha quedado preocupado por mí, es muy amable de su parte. Pero si estoy bien para aguantar la fiesta, tengo que estarlo para aguantar la resaca, esa es mi lógica de vida y no voy a cambiarla ahora—. Gracias.

—Como quiera. Me… me alegra que esté mejor. Buenas tardes.

—Gracias. Buenas tardes.

Creo que la sonrisa de boba me durará todo el día. Y ni siquiera el nerviosismo que me produce encontrarme con JiMin después del *incidente*, hace que se me borre de los labios.

TaeOh vuelve a estar más serio a la salida del colegio que a la entrada, imagino que también estará cansado. Es viernes, todos necesitamos el fin de semana.

Estoy en la cocina pelando un bol de fruta cuando llega JiSeung del conservatorio, tiene mucha mejor cara que yo.

—Hola, Zoe, ¿JiMin ha llegado? —me pregunta. Así que después de la noche de marcha juntos ya no soy más la señorita Lago. ¡Bien! En su mirada hay intención, algo así como, ¿qué pasó anoche?

—No, al menos yo no le he visto. —En ese momento el mencionado entra en la habitación.

—Buenas tardes —dice, me mira y sonríe. Después toma un pedazo de mango del que tengo pelado y se lo come—. ¿Podrías pelar un cuenco para mí? —sugiere burlón, JiSeung le mira divertido.

—Creo que eres mayorcito para pelarte la fruta solo —respondo con naturalidad.

—¿Cuando nos casemos lo harás? —pregunta de improviso provocando que se me caiga el cuchillo de las manos al suelo. Se agacha a recogerlo y me lo entrega. En sus ojos leo que no va a dejar pasar el tema. JiSeung se ríe y ambos me miran—. Yo también lo haré para ti.

—JiMin, sobre lo de anoche…

—Sssst —dice poniéndome un dedo en los labios—. No te precipites, dame un poco de tiempo —sonríe y sale de la habitación. JiSeung sigue sus pasos fuera, negando con la cabeza.

Ains, ¿por qué tienen que pasarme a mí estas cosas?

Los mellizos bajan al sótano a ensayar. Ahora entiendo por qué pasan ahí tanto tiempo. El señor Goon llega a la misma hora de cada día, sobre las siete. TaeOh y yo estamos jugando al ajedrez en el sofá, pero se lanza en brazos de su hermano mayor en cuanto le ve atravesar la puerta de entrada.

—Buenas tardes —me saluda—. ¿JiMin y JiSeung están abajo? —pregunta y asiento—. Voy a subir a darme una ducha y a ponerme cómodo y entonces puede marcharse, hoy no me he traído trabajo a casa —advierte y fantaseo con que lo ha hecho por mí, para que pueda irme antes y descansar.

—De acuerdo.

Desaparece escaleras arriba, TaeOh y yo acabamos la tercera partida de ajedrez, soy malísima y él se divierte matando mi rey cada vez con una figura diferente, hasta que se aburre.

—¿Miramos los planetas por el telescopio? —sugiere.

—¿Tienes uno?

—Sí, está guardado debajo de la cama. ¿Los miramos?

—Pero si aún no es de noche.

—No importa, podemos ver Venus, Júpiter y con suerte, Marte.

TaeOh se dirige hacia las escaleras y sigo sus pasos hasta la planta superior. Recorro el pasillo tras él, oigo ruido en el dormitorio del señor Goon, una ducha de agua correr. Me lo imagino

dentro… no, mejor no o me subirá la temperatura. Una vez en su dormitorio el pequeño saca una caja de debajo de la cama y monta un potente telescopio en un abrir y cerrar de ojos, orientándolo en la ventana.

—Mira —me pide, así que me inclino y observo por el visor. Veo un planeta azulado con anillos horizontales de un color más oscuro. Vaya, es increíble, sí que se ve—. Es Júpiter.

—Vaya.

—Si te fijas bien, incluso puedes ver uno de sus satélites girando. Se llama Ganímedes, es el satélite más grande del sistema solar, es más grande que Mercurio, y el único que tiene campo magnético… ¡Aaaaaah! ¡Aaaaaah!

—¿Qué te pasa? —me aparto del telescopio y veo que se ha sentado en la cama y se sostiene la pierna derecha contra el pecho y se agarra el pie entre las manos.

—¡Aaaah! Me duele mucho y me tira. ¡Aaaah! —No sé qué hacer, TaeOh se encoje de dolor.

—¿Qué pasa? —pregunta el señor Goon entrando en la habitación urgido, tiene el cabello mojado y despeinado, va vestido solo con un pantalón vaquero oscuro, con el torso al descubierto, empapado. Es como si se hubiese salido de la ducha y puesto el pantalón corriendo, de hecho, estoy convencida de que es lo que ha hecho.

—El pie, me duele y me tira. —El señor Goon respira aliviado, le quita la zapatilla y el calcetín.

—Pon el pie en el suelo.

—¿Qué le pasa?

—Está creciendo mucho y los tendones a veces se le encojen —dice mirándome de reojo. Está incómodo, mucho, y sé de inmediato que se debe a su desnudez. No debería, al contrario, podría cobrar entrada por verle pasearse así todo el día. Debajo de esos trajes tan elegantes, mi jefe tiene la espalda de un nadador olímpico y unos abdominales en los que se podrían lavar a mano varias sábanas… Mis ojos se tropiezan con los suyos, me ha cazado contemplándole, así que disimulo.

—¿Y hay algo que se le pueda dar o hacer?

—Poner el pie en el suelo es lo mejor. Se le pasa enseguida —TaeOh le obedece—. ¿Estás mejor?

—Sí —responde. Pues yo no, yo estoy fatal ahora mismo. Me acaba de subir la temperatura por lo menos un par de grados.

—Termino de vestirme y puede marcharse —me dice con su voz profunda.

—Gracias. —Por todo, por dejar que me vaya, por su amabilidad, pero sobre todo por el espectáculo visual.

JiMin es muy guapo, JiSeung no se queda atrás, pero el mayor de los Goon se llevó el premio gordo, el reintegro y la pedrea. Porque su belleza no es tan… no sé cómo explicarla, tan delicada como la de sus hermanos menores. Quizá se deba a los años que les separan, pero el señor Goon es mucho más… hombre. Está más *hecho*, que diría mi madre.

Se detiene justo en la puerta.

—Señorita Lago.

—¿Sí? —Sí, a todo.

—¿Puedo contar con usted para quedarse con TaeOh mañana por la noche?

—Claro.

—Es que como no se ha sentido bien…

—No se preocupe, solo necesito una buena noche de sueño. Mañana estaré genial.

—Está bien. Necesito que esté aquí a las nueve, por favor.

—Sin problema.

# Capítulo 22

## Zoe

A la noche siguiente, cuando llego a la casa del señor Goon llamo al timbre antes de abrir la puerta con mi llave. TaeOh está en el salón y se acerca descalzo a abrirme, su sonrisa es una delicia. Va vestido con un pijama con la parte superior de rayas blancas y azules que le da cierto aire marinero.

Me doy cuenta de que ahora sí hemos superado nuestra segunda semana y me siento muy contenta. Todos mis miedos sobre cómo me sentiría, o sobre si sería capaz de llevarlo bien, han desaparecido por completo. Me está resultando mucho más sencillo de lo esperado, a pesar de que tengamos dos culturas tan distintas, a pesar de que nunca había cuidado de un niño de forma profesional, a pesar de los pesares, TaeOh y yo nos hemos hecho amigos.

Es un niño maravilloso, educado, inteligente, simpático y muy divertido. Se acerca y me da un abrazo y una sonrisa se me instala en la cara.

Lo primero que me cuenta es que ha hablado con su madre por videollamada esa mañana, que su *hyung* la ha llamado y ha visto a su hermano pequeño. Quiere llevarle un regalo cuando vuelvan a Seúl. Busca su Tablet entre el millón de tiestos que hay en el sofá y me muestra una fotografía de su madre con su hermano.

Su madre es una preciosidad. Aunque se ríe como si le hubiesen pegado los labios con pegamento rápido, no enseña los dientes, ¿los tendrá torcidos? No lo creo porque sería una pena con lo guapa que es. Y tan delgada. Su cintura debe tener el diámetro de uno de mis muslos. Le pregunto dónde está su *hyung* en ese momento y me cuenta que se está vistiendo para su cita. Así que es una cita, no, qué crueldad.

—Ha quedado con el señor Kim JongSuk, su esposa y otra mujer. ¿Crees que mi *hyung* puede enamorarse de esa mujer?

—¿Cómo voy a saberlo TaeOh? ¿Por qué lo preguntas? ¿No quieres que tu *hyung* se enamore?

—Yo quiero que se enamore de ti —me suelta a bocajarro provocándome la risa. Qué cosas tiene este pequeñajo, cada día me cae mejor.

Entonces su *hyung* baja la escalera desde el piso superior y ahora sí que me siento inmersa en una de esas series coreanas que Bruno tanto adora, en las que la música se ralentiza y ponen el filtro de estrellitas brillantes y algodón de azúcar cuando el atractivo galán entra en escena.

El señor Goon va vestido con un traje gris y camisa blanca, con el cabello negro peinado hacia un lado produciendo un pequeño tupé, con la mirada rasgada despejada y recién afeitado, oliendo a jardín de Seúl. Que nunca he olido ninguno, pero seguro que tienen que oler como él, a madera

de sándalo y notas cítricas. Percibo su aroma desde mi sitio en el sofá, y si imagino que debajo del traje tiene todos los músculos que le vi ayer, la taquicardia está asegurada.

Lástima que sea otra la que vaya a olerle esta noche. Por qué Señor, me muestras los manjares que no puedo comer, río para mí.

—Buenas noches —me dice acercándose a TaeOh y le besa en el cabello, a mí apenas me mira, pero cuando lo hace su expresión es… No sé, percibo que está como enfadado por algo. Parece que toda la amabilidad y comprensión de ayer se han esfumado—. Regresaré tarde, que no la convenza de esperarme despierto. A las diez y media debe estar en la cama.

—De acuerdo.

—Déjame hasta las once y media, *hyung*. —El señor Goon sonríe de lado, se le marca un hoyuelo en la mejilla derecha, menudo desperdicio con lo poco que lo enseña—. Está bien, a las once y media. Hay comida en la nevera, siéntase en su casa.

—¿JiSeung y JiMin han salido?

—¿Por qué lo pregunta? No tiene que cuidar de ellos —responde desabrido. Confirmado, se le ha roto alguna tripa y tengo que averiguar cuál es.

—Lo sé, pero me gustaría saber si alguien más va a entrar en la casa para estar preparada y no asustarme.

—Ah, es por eso… —¿Por qué iba a ser sino?—. No se preocupe, se habrá marchado cuando ellos lleguen. Si tiene el menor problema no dude en llamarme —me dice antes de salir por la puerta lateral que da acceso al garaje y segundos después le veo pasar con el coche de los cristales tintados a través de las amplias cristaleras del salón.

—¿A qué jugamos? —me pregunta TaeOh, capturando mi atención. Me encojo de hombros—. ¿Sabes jugar al *gonggi*?

—No, pero si me lo explicas echamos una partida. Pero antes, ¿puedes decirme por qué tu *hyung* está enfadado?

—No está enfadado, hemos estado jugando al *gonggi* esta tarde.

—Pues a mí me lo ha parecido.

—Yo también iba a enfadarme contigo.

—¿Por qué? No puedes enfadarte conmigo, porque somos amigos verdaderos.

—Entonces, ¿por qué JiMin y tú habéis ido de paseo y no me habéis llevado?

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Por esto —dice tomando de nuevo su Tablet. TaeOh tiene Instagram, lo cual ya de por sí me deja alucinada, aunque no sale su imagen por ninguna parte, solo perritos y gatitos. Pero más a cuadros me quedo cuando pulsa el perfil de JiMin y me encuentro con un selfi en el que aparecemos los dos sentados en el reservado del pub, con su brazo libre por encima de mi hombro, levantando un vaso de cubata, en la que mi expresión es de… *Hola, estoy pasada de vueltas*. Cuando en realidad no lo estaba, recuerdo el momento de la foto y estaba bien, más o menos. Pero con los ojos medio entornados parezco la hermana borracha de Barney, de Los Simpsons. Además, JiMin ha puesto una flecha en la que me señala con el letrero: MyGirl.

¿Cómo que MiChica?

—¿Tu *hyung* ha visto esta foto?

—Sí. Yo le pregunté si también había ido con vosotros y me dijo que no. A lo mejor sí que se enfadó un poco porque no le invitasteis. —Arg. Ahora comprendo la cara larga. Por qué JiMin…

—¿Y por qué no he recibido notificación de que estoy etiquetada en la imagen? —pregunto a TaeOh, mi *comunity manager* particular. Él vuelve a mirarla.

—Tu nombre está mal escrito. ¿Quieres que te siga?

—Como prefieras —JiMin, te voy a matar… Tengo un nuevo seguidor en mi perfil. Uno que informará a su hermano mayor de cualquier cosa que ponga. Pero es tan bonito que ni por esas me puede sentar mal—. ¿Jugamos al juego ese?

—¡Gracias! En clase nadie quiere jugar al *gonggi*, porque Cayetana dijo que es un juego de idiotas.

—No existen los juegos de idiotas, existen los y las idiotas que juegan —afirmo y él sonríe—. Cayetana es la rubita que siempre lleva lazos en el pelo, ¿verdad? —Esa niña y la otra morena con nombre de infanta siempre están pendientes de él mientras esperamos para entrar al cole.

—Sí. Esa.

Se trata de un juego en el que hay que ir tirando cinco piedrecitas, en este caso de plástico, e ir cogiéndolas por rondas de 1, 2, 3 y 4. Al principio soy bastante torpe y TaeOh todo un maestro que las atrapa con velocidad supersónica. Pero poco a poco le voy cogiendo el ritmo y antes de cenar le he ganado en una ocasión. Lo celebro como si fuese la final de la Champions League y él se ríe con ganas.

Después cenamos lo que supongo que ha dejado preparado la señora Choi, yo me como un lomo de salmón con verduras y anacardos que avergonzaría al mejor restaurante asiático y TaeOh un poco de todo. Come de maravilla.

Pienso entonces que a pesar del aspecto serio de la señora Choi, tiene un humor algo negro y que suelta de improviso, sobre todo metiéndose con su hija, de lo más divertido. El jueves la envió al almacén a por una pasta de tomate seco que sabía que no había y algunas cosas así. SoonJo le protesta, aunque no demasiado, y después se ríe conmigo. Es una chica encantadora y a sus veintidós años tiene la cabeza bastante centrada, aunque hace dos días me contó que lleva saliendo dos meses en secreto con un chico chileno que la trae bastante loca, pero que es incapaz de decírselo a su madre porque ella espera que se case con un coreano de bien, con uno de los amigos de su hermano que vive en Seúl, por ejemplo.

—A mí no me gustan los novios coreanos, ya tuve uno y era demasiado empalagoso. Estaba todo el tiempo pendiente de mí, todo el tiempo, prefiero la sangre caliente de los latinos —me contó mientras se fumaba un cigarrillo junto a la puerta del garaje antes de que me marchase con TaeOh al cole.

Le dije que en mi opinión nadie debería decirnos lo que es mejor para nosotros, porque cuando nos condicionan hacia un interés están jugando a cambiar nuestra vida. Ya es difícil acertar tomando las propias decisiones y mortificarte por haberte equivocado como para que encima, el error provenga de la influencia de otro. Vivir es como un juego de ensayo y error, a veces las cosas salen bien a la primera y otras necesitas intentarlo en varias ocasiones para poder seguir adelante.

Ella me da las gracias por el consejo y me hace sentir un fraude.

Qué bien se me da dar consejos y qué mal seguirlos.

¿Yo he tomado siempre mis propias decisiones o me he dejado influir por las de los demás?

Cuando decidí abandonar una carrera a punto de terminarla, ¿lo hice porque quise o porque Fran me dijo que necesitaba a alguien para llevarle la contabilidad de la empresa y había pensado en mí?

Cuando sigo en Madrid dando tumbos de trabajo basura en trabajo en basura, ¿lo hago porque

realmente quiero estar aquí? ¿O porque cada vez que he sugerido el tema de volver a casa, a Málaga, Bruno y Lucía me miran como si estuviese chalada?

No lo sé. Me siento tan perdida cuando pienso en el futuro, que prefiero no hacerlo y eso solo hace que los días pasen y me sienta cada vez más perdida, en un bucle que parece no tener fin.

—¿Qué vas a querer de postre, TaeOh? —le pregunto cuando hemos terminado de cenar, mientras recojo los cacharros.

—Hay *bingsu* en el congelador —dice ilusionado, baja de su silla y lo abre pasando por detrás de mí—. Es de fresa y piña. —Abre el congelador y saca dos tarrinas de cartón tapadas con plástico, las destapa y las deja sobre la mesa. Tomo dos cucharas y le entrego una de ellas. Parece un helado de copos de hielo y fruta, lo pruebo y está delicioso.

—La señora Choi se ha superado con la cena de hoy, el lunes le daré la enhorabuena —digo después de llevarme un par de cucharadas más a la boca.

—La señora Choi y SoonJo hoy no trabajan, es sábado.

—Entonces, ¿quién ha preparado la cena? ¿O es comprada?

—No. La cena la ha hecho mi *hyung* —responde dejándome alucinada—. Y le pedí que nos preparase *bingsu* de postre porque lo hace muy rico —anuncia dando una vuelta sobre sí mismo feliz con el tarrito de cartón en las manos.

—Madre mía, tu *hyung* es una caja de sorpresas.

—¿Por qué es una caja de sorpresas? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Se suele decir de alguien que sabe hacer de todo —respondo y él asiente llevándose otra cucharada a los labios.

TaeOh se duerme a mi lado en el sofá mientras vemos una película de dibujos animados, *El castillo ambulante*. Es la primera vez que la veo y me ha encantado la historia de amor entre Howl y Sophie, así como la capacidad de Sophie de perdonar a quien le ha hecho daño.

Ojalá yo fuese tan buena persona.

Agarro a TaeOh en brazos y le subo por las escaleras hasta su dormitorio. Le arropo y le enchufo la pequeña luz que emite destellos dorados de estrellas de colores por el techo que se apaga sola al amanecer. Está muy guapo cuando duerme, parece un ángel.

De regreso a la planta inferior paso ante la puerta del dormitorio del señor Goon. Presa de una maldad desconocida enciendo la luz. Está todo impoluto. El edredón blanco estirado, la mecedora sin ropa colgando del respaldo, la mesilla de noche con un libro sobre esta, colocado muy recto, el cargador recogido y guardado en el estante inferior. Me atrevo a entrar, me acerco y me fijo en el libro, no entiendo una palabra de lo que pone en la portada. El gran ventanal da hacia el jardín anterior, puede verse la puerta corredera que da acceso en coche y la puertecita de a pie, así como el árbol de pimienta que precede al camino de césped que lleva hasta la casa. Le ha dejado las mejores vistas, las de la piscina, a TaeOh, pienso.

Parece tan… seco. Y, sin embargo, tiene gestos muy bonitos hacia su hermano pequeño, siempre tan preocupado por todo lo que necesita y no sabe que lo que más necesita es a él, pasar más tiempo juntos.

TaeOh me ha contado que su *hyung* es el director de una empresa coreana de telefonía móvil en España y que por eso siempre está muy ocupado. Mi padre también ha estado muy ocupado siempre y le he echado de menos cuando niña, tenía dos trabajos, trabajaba en un taller mecánico por las mañanas y por las tardes arreglaba maquinaria agrícola en los cortijos. Gracias a eso pude

venirme a Madrid a terminar la carrera, aunque ya sabemos cómo acabó eso.

Abro una puerta de su armario y me siento como una adolescente lela a la que le gusta oler el perfume del profesor cuando entra a la clase. Casi toda su ropa es formal, pantalones de traje, camisas y corbatas, aunque hay un par de vaqueros doblados con pulcritud en uno de los estantes junto a varias camisetas. Yo le he visto con uno de ellos puesto, sonrío para mí.

Parece que le cuesta relajarse.

Yo podría enseñarle.

Resulta increíble que el señor Goon, tan pudoroso y reservado, y Carlos, el novio de Raquel al que le gusta oler ropa interior e ir desnudo, pertenezcan a la misma especie.

Reconozco una de las chaquetas, es de paño gris con unos cuadros grandes de líneas muy finas, casi imperceptibles, de color celeste. La llevaba puesta cuando me entrevistó y decidió darme el trabajo contra todo pronóstico. Le sienta como un guante. Acaricio la tela de la solapa con los dedos, es suave, asciendo hasta donde estaba su cuello, acerco la nariz y la huelo. Huele de maravilla. Huele a noche loca de pasión coreana a la luz de la luna, a te voy a demostrar el hombre salvaje que hay bajo toda esta aparente frialdad.

Estoy fatal.

Cierro el armario y regreso a la planta inferior. Se está muy a gusto en el sofá, ante la chimenea, con la tele de fondo. Me pongo cómoda y me echo la mantita sobre las piernas. Oigo entonces que he recibido un mensaje en el teléfono. Es un mensaje de Lucía.

Lucía: *Acabo de llegar a casa, para que te quedes tranquila.* Me informa. Ella y Bruno han ido a cenar, los muy traidores.

Yo: *Gracias por avisar. No sé a qué hora llegaré, cuando mi jefe haya cenado con los amigos y después se haya cepillado a la tía con la que ha quedado.*

Lucía: *Cuidado con los jefes, no sea que pierdas la cabeza como yo.*

Yo: *Tranquila, el mío no creo que sepa lo que es desmelenarse* 😊.

Lucía: *Entonces no se parece a su hermano…* Se burla.

Yo: *En nada*.

Lucía: *No te fíes de las apariencias. Los asiáticos son unos fieras en la cama, lo sé por experiencia*.

Yo: *Cacho perra. ¿Y eso cuándo ha sido?*

Eso se merece un audio y Lucía lo sabe.

Lucía: *Fue mi venganza asiática. Cuando fui a Hong Kong a recibir el nuevo destino y recoger todas mis cosas, me acosté con Takeshi, un compañero japonés de la compañía que me llevaba tirando los tejos con sutileza desde que llegué. Quedé con él para tomar un café de despedida y solo te diré una cosa, fueron los cuatro mejores polvos de mi vida.*

Yo: *¿Cuatro? Serás ninfómana. Descansa, preciosa.*

Lucía: *Raquel está haciendo gimnasia con el novio, a ver quién duerme. ¿Por qué no lo destinan a Dubái?*

Eso me pregunto yo.

El ruido de una llave en la cerradura me despierta. Tengo el sueño muy ligero y abro los ojos enseguida. Me enderezo y me peino con los dedos, me he quedado frita en el sofá. Pero la puerta no termina de abrirse.

Oigo a alguien hablando coreano, una risa, y después al fin se abre.

Por ella entra un señor alto y moreno, de unos treinta y muchos años, asiático, que sujeta al señor Goon por encima de su hombro.

—Buenas noches, ¿eres la cuidadora de TaeOh? —me pregunta. Le respondo con un gesto de afirmación—. Mi amigo se ha pasado un poco bebiendo —afirma tirando de él. El señor Goon está borracho, pero tan borracho que a duras penas se sostiene en pie. Acudo a su lado y le ayudo a sostenerlo pasando su brazo sobre mi hombro, entre los dos le llevamos al sofá y lo tumbamos —. Déjale dormir, por la mañana estará bien. ¿Cómo te llamas?

—Zoe.

—Encantado, Zoe. Yo soy Kim JongSuk , amigo personal de Goon DoHwan —dice ofreciéndome su mano. Él parece un poco achispado, pero nada que ver con el señor Goon.

—¿Va a conducir de vuelta?

—No, mi esposa lleva el coche. Está fuera, esperándome. Gracias.

—¡*Mul*! —masculla el señor Goon adormilado. Le miro sin entender nada.

—Ha dicho *agua* —traduce Kim JongSuk —. Encantado de conocerte, Zoe.

—Igualmente.

Se marcha y cierra la puerta tras de sí. Me acerco a la cocina y sirvo un vaso de agua, lo llevo al sofá y me encuentro que el señor Goon se ha quedado dormido. ¿Qué hago? ¿Le espabilo? ¿Se lo doy? ¿Se lo tiró por encima? No me esperaba esto en absoluto.

—Señor Goon, tenga el agua —digo, pero no reacciona. Dejo el vaso en la mesita ante el sofá y me agacho. ¿Y si no está respirando? —. Señor Goon…

Se gira y abre los ojos, me mira.

—Eres guapa —dice con una sonrisa embriagada—. Pero no eres coreana.

¿Ein?

¿Se supone que me ha echado un piropo? Ahora sí que le echaba el agua por la cabeza. Le doy el vaso, bebe y se dispone a girarse. Va a pasar la noche en el sofá, porque a él sí que no puedo subirlo a la planta de arriba. Tiro de la manga de su chaqueta y con esfuerzo se la saco, se gira, dándome la espalda y le saco la otra. Le quito los zapatos, cojo la manta y se la echo por encima y oigo que empieza a hablar coreano y a gimotear en voz baja.

—Señor Goon, ¿está bien? —le pregunto. Él se incorpora, se sienta, me mira y me abraza en un mar de lágrimas, diciendo cosas en coreano. No entiendo nada de nada—. No le comprendo, ¿qué le pasa? ¿Le duele algo? —Se aparta y se lleva una mano al corazón y sigue llorando y hablando—. ¿Le duele el pecho? ¿Aviso a un médico? —Hace un gesto de negación con la cabeza—. Sea lo que sea que le pasa, desahóguese. Déjese llevar, eche fuera todo el dolor y mañana se sentirá mejor —le digo en plan psicóloga de rebajas y me abraza. Me aprieta contra sí con fuerza. Huele a alcohol, pero también a perfume. Su piel es suave, siento su mejilla rozar la mía y sus brazos rodeándome. Lo cierto es que su abrazo se siente fuerte y reparador. Deja de llorar y sus manos caen de mi espalda, deslizándose despacio por esta. Se ha quedado dormido. Le ayudo a acomodarse en el sofá y vuelvo a taparle con la manta.

Tengo que irme ya. Son las dos y media de la mañana.

Pero… ¿voy a marcharme y a dejar a TaeOh a solas con su hermano en ese estado? ¿Y si se enferma y hay que llevarle al médico?

Sí. Soy como mi madre, lo admito. Lo que siempre critiqué me ha caído encima. Yo que me burlaba de ella porque guarda ropa interior nueva para ir al médico, ahora también pienso en esas cosas.

Abro el almacenamiento del otro sofá, saco otra de las mantas y me acomodo en él dispuesta a pasar una noche horrible.

# Capítulo 23

## DoHwan

*Me duele el corazón, porque necesito amar y ser amado. Necesito amar a alguien en quien pueda confiar y que confíe en mí. A alguien que ame a TaeOh tanto como a mí.*

Sueño que digo todo eso a la señorita Lago, que ella se sonroja y que la abrazo rompiendo cualquier ética laboral y personal. Y que, sin embargo, me gusta hacerlo, rodearla con mis brazos y sostenerla contra mi pecho.

Esta noche me he sentido frustrado. He vuelto a ver a la amiga de Han SoRa, la esposa de Kim JongSuk , y no me ha resultado atractiva en absoluto. Es una chica guapa, el prototipo de mujer coreana, menuda, bajita, con rostro pequeño y delicado, con los labios finos y delineados, pintados con carmín rojo, y, sin embargo, no he podido evitar pensar en los labios de la señorita Lago, que son gruesos y carnosos. Hace unos días me fijé en sus labios, mientras soplaba a TaeOh en un pequeño padrastro del dedo pulgar en el que le había echado desinfectante y le escocía. No puedo entender para qué soplaba su herida, pero sí el cariño con el que lo hacía.

Es muy inapropiado por mi parte pensar en ella así, es mi empleada, es la cuidadora de TaeOh y no debería mirarla de ese modo. Pero no puedo evitarlo.

Es tan… desordenada. Deja toda la ropa de TaeOh en el lavadero de cualquier manera, también encuentro por la casa sus cosas: sudaderas, chaquetas, fulares… Que en ocasiones dejo dobladas en el cuarto de mi hermano pequeño y otras en el reposabrazos del sofá para que se las lleve. Es impuntual, no cenamos un solo día a las ocho y sale tarde hacia el colegio casi cada mañana, y tan poco respetuosa de las formalidades, llamando a todo el mundo por su nombre excepto a mí, que debería despedirla y, sin embargo, después del par de semanas que lleva en casa no hago más que pensar en que temo que pasen demasiado rápido las restantes.

Y es un temor absurdo, irracional. No tenemos nada en común, en absoluto.

Quizá JiMin o JiSeung sí. Tienen edades similares, preocupaciones similares. Pero ¿yo? Mi vida está llena de obligaciones y responsabilidades. ¿Qué podría ofrecerle un tipo como yo? A veces me gustaría volver a ser el que era antes, alguien que pensaba en el futuro mientras disfrutaba de su presente, pero desde que papá murió el peso de la responsabilidad me ha transformado. Lo sé, y lo acepto. Solo trato de hacer lo correcto.

Ella y JiMin… se les veía muy unidos en esa fotografía que me mostró TaeOh. Conozco a mi hermano, sé que tiene mucha facilidad para conquistar a las chicas, casi tanta como falta de pudor para arrimarse, pero esa imagen me ha hecho saber que han estado viéndose fuera del trabajo… No puedo evitar preguntarme, ¿qué tipo de relación tienen? Es amistad o… algo más.

Era algo que no esperaba y que, sin embargo, ha sucedido.

Me duele la espalda, estoy incómodo. Escucho música, es la versión en música clásica de Girls like you de Maroon 5 de uno de mis grupos de cuerda favoritos, Vitamin String Quartet. La oí hace unas semanas y no puedo quitármela de la cabeza. De hecho, es una canción que asocio a la señorita Lago porque su móvil personal suena así cuando alguien la llama, y cada vez que la oigo no puedo evitar pensar en ella. Pero ¿de dónde viene la música? ¿La estoy soñando?

—*Hyung*, el móvil de la señorita Lago está sonando —me dice TaeOh en un susurro—. *Hyung*, la señorita Lago está dormida y su móvil está sonando —insiste y me despabilo de golpe.

TaeOh está en lo cierto, la señorita Lago duerme en el otro sofá, a mi lado, profundamente y su móvil acaba de dejar de sonar. Su cabello rubio oscuro está desparramado por el sofá, sus ojos están cerrados y sus labios desnudos de carmín, entreabiertos. Un par de botones de la camisa blanca se han soltado durante la noche y su pecho voluptuoso asoma bajo el sostén, su expresión es serena, pero a mí se me acaba de acelerar el corazón.

Así que no lo he soñado, anoche la abracé y lloré sobre su hombro. Me siento muy avergonzado, no sé cómo he sido capaz, es una falta de respeto imperdonable, va a pensar que soy un descarado.

Está preciosa, así tan relajada y tranquila, durmiendo en mi sofá. Hay un mechón de pelo que le cae por la nariz, me gustaría retirárselo con los dedos.

—*Hyung*, tengo hambre —advierte TaeOh tirando de mi camisa y sacándome de la contemplación de mi inesperada huésped.

—¿Quieres desayunar? —Es domingo, y eso significa que tampoco hoy trabajan ni la señora Choi ni la señorita SoonJo, así que sigo siendo el cocinero oficial de la casa. TaeOh asiente feliz y vamos a la cocina a preparar el desayuno, pero antes estiro la manta enrollada a los pies de la señorita Lago y la cubro con ella, sin que esto perturbe su sueño lo más mínimo.

Miro mi móvil, JiMin y JiSeung se han quedado a dormir en casa de un amigo, sonrío satisfecho con que cumplan las reglas, si duermen fuera tienen que avisarme, no es tan complicado.

Mientras preparo el desayuno no puedo evitar volver a recriminarme por haber perdido el control anoche, y, sin embargo, no recuerdo haber bebido tanto. Quizá la quinta botella de soju compartida estuvo de más, pero no recordaba tener tan poco aguante.

Kim JongSuk tenía mucho interés en que conociese mejor a la amiga de su esposa y no hacía más que repetirme las cosas que tenemos en común y que la joven lo tiene todo para ser una perfecta esposa coreana.

Cada vez que ella sonreía no podía dejar de preguntarme si lo hacía por complacerme, si realmente le gustaba lo que estaba viendo de mí o solo pretendía agradarme porque la esposa de JongSuk insistía una y otra vez en que éramos perfectos el uno para el otro. Lo único que consiguieron fue hacerme sentir incómodo, violento y frustrado.

No me importa que su padre sea rico y de buena familia. Han SoRa, la mujer de Kim JongSuk , se encargó de recalcarlo. No necesito más dinero, no necesito un matrimonio de conveniencia. Necesito alguien con quien pueda sentirme libre, amar con libertad, y ser amado del mismo modo. Alguien que ame mis defectos tanto como mis virtudes y a quien ofrecer exactamente lo

mismo. Sentir esa conexión, esa chispa, que en un par de segundos te hace saber que hay química, que podrías llegar a amar a esa persona.

Me viene a la mente la expresión de incomodidad de la señorita Lago al atravesar el umbral de mi despacho para la entrevista, el chispazo en nuestras manos, el golpe en mi sien… Es tan diferente a las mujeres con las que he salido, que no sé si eso es algo bueno. Y, sin embargo, es hermoso oírla reír mientras juega con TaeOh, tiene una risa escandalosa y nasal que me recuerda a un cerdito.

TaeOh me observa con curiosidad como si tratase de leer mi mente, saber en qué estoy pensando mientras bato los huevos con los palillos. Sonrío y me devuelve la sonrisa.

—*Hyung*, ¿besaste a la chica de anoche? —me pregunta a bocajarro. Mi hermano se está occidentalizando, nunca fue tan descarado.

—¿Qué? ¿Cómo puedes preguntarme eso? Es algo privado.

—No quiero que te cases con ella. No quiero una hermana coreana.

—¿Por qué dices eso? Somos coreanos, tus hermanos son coreanos, tu madre es coreana.

—Por eso. Ya hay suficientes coreanos en nuestra familia —suelta provocándome la risa—. Anoche tuve un sueño.

—¿Qué soñaste?

—Soñé que te casabas.

—¿Es algo que te preocupa?

—No quiero que estés solo, *hyung*. Cuando yo me vaya a la NASA quiero que tengas a alguien que te quiera mucho y te cuide como me cuida la señorita Lago.

—¿Y qué tiene de especial cómo te cuida la señorita Lago? Lo hace igual que la señorita Ji.

—No. La señorita Ji no me daba besos, ni me levantaba por el aire, ni me cantaba canciones, ni se tiraba al suelo en la alfombra… Y la señorita Lago me da besos cuando me duermo, siempre, antes de irse, en la frente. —Me enternece y a la vez pienso que se ha saltado todos los reparos que cualquier mujer coreana tendría a la hora de mantener contacto físico con un extraño. Pero eso no es… malo, si a TaeOh le hace sentir bien, ¿no?

—Entonces, si no quieres que esté solo, pero tampoco quieres una hermana coreana. ¿China te parece bien? —bromeo.

—No, quiero que sea española, como la señorita Lago —insiste haciéndome reír.

—No te preocupes, quizá entre ella y JiMin surja algo más que una amistad —sugiero, aunque no me hace la menor ilusión la idea.

—JiMin no.

Después de desayunar sube a su cuarto a jugar un rato con su videoconsola portátil, la señorita Lago continúa durmiendo así que dejo en la mesita del sofá un sobre con su nombre y trescientos euros en su interior con los que intento compensar mi mal comportamiento. Bajo al gimnasio dispuesto a expiar el alcohol sudando, con la esperanza de que se haya marchado cuando suba y no tener que enfrentar su expresión de incomodidad.

# Capítulo 24

## Zoe

—Zoe, ¿qué es *cachondita*? —me pregunta TaeOh zarandeándome con cuidado.

—¿Qué? —No he debido oírle bien. Abro un ojo y después el otro, tengo un sueño terrible. Mi móvil comienza a sonar. Lo busco, está bajo mi trasero, me siento en el sofá y veo que el señor Goon ya se ha levantado y se ha marchado. Encuentro el móvil y compruebo que es Lucía—. Un segundo, TaeOh —le pido—. Buenos días, Lu.

—¿Te vas a quedar a vivir ahí? Vale que te quedaras anoche porque era muy tarde, pero ¿vamos a irnos hoy de tapas o no?

—¿Qué hora es?

—Las once. Y me gustaría estar en Reyes&Reynas sobre las doce y media, sabes que después no hay quien encuentre mesa en la terraza.

—Vale. Me despido y me voy. Ahora te veo —digo y cuelgo. Entonces me doy cuenta de que tengo dos botones de la camisa sueltos y se me ve el sujetador de encaje morado. Por suerte TaeOh aún no tiene edad de fijarse en esas cosas, creo, y me los abrocho con total naturalidad—. ¿Qué me estabas diciendo?

—Mira —dice enseñándome la pantalla de su videoconsola portátil.

Veo que tiene abierto un chat de texto en un videojuego con alguien con un icono de princesa que ha comenzado a hablarle y no tiene desperdicio.

PrincesaG: *Hola, guapo.*

*Hola*: KWarrior (Es el pseudónimo de TaeOh).

PrincesaG: *Juegas muy bien, quieres que seamos amigos?*

*Vale*: KWarrior.

PrincesaG: *Me gustas mucho. ¿Me mandas un besito?*

*¿Quieres jugar al Warrior?*: KWarrior.

PrincesaG: *Me pones cachondita* 🔥🔥🔥

*Qué*? : KWarrior.

PrincesaG: *Que me gustas mucho, me mandas una foto sexy? XD.*

Ay, PrincesaG, me parece a mí que o tienes ya años para ser reina, o tienes la mente muy sucia para ser tan pequeña. Pero ¿qué pasa con los niños de ahora?

—¿Sabes quién es?

—Sí. Es Ginebra, una niña de mi clase.

—¿Tiene tu edad?

—Once, porque repitió. Aunque nunca hablamos, se sienta al fondo del todo y nunca me habla. ¿Qué es una *cachondita*?

—Alguien que tiene mucho calor, ¿no ves los emojis de fuego?

—No lo entiendo.

—Mejor. Vamos a borrarla de amiga, ¿vale? No te conviene tener amigas así ni siquiera en los videojuegos. Pero antes…

*Hola PrincesaG, sé quién eres y que eres muy pequeña para escribir este tipo de cosas. ¿Lo sabe tu madre? Porque he hecho captura de pantalla y estoy a punto de enviársela. Soy Zoe, la cuidadora de TaeOh.*:KWarrrior.

PrincesaG: *No se lo mandes a mi madre por favor, prometo que no lo haré nunca más, ha sido Patro la que me lo ha pedido. Por favor, por favor.*

—¿Patro? Es la niña morena.

—Sí.

—¿Te llevas muy mal con ella? —Él esquiva mi mirada, coge la consola y le da a los botones.

—Ya he eliminado a PrincesaG.

—¿Se mete contigo? —Se encoje de hombros. Menuda niña, eso es un sí como una catedral.

—No le gusta jugar conmigo. Dice que como comida de viejos y que soy muy raro. Y como a casi todos ella les cae bien pues…

—¿No juegan contigo los otros niños?

—Algunos días, sí. Cuando ella falta al cole —Ay, que desmoño a la jodía niña.

—¿Y el resto de los días?

—El resto de los días voy a la biblioteca y leo en el recreo —afirma con una sonrisa.

—¿Y los agujeros de la mochila, los hizo ella? —Hace un gesto de negación.

—Los hizo Marcos García, su amigo. Aunque no lo he visto hacerlo, pero Iker sí lo vio y me lo dijo.

—¿Quieres que te compre una mochila nueva?

—No, porque entonces volverá a romperla. Así ya no le hace nada más. —Se me está partiendo el alma y los pedazos pueden convertirse en hostias como panes como coja a esos pequeños acosadores.

—¿Y desde cuándo se mete contigo esa niña?

—Hace tiempo. Fue culpa mía, porque soy un empollón y me puse delante en clase, pero mi *hyung* siempre me dice que me ponga delante del todo. Ella me pidió que le dejase el sitio pero no la dejé.

—¿Y nunca le has dicho nada? ¿No te has defendido?

—No quiero que me castiguen.

—No te van a castigar por defenderte y si te castigan, bueno pues no pasa nada. Si no te defiendes seguirán metiéndose contigo. —Él desciende la mirada, abochornado, no es capaz de decirles nada—. ¿Y los maestros dónde están mientras se meten contigo?

—En clase, o en el recreo.

—¿Y no se enteran? ¿Tú se lo has dicho?

—No soy un chivato.

—Intentar protegerte no es de chivatos. ¿Y no le has contado nada de esto a tu *hyung*?

—No. ¿Para qué?

—Tenemos que decírselo. ¿Dónde está?

—Abajo, en el gimnasio. Díselo tú, me da vergüenza.

—No tienes que sentir vergüenza, tú no has hecho nada malo, al contrario, eres un valiente —TaeOh sonríe, aunque no parece muy convencido—. Pero si lo prefieres, yo se lo diré.

Esa niña del colegio debe ser una mala víbora. El señor Goon debería hablar con su maestra porque no es normal que todo lo que tenga que ver con TaeOh esté mal: que si come comida de viejos, que si los juegos que propone son de idiotas, que si le sacó la lengua… Y si él no puede ir no me importa ir yo misma, porque se está rifando una charlita y ella no para de coger papeletas.

La imagen del señor Goon haciendo balancear el cuerpo a uno y otro lado sujeto por los brazos a unas anillas que penden del techo, de espaldas a la puerta, vestido únicamente con unos pantalones cortos de ciclista que pegados a sus nalgas dejan poco o nada a la imaginación, no facilitan mi labor de concentración en lo que tengo que decirle.

Madre mía, pero ¿cuántos músculos tiene este hombre en el cuerpo? ¿Y por qué se pone ropa todos los días para taparlos?

—Señor Goon —le llamo, pero no se entera. Me doy cuenta de que tiene puestos unos auriculares—. Señor Goon —insisto más fuerte con el mismo resultado. Continúa subiendo y bajando su espectacular cuerpo coreano.

# Capítulo 25

## DoHwan

¿Y si ella y JiMin se encontraron por casualidad?

No hay más fotos.

Quizá solo fue esa noche.

No tienen por qué haber quedado a solas, que mi hermano ponga MyGirl solo significa que le parece atractiva, o que está tratando de conquistarla de un modo poco sutil.

Sin proponérmelo me encuentro pensando en la señorita Lago de nuevo. ¿Qué narices me pasa?

Esos labios, esa boca, esa camisa abierta, el sostén morado…

El dolor en los músculos me hace sentir bien, sé que me estoy castigando por haber sobrepasado mis límites anoche. Y la melodía de Blow, de Jackson Wang, me ayuda a alzarme en las anillas una y otra vez.

Alguien me toca la espalda dándome un susto. Salto de las anillas y me giro con la respiración acelerada, envuelto en sudor me deshago de los auriculares, me aparto el cabello de la frente y miro a quien me ha tocado. Cómo no, la señorita Lago no podía haber tomado el sobre con su salario y haberse marchado sin más.

—Lo siento —dice mirándome con expresión de incomodidad, cuando es ella quien me ha incomodado a mí. Sus mejillas están sonrojadas, es irritante y a la vez adorable—. Siento haberle asustado.

—¿Qué quiere? He dejado el sobre con su pago en la mesa.

—Sí, ya lo he visto. Gracias. Me gustaría hablar con usted de otra cosa. —Estoy sudado, desnudo de cintura para arriba e incómodo ante la perspectiva de que saque el tema de mi efusividad la noche anterior. No me siento capaz de mantener ningún tipo de conversación en este estado.

—¿Puede esperar a que me duche y me vista?

—Sí, claro.

Me doy una ducha rápida, y cuando regreso está aguardándome en el salón, mirando el móvil con aire aburrido junto a TaeOh que ve dibujos en coreano en la televisión.

—Acompáñeme —le pido. Va a decirme que me he pasado de la raya y que no quiere seguir trabajando con nosotros, estoy seguro. Me sigue hasta el despacho y en sus ojos percibo cierta preocupación lo cual acrecienta la mía—. ¿Y bien?

—Es TaeOh. Creo que está sufriendo *bullying*.

—¿*Bullying*?

—Sí, creo que le están acosando en el colegio.

—Sé lo que es el *bullying*, pero me gustaría saber en qué se basa para creer que esté pasando por eso. ¿Él se lo ha contado?

—Yo… he notado algunas cosas, como por ejemplo hay unas niñas que le miran mal en el colegio, todas las mañanas, y las he pillado haciéndole burlas. Además, tiene agujeros en la mochila…

—Lo sé. Cuando le pregunté por ellos me dijo que se distrajo probando un punzón del colegio e incluso le castigue no comprándole una nueva, es la tercera que estropea… —digo para mí.

—Una niña ha intentado burlarse de él en un videojuego siguiendo las instrucciones de otra. Le dicen que come comida de viejos, que los juegos a los que juega son de idiotas y varias cosas así…

El mundo se me cae encima. Así que es eso. ¿Cómo he podido no verlo? Sus pocas ganas de ir al colegio, sus escapes nocturnos, su tristeza… Todo lo achacaba a que le había arrancado de su entorno, de sus amigos y de su familia. Mi hermano pequeño ha estado sufriendo un infierno y no me he dado cuenta. ¿Qué clase de hermano mayor soy?

Tengo que frenar esto, inmediatamente. No voy a permitir que nadie más le haga daño, TaeOh ha sufrido demasiado para su corta edad, primero la muerte de nuestro padre y después el desapego voluntario de su propia madre, yo, que le he sacado de su entorno en Seúl, y ahora esto… No voy a consentirlo. Así deba poner ese puto colegio patas arriba.

—Mañana mismo hablaré con la directora del centro —soy capaz de decir cuando un fuerte nudo comienza a atenazar mi garganta—. Gracias.

La señorita Lago asiente y sale de mi despacho, sé que quiere decirme algo más, probablemente relacionado con sus sentimientos sobre la situación, he podido ver en sus ojos que está bastante afectada, pero necesito estar solo, pensar en lo que voy a hacer y cómo.

Siento una opresión muy fuerte en el pecho, un dolor profundo y hondo, siento que he fallado como *hyung* y no he sabido proteger a mi hermano. Que no he sabido ver por qué estaba sufriendo.

Me dirijo al salón y me siento a su lado. TaeOh me sonríe y me señala la televisión, al programa infantil. Le abrazo, él me devuelve el abrazo con fuerza.

—Zoe se ha ido, ¿te lo ha contado? —pregunta mirándome a los ojos. Asiento—. ¿Crees que soy un cobarde por no defenderme?

—No, pequeñajo, no creo que seas un cobarde. Al contrario, creo que eres muy valiente por aguantar todo eso tú solo, pero ha llegado el momento de que tu *hyung* intervenga —digo cogiendo sus manos suaves y pequeñas. Él asiente.

—Son niñas.

—Lo sé. No importa si son niños o niñas, las personas pueden hacer mucho daño. Perdóname

por no haberme dado cuenta, por haber estado tan ocupado con el trabajo… —Soy capaz de decirle antes de que se me quiebre la voz. Los ojos me escuecen de ganas de llorar, pero no quiero hacerlo, me resisto, para no preocuparle.

—No te preocupes *hyung*. Yo he sido fuerte, como una roca.

—Demasiado, pequeño. Pero ahora me toca ser fuerte a mí. Mañana hablaré con la directora y si esas niñas vuelven a meterse contigo, necesito que me lo digas de inmediato, ¿lo harás? —Él asiente y vuelvo a abrazarlo.

# Capítulo 26

## Zoe

Cuando llego a casa Lucía me está esperando en el salón, arreglada, maquillada y preciosa, con el cabello negro suelto cayéndole sobre los hombros como una cortina de satén. Al verme entrar apaga la televisión y me mira fijamente.

—Menos mal que venías enseguida. He visto dos mamoplastias y tres rinoplastias mientras te esperaba.

—No sé cómo te puede gustar ver esos programas de operaciones —le digo sentándome a su lado—. ¿Raquel está?

—Sí. Está en el taller. Le he preguntado si quiere venir con nosotros, pero me ha dicho que no, que ha quedado con Carlos para comer.

—Está evitándome, desde que hablé con ella y le conté lo de su novio. —Lucía hace un gesto de negación. Cuando le conté lo sucedido con el *oledor de bragas* casi le da un infarto, pero opina como yo que no podemos hacer nada para proteger a Raquel si ella no quiere ver la realidad—. ¿Cuánto tiempo más puede estar así?

—Zoe, Raquel necesita estrellarse sola. Darse el batacazo, como te lo diste tú o como me lo di yo. Carlos es uno de esos tíos que te comen igual de bien la oreja que la *almeja*.

—El mío no comía almejas.

—Él se lo perdió.

—Sé que tienes razón, Lu. Pero me pareció demasiado fuerte pillar a un tío oliéndome las bragas y que ella se crea esa excusa barata de que tiene un TOC.

—Un topetazo, es lo que tiene el sinvergüenza. Pero es ella quien tiene que darse cuenta, porque ahora mismo está tan ciega, que, si se lo encuentra tirándose a otra, se creerá que estaba alineándole los chacras —afirma haciéndome reír a pesar del disgusto que tengo.

—Entonces, ¿tenemos que aguantarlo?

—No queda otra, hasta que abra los ojos. Anda, vámonos a tomarnos unos vinitos que Bruno tiene que estar desesperado en el bar. O medio pedo… Ya que el plan de olvidarme de mi jefe con uno de tus coreanos salió mal a ver si encuentro otro objetivo —afirma y me guiña un ojo.

—No me recuerdes lo de JiMin, es una situación muy incómoda.

—Anda ya. Incómodo es ir al dentista, nena, que un tío que está cañón se te ponga a tiro es una oportunidad.

—Sí, de meter la pata.

—Por cierto, ¿viste cómo Bruno miraba al hermano? Se lo comía con los ojos. ¿Crees que le

irá el rollo?

—El rollo gay, quieres decir.

—No, el rollo monitor de fitness.

—Ah.

—Zoe, hija, claro que me refiero al rollo gay —afirma escandalizada con mi ingenuidad.

—Pues no tengo ni idea. JiSeung parece bastante tímido y no lo conozco lo suficiente. Bruno me ha dicho que le encanta.

—No hace falta que lo diga. Se le notaba desde lejos.

—Por cierto, qué es eso de que necesitas olvidar a tu jefe. Dijiste que solo fue una noche, sin importancia…

—Porque no quiero que me sermonees. Sé que no debo acostarme con Philippe, pero es tan masculino… tan sexy.

—Enséñame una foto de una vez —le pido y aunque al principio niega con la cabeza, después busca en su móvil su perfil en el programa de mensajería. Se trata de un alemán de unos cuarenta años, rubio y con poblada barba castaña, de ojos azules circundados de arruguitas de mirada penetrante y expresión autoritaria.

—Parece muy serio.

—Lo es. Es un alemán serio, cuadriculado y antipático. Pero es un amor en la intimidad, es dulce, cuidadoso, cariñoso… e inagotable. Tengo la cabeza hecha un lío, así que necesito salir y despejarme.

—¿Quieres seguir viéndole?

—No lo sé. Anoche me envió un mensaje diciéndome que me echa de menos y no le he contestado. Cuando me despedí en el aeropuerto…

—¿Te acompañó al aeropuerto?

—Sí, insistió. Le dije que hiciésemos como si nada de esto hubiese pasado, que actuásemos con normalidad. Y esta mañana también me ha escrito, deseándome un buen día.

—Jo, nena. Está pillado.

—No lo sé. No sé qué hacer. Mezclar sexo y trabajo es un error, y más aún cuando es mi jefe. Tengo la cabeza hecha un lío, así que date prisa, necesito salir y despejarme.

Subo las escaleras y entro en mi habitación, elijo un vestido rosa algo escotado y pienso entonces en mi camisa con el par de botones abiertos, por suerte el señor Goon no me vio, creo.

Me quedo pensando en sus palabras, mezclar sexo y trabajo es un error, son las mismas que llevo repitiéndome a mí misma desde que fui consciente de que el señor Goon me atrae. Las mismas que Bruno me dijo cuando JiMin me besó. Es un error, uno muy grave. Y, sin embargo, cuando pienso en ello es el señor Goon quien acude a mi mente.

Su expresión después de contarle lo que TaeOh me ha revelado ha sido tan… indescifrable. No conseguí atravesar esa máscara de su rostro, esa inexpresión con la que trata de… no sé, de protegerse o de intentar mostrar que no es humano. Porque no me trago que no le haya dolido, ¿tan malo es mostrar los sentimientos? Yo lo hago todo el tiempo, quizá de un modo exagerado, lo admito, pero no puedo evitarlo. De todos modos, prefiero ser una exagerada sentimental a un témpano de hielo.

Su reacción me ha parecido tan fría que no sé qué pensar, espero que sí que hable con el colegio. Después de lo que me contó en el planetario es imposible que no le preocupe lo que está sucediéndole a su hermano. ¿Pensará que son cosas de niños? ¿Cómo puede no reaccionar furioso con ganas de moler el mundo a patadas? Hace solo un par de semanas que conozco a TaeOh y ya le adoro, no sé cómo reaccionaría si se tratase de mi hermano.

Lucía y Bruno esperan que lo pasemos bien, que bebamos hasta olvidarnos de nuestros nombres. Y a mí no hay nada que me apetezca menos en este momento.

¿Y después qué? Volveré a casa y me acostaré a dormir la mona.

Estoy cansada de todo esto.

Necesito un cambio, necesito algo más.

Necesito… sentirme en casa acurrucada en los brazos de alguien que me ame.

Me pinto los labios con carmín rosa y me dispongo a quemar el domingo de la mano de mis mejores amigos.

Bruno está sentado a una de las mesas de la terraza del restaurante, en la Plaza Salvador Dalí. Se ha tomado dos cervezas esperándonos, pero no se da cuenta de nuestra llegada porque está muy sonriente escribiendo algo en su móvil, mensajeándose con alguien, estoy convencida, aunque aparta la pantalla cuando intento espiar con quién.

«Eh, no seas cotilla», me dice frunciendo el ceño.

—Hijo, qué misterioso. ¿Hay chico nuevo? —pregunto con ganas de algo de *salseo* que me saque de mis comecocos mentales. Él se encoje de hombros con una sonrisa que es un SÍ como una catedral.

«Ya os contaré si surge algo», afirma haciendo un mohín con los labios. Recibe otro mensaje, lo mira, sonríe y responde. Parece ilusionado.

—Dinos al menos dónde le has conocido —sugiere Lucía colocándose las gafas de sol, para protegerse de los rayos que se cuelan entre los palos del toldo.

«No que me lo gafáis».

—Serás borde —protesto y entonces es Lucía quien recibe un mensaje y desbloquea veloz su teléfono.

—Es mi jefe. Mirad —dice enseñándonos una conversación en la pantalla de su móvil en la que le pregunta en inglés qué ha hecho mal.

«Pobrecito, ¿no te da pena? Eres una Mata Hari farmacéutica». Lucía le lanza una sonrisa falsa.

—¿Y por qué no lo intentas? —pregunto, aun sabiendo la respuesta.

—¿Porque me encanta mi trabajo?

—¿Crees que sería capaz de despedirte si sale mal? —Lucía enarca una ceja, escéptica.

—Ya no creo nada, Zoe. Yo sé que tú aún crees que un hombre puede separar la conexión directa entre su cabeza y su polla, pero yo no. Y cuando una se estropea, le afecta a la otra.

«Doy fe», asegura Bruno haciéndonos reír.

—¿Y si es ÉL?

—Entonces, supongo que me daré cuenta, ¿no? O eso espero. ¿Cómo puede saberse algo así?

«Simplemente se sabe», dice Bruno guiñándonos un ojo.

—Tú con un jefe tan apasionado y yo con otro más frío que el hielo.

—Los coreanos son así. O al menos a nosotros nos parecen fríos, pero luego no lo son en

absoluto.

«A mí no me parecen fríos. No me lo parecieron, quiero decir».

—A mí JiMin y JiSeung tampoco. Pero mi jefe a veces parece que se dejó el corazón en Corea del Sur.

—Sí porque si se lo llega a dejar en Corea del Norte, con el caratonto ese de los cohetes, se lo habrían tiroteado —se burla Lucía.

—¿Te puedes creer que le he dicho que creo que su hermano sufre *bullying* y ni se ha inmutado?

«¿Qué hermano?».

—¿Cuál va a ser, Bruno? TaeOh, el pequeño al que cuido.

—Zoe. Ellos no expresan sus sentimientos con tanta facilidad, llevan como una coraza. Tengo un par de colegas coreanos y en realidad por dentro son muy monos, son atentos, dulces y cariñosos, en el fondo son blanditos, de verdad.

—¿Blanditos? No me lo parece. El hombre de hielo le voy a llamar.

—Pues seguro que, bajo todo ese hielo, hay un corazón muy caliente —asegura y vuelvo a pensar en su expresión desvalida en el planetario, aunque en ocasiones me haga pensar que lo soñé—. Hay algo que no entiendo. A ver, si los tres hermanos son mayores, cómo es que tienen un hermano tan pequeño, ¿con qué edad lo tuvo su madre?

«Son hermanos de padre. El pequeño es hijo de la segunda esposa de su padre, que falleció hace cuatro años y el mayor se hizo cargo de él», explica Bruno y Lucía y yo le miramos sorprendidas.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

«Por JiSeung, mientras vosotros bailabais como locos estuvimos hablando y me contó eso».

—¿Y su madre? ¿También falleció? —nos pregunta Lucía. Bruno se encoje de hombros.

—No, su madre está viva, de hecho, tiene otro hijo más con su nueva pareja. El motivo por el que no se quedó con TaeOh lo desconozco.

# Capítulo 27

## Zoe

A la mañana siguiente Lucía se despierta pronto para tomar un café conmigo antes de que me marche al trabajo. Está libre hasta el miércoles cuando sale a recorrer España para volver el viernes. Anoche llegamos bastante tarde, con unas cuantas copas de más y cantando por Camela. Despertamos a Raquel que se enfadó y nos mandó callar desde arriba de la escalera. Por lo que ninguna nos atrevimos a subir y acabamos dormidas en el sofá.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta asida a su taza de café como si le fuese la vida en ello.

—Bien. Con un poco de jaqueca resacosa, pero bien. ¿Y tú?

—Yo debatiéndome entre contestar los mensajes personales de mi jefe o no —afirma mostrándomelos, le ha vuelto a preguntar qué ha hecho mal, dos veces más.

—¿Todavía? Trae aquí —digo quitándole el teléfono y ella se pone de pie enseguida para arrebatármelo, pero paso por encima del sofá, evitándolo.

—Déjate de bromas, que esto es serio.

—Voy a escribirle que sí, que vais a intentarlo.

—No te atrevas.

—Entonces le pondré que no quieres saber nada de él.

—Devuélveme el teléfono. —Pasa por encima del sofá también, despeinada, con el maquillaje corrido, da verdadero miedo.

Raquel baja la escalera despacio, nos da los buenos días sin demasiada emoción y se va directa a la cocina, ignorando la escena que tenemos montada. Lucía y yo nos miramos, le devuelvo el teléfono. Me encojo de hombros y Lucía se recoloca la camiseta y me hace un gesto para que vayamos tras ella.

Raquel acaba de sacar el depósito de agua de la cafetera y está rellenándolo en el grifo. Va vestida con su pijama de osos que está lleno de bolas, así que doy por hecho que anoche Carlos no se quedó a dormir. Está de espaldas a nosotras y es como si no quisiese volverse. Me duele que se sienta incómoda conmigo, la quiero mucho y en ningún momento he pretendido molestarla, pero no sé qué puedo hacer para mejorar la situación entre ambas. Lucía me hace un gesto con las cejas con el que me pregunta cuánto tiempo vamos a estar así, vuelvo a encogerme de hombros, he intentado entablar conversación con ella en un par de ocasiones recibiendo monosílabos por respuesta. Lucía vuelve a hacerme el gesto.

—Ayer compré cápsulas de café con leche de soja, están en el mueble —le digo.

—Vale, gracias —responde sin moverse, toma el pan del mueble y saca dos rebanadas. Va a la nevera y coge un aguacate. Lucía y yo estamos en la puerta como dos pasmarotes.

—He pensado que podíamos ir a comer los cinco juntos hoy —dice Lucía y se pone a escribir un mensaje en nuestro grupo con la propuesta para que Pepi y Bruno puedan leerlo—. ¿O tienes planes, Raquel?

—No lo sé, Carlos se va en un par de días y creo que vamos a comer en su apartamento. Además, así podéis comer carne a gusto —responde sin volverse para mirarnos. Hago un gesto a Lucía, de rendición.

—Bueno, Raquel. Si es lo que te apetece, adelante. Nosotros iremos a comer, tu hermana Pepi acaba de contestarme que viene —afirma mirando la pantalla del móvil.

—Que lo paséis bien —nos desea volviéndose de refilón.

Cuando salgo de la casa tengo una sensación extraña en el estómago, como un peso raro. Como si me hubiese tragado algo demasiado duro que, aunque ha pasado por la garganta, se ha quedado atrapado dentro y no sigue adelante. Es algo parecido al miedo, o quizá sea miedo puro y duro. Miedo a que Raquel siga con ese tipo y él la ningunee y se burle de ella, miedo a que se deje guiar por él porque sus inseguridades la hagan creer que es lo mejor a lo que puede aspirar. Miedo a que la aleje de nosotras.

# Capítulo 28

## DoHwan

A las siete de la mañana he escrito un mensaje a la directora del colegio en el que le pido una cita urgente para una tutoría. Fue ella quien insistió en darme su número de teléfono personal el día que fui a visitar las instalaciones para decidir si inscribía a TaeOh ahí. Media hora después me ha contestado que cuando llegue al centro me confirmará si puede ser hoy a última hora de la mañana o, de lo contrario, tendría que ser mañana por la mañana.

No he pegado ojo en toda la noche. No dejo de pensar en lo que ha debido sufrir, en cómo he podido no enterarme de nada. TaeOh no ha acudido a mi cama, ha dormido del tirón y, sin embargo, no he podido evitar ir a su habitación una y otra vez para comprobar si estaba bien.

Siento una profunda rabia, con el centro, con esos niños o niñas que se han burlado de él y sobre todo conmigo mismo por no haberme dado cuenta. Porque ha tenido que venir una persona externa que solo ha pasado un par de semanas con mi hermano a darse cuenta cuando ni su cuidadora habitual, ni sus propios hermanos lo hemos hecho. Aunque en mi interior disculpo a JiMin y JiSeung, están demasiado absortos en sus propias vidas, pero yo… yo se supone que tengo que cuidar de él y, sin embargo, le he fallado. Les he fallado a él y a mi padre y me duele demasiado haberlo hecho.

Cuando pienso en la preocupación de nuestro padre mientras me pedía que me hiciese cargo de él, porque era consciente de que su tiempo se acababa y de que TaeOh se quedaría indefenso en cuanto desapareciese de este planeta, algo se me remueve por dentro. Su desesperación pidiéndome que no le abandonase, que le protegiese, a un niño que hasta ese momento era prácticamente un desconocido para mí, para nosotros, me conmovió. ¿Cómo no? Era mi padre. Y a la vez, sentí ganas de hablarle de lo mucho que nos dolió a JiMin, a JiSeung y a mí cuando fue él quien nos abandonó. Cuando se separó de nuestra madre y olvidó que tenía tres hijos, para vivir una nueva juventud con una de las modelos de la línea de cosméticos. Una mujer a la que sacaba casi tantas décadas como decenas de millones de wones.

No lo hice porque atacarle no habría cambiado nada. Él lo sabía y a mí me dolía demasiado convertirlo en palabras. Apenas pude reconocerlo después de más de tres años sin verle, estaba tan demacrado, tan delgado y consumido por la enfermedad que se reproducía dentro de su cuerpo que no parecía la misma persona. Tres años, sin una sola noticia de él. Y aun así fue capaz de citarme en el hospital y pedírmelo, sabiendo que aceptar su súplica desesperada me acarrearía problemas con mi madre. Problemas que ya intuía que serían graves, aunque jamás imaginé que tanto.

Recuerdo el miedo en los ojos de TaeOh el día que le recogí en casa de su madre, sabiendo que no regresaría más que en contadas ocasiones. El temor ante alguien a quien apenas conocía a pesar de tratarse de su propio hermano. Y cómo ese miedo fue transformándose en afecto, en cariño, en amor puro y sin filtros, en confianza absoluta. Una confianza ante la que he fallado al no protegerle como debía, al no escucharle lo suficiente como para darme cuenta de qué ocurría.

—Buenos días, señor Goon, ¿le apetece que prepare de cenar algo especial?

Me pregunta la señora Choi cuando bajo a la cocina para desayunar. Lo hace todos los días, a pesar de que cada viernes en la mañana establecemos el menú semanal. En realidad, ella propone un menú equilibrado y yo lo acepto, las únicas variaciones suelen deberse a antojos de mis hermanos que le dejan notas con platos que desean probar o que son sus favoritos.

—Buenos días, señora Choi. No, por mi parte nada especial, gracias.

Ella sonríe y asiente. Es una buena mujer que disfruta con agradar a los demás con sus platos, en eso me recuerda a la tía EunJi. Siempre preocupada por alimentar a toda la familia, siempre entre los fogones preparando demasiada comida. Pensar en ella trae a mi mente sin previo aviso el sabor único de su *kimchi*, de su delicioso *bibimbap*… El olor de su cocina, el tacto de sus manos arrugadas acariciándome las mejillas, y los veranos en Daecheon en la antigua casa de la familia. Ya cuando subíamos al tren cargados con nuestras maletas comenzábamos a ser felices.

Pienso en el niño menudo de piernas largas que fui en mi infancia, en los paseos en bicicleta con las rodillas peladas, las carreras por la playa espantando las gaviotas, siempre seguido de cerca por los mellizos. Una vez a JiSeung los pantalones heredados de mí le estaban demasiado grandes y se le cayeron a los tobillos. JiMin estuvo burlándose de él durante meses. Sonrío al recordar todo aquello. Tiempos felices. Allí éramos mucho más libres, jugábamos a tirarnos piedras o a pescar cangrejos y regalárselos al abuelo para que nos contase historias sobre sus años de pescador. Daecheon es sinónimo de felicidad. Necesito volver, con calma, cuando regresemos a Corea. Apenas he podido pasar un par de días allí con la tía cada vez que hemos vuelto, TaeOh casi ni lo conoce, tengo que llevarle más.

Antes de marcharme al trabajo subo a despedirme de él, nunca se despierta cuando le beso en la frente, pero aun así me encanta hacerlo, respirar su olor infantil, ese que en unos años cambiará por culpa de las hormonas. Está dormido, plácido en su habitación, continúa sin venir a mi cama de madrugada y eso debe ser algo bueno, pienso.

Me despido de la señorita Kan SoonJo en la puerta, regresa del pasillo que comunica con el garaje. Ella me responde un poco formal, *Adiós, señor*. Y oigo a la señora Choi regañarla en voz baja mientras cierro la puerta, es una buena chica, debería darle un poco más de manga ancha. Ojalá deje de fumar pronto, sé que lo hace a escondidas, he visto su cenicero secreto en el garaje, si su madre la descubre fumando le arrebatará todas las ganas de seguir haciéndolo de una sola vez, río para mí. Hace un par de mañanas las oí discutir porque al parecer SoonJo tiene un pretendiente occidental que a la señora Choi no le gusta, pero es normal, no debe haber demasiados coreanos en Madrid con los que relacionarse para una chica de su edad. Cada día me parece más absurda la idealización de que es mejor contraer matrimonio con compatriotas, como si eso pudiese garantizarnos la felicidad.

Mi móvil vibra ante la recepción de un mensaje. La directora me ha contestado que hoy le es

imposible que nos reunamos, pero que podemos vernos mañana a las diez de la mañana. Espero que se tome en serio la situación porque no estoy dispuesto a dejarlo pasar, llegaré hasta el final para depurar responsabilidades y ella no puede imaginar lo que eso significa tratándose de un Goon.

Cuando entro en el despacho la señora Rosa Dávila, mi secretaria, me entrega la correspondencia y se queda un instante mirándome en silencio. La conozco y sé que le sucede algo y que no sabe cómo decírmelo.

—Vamos, señora Dávila, hable. —Ella saca un folio de papel de su espalda y me lo muestra.

—Es otro de esos correos —dice dejándomelo sobre la mesa con expresión contrita—. Dice que va a pagar por trasladar empleados a Córdoba, que debe reubicarlos en Madrid o atenerse a las consecuencias. —Tomo el papel entre los dedos y le echo un vistazo, creo que van unos diez en los dos años que llevo al mando de la empresa. Aunque es cierto que nunca habían sido tan seguidos. Este estará propiciado por el anuncio en los medios de la concesión de la fabricación en exclusiva del nuevo modelo móvil de KMobile, el KTSUN, en nuestra delegación. En efecto, en el documento reza lo que acaba de decirme, aunque ella ha obviado un par de faltas de ortografía, flagrantes incluso para mí que soy extranjero.

—Tranquila, entiendo que alguno de los trabajadores esté algo nervioso, es comprensible.

—No es comprensible, señor Goon. Debería ir a la policía —me pide con la preocupación marcada en sus ojos castaños.

—No se preocupe, de verdad. Sé lo que hago. —No quiero que nadie tenga problemas, estoy absolutamente convencido de que todos esos avisos provienen de un empleado enfadado que no entiende los motivos y que, como es lógico, teme por su puesto de trabajo. O quizá de uno de los que tuvo que dejarnos con la reestructuración.

—No quiero que le pase nada, señor Goon —dice y sé que es sincera. Es una buena empleada y mejor persona aún, la extrañaré cuando regrese a Corea. Le ofrecería venir conmigo, pero no creo que ni su marido ni sus dos hijos adolescentes estén dispuestos a mudarse.

—Le agradezco la preocupación, pero estese tranquila, de verdad. Sé lo que me hago. Y de esto ni una palabra a nadie. —Ella hace un gesto de negación y sé que puedo confiar en su discreción.

Kim JongSuk entra en mi despacho sin llamar, es el único, así que sin mirar hacia la puerta sé que es él. La señora Dávila le saluda y se retira, dejándonos a solas.

—¿Cómo estás, amigo?

—Bien.

—¿Seguro? Fue un día duro el de ayer, imagino, con la resaca.

—Lo mismo puedo decirte, creo —admito con una sonrisa.

—Pues sí. Los niños no callaron ni un momento en todo el día —asegura tomando asiento frente a mí—. Y, ¿qué te pareció la señorita Maeng JiYu?

—Igual de simpática que la vez anterior.

—¿Solo simpática? ¿No la encuentras atractiva?

—Es muy guapa, pero no creo que…

—Vamos, DoHwan es guapa, simpática, pero además es inteligente y trabajadora, ¿qué más se puede pedir? —pregunta, exasperado.

—Nada. No voy a pedirle nada. Creo que no es el mejor momento para conocer a una mujer,

aún no estoy preparado para una relación seria.

—¿No estás preparado o es que estás teniendo algo con tu nueva niñera? —sugiere, sorprendiéndome.

—¿Por qué dices eso?

—La conocí el sábado, cuando te dejé en casa. Es muy atractiva.

—No lo sé, no la he mirado de ese modo —miento.

—Vamos. No tiene nada que ver con el callo de HyeRim. Esa chica es joven, atractiva y tiene los pechos grandes. Parecía muy preocupada por ti. Dime, ¿os habéis acostado? —Me sorprende su absoluta falta de pudor, acaba de pasarse de la raya y no me gustan nada los términos en los que está expresándose—. Ya sabes que las occidentales son mucho más… accesibles.

—No deberías hablar así. Recuerda que tú mismo me has dicho en muchas ocasiones que tu hija parece más española que coreana. —Mis palabras le afectan, se pone serio en el acto y frunce el ceño.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—No pretendía ofenderte, solo hacerte ver que tus palabras no han sido acertadas. —Asiente con reticencias.

—Será mejor que me vaya, se ve que estás de mal humor —dice, y levantándose sale de mi despacho con aire sombrío.

No soporto ese tipo de comentarios. En este par de años he conocido a varias mujeres españolas, algunas en la intimidad, y creo que, a pesar de nuestras diferencias culturales, no somos tan distintos. No soporto que nadie trate de menospreciarlas por tener algo que me parece hermoso, y que es la libertad. La libertad de hacer y decir lo que piensan y sienten y mucha menos preocupación por complacer o por aparentar de la que puede considerarse saludable. En ese sentido, nos llevan años de ventaja.

Tengo que centrarme en verificar la memoria mensual, son más de trescientas páginas divididas por departamentos, y comenzar con la valoración de las estadísticas de producción de dispositivos de este mes. Y también coordinar la reunión con el equipo de *marketing*, les he encargado una campaña para promover la imagen de la empresa en el mundo del deporte, enfocada hacia las comunicaciones en 5K. Tenemos una tormenta de ideas a media mañana, me gusta estar en el proceso, sé que debería delegar, pero primero tengo que aprender a hacerlo.

# Capítulo 29

## Zoe

Cundo llego a la casa el señor Goon ya se ha marchado a trabajar, a pesar de que he ido un poco antes para hablar con él. Quería contarle que se me ha ocurrido una idea, algo descabellada pero que creo que puede funcionar. No sé si los años han hecho cambiar la importancia que desde algunos centros se les da al *bullying*, en mis tiempos fue nula, pero ante el riesgo de que quede como la palabra de uno contra la del otro, he pensado en meterle a TaeOh una grabadora en la mochila. Tengo una muy pequeñita que utilizaba para grabar las actas de las reuniones de la empresa que siempre me tocaban a mí cuando trabajaba para mi ex.

TaeOh se levanta sonriente y lleno de energía. En cuanto despierta me abraza con fuerza y después da un beso a mi anillo mágico.

—Hoy tienes que funcionar, ¿eh? —le dice. Ojalá funcione y le proteja.

—Claro que funcionará, ¿por eso lo tocas o lo besas todos los días antes de entrar en el cole?

—Sí, pero hoy presentamos el trabajo de música Iker, Susana y yo. Y tiene que salir genial.

—Seguro que sí. ¿Habéis hecho el trabajo juntos?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿En clase?

—No, en casa. Lo hemos hecho online.

—Qué modernos sois. Bueno pues vamos a desayunar.

—¿Vas a desayunar conmigo?

—Sí, claro.

La señora Choi ha preparado un banquete de boda, o eso parece cuando despliega ante nosotros una veintena de cuencos cada uno con un olor más rico.

—Señorita Lago, en otra vida fue coreana, porque le gusta todo —me dice haciéndome reír.

—Puede ser, pero creo que se debe a que usted cocina como los ángeles, señora Choi. Lo hace todo rico. —La mujer sonríe halagada y me acerca un cuenco con algo llamado *bibimbap* que está para morir y resucitar—. Le estoy cogiendo el gusto a esto del desayuno-almuerzo.

SoonJo baja a la cocina, ya tiene cambiadas las sábanas de la habitación del señor Goon y TaeOh, se sirve una taza del té que humea dentro de su tetera metálica aún sobre el hornillo y se sienta frente a mí. Tiene la cara algo sombría, voy conociéndola y puedo saberlo, se recoge el pelo con la goma que lleva en la muñeca y hace un mohín con los labios.

—¿Qué te pasa? —le pregunto cuando su madre se gira atareada en los fogones preparando la

cena.

—Mi ligue chileno. Dice que no estoy comprometida con la relación. No sé qué significa eso, ¿qué significa eso? —pregunta con desesperación en un susurro.

—No le conozco, así que no tengo ni idea.

—¿SoonJo tiene novio? —pregunta TaeOh con los ojos muy abiertos. Y nosotras pensábamos que estaba distraído con su plato…

—No. Es un amigo con el que juego al *yutnori*.

—Ese juego no lo conozco, ¿verdad? —pregunto a mi pequeño favorito y él hace un gesto de negación.

—Yo te enseñaré.

—Pues mi amigo, cree que con jugar cuando nos vemos no es suficiente, pero yo no estoy preparada para irme a jugar a su casa —me explica en clave.

—Creo que me estoy perdiendo, SoonJo. ¿No te gusta su… ficha?

—No lo sé, creo que no estoy preparada para usar una sola ficha.

—Pues juega a otra cosa. Hay muchos juegos como para jugar a uno que no te gusta —resuelve TaeOh provocándome la risa. SoonJo también sonríe y asiente.

—Tienes razón —dice y le besa en el cabello antes de dar otro sorbo a su té y ponerse a ayudar a su madre con la preparación de la cena.

JiMin y JiSeung entran a la cocina conversando entre ellos en coreano, en el mismo idioma nos dan los buenos días. Dudo si el señor Goon les habrá comentado algo sobre el tema de TaeOh, parece que no porque ríen y bromean entre ellos. JiSeung se sienta a mi lado y JiMin enfrente; cuando le miro me guiña un ojo burlón, haciéndome reír. JiSeung revuelve el cabello de TaeOh con los dedos. La señora Choi pone ante ellos un cuenco de caldo.

—Gracias, señora Choi —responden los dos al unísono.

—La señorita Kan SoonJo está cansada de jugar al *yutnori* —dice TaeOh a JiSeung.

—¿Todavía juega a esas cosas? —pregunta JiSeung entre risas. SoonJo me mira y sonríe incómoda.

—Zoe no sabe jugar —revela TaeOh con toda la boca llena de arroz.

—Primero se come y después se habla —le advierto.

—Yo puedo enseñarle a jugar al *yutnori* —se ofrece JiMin.

—Gracias, pero TaeOh lo dijo primero.

—Este pequeñajo adelantado —protesta JiMin revolviéndole también el cabello.

—Jooo —protesta y se peina con los dedos—. ¡Que hoy tengo una presentación en el cole y voy a parecer un loco!

—¿Y qué presentas? —se interesa JiSeung.

—Un trabajo de música.

—¿Sobre qué?

—Sobre nuestros músicos favoritos.

—¿Y cuál es el tuyo? —pregunta JiSeung indicándose a sí mismo.

—Mi músico favorito es nuestro *hyung*.

—Venga ya —protesta JiSeung—. ¿Tienes un hermano que es casi un profesional en el violín y tu favorito es el que apenas sabe tocar una docena de canciones con la guitarra?

—¿El señor Goon toca la guitarra? —pregunto presa de la curiosidad, jamás lo habría imaginado.

—La guitarra, el *gayageum* y cualquier instrumento de cuerda.

—¿Qué es el *gayageum*?

—Un instrumento tradicional coreano —interviene la señora Choi—. Cómo me gustaría volver a oírlo.

—Pues si el nuestro no estuviese en Daecheon, en casa de la tía EunJi, lo tocaría para usted, señora Choi —dice JiSeung.

—Gracias, es muy amable —sonríe complacida.

—Bueno, ¿nosotros nos vamos ya? —pregunto a TaeOh que asiente—. Que tengáis un buen día —les digo y salimos de la cocina.

TaeOh no parece muy convencido y sé que en cuanto estemos a solas me contará sus motivos. Así es cuando subimos a su habitación a por su mochila y a que se lave los dientes.

—Hoy no tengo ganas de ir al cole.

—¿Por qué?

—Porque sé que mi *hyung* va a hablar con la directora y ella no va a creer que se meten conmigo, porque lo hacen cuando nadie las ve, y no quiero que mi *hyung* se preocupe por mí, pero he intentado ignorarlas y no funciona…

—TaeOh, escúchame —le pido, me agacho y le sostengo por los hombros, para que me mire a los ojos—. La directora sí creerá a tu *hyung*, ya lo verás, y todo eso se acabará pronto, porque como no se acabe las voy a agarrar de los pelos y les voy a dejar la cabeza calva como una bombilla… —digo haciéndole reír—. Además, hoy vas a llevar el anillo que te protege dentro de la mochila, ¿vale? —Me lo saco y se lo entrego, él lo introduce en uno de los bolsillos delanteros.

—Gracias, Zoe, ¿y tú no lo vas a necesitar?

—No, tranquilo. No lo necesitaré en unos días. Ve a lavarte los dientes.

—Vale —asiente y se mete en el baño.

En ese momento aprovecho y guardo en un pequeño bolsillo que tiene en la parte superior de la mochila, bajo el asa, mi antigua grabadora de voz, anoche comprobé que funciona.

Si logro grabarlas esos pequeños monstruos no podrán atreverse a negarlo, porque les pondré las grabaciones. Es lo que pretendía explicar al señor Goon esta mañana y por lo que vine más temprano para nada. Así que he decidido que primero comprobaré si lo de la grabación funciona y sino pues no le diré nada.

Cuando llegamos al colegio, las niñas están en la puerta, acompañadas por sus cuidadoras. Me sitúo en un lateral con TaeOh y ellas le miran y cuchichean y se ríen. Y yo me pregunto cómo puede caber tanta maldad en un cuerpo tan pequeñito. Él hace como que no se da cuenta, pero en realidad las mira de reojo de tanto en tanto muy serio. Me marcho con una sensación triste, me duele que un niño tan bueno esté pasándolo mal sin ninguna necesidad.

# Capítulo 30

## TaeOh

Al entrar en clase su amigo Iker ya está sentado a su mesa, el pequeño trata de calmar su respiración, ha venido corriendo para evitar que le hagan *El pasillo*. Así llaman a cuando se ponen cada una a un lado de la puerta de clase y comienzan a decirle: *chino, cochino, chino cochino,* al entrar. Se ríen y hacen *oink oink*.

Él no es chino, es coreano, se lo dijo al principio, hasta que comprendió que a ellas les daba igual. Pero hoy ha entrado deprisa, ha corrido todo el pasillo a su máxima velocidad, como un bólido, y ha llegado antes que ellas. Ha tenido que ser el anillo mágico, seguro.

Patro y Cayetana se quedan mirándole cuando entran a clase, pero él tiene su anillo mágico y sabe que lo protegerá. Además, la profesora de lengua es muy estricta y delante de ella no se atreverán a hacer ningún ruido, está deseando que entre en el aula. Y lo hace, mandando a todo el mundo a sentarse en su sitio y a callar.

—Cochino —le dice flojito Patro al pasar por su lado.

Sus ojos se encuentran con los de su amigo Iker, sentado en la banca de al lado, él le mira, lo ha oído, pero aparta la mirada.

Iker le defendía al principio cuando se metían con él, las apartaba y les exigía que le dejasen en paz. Pero entonces comenzaron a llamarle *Bollero,* porque su madre mantiene una relación con otra mujer desde que sus padres se separaron. TaeOh ni siquiera entendía por qué le decían eso hasta que él mismo se lo explicó un día, llorando a escondidas en el gimnasio. En el recreo le gritaban: *bollero, bollero,* cuando le defendía y todos se reían también de él. Así que dejó de hacerlo y él le dijo que estaba bien, que se defendería solo. TaeOh no soportaba ver a Iker llorar.

Él tampoco quiere llorar.

Se aguanta tan fuerte que le duele la garganta. Cuando esto pasa se encierra en el baño de los chicos y llora a escondidas. No le gusta llorar, pero si no lo hace le duele mucho la garganta por dentro y le aprieta y no puede respirar.

Pero en esa ocasión el anillo mágico debe estar funcionando, porque no le duele lo que le han dicho.

Iker le dijo que las ignorara. Pero no sirvió de nada porque ellas no le ignoraron a él. Ni siquiera sabe por qué se meten con él, si nunca les ha hecho nada. Iker cree que es porque no quiso apuntar su nombre en el trabajo que hicieron juntos. Fue durante el primer trimestre.

Nunca debió sentarse en la primera fila, junto a la ventana, aunque su *hyung* le pidió que lo hiciera. Patro quiso que le dejase el lugar pero como no lo hizo se sentó detrás y la profesora de lengua hizo un grupo y le puso con ella y otros dos compañeros. Después de comer los tres hicieron el trabajo en la biblioteca del colegio, pero Patro no se presentó. Al día siguiente le dijo que tenía que escribir su nombre en el trabajo y él le dijo que no, que no había trabajado nada y que no pondría su nombre. Ahí empezó todo.

En el cambio de clases vuelven a lloverle bolas de papel, no solo de Patro y Cayetana, el pequeño sabe que otros tres o cuatro compañeros las siguen y se ríen, y sabe que hacen *oink, oink*, pero finge no notarlas, no oírlos, y el anillo mágico hace su magia, le protege y no le entra la pena.

Cuando se acerca la hora del recreo TaeOh comienza a ponerse nervioso. No sabe si el anillo será suficiente para protegerle en ese momento, y comienza a dudar si arriesgarse a comer en el patio o si esconderse en el baño de chicos como todos los días. El anillo debería mantenerle a salvo.

Piensa en su *hyung*, quiere ser como él. No le imagina comiendo escondido en el baño. Tiene que ser valiente, como DoHwan. Esconderse es de cobardes y él no es un cobarde. Se habría defendido, les habría pegado si no fuesen niñas, se dice, pero a las niñas no se les pega.

Cuando entra en el patio del recreo la luz del sol le deslumbra, mira hacia las gradas y poco a poco ve a Iker sentado en ellas. Le mira, se sorprende de verle allí con la fiambrera del desayuno en la mano en lugar de escondido en cualquier rincón. Él también come su desayuno a solas porque TaeOh es su único amigo, pero desde que se meten con él no se juntan en el patio.

Se sienta en las gradas y las busca con la mirada. Sus dos verdugas están hablando con sus amigos. Esos que siempre le dejan el último cuando tienen que hacer grupos para jugar en gimnasia. A ellos tampoco les ha hecho nada, no entiende por qué les gusta reírse de él.

La señora Choi le ha preparado ensalada de col con kimchi y huele deliciosa. Comienza a comerla con los palillos de madera y poco a poco se tranquiliza. Pero antes de terminar alguien tira de uno de sus palillos y se lo quita. Es Patro, Cayetana la mira de cerca.

—¿Qué estás comiendo, *Cochino*? —Quiere decirle algo, pero no puede, no le sale. Intenta quitarle el palillo, pero se aparta—. Los cochinos comen verduras, como tú. Por eso eres un cochino, ¿verdad? *Oink, oink* —repite, y enseguida se hace un corrillo de otros niños alrededor, por si hay pelea—. Ya te he dicho que no me gusta verte comer, *Cochino*. —TaeOh quiere decirle cosas, como que le deje en paz, o preguntarle qué le ha hecho, por qué le trata mal… El anillo, por favor, que funcione el anillo, pide en su interior. Un par de niños empiezan a corear *oink, oink, oink* a su alrededor—. Cochinito. Asqueroso cochino, no sé cómo el *Bollero* se junta contigo porque das asco —dice y golpea su fiambrera, haciendo que se le vuelque encima lo que queda de comida, manchándose la ropa.

—Uy, mira, se ha manchado el chino cochino —dice Cayetana. Él aguanta la respiración para no llorar, aprieta los puños, no pueden verle llorar. Anillo funciona, por favor, ruega.

—¡¿Por qué me hacéis esto?! —grita alguien de repente. ¿Alguien? Es él, las palabras han salido de su garganta. Él ha dicho eso, ha debido ser el anillo porque nunca es capaz de decir nada. Sí, el anillo está funcionado.

—Mira, te ha contestado —se sorprende Cayetana.

—Porque me da asco de tu cara, porque me das asco todo tú, porque eres feo y asqueroso.

Intenta irse y Cayetana le agarra de la rebeca del uniforme.

Sabe que va a pegarle, y se encoge.

No le duele tanto en el cuello como en el orgullo.

Ve a Iker mirarle con tristeza. Sabe que si pudiera le ayudaría.

*Yo le he defendido cuando le han llamado Bollero*, quizá no soy tan cobarde como creo, piensa.

*¡No me pegues más!* Le dice dentro de su cabeza porque su boca no responde.

Y recibe otra colleja y Patro lanza su fiambrera al suelo, lejos de él.

—Los cochinos debe comer en el suelo —afirma—. *Oink, oink* —repite.

Y entonces, como impulsadas por una fuerza mágica, sus piernas echan a correr hacia el interior del colegio.

Ellas le siguen.

Se escurre por los pasillos, se mete en su clase y se esconde bajo la mesa de la profesora.

Allí no podrán encontrarle.

Las oye correr por el pasillo, han pasado de largo. No van solas, oye varios pasos más.

Aguanta la respiración.

No pueden oírle.

No quiere ir al colegio.

Quiere marcharse a casa.

Oye pasos de nuevo. Y voces en el pasillo.

*Cochinito sal… O sales por las buenas, o tendrás que beber agua del váter…*

La puerta de la clase se abre.

# Capítulo 31

## Zoe

Cuando llego a casa Lucía está en el pequeño jardín trasero hablando por el móvil, parece algo sofocada. El sol de la mañana se reflejaba en su cabello castaño oscuro, las puntas californianas le quedan a la altura de los hombros. Va vestida con un pijama de *Stranger Things* con la cara de Eleven en el pecho. Como si hubiese percibido que he llegado, me mira, me saluda con la mano y continúa hablando.

Camino hacia la cocina, sobre la isleta central hay un ramo precioso de flores, son margaritas rosas. Tienen una tarjeta, siento la tentación de leerla, pero me contengo.

Mi móvil comienza a sonar y veo que se trata de una videollamada de Bruno. Descuelgo y puedo ver los ojos verdes de mi amigo, su cabello castaño y el mentón barbudo, con una expresión seria.

—Buenos días, ¿qué te pasa? —le pregunto. Él inspira hondo antes de responderme con lenguaje de signos.

«Estoy agobiado, Zoe. Necesito que nos tomemos un café».

—¿Tu madre otra vez?

«Mi madre, el trabajo, la vida, todo…».

—Ven ahora si quieres. Estoy libre hasta las cinco.

«Vale. Me escapo sobre las diez y media».

—Aquí te espero.

Cuando cuelgo veo que Lucía acaba de entrar en el salón.

—¿Las flores son tuyas? —le pregunto y ella asiente, seria.

—Ha venido un mensajero. He llamado a Philippe, esto no puede ser —dice con preocupación. Tomo la tarjeta entre los dedos.

—¿Puedo? —Lucía asiente.

*No me pidas que vuelva a la oscuridad, cuando tú me has enseñado la vida en color.* Leo en inglés.

—Ay Lucía, qué bonito. Es precioso.

—Sí, lo es —dice pasándose una mano por la frente—. ¿Y cuando se estropee? ¿Y cuando ya no sea bonito? No puedo quedarme sin este trabajo, porque es el trabajo de mis sueños, porque me encanta, y porque tengo que pagar esta casa y el coche.

—Te entiendo, Lu. De veras, creo que mejor que yo no puede entenderte nadie. Yo lo dejé todo para trabajar con Fran y cuando se acabó, me quedé sin nada. —Ella asiente, esa fue la

época más oscura de mi vida y estuvo a mi lado, apoyándome. Ella, Raquel, Pepi y Bruno fueron mi sostén para que no acabase de derrumbarme, aunque solo ella y Bruno sabían el verdadero motivo de nuestra ruptura—. Pero a ti no tiene que pasarte lo mismo, ¿qué sientes por él?

—Me gusta mucho, Zoe. Mucho mucho. Porque no es un tipo descerebrado, no es un niñato inmaduro, es un hombre con todas las letras. Es serio, es formal, pero a la vez es divertido y ocurrente en la intimidad…

—¿Ocurrente en la intimidad? —finjo que me escandalizo y ella se echa a reír.

—No me refiero a eso, pervertida —ríe—. Me refiero a que, a solas se quita la máscara de jefe y es muy divertido. —Sus ojos chispean de emoción, brillan, como hace muchos años que no los veo hacerlo.

—No te preocupes por enamorarte de él, Lu. Creo que ya lo estás.

—No, ni hablar —niega con la cabeza, y se aleja hacia la cocina como si yo fuese el fuego de la verdad.

—Estás colada por él, Lu. Y cuanto más te lo niegues, lo único que vas a conseguir es negarte la oportunidad de ser feliz. Inténtalo.

—¿Y si sale mal?

—Si es tan maduro como dices, deberá ser capaz de aceptarlo sin que te perjudique, ¿no crees? —Ella se queda pensativa, y asiente—. Te mereces ser feliz, cariño. —La alcanzo y la abrazo. Lucía me aprieta con fuerza y percibo que ha tomado una decisión.

—Creo que tienes razón, y que es el miedo a sufrir lo que me paraliza en lugar del miedo a que Philippe tome represalias contra mí si sale mal, porque creo que es incapaz de hacerlo. Gracias Zoe —dice mirándome a los ojos con cariño.

—De nada. Solo quiero que seas feliz, brujita.

—Y yo que lo seas tú.

—Ya llegará mi momento, no te preocupes —afirmo nada convencida. Lucía no tiene ninguna tara, encontrará quien la ame como merece, y quién sabe, quizá sea ese alemán madurito—. Bueno, voy a subir a mi cuarto, tengo que sacar algo de ropa de primavera y lavarla, que ya empiezan a venir los días buenos. Va a venir Bruno a verme, por cierto.

—¿Le pasa algo?

—Pues no lo sé, me ha llamado y está muy serio.

—Vale, si ese cabezón necesita cualquier cosa, dímelo. Si hace falta le hacemos un hueco en el taller de Raquel.

—Lo sé, cariño. Eres la mejor.

—Tú sí que eres la mejor. —Vuelvo a abrazarla con energía. Ella siempre me dice que soy la psicóloga/confesora de todos nuestros amigos, que todos acuden a mí para que les aconseje. Pero ella es nuestra mamá gallina, la que siempre tiene sitio para todos los pollitos, la que nos recoge, nos alimenta y nos cuida sin decir nada, y sin pedir nada a cambio. Y eso, vale oro.

De camino a mi habitación me encuentro con Raquel en la escalera, le doy los buenos días y ella me responde, seca. Sigue seria, triste, con la mirada apagada. Va en camisón y despeinada y sus ojos están enrojecidos como si hubiese estado llorando. No puedo soportar más esta situación.

—Raquel, ¿podemos hablar?

—No me apetece —asegura bajando otro par de escalones.

—Por favor —pido y ella alza el rostro para mirarme y resopla.

—No tengo ganas de una charla, Zoe. En serio, no es el momento.

—No voy a darte una charla, pero tenemos que hablar. Estoy segura de que después nos sentiremos mejor las dos.

—¿Eso crees? Pues yo lo dudo. Quizá solo necesitas sentirte bien tú. —Su voz está tintada de dolor, y ahora no sé si le he hecho algo y no me estoy enterando de nada.

—¿Yo?

—Sí, tú. Déjalo. —Baja otro par de escalones.

—No lo puedo dejar. —Me interpongo en su camino, si quiere pasar va a tener que hacerme rodar escaleras abajo—. No puedo quedarme tan tranquila mientras te noto en la cara que lo estás pasando mal, sin saber por qué, sin saber cómo ayudarte…

—¿Quieres ayudarme?

—Sí, por supuesto.

—Pues ponte gorda, como una foca, ponte tan gorda que a Carlos le parezcas tan horrorosa como yo —dice con los ojos llenos de lágrimas y se sienta en la escalera.

—Pero ¿qué dices, Raquel?

—Déjame, ¿vale? —pide volviéndose en la escalera. Subiendo los escalones—. Déjame porque no sé lo que digo…

Y la dejo. Dejo que se meta en su cuarto para calmarse. Ella sabe que me tiene, que cuando me necesite me tendrá, pero me ha dejado descolocada por completo. ¿Es que ese imbécil la ha llamado gorda? ¿A eso se refiere?

No es que yo sea una sílfide, así que no lo entiendo.

¿Qué tiene que ver la gordura, o yo, o… no sé, con que ella esté así?

Me meto en mi cuarto, este encontronazo con Raquel me ha puesto nerviosa. Más nerviosa, quiero decir, ya lo estaba de antes, desde que escondí la grabadora en la mochila de TaeOh. Desde que temo que el pequeño lo esté pasando mal en el colegio. Estoy hecha un manojo de nervios y hasta que no oiga esa grabación y descubra que no es para tanto, no me calmaré.

He sacado una bolsa de ropa de primavera de debajo de la cama y guardado mis jerséis más gruesos y mi abrigo de plumas en su lugar. Estoy doblando la chaqueta blanca de pelos y metiéndola en la bolsa hermética cuando alguien golpea con los nudillos la puerta de mi habitación. Es Bruno. Está tan guapo como de costumbre, con la barba recortada de color castaño rojizo y el pelo algo largo en el tupé, viene vestido con unos *shorts* y camiseta deportivos, se ha escapado del gimnasio.

—Hola, bienvenido a los confines de mi reino.

«Un reino desordenado, ¿no?».

«Si vienes a sacar pegas, no sueltes el marco de la puerta», le digo en lengua de signos. Bruno me hace una mueca arrugando la nariz y se lanza a mis brazos, cayéndome sobre la cama en la que quedamos tendidos, mirándonos a los ojos.

—¿Qué te pasa?

«Que estoy harto, no aguanto más la situación con mi madre». Lo sospechaba.

—¿Qué ha pasado ahora? —pregunto y él se tumba bocarriba, como si pudiese encontrar la solución a sus problemas en el blanco techo. Antes de responderme se endereza y se sienta en la cama.

«Sé que sueno como un mal hijo, pero estoy harto de que viva conmigo. Me encantaría ser independiente, como tú, vivir solo…».

«¿Independiente yo? Pero si vivo en casa de Lucía».

«Pero no vives con tus padres».

«Eso es cierto, desde los diecinueve años».

«Mi madre me chantajea para que no me vaya a vivir a otra parte, me dice que quién la ayudará si se cae, o si se da un golpe, o si le da algo… Y después, no quiere entender que soy joven, que estoy vivo, que no soy un mueble. Que necesito salir, entrar, conocer gente…».

—Pero si tu madre está estupenda, si va a yoga y todo, ¿no?

«Claro que está estupenda y sale con las amigas. Pero cuando está en casa, se pasa el día preguntándome dónde estoy, y si no estoy trabajando tengo que estar con ella. Que si soy un mal hijo, que si no la atiendo… Y eso no es lo peor, lo peor es que temo el día en el que tenga una pareja y quiera llevarlo a mi casa, hacer una vida normal en alguien con casi treinta años».

«Ya».

«Mi madre no acepta que me gusten los tíos. Cuando salí del armario creía que el peor sería mi padre y no, él lo tomó con naturalidad, y ella fingió hacerlo, pero ahora, ahora no puedo ni mencionar nada al respecto. Me dice que no hable de cochinadas».

—Ay, ¿y qué te digo yo, Bruno? Es tu vida, cariño. Tu madre tiene que entender que si quiere tu compañía tiene que aceptarte tal y como eres.

«Esta mañana hemos tenido una pelea horrible antes de irme para el trabajo, todo porque anoche llegué tarde porque salimos. No sabes la que me montó. Y ella se va este fin de semana a la sierra con dos amigas, ahí no hay miedo a que se caiga o a que le dé algo, ahí estará perfecta. Le he dicho que es una egoísta, porque solo me quiere para no sentirse sola. Y ella me ha llamado… una cosa muy fea».

—Lo siento cariño.

«No voy a volver hoy a casa. Hablaré con mi hermana para que la llame por teléfono para comprobar que está bien. A pesar de que tendré que aguantar también que me llame egoísta. El egoísta soy yo, cuando ella vive su vida, con su marido y sus hijos, y viene a verla un fin de semana al mes. Pero como yo no tengo marido ni hijos pues… no tengo derecho a tener una vida».

—Te quedas aquí, conmigo, sabes que puedes hacerlo cuantas veces lo necesites, tonto.

«Será mejor que me vuelva al trabajo, supuestamente estoy visitando a un cliente a domicilio, nos vemos a las seis». Me aprieta con energía contra él y le devuelvo el abrazo.

Los nervios me oprimen el estómago cuando estoy esperando a la puerta del colegio a que salga TaeOh. Fuera están las madres y las niñeras de los otros niños, ya muchos de ellos han salido y se alejan por la acera.

¿Es que hoy va a salir el último?

Una de las niñas que no me gustan, la rubita de mirada demoníaca me mira de reojo con una sonrisa cuando sale y eso me produce un escalofrío. Ella sabe que cuido de TaeOh y no me gusta su expresión. La morena sale poco después, ríen entre ellas, junto con otro niño más, y se despiden hasta el día siguiente. Me miran los tres y siento la necesidad de entrar al patio a buscar a TaeOh.

Cuando estoy dispuesta a saltarme el control del profesor que vigila la puerta le veo llegar caminando despacio, serio y con el cabello húmedo peinado hacia detrás. Alza la vista, me mira y no sonríe, trae las gafas en la mano. Al alcanzarme me entrega algo y camina hacia el coche,

que está aparcado muy cerca. Es mi anillo.

—Ey, ¿cómo estás? ¿Cómo ha ido el día?

—Tu anillo no funciona —dice abriendo la puerta del coche, sube a su asiento y se limpia las gafas con la camiseta antes de ponérselas.

—¿Por qué? ¿Te ha pasado algo?

—No. Pero no funciona.

—¿Y por qué tienes el cabello mojado?

—Porque tenía calor después de gimnasia —responde de mal humor.

—¿Seguro que el cole ha ido bien?

—Que sí, no seas pesada. ¿Nos vamos ya?

Cuando llegamos a casa TaeOh echa a correr a su habitación, dice que tiene que buscar algo. Ha estado muy callado todo el camino y cuando le he insistido en cómo ha ido el cole me ha respondido un simple *bien* de nuevo. Quizá soy una alarmista, siempre me he comido mucho el coco, trato de convencerme. Como cuando me tragué un hueso de aceituna y busqué en internet si era algo malo y cuando cerré el ordenador me fui a urgencias porque menos tocarme la lotería me podía pasar de todo, pero no sucedió nada, excepto que lo expulsé al día siguiente por la vía habitual.

Aprovecho que no está para recuperar mi grabadora, abro su mochila y está justo donde la guardé. Me la meto en el bolsillo, la oiré en cuanto llegue a casa. Como ha pasado un rato y no baja subo la escalera y entonces oigo correr el agua de la ducha del baño del pasillo.

Al entrar al dormitorio toda su ropa está tirada por el suelo. La recojo. La rebeca del uniforme está mojada, mucho, por el cuello. La camiseta también, como llevaba la mochila a la espalda a la salida no lo vi. Dice que tenía calor y por eso se mojó la cabeza, pero su expresión me hace temer que algo no va bien.

Preparo ropa limpia para ponérsela cuando salga. Y llamo a la puerta con los nudillos.

—¿Quieres que te ayude a vestirte? —le pregunto. Sé que es bastante pudoroso, le cuesta que le vea en ropa interior cuando se cambia por las mañanas y las noches.

—¡No! ¡No vayas a entrar, Zoe!

—Tranquilo, te he preparado la ropa y te la he dejado sobre la cama. Te espero en el pasillo.

Me siento fuera, junto a la puerta, en el suelo. Me da miedo que se resbale, se caiga y se dé un golpe en la cabeza. Sí, así soy.

Cuando finalmente sale de la ducha lo hace envuelto en una toalla por la cintura, se mete en su habitación y minutos después aparece vestido en el pasillo con la ropa que dejé preparada sobre la cama. Me pongo de rodillas para estar a la altura de sus ojos.

—¿Vas a contarme ya qué te pasa?

—He tenido un mal día.

—¿Por qué?

—Todo me ha salido mal.

—Bueno, a veces las cosas no salen como esperamos —le digo, alargo la mano y cojo una de las suyas. Él la acepta y aprieta la mía. Entonces se lanza hacia mí y aprieta con fuerza su cabeza contra mi cuello. Yo le abrazo. Temo que esté llorando, pero no es así, agarro sus manos y le miro a los ojos. No llora, solo está triste. No sé si me contará lo que le sucede o no, pero sí que necesita cariño. Le abrazo de nuevo y vuelve a apoyar el rostro en el arco de mi cuello.

Huele a ternura. A pura inocencia y a dulzura. Es tan bonito que no puedo explicarme cómo nadie podría hacerle daño. Yo podría quererle mucho, muchísimo, pienso de improviso. Creo que ya lo hago.

Le aprieto contra mi cuerpo, me pongo en pie y le cojo en brazos, sin decir nada. Le bajo hasta el salón y me siento en el sofá, él se tumba y apoya la cabeza en mis piernas.

—¿Quieres merendar? ¿Quieres algo? —Hace un gesto de negación y cierra los ojos. Le acaricio la frente, utilizo mi *masaje mágico* y en solo unos minutos se queda dormido. Parece tan cansado, pero su expresión es tranquila y en paz.

Me muero de ganas de llegar a casa y poder oír la grabadora para saber a qué se debe su malestar.

El sonido de la puerta de entrada al cerrarse me despierta, me he dormido con la cabeza hacia atrás en el sofá y me duele el cuello. TaeOh sigue frito sobre mi regazo. El señor Goon entra en el salón y nos mira. Está serio, como de costumbre, con el cabello negro algo revuelto, vestido con su formal traje, en esta ocasión azul. Se sorprende de ver al pequeño dormido con la cabeza reposando sobre mis muslos.

—¿Está enfermo? —pregunta con la vista fija en TaeOh, arrugando el ceño y caminando hacia nosotros, preocupado. Alza la vista y me mira a los ojos.

—No, solo está cansado —respondo y parece aliviado. Él también parece cansado, trabaja demasiado y debe estar muy estresado, porque siempre anda corriendo arriba y abajo.

—Gracias, señorita Lago —dice. Siento que quisiese decir algo más, pero se contiene.

—No tiene por qué darlas. —Él asiente y se dirige a su despacho.

Tomo uno de los cojines y lo coloco bajo la cabeza de TaeOh, también una de las mantas del almacenaje del sofá y le cubro. Pienso que debería decirle lo que he hecho, quizá incluso deberíamos escuchar el audio juntos. Parece preocupado y probablemente TaeOh sea el principal motivo de su preocupación. Camino con cuidado hacia el despacho, con la grabadora entre los dedos, creo que voy a decírselo, sí, seré capaz y a ver cómo reacciona. Me detengo ante la puerta de la habitación que está abierta y le oigo hablar en coreano, se ha sentado al otro lado del ordenador y está al teléfono. Me ve, y me mantengo en silencio, esperando que me atienda. Se calla un instante y aparta el móvil.

—Puede marcharse a casa, yo me haré cargo de él —dice antes de apartar la mirada de mis ojos y continuar con su conversación en coreano.

Asiento y mantengo la esperanza de que vuelva a prestarme atención unos segundos, pero no lo hace. Será mejor que me vaya. Total, ni siquiera sé lo que hay grabado, lo comprobaré en casa. Me retiro.

Vuelvo al salón y me acerco a despedirme de TaeOh, está sudando así que le bajo la manta hasta la cintura, le beso en el cabello e inhalo el perfume de su sudor infantil, le aparto el cabello de la frente húmeda con los dedos y miro un instante sus ojos cerrados, sus largas pestañas morenas y el tono blanquecino de su piel.

—Hasta mañana, Bichito —le digo y entonces oigo un crujido lejano a mi espalda, debe ser el parqué. Me giro, pero no hay nadie, es un alivio, me he asustado. Cojo mi bolso del sofá y me marcho a casa.

# Capítulo 32

## Zoe

—Zoe, Zoe, tranquilízate —me pide Lucía. Doy gracias al cielo de que aún esté en casa, la necesito demasiado en este momento.

—No puedo tranquilizarme, no puedo —logro balbucear. La rabia me cierra la garganta y la impotencia llena mis ojos de lágrimas. He oído el audio, lo he oído dos veces, una sola, y otra con Lucía a mi lado y desde que lo he hecho no puedo dejar de llorar. No puedo controlar la pena, la tristeza y el dolor que siento por todo lo que ese pequeño, al que he dejado dormido solo hace un par de horas en su casa, ha sufrido, ha debido estar sufriendo durante mucho tiempo. Ese que no ha querido contar nada, para no preocuparnos, estoy segura—. ¿Por qué? ¿Por qué hay gente tan mala? ¿Cómo puede caber tanta maldad en dos niñas? ¿Qué mierda de sociedad estamos creando, Lu? Tú lo has oído, has oído cómo le humillan, cómo le insultan. ¿Por qué alguien tan bueno tiene que aguantar algo así? ¿Por qué un niño tiene que aguantar algo así? —pregunto ahogada en llanto.

—¿Qué es lo que pasa? Estaba abajo en el taller y al subir te he oído llorar —dice Raquel preocupada, entrando en mi habitación. Estoy sentada en la cama, contra el cabecero, con Lucía a mi lado que me sujeta la mano con cariño—. ¿Qué te pasa, Zoe?

—Unas niñas le hacen *bullying* a TaeOh.

—¿Él te lo ha contado? —me pregunta.

—No. Le he metido una grabadora en la mochila.

—¿Y su padre lo sabe? —insiste.

—Mi jefe no es su padre, es su hermano —explico—. ¿Qué más da eso? Esas niñas son unos monstruos, le llaman cosas horribles, le están haciendo un daño que no sé ni cómo explicarlo…

—¿Y si a su hermano le sienta mal que hayas hecho eso?

—¿Cómo puede sentarle mal que haya descubierto lo que le hacen? —Necesito calmarme, está exasperándome y necesito calmarme porque si no voy a pagar con ella todo el dolor que tengo.

—Me refiero a que le siente mal que hayas hecho algo así sin pedirle permiso —afirma molesta por mi vehemencia.

—Mira, me da igual si le cae mal que lo haya hecho sin su permiso, lo importante es que he descubierto lo que le pasa. Se ha estado haciendo pis, ¿sabes? ¿Un niño de diez años que se ha estado haciendo pis en la cama y nadie se ha dado cuenta de que algo pasaba? ¿Qué narices estaba haciendo su otra cuidadora? No lo entiendo de verdad… —Me levanto de la cama, no

puedo estarme quieta. Cojo mi móvil de la mesita de noche, voy a llamar al señor Goon y voy a contarle todo.

—¿Qué haces? —pregunta Lucía.

—Voy a contárselo a su hermano.

—Espérate —dice levantándose y tratando de quitarme el teléfono. Me lo arrebata de las manos—. Tienes que calmarte, tenemos que pensar con mente fría.

—¿Mente fría? En serio Lu, ¿tú has oído lo que le dicen, lo que le han hecho…?

—¿De verdad te gustaría enterarte de lo que le hacen a tu hermano así, por una llamada telefónica a las diez de la noche? Vas a alterarle a él y al niño, es mejor que lo hables mañana, por la mañana temprano. ¿Le ves antes de que se marche al trabajo?

—A veces, normalmente cuando llego él se ha marchado o está a punto de marcharse.

—Pues ve un poco más temprano y háblalo en persona, con calma. Él sabrá cómo actuar.

—Claro, hablará con el colegio y harán que pare… Además, mi hermana es vicepresidenta del AMPA. Deberíamos hablarlo también con ella —apunta Raquel y me parece una buena idea.

—Primero tiene que hablarlo con su jefe. Si su jefe quiere que intervenga el AMPA se lo decimos a Pepi, esto es una cuestión muy delicada —dice la voz de la lógica de nuestra casa.

—No voy a poder dormir esta noche —digo rompiendo en llanto de nuevo. Esas palabras, cochino, cochino… me resuenan en la mente. Qué malas personas, de verdad. Sabes que el mundo se va a la mierda cuando seres que deberían ser inocentes, actúan de ese modo y disfrutan del dolor ajeno.

Oigo el timbre. Raquel acude veloz a abrir la puerta, y escucho unos pasos correr escalera arriba. Bruno entra en la habitación como una tromba y me echo a sus brazos.

«¿Qué coño pasa? ¿A quién tengo que matar?», pregunta a Lucía y Raquel. Me aprieta con mucha fuerza y después me aparta para mirarme a los ojos. Su olor me tranquiliza, su perfume huele a familia.

—¿Te han llamado? —balbuceo. Lucía levanta la mano.

—Ay, cariño. Yo tengo que irme ya, cojo un vuelo a las once hacia Coruña y sé que te vendrá bien tener a Bruno en casa. —Asiento. Sí que me vendrá bien, muy bien—. Me sabe muy mal irme, de veras, en un momento así.

«No te preocupes, Lucía, nosotros la cuidaremos, de todos modos iba a quedarme a dormir hoy, por mis propias movidas», afirma Bruno, que no me suelta.

Cuando Lucía me confirma con un mensaje que ya está en el hotel en Coruña, son la 1:06 am. Me he tomado un caldo vegetal que me ha traído Raquel y un yogur y estoy en la cama, con Bruno a mi lado, envuelto en un pijama de amapolas rojas que no le pega nada con su aspecto de deportista varonil. Al menos he dejado de llorar.

—Mañana voy a tener los ojos como si me hubiesen dado un par de puñetazos.

«Ya, porque eres de párpados gordos», dice burlándose de mí.

—No soy de párpados gordos.

«¿Prefieres gruesos?».

—Eres horrible. No deberías decir esas cosas.

«Por eso sigo soltero, ¿recuerdas? Por eso y porque mi madre es insufrible», afirma tumbándose bocarriba.

—Sigues soltero porque los gays de Madrid son idiotas.

«Y los heteros, cariño. Sino no estarías soltera tú tampoco —asegura decidido provocándome una sonrisa—. ¿Me dejas que te diga algo?».

—Suéltalo.

«No te ofendas, ni te lo tomes a mal…».

—Comienzo a preocuparme.

«Ese niño. Sé que lo que le están haciendo es terrible y te lo dice un experto en *bullying* en el instituto. Pero, el modo en el que te lo has tomado… No es nada tuyo, Zoe», dice, y me incomoda. Me incorporo en la cama y me siento contra el respaldo, él hace lo mismo.

—¿Y por eso no debe dolerme?

«No quiero decir eso».

—Me dolería de cualquier niño, Bruno. De cualquiera. Pero es que TaeOh es… es un niño especial, no sé cómo explicártelo. Es que es… Es bueno, es dulce, es educado y tan respetuoso que parece una persona mayor. También se enfada y tiene sus cosas, no es un robot. Es que no se lo merece. Ha sufrido mucho, y sufre mucho por no poder tener a su madre con él, ni a su hermanito. No se merece que le hagan daño gratuitamente de ese modo —digo con los ojos empañados.

«Y… ¿no crees que te estás implicando demasiado, Zoe?», pregunta casi con miedo.

—Pues quizá, no lo sé. Pero ¿cómo lo evito? Ese niño necesita cariño y yo puedo dárselo. ¿Eso está mal?

«No está mal. Pero me da miedo que sufras. Porque en unas semanas a su cuidadora se le curará el pie y volverá a su trabajo».

—Y a mí me parecerá bien. Esto no se trata de que le esté cogiendo demasiado cariño, Bruno. Se lo estoy cogiendo, sí. Pero si lo que te preocupa es que esté asumiendo un papel que no me corresponde porque sé que no voy a poder ser madre… —lo expongo así, de forma descarnada porque no me gusta andarme con paños calientes y sé que es lo que le preocupa en realidad—. No es así. De verdad, quédate tranquilo.

«Vale», asiente convencido. «Me quedo tranquilo, entonces».

Le abrazo, me hace tanto bien tenerles, a él, a Lucía, a Pepi e incluso a Raquel que, aunque ha estado un poco tontorrona conmigo estos días, ha estado aquí para mí. Soy muy afortunada. Con ese pensamiento me duermo al lado de mi mejor amigo.

A la mañana siguiente llego a casa del señor Goon media hora antes de mi hora estipulada. Atravieso la puerta de entrada nerviosa, con el corazón latiéndome en la garganta. He recreado el momento un centenar de veces en mi cabeza y una más en casa tomándome un café con Bruno antes de que se marchase a su trabajo. Lucía me ha escrito preguntándome cómo estoy y aconsejándome que sea cuidadosa porque sabe que a veces tengo la delicadeza de un estropajo. Y Raquel me ha dejado una nota en la cocina deseándome ánimo, debió hacerlo por la noche porque nunca se levanta antes de las diez y media.

Cuando entro al salón está vacío, busco a la señora Choi en la cocina para darle los buenos días y me sorprende encontrar a SoonJo desayunando, nunca lo hace antes de que el señor Goon se marche, lo que me hace temer lo peor.

—Buenos días, ¿el señor Goon no está? —pregunto nerviosa.

—No, ha salido hoy más temprano al trabajo —me informa con un cuenco de porcelana entre las manos a punto de darle otro sorbo.

—Toma —dice la señora Choi poniendo otro igual ante mí.

—No yo…

—A comer. Esa es cara de preocupación, hay que llenar el estómago para que funcione la cabeza —me dice muy seria con su particular acento cascarrabias y sonrío. Tomo el cuenco y lo pruebo. Lo cierto es que el caldo me sienta de maravilla.

—No he dormido bien.

—Pues la sopa de mi madre es capaz de aclarar un día gris, así que arriba —dice SoonJo. Y tiene razón, con el estómago lleno tengo mejor sensación.

Cuando subo a ver a TaeOh no está en su cuarto, al ver la cama hecha siento un pinchazo hondo en el pecho y debo inspirar y calmarme para evitar que me vuelvan las lágrimas a los ojos. Le busco en el dormitorio de su *hyung*, allí le encuentro, está dormido, plácido.

Y me pregunto, ¿qué hago? ¿Cómo le mando al colegio sabiendo el par de demonios que le esperan en él? ¿Le mando a la guerra, solo, indefenso…?

No contaba con que el señor Goon se hubiese marchado, me ha desbaratado los planes.

No sé qué hacer.

Voy a llamarle por teléfono.

Me pongo nerviosa con solo pensarlo. Pero TENGO que hablar con él de lo que ha sucedido. Salgo al pasillo, tomo el móvil y marco su nombre en la pantalla. Pasados unos segundos responde.

—Señorita Lago, ¿ha sucedido algo? ¿TaeOh está bien? —pregunta, preocupado.

—Sí, sí. Está bien… Es que… tengo que hablar con usted.

—Señor Goon, el señor Mitchell ya está conectado —oigo decirle a una voz femenina.

—¿Es urgente o podemos hablar un poco más tarde? Estoy a punto de entrar en una reunión —dice con voz apresurada.

—Bueno… es importante.

—La llamo en cuanto salga de la reunión, ¿de acuerdo? Buenos días, señorita Lago—responde y oigo a la misma mujer decirle algo más, pero no lo entiendo. Cuelga y me quedo sin saber qué hacer.

Vuelvo al cuarto del señor Goon y me siento en la cama, a los pies de TaeOh.

La luz del sol se cuela por el balcón e ilumina una línea en el suelo de madera que llega hasta mis pies, siento el calorcito. La línea sigue hacia el armario empotrado, al lado hay una silla en la que cuelga la chaqueta de un traje gris y una corbata de color coral encima. Es un color precioso, tengo unos zapatos iguales, haríamos una bonita pareja, río para mí. Me pongo en pie y camino hasta la corbata, la tomo entre los dedos y la huelo. Huele a él, a su perfume amaderado y cítrico, como a sándalo y noches salvajes a la orilla del río Han. Me enrollo la corbata al cuello y vuelvo a inhalar su perfume.

¿Por qué no has podido oírme? ¿Tan importante es esa reunión? Solo necesito cinco minutos antes de la hora del colegio. Para qué quieres tanto dinero si eres un esclavo del trabajo, le digo.

El despertador empieza a sonar con una cancioncilla infantil en coreano de la que no entiendo

nada, pero la melodía es muy pegadiza, imagino que el señor Goon lo ha dejado preparado para él, y TaeOh comienza a moverse en la cama. Devuelvo la corbata a su lugar y me sitúo a su lado en la cama. Despierta con una sonrisa con la que me dice que todo puede salir bien, que es feliz a pesar del calvario que ha estado sufriendo en clase.

¿Y si no le llevo hoy?

Sé que el señor Goon está muy ocupado, pero esto es urgente, debería habérselo dicho. Será mejor que insista, no puedo decidir algo así yo sola. Sea lo que sea lo que está haciendo, voy a interrumpirle. Vuelvo a llamarle y su teléfono me aparece como apagado o sin cobertura. Maldita sea.

—¿Qué te pasa? —me pregunta TaeOh con una sonrisa de oreja a oreja.

—A mí, nada. Estoy bien y tú, precioso —le digo y le doy un abrazo.

—Yo estoy contento, porque hoy mi *hyung* va a ir a ver a la directora del cole.

—¿Sí? ¿Es hoy?

—Sí. Me dijo que hoy se iba pronto al trabajo para poder ir a verla. Anoche mojé la cama porque había bebido mucha agua —explica y asiento—. Y mi *hyung* me dijo que ya no me preocupase más, que hoy hablará con la directora y esas niñas me dejarán en paz.

—Siento mucho lo mal que lo has pasado, TaeOh. De verdad, lo siento muchísimo —le digo apretando su mano. Él hace una mueca triste, le abrazo—. Pero te prometo que no volverán a hacerlo.

—Lo sé. —Está aguantando las ganas de llorar, yo también.

—¿Quieres ir a cole?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Podemos decir que te duele la tripa —sugiero.

—No. Quiero ver sus caras después de que les regañen.

Le ayudo a vestirse y después baja a desayunar. He decidido que cuando el señor Goon me llame a la salida de su reunión le contaré la existencia del audio y que debe oírlo antes de hablar con la directora, por si esta intentara quitarle importancia a lo sucedido. Eso haré. Voy a descargármelo en mi teléfono en cuanto llegue a casa y se lo pasaré para que lo oiga.

TaeOh desayuna rápido, tiene muchas ganas de ir al colegio, cree que la charla de su hermano con la directora será el final de todos sus males, pero en mi interior temo que ese par de monstruitos tomen represalias contra él. Que le llamen chivato con todo ese falso código de honor que a veces hay entre los niños en el que acusar a los demás está mal, pero que te hagan daño sin parar y guardar silencio, no.

Cuando llegamos a la puerta del centro se para a mi lado y me coge la mano. Necesita de mi cercanía, de mi seguridad, yo la sujeto tratando de darle ánimo. Recibo entonces un mensaje en mi teléfono móvil.

Bruno: *Qué tal ha ido la charla?*

Yo: *Genial, se ha largado antes de que pueda pillarlo.*

Bruno: *Vaya. Y, ¿entonces?*

Yo: *Le he llamado por teléfono. Estaba en una reunión, pero me devolverá la llamada y se lo explicaré todo*.

Bruno: *Vale, ya me cuentas. Por cierto, ¿puedo quedarme a dormir contigo esta noche también?*

Yo: *¿Has hablado con tu madre?*

Bruno: *Sí. Por teléfono. Quiere presentarme a la hija divorciada de una de sus amigas. No sé ya cómo voy a explicarle que no me gustan las tías*.

Yo: *Claro que puedes quedarte, tonto*.

Bruno: *Gracias. Después te veo*.

Yo: *Adiós*.

Cuando levanto la vista del teléfono veo a TaeOh haciendo pucheros, apretando los labios con mucha fuerza y con la mirada fija. Sigo su mirada y descubro ante mí a esas dos niñas del demonio. Patro y Cayetana están junto a sus cuidadoras que charlan entre ellas distraídas, completamente ajenas a que esos dos monstruitos están haciendo burla a TaeOh. Le sacan la lengua y se levantan la nariz, como un cerdito, e incluso me doy cuenta de que están haciendo *oink, oink*. Otros niños las miran y se ríen.

La rabia me burbujea en las venas.

Cuenta hasta cinco Zoe. Cuenta. Me digo.

Pero NO puedo soportarlo y mucho menos consentirlo.

Doy un paso delante de TaeOh y me interpongo en esa línea recta de burla que han marcado entre las dos, ambas me miran y dejan de hacerlo, se colocan rectas, disimulan. Lo han hecho, aquí, delante de todo el mundo que mira, pero no ve, incluida yo misma. Si son capaces de esto, si tienen semejante sensación de impunidad, que el señor Goon hable con la directora no servirá para nada.

Doy los tres pasos que me separan de ellas como si me hubiesen empujado por la espalda. Y lo hacen, me empujan la rabia, el dolor, pero también la necesidad de justicia.

—Vosotras dos, vais a parar ya de una vez, sí o sí —les digo agachándome a su altura. Sus cuidadoras me ven por primera vez—. Os he visto, a las dos. Y sé lo que le hacéis, ¿de verdad tenéis el corazón tan negro que os hace feliz hacer daño a otro niño? —Ambas apartan la mirada, como si no fuese con ellas. Pero a la vez parecen nerviosas, al fin y al cabo, son niñas.

—Perdone, señorita, ¿se puede saber por qué está diciéndole eso a Patro? ¿Quién es usted? —me pregunta su cuidadora, su acento es suave, latino.

—No volváis a meteros con él —les advierto, a una y a la otra, las señalo con el dedo—. Si lo hacéis me encargaré de que os hagan lo mismo, ¿me estáis oyendo? Convertiré cada uno de vuestros días en una pesadilla idéntica a la que le habéis hecho pasar a él.

—Oiga, está usted amenazando a dos niñas —me dice la otra cuidadora, tirando de la mano de Cayetana y escondiéndola a su espalda.

—No son dos niñas —digo levantándome, mirando a la cuidadora de Cayetana a los ojos por primera vez—. Son dos monstruos que han estado haciendo daño a TaeOh durante meses, han estado acosándolo y haciéndole la vida imposible, y estoy segura de que a otros niños también.

—Pero ¿cómo se atreve? Ahora mismo voy a llamar a mi patrona y se le va a caer el pelo —me advierte la cuidadora de Patro y me agarra del brazo. Me echo hacia atrás tratando de que me libere, pero no lo hace. Entonces le doy un toque con la mano en el hombro, la empujo hacia atrás y provoco que me suelte.

—No me toque. No vuelva a tocarme —le advierto, furiosa—. Llame a quien tenga que

llamar. Yo no tengo miedo, y él tampoco. Ya no —aviso y doy dos pasos atrás. La puerta del colegio se abre, el conserje se queda un poco pasmado mirando el derredor de madres con las caras descompuestas, me mira y le sonrío—. ¿Quieres ir a clase TaeOh?

—Sí —responde con una sonrisa de oreja a oreja, me abraza por la cintura, muy fuerte—. Ya no necesito el anillo, Zoe —dice y me emociona. Le devuelvo el abrazo y le beso en la frente.

Se marcha feliz, todos los niños entran en el colegio deprisa.

No me preocupa haber metido la pata.

Me he dejado llevar y eso, generalmente, nunca es bueno. Pero no he podido contenerme.

En cuanto el señor Goon me llame se lo contaré todo y me disculparé por mi actitud.

Me alejo hacia el coche mientras las cuidadoras de Patro y Cayetana hablan por teléfono, probablemente llamando al general del Estado Mayor y todos sus contactos de ricachones poderosos para que tiren un misil en mi casa.

# Capítulo 33

## DoHwan

A las once y media tengo cita con la directora del colegio. Son las diez, he llegado a la oficina a las seis y media para dejar todo listo y poder escaparme unas horas. No puedo dormir bien desde que supe que TaeOh lo está pasando mal en el colegio, no dejo de pensar en qué he hecho mal para que no se integre, o qué podría haber hecho mejor, y cómo no he sido capaz de darme cuenta de lo que estaba pasándole.

Esta noche ha vuelto a mojar la cama. Le he preguntado si le había sucedido algo en el colegio y me ha respondido que no. Espero que sea cierto, quiero creerlo, pero entonces, ¿por qué ha mojado la cama?

Quiero protegerlo, es lo que más me importa ahora mismo. Y cuando hable con la directora le exigiré que tome medidas, que actúe, estoy dispuesto a denunciar al centro en caso contrario.

¿Por qué él?

Es un niño bueno, que jamás haría daño de forma voluntaria. No puedo entender por qué otros niños hacen algo así.

Recuerdo que cuando yo estudiaba primaria, había un niño europeo, que tenía el cabello rubio como el trigo y los ojos azules. Los demás éramos todos morenos y con los ojos castaños así que aquel niño destacaba, aun sin proponérselo.

Algunos de los compañeros comenzaron a meterse con él. Y fue algo que entre otro compañero y yo paramos de inmediato. Hoy en día ese niño, Max Kuffner, es vicepresidente del Banco Nacional de Austria y sigue siendo un buen amigo.

Espero que en esta ocasión la situación también pare de inmediato. No quiero que TaeOh continúe sufriendo de ese modo. De lo contrario le cambiaré de colegio, incluso he estado viendo otro centro privado en el que no habría ningún problema a la hora de trasladarlo el tiempo que nos queda aquí.

La reunión con el señor Yeon y todo el equipo directivo acaba de terminar, estoy feliz porque hemos logrado la concesión de la fabricación del nuevo modelo de baterías en la delegación española, ya no voy a tener que enviar a los trabajadores de la compañía a la nueva sede en el sur, sino que se quedarán en Madrid y contrataremos nuevos empleados para la nueva planta. Ahora habrá más puestos de trabajo en ambos centros, nadie se irá a la calle y eso es una gran victoria.

Abandono la sala de reuniones. Antes de partir para el colegio voy a llamar a la señorita Lago, me dijo que TaeOh está bien, así que no sé de qué puede tratarse. Es demasiado impulsiva… y

desorganizada. TaeOh está volviéndose un poco así, a veces deja la maleta volcada sobre el sofá y olvida recogerla, otras baila sobre la cama y lanza la ropa… Pero parece más feliz y eso es lo más importante.

Conecto los datos y me aparecen tres llamadas perdidas del colegio. Comienzo a ponerme nervioso. Algo ha pasado.

—Señor Goon, le llaman del colegio de su hermano. —Acude en mi busca en el pasillo mi secretaria—. Es la directora, parece importante, ¿le paso la llamada a su oficina?

—Sí, claro. —Me encierro en el despacho y sentándome en mi silla, me apresuro a coger la llamada transferida—. Buenos días, dígame.

—Buenos días, señor Goon. Soy Diana Martínez, hablamos ayer y tenemos una reunión en unas horas.

—Sí, dígame, ¿ha sucedido algo? ¿TaeOh está bien?

—Sí, sí, él está bien. Pero ha sucedido algo intolerable.

—Dígame.

—Pues verá, en la puerta del colegio, esta misma mañana, la joven que cuida a TaeOh…

Cuando cuelgo el teléfono, la opresión en el pecho me obliga a aflojar el nudo de la corbata. ¿Cómo he podido equivocarme tanto con la señorita Lago? Ha amenazado gravemente a dos niñas, en la puerta del colegio, delante de todos los padres allí presentes y de los alumnos, con mi propio hermano presente.

¿Por qué?

Porque le molestaba el ruido que hacían jugando entre ellas según la directora.

Porque se estaban mirando y haciendo burla entre ellas y lo ha malinterpretado. Y ha agredido a la cuidadora de una de esas niñas, delante de todos los pequeños.

Pero ¿qué narices pasa por la mente de esta mujer?

No doy crédito a lo que acabo de oír, de verdad que no.

La directora estaba estupefacta. Me he sentido muy violento sin saber qué responder, al fin y al cabo, es mi empleada.

Tomo el teléfono móvil y compruebo que el vehículo que utiliza está estacionado. No iba a llamarla mientras conducía, sería un riesgo innecesario. Está aparcado junto a su domicilio, así que debe estar en casa. Inspiro hondo tratando de calmarme y la llamo.

—Hola —responde a la primera llamada—. Gracias por llamarme, tengo que contarle… —Supongo que va a justificar su actitud, pero no estoy dispuesto a oír una sarta de estupideces sin sentido para excusar algo que es injustificable.

—¿¡Ha amenazado a dos niñas?!

—¿Qué?

—Mi pregunta es sencilla. Acaba de llamarme la directora del colegio. ¿Ha amenazado usted a dos niñas de diez años, delante de sus compañeros, en la puerta del colegio?

—Supongo que sí, pero…

—¡¿Es que se ha vuelto loca?!

—¡Esas niñas han estado acosando a TaeOh!

—¡TaeOh es mi hermano! No se atreva a utilizarlo como excusa para justificar su actitud. ¡Nada justifica que haya amenazado a dos niñas! —Estoy furioso, frenético, fuera de mí.

—¡Usted no tiene ni idea! Sí, las he amenazado, porque no son dos niñas, ¡son dos monstruos!

¡Dos monstruos horrendos que están a tiempo de cambiar y si sus familias no les enseñan a respetar a los demás alguien tendrá que hacerlo!

—¡Y ha agredido a una de las cuidadoras!

—¿Yo? ¡Solo he empujado a esa idiota porque me agarró! Pero ¿es que no lo entiende? ¡Estaba defendiendo a TaeOh!

—¡Usted no es nadie para tomarse esa libertad! ¡Usted representa a mi familia y a las normas de mi casa y nos ha tirado por el suelo con esa actitud! ¡Es una descerebrada! —La oigo bufar al otro lado del teléfono.

—¿Descerebrada yo? ¡Y usted es un imbécil!¡Un gilipollas sin corazón que se cree lo primero que le cuentan y que no se da cuenta de que su hermano no necesita siete videoconsolas sino pasar más tiempo con usted! —dice a voz en grito, tan fuera de sí como yo mismo. Su respuesta provoca que me hierva la sangre dentro de las venas, acaba de golpearme donde más me duele y lo sabe.

—¡Está usted despedida!

—¡Pues muchas gracias! ¡Y cuando pueda, sáquese el palo que tiene metido en el culo!

Y cuelga.

Dejo el aparato con rabia sobre la mesa. Inspiro hondo tratando de calmarme, una y otra vez.

Lo último, lo del palo no entiendo a qué se refiere.

Es una auténtica maleducada y una irresponsable que no volverá a poner un solo pie en nuestra casa. Estoy furioso. Mañana enviaré a la señorita SoonJo a pagarle y liquidar los asuntos con ella porque no quiero volver a verle la cara.

—¿Sucede algo señor Goon? Está pálido —me pregunta mi secretaria. Acaba de abrir la puerta de mi despacho para traerme unos informes que le había pedido antes de la reunión. Estoy seguro de que ha oído mis gritos.

—No, nada. Estoy bien —respondo alargando la mano para aceptar los papeles.

—¿Seguro?

—Sí… Hoy tengo que salir antes, debo recoger a mi hermano en el colegio.

# Capítulo 34

## Zoe

¿Descerebrada? ¿Cómo puede haberse atrevido a llamarme descerebrada alguien que no me conoce, ni sabe nada de mi vida? ¿Con qué derecho, cuando lo único que he hecho ha sido tratar de proteger a su hermano pequeño?

Me llevan los demonios.

Doy vueltas en la cocina como un tigre enjaulado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Raquel asomándose por la puerta lateral, la que da acceso al garaje donde tiene instalado su estudio, con su bata blanca de trabajo manchada de lamparones de pintura. Ha oído mis voces, eso está claro.

—Me acaban de despedir —resumo. Ella arruga los labios y baja la mirada para después volver a encontrarse con mis ojos.

—Lo siento, Zoe —se acerca y me posa una mano en el hombro.

—No te preocupes, estoy tan acostumbrada a no tener un duro que me iba a resultar raro cobrar dos mil euros. —Me encojo de hombros y sonrío. Ella continúa seria, me duele que estemos así.

—Y también siento que hayamos discutido —quiero decirle que no hemos discutido, que ha sido ella quien se ha apartado de mí, sin que haya podido hacer nada para evitarlo. Pero lo importante es que volvamos a estar igual que antes y me trago mi orgullo y la abrazo. Ella responde a mi abrazo y cuando se aparta y me sonríe siento que estamos bien.

Cuando Raquel se marcha de nuevo a su estudio la presión me puede y las lágrimas recorren mis mejillas de nuevo, las gotas caen gruesas en mi pecho. Subo a mi habitación y me echo en la cama. Sé que no debería ponerme así, al fin y al cabo, solo es un trabajo. Pero el señor Goon ha sido injusto conmigo, o al menos así lo siento. Además, estaba cogiéndole mucho cariño a TaeOh y ahora sé que no volveré a ver a ese bichito y me da mucha pena. Me implico demasiado, pero ¿por qué debería ser eso algo malo? Ojalá Lucía o Bruno estuviesen en casa, ellos sabrían qué decirme para ayudarme a sacar la opresión que siento en el pecho. Al menos sé que él vendrá a la salida del trabajo y eso me consuela.

En mi teléfono móvil comienza a sonar la marcha militar que tengo asignada a Pepi, lo hice un día de broma en su presencia cuando criticaba su facilidad de ordeno y mando. Que me llame a esta hora solo puede significar una cosa: lo sabe.

No me apetece otra regañina.

No, en absoluto.

Me tapo la cabeza con la almohada.

Y algo hace clic en mi mente.

El trabajo es solo un trabajo, este era un trabajo sencillo y sin demasiado estrés, al que solo necesitaba cogerle el ritmo, pero sabía que era algo temporal. Me ha encantado conocer a TaeOh, es un niño maravilloso y me encantaría verle de vez en cuando, aunque estoy convencida de que su hermano no me lo permitirá después de lo de hoy. El señor Goon me parecía muy sexy y atractivo, pero después de lo de hoy me parece lo que le he llamado a viva voz, un gilipollas redomado… Este era un trabajo temporal, me repito, muy pronto su cuidadora perfecta, coreana y cosida a las normas de la casa, se recuperará y ellos seguirán su vida. Si lo que he hecho ha servido para que esas niñas del demonio hayan dejado de molestar a TaeOh, todo estará bien. Yo seguiré sin un solo euro en la cuenta, pero estaré bien. Encontraré otro trabajo, siempre lo hago. Además, voy a ponerme con mi Trabajo Final de Grado y a obtener mi título de una vez. Eso hará que al fin pueda lograr el empleo que me ayude a salir de esta ola de apatía por la que he estado dejándome arrastrar demasiado tiempo.

Alguien llama a la puerta de entrada. Estoy dispuesta a bajar cuando oigo a Raquel abrirla, así que vuelvo a acomodarme en la cama y me tapo la cabeza con la almohada otra vez. Pero quien sea que haya llegado entra en mi dormitorio como un elefante en una cacharrería.

—¿Por qué coño no me coges el teléfono? —Pepi diciendo palabrotas, siento miedo a girarme, pero lo hago.

—Buenos días.

—¿Buenos días? —Sus ojos chispean de ira—. ¿Qué ha pasado, Zoe? Porque me ha llamado la presidenta del AMPA, pidiendo que convoquemos un consejo urgente porque…. Cuéntamelo tú porque tengo la esperanza de que todo esto sea un malentendido.

—Siéntate —le pido, cruzo las piernas en posición de meditación y ella se sitúa en la silla de mi escritorio, frente a mí. Me coloco el pelo detrás de la oreja, pero mis rizos se rebelan, no les culpo—. No es un malentendido.

—¿Quieres decir que has amenazado a dos niñas pequeñas en la puerta del colegio?

—No son dos niñas pequeñas, son dos monstruitos.

—Zoe, ¿tienes idea de lo grave que es esto? Quieren denunciarte, me refiero a penalmente…

—No me importa.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Pepi, sé que soy un poco bruta a veces, pero créeme, he hecho lo que tenía que hacer.

—Zoe, eres una de las personas más cabales que conozco y esta actitud no me cuadra nada en ti. Si me lo explicas te lo agradeceré —me pide. Cojo mi móvil y reproduzco el audio que grabé.

# Capítulo 35

## DoHwan

Es la segunda o tercera vez que recojo a TaeOh en la puerta de su colegio. Las dos veces anteriores fue por ausencia justificada de la señorita Ji HyeRim. Me siento incómodo, ni siquiera sé cuáles son las niñas a las que mi empleada ha amenazado, o sus padres, para poder disculparme con ellos. Todo este lío ha provocado que la directora suspenda la reunión que teníamos prevista para hoy y la haya pospuesto para mañana, dado que ha debido atender de forma urgente a los padres de esas menores.

Me aflojo la corbata, hay ocasiones en las que me aprieta demasiado, así puedo respirar mejor.

Hay varias mujeres a mi alrededor, algunas me miran, no las conozco, y en mi interior me debato entre si lo hacen por curiosidad o porque saben lo sucedido.

Cuando TaeOh aparece por la puerta de salida lo hace con una enorme sonrisa que se hace mucho más grande al hallarme allí. Corre a mis brazos y le subo a mi cuerpo, le aprieto contra mí, su olor me tranquiliza.

—Qué alegría que hayas venido, *hyung* —me dice en coreano al oído—. Y la señorita Lago, ¿dónde está?

—No podía venir a recogerte, ¿no te alegra que haya venido yo? —Le poso en el suelo y le tomo de la mano, caminamos hacia mi vehículo que he aparcado en la calle trasera.

—Sí, claro *hyung*. Me alegra mucho, pero… ¿le ha sucedido algo?

—No.

—¿Está enferma?

—No. Ella está bien. En casa te lo explico —digo cuando subimos al coche, ajustando el retrovisor para poder mirarle a los ojos—. ¿Cómo te ha ido en el colegio?

—Genial, ha sido el mejor día de mi vida.

—Me alegro, pequeño.

Nada más atravesar el umbral de la entrada TaeOh corre al sofá, deja en él la mochila y me espera de pie, impaciente. Dejo mi maletín de piel en el suelo, junto al sofá y me siento a su lado. Espero que no lo tome muy mal.

—Ya estamos en casa, ¿qué le pasa a Zo… a la señorita Lago?

—Pequeño, la señorita Lago no va a venir más a casa.

—¿Qué? ¿Se ha ido? ¿Ya no quiere cuidarme más? —pregunta antes de hundir la barbilla

contra el pecho y hacer pucheros, me fijo en sus puños, los ha apretado y su cara comienza a constreñirse.

—Lo cierto es que… la he despedido.

—¿¿Qué?? ¿Por qué?

—Esta mañana, ella tuvo un mal comportamiento con algunas de tus compañeras de clase y no me ha quedado más remedio.

—¿Qué mal comportamiento? —Me mira a los ojos, preocupado, tiene ganas de llorar.

—Imagino que estabas delante cuando sucedió, al parecer ella amenazó a dos niñas… No sé por qué lo hizo, supongo que serán las niñas con las que has discutido… —La expresión de TaeOh me conmueve.

—¿La has despedido por defenderme? —dice con los ojos anegados en lágrimas. Trato de posar mi mano en su hombro, pero da un paso atrás—. ¿Es que prefieres que sigan haciéndome daño? —dice ahogado en llanto y echa a correr escaleras arriba.

—TaeOh, ¡espera! —le pido y se detiene en la escalera.

—¡No! ¡Quiero que vuelva Zoe! —grita y sigue corriendo. Sigo sus pasos a la planta superior, se ha metido en el baño común. Trato de abrir la puerta, pero ha echado el pestillo.

—TaeOh, abre la puerta.

—¡No! ¡Quiero que venga Zoe! ¡Quiero que le pidas perdón y la contrates otra vez! —me grita entre lágrimas.

—Pequeño, no seas así, abre la puerta y hablamos.

—¡No! Solo la abriré cuando venga Zoe.

—¿Qué pasa? —pregunta JiMin saliendo de su habitación con un bolígrafo en las manos. Vaya parece que de vez en cuando incluso estudia.

—¿JiSeung ha vuelto ya? —le pregunto. Sé que él y TaeOh se entienden muy bien y me vendría genial esa complicidad en este momento. JiMin hace un gesto de negación caminando hacia mí.

—¿Qué te pasa TaeOh?

—Que DoHwan ha despedido a Zoe.

—¿Y por qué has hecho eso, *hyung*? —me pregunta JiMin molesto.

—Porque no es una buena influencia para él —explico provocando que JiMin enarque una de sus cejas enfadado.

—¿Y la estirada de Ji HyeRim era una buena influencia? ¿Esa que no era capaz ni de darle un beso o de preguntarle cómo se sentía? Venga *hyung*, por favor. ¿Cuándo vas a quitarte la venda de los ojos? —protesta JiMin.

—No te pases —le advierto. Sigo siendo su hermano mayor y no debe hablarme así.

—¡La ha despedido por defenderme!

—TaeOh, sé que aún eres pequeño para entenderlo, pero hay comportamientos que no se pueden permitir.

—¡¿Como que te metan la cabeza en el váter y tiren de la cisterna!? —oigo a través de la puerta y se me acelera el corazón. JiMin me atraviesa con la mirada.

—¿Te han hecho eso? —No responde y siento un pinchazo hondo en el pecho. Le oigo llorar. Siento rabia, mucha rabia—. Pequeño, por favor, ¿puedes abrir la puerta y hablamos? Ábrela, por favor. —Sigue sin responder, aunque le oigo llorar. Comienzo a ponerme muy nervioso.

—¿Quién te ha hecho eso TaeOh? Dime quién ha sido —exige JiMin.

—¡Que venga, Zoe! ¡Quiero que venga Zoe!

—Llámala, DoHwan. Está muy nervioso —me pide JiMin, echándose el cabello rubio hacia detrás con los dedos.

No creo que después de nuestra discusión la señorita Lago quiera volver a esta casa, ni siquiera para ayudarme con TaeOh.

Y desconfío de que llamarla sea una solución.

Me llamó imbécil y gilipollas sin corazón.

¿Qué puedo hacer? No hay modo de acceder al baño de la segunda planta, y no quiero asustarle golpeando la puerta para tratar de abrirla. El miedo a que sea capaz de hacerse algo malo sobrevuela mi mente, no lo creo, pero después de lo que ha dicho me asusta demasiado que sea así…

No quiero llamarla.

En cualquier otra circunstancia JAMÁS lo haría, después de que me haya insultado. Pero tratándose de TaeOh, estoy dispuesto a pedirle ayuda y arrastrarme en caso necesario.

—Escúchame, voy a llamar a la señorita Lago, voy a hablar con ella y vamos a arreglar esto. Pero ¿por qué no abres la puerta primero?

—¡No! ¡Ella me ha ayudado y tú la has despedido!

—Es que no puedo creerlo, ella le ayuda y tú la despides…

—JiMin, ya está bien, se supone que debes ayudarme —le recrimino—. Lo siento pequeño, yo no sabía… —Tomo mi teléfono móvil, me alejo en el pasillo porque no quiero que mi hermano oiga la conversación y cruzo los dedos para que acepte la llamada. Marco el mismo número que esta mañana con una intención muy distinta. Da varios tonos de llamada, uno, dos, tres, cuatro… Y lo coge.

—Esta tarde, cuando esté en casa le devolveré este teléfono. —La oigo decir al otro lado. Parece cansada.

—Hola. Necesito que venga ahora, señorita Lago —le pido.

—¿Ahora? ¿Es que se cree que no tengo una vida? Ya no soy su empleada…

—Es TaeOh, está muy enfadado y triste, se ha encerrado en el baño y no saldrá hasta que usted venga.

—¿Le ha pasado algo?

—No. No lo sé. Pero dice que no saldrá hasta que usted venga.

—Ahora mismo voy para allá.

Su disposición hace que algo se me remueva por dentro. Tarda apenas veinticinco minutos en llamar a la puerta de casa, no sé cómo lo ha hecho para llegar tan deprisa.

—¿Está bien? ¿Le han hecho algo? —pregunta preocupada cuando abro la puerta. Ella tiene llave, supongo que dadas las circunstancias ha preferido no utilizarla. Sus ojos verdes, su mirada triste, me dicen que también ha llorado.

—Está enfadado porque le he comunicado que… —Aparta la mirada, se echa el cabello hacia detrás nerviosa y comienza a caminar hacia el interior de la casa.

—¿Está arriba? —Asiento y echa a correr hacia las escaleras. Sube y la sigo hasta el pasillo, se detiene junto a la puerta—. ¿Te ha dicho algo? —pregunta a JiMin que hace un gesto de negación—. Eh, Bichito, ya estoy aquí —dice después de golpear la puerta con los nudillos.

—¿Zoe?

—¿Quién voy a ser si no? ¿El señor puerro? —pregunta con una sonrisa, sus ojos se cruzan con los míos y enseria. JiMin, a su lado, también me mira con aire reprobatorio. Al parecer soy el malo malísimo de esta historia. Me lo merezco—. Abre la puerta de una vez, ¿no? Sino me tendré que marchar.

Y la magia se hace. TaeOh abre la puerta y se asoma por esta. Sus mejillas están rojas, y sus pestañas húmedas por el llanto. Se echa a los brazos de la señorita Lago y la estruja como si hiciese un mes que no la ve. Y ella le abraza con la misma efusividad. Poco a poco le aparta y le mira a los ojos.

—No hagas esto más, ¿eh? Tus *hyungs* estaban muy preocupados. Si vuelves a hacerlo dejaremos de ser amigos —le regaña. Entonces el pequeño asiente, nos mira a JiMin y a mí y nos abraza. Le sujeto y respiro tranquilo. Ella nos mira y sonríe, es una sonrisa sincera, de esas que salen del corazón y hace que los ojos resplandezcan. Es hermosa, incluso así, despeinada y con los ojos enrojecidos de emoción, vestida con un informal chándal de estar por casa y unas deportivas. Porque tiene algo, algo especial. TaeOh ha podido verlo desde el principio, JiMin también, y ahora yo también lo veo. Creo que me he equivocado mucho, demasiado, al tratarla como lo he hecho. JiMin nos mira a ambos y coge a TaeOh de la mano.

—¿Bajamos a comer algo? —le sugiere, él también nos mira a ambos y acepta marcharse, sabe que vamos a hablar de lo sucedido y quiere darnos la intimidad necesaria.

—Tenéis que hablar —nos dice—. Yo voy a merendar.

JiMin nos lo acerca y me da un abrazo y después otro a Zoe y se lo lleva a la cocina.

—Será mejor que me vaya —dice la señorita Lago en cuanto desaparecen de nuestro lado.

—Quédese un momento, me gustaría que hablásemos.

—En realidad, creo que es mejor que lo dejemos estar… —En sus ojos puedo leer una profunda incomodidad, le apetece tanto hablar conmigo como nadar entre pirañas.

—No, por favor. Le pagaré toda la semana, pero quédese un momento —le pido y noto que la he ofendido por cómo cambia la expresión de su rostro.

—No hace falta que me pague la semana, no he venido por eso. He venido porque TaeOh me necesitaba, no por su dinero —dice, haciéndome comprender el cambio en su expresión.

—No pretendía ofenderla. —Está muy cerca, a un par de metros. Sus ojos chispean de rabia y sus mejillas están sonrosadas.

—Se puede hacer mucho daño sin pretenderlo.

—Lamento haberla llamado descerebrada.

—Pues yo no lamento haberle llamado gilipollas, porque se ha comportado como tal. —¿Cómo puede tener tanto carácter? Me saca de quicio. Aprieto los puños y después los relajo, no quiero que volvamos a discutir—. ¿Piensa que me pasé esta mañana con esas niñas? Pues yo no, creo que me quedé corta. —Trato de decir algo, pero alza una mano pidiéndome que la deje terminar—. Y cuando usted oiga el audio que voy a enviarle, me dará la razón. Son recortes de la grabación de todo un día de colegio de TaeOh. Le metí una grabadora en su mochila. Sé que no tendría que haberlo hecho sin su permiso, pero pensé que sería la mejor forma de saber cómo de grave era la situación que estaba viviendo. Escúchela y después hablamos —me dice, enviándome un mensaje de voz desde un teléfono móvil cuyo número no tengo guardado, es el suyo personal.

Rabia. Rabia, frustración y dolor. Un dolor inmenso que me martillea las sienes y el fondo de la garganta. Siento ganas de gritar, de llamar a la directora del colegio y decirle que no tiene ni idea de lo que sucede en su centro, de llamar a los padres de esas niñas y preguntarles cómo han podido hacerlo tan mal al educarlas para que se comporten de ese modo.

Me siento en el sofá con JiMin a mi lado, él también ha podido oírlo todo. Sus ojos están llenos de lágrimas contenidas, como los míos. Respiro hondo.

A eso se refería.

¿Cómo ha podido no contarme nada?

¿Cómo ha podido ella descubrirlo y que yo no sospechase lo más mínimo? Ni su cuidadora habitual, la señorita Ji HyeRim.

Estoy en *shock*.

Estoy dolido, asustado y furioso.

—¿Qué vamos a hacer, hermano? —me pregunta JiMin y un par de lágrimas recorren sus mejillas—. Esto no puede quedar así. Tenemos que hacer algo.

—Mañana tengo una cita con la directora.

—Hay que denunciarles, hay que hacer algo… —dice nervioso. Oigo la puerta de entrada abrirse, se trata de JiSeung, acaba de llegar, va vestido con ropa deportiva lo cual es una novedad en él.

—¿Qué te pasa DoHwan? ¿Qué os pasa? —nos pregunta. No puedo responderle, no sé ni qué decirle.

—Unas niñas han estado acosando a TaeOh en el colegio, pero no imaginas de qué modo y Zoe las ha grabado.

—¿En serio? ¿Y quiénes son?

TaeOh entra en el salón y al ver a JiSeung sale corriendo hacia él y le abraza. Zoe entra tras él.

—Eh, ¿campeón cómo estás?

—Ahora bien. *Hyung*, ¿mañana va a venir la señorita Zoe? —me pregunta. JiSeung me mira tratando de descifrar qué sucede con ella, me aclaro la garganta.

—Voy a hablar con ella sobre eso —digo cogiendo su mano. Huele a naranjas—. Te quiero mucho, pequeño. Siento no haberme dado cuenta de que lo estabas pasando tan mal.

# Capítulo 36

## Zoe

Llegué a aquella casa con ganas de matarlo, pero ver al señor Goon tan afectado me ha ablandado el corazón. Su expresión de preocupación, su nerviosismo, el amor que le ha llenado los ojos y las manos, me han enternecido como a una tonta. Casi se me sale el corazón por la boca cuando me dijo que TaeOh estaba encerrado en el baño. Iba a hacerme la orgullosa y a no recibir la llamada, pero me preocupaba que le sucediese algo y no me equivoqué.

Pobrecito mío. Sofocarse de ese modo porque su hermano me ha despedido. Es tan lindo.

Hace rato que pienso que debería marcharme, pero sé que el señor Goon y yo tenemos una conversación pendiente. No va a convencerme de que me quede, por más que me lo pida, aunque yo misma quiero quedarme, pero no con las mismas condiciones.

Acuesto a TaeOh, que ha cenado más temprano que de costumbre, la señora Choi había preparado tempura de gambas con kimchi, arroz y ensalada de col y pepino y este muchachito hambriento pidió a su *hyung* que le calentase la comida, aunque me ofrecí a hacerlo yo y le acosté como de costumbre. Una vez que estuvimos a solas le he preguntado si las niñas habían vuelto a meterse con él y me dijo que no, que no se le habían acercado, que no le habían mirado siquiera, y que había podido desayunar en el patio con Raúl e Iker sin que ninguno de los dos recibiese burlas. Solo con eso soy feliz. Muy feliz.

Le conecto la lamparita del dormitorio y bajo los escalones dispuesta a tener la conversación difícil e irme a casa. No sé si va a pedirme que me quede o solo me dará las gracias por mi servicio del día de hoy, que parece lo único importante, pagarme por mi trabajo y que quede bien claro que lo hago porque estoy trabajando para él. No sé si es su intención, pero es lo que me parece.

Cuando llego al salón veo que el señor Goon no está allí, tampoco en la cocina donde encuentro a JiMin y JiSeung dando buena cuenta de la cena.

—Zoe, gracias —me dice JiSeung, bastante afectado—. Acabo de oír el audio que has grabado y es terrible.

—De nada. Tenía que saber hasta qué punto llegaba el acoso y se me ocurrió que era el mejor modo de hacerlo.

—¿Aún no entiendo por qué te despidió? —duda JiMin.

—¿Te ha despedido? —pregunta JiSeung incrédulo.

—Bueno, le llamé imbécil y gilipollas sin corazón —confieso y ambos se echan a reír tapándose la boca con la mano.

—No creo que nadie le haya llamado algo así y haya vivido para contarlo —ríe JiSeung.

—Por eso me gusta esta chica, ¿ves? Como dicen aquí, tiene un buen par de ovarios —aprovecha JiMin haciéndome reír a mí—. ¿Y ahora? ¿Te habrá readmitido no? Porque… no te vas a ir, ¿verdad?

—No lo sé, tengo que hablar con él.

—No te preocupes, si mi hermano te despide yo te contrataré —asegura JiMin.

—Ahora en serio, nuestro hermano puede parecer distante y orgulloso, pero sabe pedir perdón, escúchale —me pide JiSeung. Asiento.

—Y tú, ¿te has apuntado a un gimnasio? —le pregunto haciendo referencia a su atuendo deportivo—. Mi amigo Bruno trabaja en un gimnasio, es monitor de fitness.

—Lo sé —responde decidido—. Me lo dijo.

—Bueno, ¿sabéis dónde está vuestro hermano?

—En su despacho, seguro.

Camino hasta allí, la puerta está entreabierta. Me asomo y le veo, sentado en la silla de su escritorio, con la mirada perdida en el infinito, muy lejos de allí. Su expresión es seria, sus ojos reflejan una tristeza que no es posible describir con palabras, estoy segura de que dentro de su mente aún da vueltas a todo lo sucedido. Un té se enfría en su taza ante él. Llamo a la puerta con los nudillos.

—Pase señorita Lago, siéntese —me pide y ocupo el mismo lugar en el que me entrevistó hace poco más de dos semanas—. Lo primero que quiero es volver a pedirle disculpas por mi comportamiento, actué de un modo irrespetuoso al no permitir que se explicase y no preguntarle su versión de lo sucedido.

—Muy irrespetuoso —apuntillo. Aún me duele el *descerebrada*. Él asiente, sé que no me he disculpado por insultarle y que debería hacerlo, pero prefiero escuchar lo que tiene que decirme por si necesito llamárselo otra vez.

—Y lo segundo es darle las gracias por defender a mi hermano cuando yo he sido incapaz de hacerlo, cuando le he fallado en mi deber —dice con pesar, su mirada se pierde sobre la mesa. Tampoco quiero que se mortifique tanto, era muy difícil descubrirlo. Yo misma le he dado a entender que se preocupa poco por su hermano, y eso está mal—. Estoy de acuerdo con usted en que debo hacer un mayor esfuerzo por pasar más tiempo con TaeOh y, aunque no sé cómo, le aseguro que lo haré. Ahora, por favor, necesito saber si puedo seguir contando con usted.

—No suelo regresar donde no me quieren.

—En esta casa sí la quieren, TaeOh la adora.

—Pero usted me detesta. Ya me dijo que aceptó contratarme solo por él. —El señor Goon parece sorprendido con mi franqueza, aparta la mirada un instante y regresa a mis ojos.

—No la detesto, en absoluto. —Enarco una ceja, llena de incredulidad—. Es cierto que es muy distinta a cualquier cuidadora que haya tenido mi hermano hasta el momento, pero a él le gusta y me ha demostrado que se preocupa por él. Para mí eso es suficiente. ¿Volverá mañana?

—¿Usted quiere que vuelva?

—Por supuesto. Mañana tengo una reunión con la directora del colegio a la que gracias a su grabación podré advertir de lo que ocurre con mi hermano y esas niñas.

—Van a denunciarme, los padres de las niñas.

—Eso no deber preocuparla lo más mínimo, si se atreven a hacerlo mis abogados la defenderán.

—Aún no sé si quiero volver a trabajar para usted —confieso. Y es cierto, hay varias cosas

que me perturban de este trabajo y una de ellas está sentada justo frente a mí, observándome con expresión indescifrable, labios entreabiertos y una seriedad tan sexy como desconcertante.

—Lo entiendo, probablemente yo no lo hiciese, porque el orgullo no me lo permitiría —dice al fin, tomando la taza de té y dándole un sorbo—. Pero usted es mucho más inteligente que yo.

—No lo crea. Si lo fuese habría terminado la carrera y estaría trabajando en una multinacional —digo para mí—. Tengo mucho cariño a TaeOh, sé que hace poco que nos conocemos, pero hemos congeniado muy bien.

—Lo sé, de lo contrario no estaría suplicándole que vuelva.

—¿Está suplicándome? —Él sonríe y se le marcan ese par de hoyuelos en las mejillas a los que tanto les cuesta aparecer. Joder, sonriendo es aún más sexy. Necesito una copa de vino, quizá el alcohol quemaría las mariposas que estoy comenzando a sentir en el estómago y que son totalmente inapropiadas.

—Lo haré más evidente —dice y sin previo aviso atrapa mis manos sobre la mesa, ambas, y me taladra con su mirada azabache—. Le suplico que me perdone, por mi estupidez y mi falta de respeto, y que continúe cuidando de TaeOh. He sido un completo idiota por dudar de usted, por favor, no nos abandone. —Esa última frase suena tan… desesperada que en ese mismo momento me doy cuenta de que no quiero marcharme. Y no es que no quiera marcharme hoy, es que no quiero marcharme dentro de un par de meses, y muy probablemente cuando ese par de meses acabe no querré apartarme nunca de él, de ellos, porque sé que ambos podrían formar parte importante de mi vida, que son de ese tipo de personas que se te meten bajo la piel, muy dentro, y te alcanzan el alma y ya no vuelves a vivir igual sin ellas. Un cosquilleo de lo más absurdo recorre mis manos y un calor sofocante que me sube desde el vientre me estalla en las mejillas.

Sé lo que me pasa y no es que me haya vuelto tímida de repente.

Quiero quedarme, por TaeOh y por mí.

Aparto las manos despacio, carraspeo, y me tomo un instante para recabar el valor necesario para mirarle a los ojos.

—Tengo tres condiciones para volver —digo cuando solo hay una que tengo clara al cien por cien.

—Estoy dispuesto a darle un aumento.

—No se trata de dinero. No quiero más dinero, ya me paga más que suficiente —advierto. Si Lucía me oyese me daría un golpe, pero es cierto. Sé que podría pedirle cualquier cosa en este momento y lo tendría. Pero no soy esa clase de persona.

—Adelante.

—La primera es que me deje llevar a TaeOh a mi casa algunos días, o al cine, o a donde considere oportuno sin que todo sea tan estricto y marcado. A cambio, me comprometo a informarle de donde vamos y a estar en casa cuando usted llegue. —Tuerce el gesto, no le hace la menor gracia mi primera condición. Eso de perder el control milimétrico sobre todo le hace dudar—. Y la segunda, es muy sencilla, a partir de ahora debe llamarme Zoe, no señorita Lago, ni señorita Zoe, ni nada tan formal, solo Zoe, y debe permitir que TaeOh, JiMin y JiSeung también lo hagan. ¿Acepta estas condiciones?

—Las acepto. —Asiente, aunque sus ojos revelan cierto temor. ¿Cómo puede pasarlo tan mal por dejarme más libertad con su hermano? Le ofrezco la mano para estrecharla, me la da y la aprieto con energía, sintiendo un furor en el estómago de lo más inapropiado—. ¿Y la tercera condición? —pregunta. ¿He dicho tres? No.

Sí, he dicho tres, debo pensar otra rápido… ¿Qué le pido? Ya he dicho que no quiero dinero.

Tengo hambre. ¿Cómo puedo pensar en comer en este momento?

—Que me invite a cenar. —Mi única neurona de guardia está en modo avión. ¿Cómo he podido decir eso? Se sorprende bastante, pero su sorpresa deriva en una sonrisa comedida—. Como compensación por el disgusto, porque ni siquiera he almorzado hoy. —Trata de arreglarlo guapa. Han sido tus deseos los que han aflorado, no te engañes, me digo.

—Sí, claro, por supuesto. ¿Hoy? Mañana tengo que levantarme muy temprano…

—No, hoy no. Cualquier día.

—¿El sábado? —Busco sus ojos. Pues parece que no lo ha tomado mal, más bien todo lo contrario.

—En principio creo que puedo —respondo como si tuviese la agenda social de un ministro.

—Perfecto. ¿Alguna preferencia?

—No. Me gusta casi todo, quizá un japonés.

—Si no le importa, los japoneses no son de mi devoción, preferiría no ir a uno. Y coreano comemos todos los días en casa —responde haciéndome sonreír.

—Bueno, pues donde le guste a TaeOh —digo tratando de no parecer desesperada por quedar a solas con él, porque no sé qué puede suceder si lo hago, en mi corazón, al menos. Él parece decepcionado.

—Sí, claro. Yo me encargo —asegura y asiento, dispuesta a marcharme antes de que sea capaz de pedirle otra idiotez.

—Hasta mañana, señor Goon.

—Espere. He aceptado sus condiciones, pero hay algo que debemos aclarar. —Ahí llegan los *peros*, los escucharé, y si no me convencen: *Hasta luego, Maricarmen*—. Yo debo llamarla Zoe, entonces usted debe llamarme DoHwan.

—¿DoHwan?

—Es mi nombre. Si la llamo por su nombre, no me parece apropiado que usted continúe llamándome señor Goon. ¿Está de acuerdo? —sugiere con una media sonrisa. Asiento—. Hasta mañana, Zoe.

—Hasta mañana, DoHwan.

DoHwan, un nombre precioso, sencillo de pronunciar, de recordar, muy apropiado para un hombre como él.

# Capítulo 37

## Zoe

Cuando dejo a TaeOh en el colegio su sonrisa es deslumbrante, hoy podrá desayunar con su amigo Iker sin que nadie se meta con él, hoy podrá ser un niño normal que solo tendrá que preocuparse de cosas de niños. Me quedo unos instantes en el coche, con las manos al volante y la mirada perdida, tratando de hacerme un mapa mental de todo lo que ha sucedido desde ayer y lo que está a punto de suceder.

Hoy el señor Goon, DoHwan, tengo que acostumbrarme a llamarle así, se reunirá con la directora y le mostrará la grabación y todas esas madres y cuidadoras que me han mirado con miedo y rechazo entenderán el porqué de mi actitud. Va a estallar una bomba en las casas de esas niñas, o eso espero, y sus padres se van a dar cuenta de la clase de monstruos que son, si es que les importa.

Espero que la directora y el colegio se disculpen por no haber detectado lo que estaba sucediendo. Porque de lo contrario, si no obtiene respuesta alguna, estoy segura de que DoHwan los llevará a los tribunales. Puede que no haya sido capaz de ver cómo estaban dañando a TaeOh, pero ahora que lo sabe no parará hasta acabar con este asunto y que las culpables paguen por el daño que le han hecho. Estoy segura.

Almuerzo a solas en el salón pensando en el resultado de la reunión. Me muero de ganas de preguntarle, pero no quiero parecer una pesada. Tomo mi móvil y me meto en su cuenta de mensajería telefónica. Está en línea. ¿Le escribo algo?

Entonces recibo un mensaje.

DoHwan: *Acabo de salir de hablar con la directora.*

Yo: *¿Y qué tal ha ido?*

Comienza a escribir, estoy nerviosa, mucho, necesito saber qué ha pasado.

DoHwan: *Creo que bien. La directora se ha sentido muy abochornada, me ha pedido disculpas y me ha prometido que jamás volverá a sucederle algo así, el colegio tomará medidas, como por ejemplo cambiar a ambas niñas de clase.*

Yo: *Genial. Gracias. Que tenga un buen día, señor Goon.*

DoHwan: *Solo DoHwan, ¿recuerdas, Zoe?*

Arg! Me va a dar un infarto. Me lo imagino diciendo mi nombre y una sonrisa bobalicona me acude a los labios. Son este tipo de cosas las que hacen que mi corazoncito palpite acelerado.

DoHwan: *O también puedes seguir llamándome Gilipollas sin corazón ;).*

¿Me está haciendo bromas? Esto es un bonus.

Yo: *Lo siento ☹, de verdad. Lo de descerebrada me hizo perder los papeles*.

DoHwan: *Culpa mía ;). Gracias, por todo*.

Yo: *De nada. Esta tarde me traeré a TaeOh a casa a la salida del colegio, después de hacer la tarea jugaremos y quizá le lleve a un parque que hay aquí cerca a dar un paseo.*

Escribe. Escribe. Borra. Escribe. Borra. Escribe.

DoHwan: *Tened mucho cuidado, por favor*.

Yo: *Por supuesto. Antes de que llegues de trabajar estaremos en casa*.

DoHwan: *De acuerdo. Tengo que dejarte, voy a comer con unos clientes.*

Yo: *Que lo pases bien.*

DoHwan: *Lo pasaría mejor con vosotros en el parque*☺. *Hasta luego*.

O me estoy volviendo idiota o se ha tomado en serio lo de hablarnos con mayor confianza, y me encanta. ¿Cómo algo tan tonto como que me llame por mi nombre puede hacerme tanta ilusión?

TaeOh está muy emocionado cuando llegamos a casa. Le enseño las habitaciones de la planta inferior: el salón, la cocina, el despacho de Lucía (solo desde la puerta) y el taller de Raquel, donde se queda embelesado mirando sus pinturas abstractas y la escultura multicolor de un hombre desnudo en la que está trabajando. Como buen niño curioso comprueba que al hombre de hierro no le falta nada, se lleva las manos a los labios y ríe por lo bajo, sí, lo tiene todo. Después vamos a la cocina, le toca la merienda así que preparo una macedonia de frutas para él y otra para mí.

—Tu casa es muy bonita, Zoe —me dice mientras mastica un pedazo de mango.

—Gracias. Pero en realidad es la casa de mi amiga Lucía —digo y busco una foto de ella en el móvil, se la enseño.

—¿Y tú no tienes casa?

—Bueno, tengo la de mis padres, que viven en Churriana. En Madrid he vivido en varias casas, pero ninguna era mía.

—Nuestra casa de Madrid tampoco es nuestra, nuestra casa está en Seúl.

—Seguro que es muy grande y bonita.

—Es grande, pero no tiene jardín. Está muuuy alto. A mí me gustan las casas con jardín, como la de aquí.

—A mí también me gustan las casas con jardín, y si, además, tienen la playa cerca, ya es perfecto —le digo y él asiente, antes de pinchar otro pedazo de fruta, esta vez de manzana.

—En la casa de la tía Seon EunJi, en Daecheon, la playa está muy cerca. Me gusta mucho, aunque desde que vinimos a España hemos ido pocas veces. Mi hermano pequeño vive en una casa que tiene jardín. Su padre es rico, pero es tonto —asegura muy serio.

—¿Le conoces bien? Porque a veces las personas parecen algo y luego… —Asiente.

—Estuve viviendo con ellos hasta que nació Dakho. Me llamaba *Honjeon*.

—¿Qué quiere decir?

—Molestia. Porque siempre estaba molestándolos y se enfadaba conmigo.

—¿Y tu mamá no le decía nada?

—Mamá lo quiere mucho y no quiere que se enfade. —Se encoje de hombros. Solo conozco a

la mamá de TaeOh en fotografías que él me ha mostrado, pero le estoy tomando mucha manía. Mucha.

—¿Tu *hyung* lo sabe?

—Eso fue antes de irme a vivir con mi *hyung*. ¿Crees que si mi *hyung* tiene un hijo cuando volvamos a Corea, también pensará que molesto? —Se me arruga el corazón, se me hace un nudo en la garganta.

—Es que yo no puedo imaginar que tú molestes a nadie, TaeOh, porque eres el niño más bueno, más cariñoso y bonito del mundo. Es imposible que molestes. Y… ¿por qué piensas que tu *hyung* puede tener otro niño cuando volváis a Corea? ¿Es que tiene… alguna novia allí? —Sí. Lo soy. Soy culpable de aprovecharme de la inocencia de un niño para preguntar algo así.

—Yo creía que la señorita Yeon HaNeul era su novia, pero dice mi *hyung* que no, que es su amiga. Ella me hace regalos cuando viene a vernos.

—¿Y va mucho a veros?

—Siempre que vamos a Seúl.

—¿Y qué piensa tu *hyung*?

—¿Sobre qué?

—Sobre la señorita Yeon… —Por qué tienen que ser tan complicados los nombres.

—No lo sé.

—Y a ti, ¿te gusta ella? —TaeOh se encoje de hombros de nuevo.

—Es amable. Y guapa. —Y coreana. No una occidental ignorante de toda la cultura del país, como yo—. Y duerme con un antifaz.

—¿Y cómo sabes cómo duerme?

—Porque se ha quedado a dormir en casa y mi *hyung* le ha dado un pañuelo para que se tape lo ojos —dice como si fuese tonta. Lo soy TaeOh, de remate—. ¿Puedo jugar con el saltador? —pregunta indicando hacia un saltador con muelle que hay en el jardín en el suelo. Raquel se lo regaló al pequeño Luis por su tercer cumpleaños y Pepi se negó a que se lo llevase a casa alegando que no le cabían más cacharros, por lo que acabó dejándolo en nuestro jardín para que lo use cuando vienen.

—Sí, claro —le digo cuando mi móvil del trabajo comienza a sonar.

En ese número solo puede ser una persona. Una persona que tiene una amiga especial que duerme con un antifaz, como El Zorro. Se me acelera el corazón y me siento idiota por ello. Busco el teléfono en el bolso y descuelgo.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Zoe. Mi última reunión se ha cancelado, así que saldré antes de trabajar hoy. Me comentaste que estaríais en tu casa, ¿te importa que me acerque a recoger a TaeOh?

—No, claro que no. Te envío mi ubicación… —Aún tengo que forzarme para tutearlo.

—No hace falta. Recuerda que el móvil tiene localizador.

—Ah, vaya…

—Lo desconecto cuando no estás con TaeOh —se excusa. Sonrío porque no puede verme y porque estoy segura de que lo hace.

—Eso espero, de lo contrario estarías invadiendo mi privacidad —aseguro muy seria, aunque no se me va la sonrisa de la cara—. Aquí te esperamos.

Pasada poco más de media hora alguien llama a la puerta. Me estiro la camisa y coloco bien mi pelo en el espejo del pasillo y cuando abro la puerta es Raquel, lleva todo el día fuera.

—Me he dejado las llaves, perdona —me dice quitándose la chaqueta vaquera y dejándola

colgada en el perchero de la pared. La observo un instante tratando de identificar su humor, me sonríe, algo positivo.

—¿Cómo estás?

—Bien. Hemos comido con unos amigos suyos y después ha ido a la productora a montar unos vídeos, en esta ocasión están dejándole más días aquí —me cuenta, pero saber de Carlos me interesa tanto como arrancarme los dientes sin anestesia—. Voy a encerrarme en mi taller, estoy inspirada.

—Me alegro. Yo tengo visita.

—¿Sí? He visto los mensajes del grupo, no he podido contestar porque estaba ocupada, pero he leído que… tu jefe te ha pedido perdón y has decidido quedarte.

—Sí. Es su hermano quien está en nuestro jardín.

—¿Le has traído a casa? Qué curiosidad —dice adentrándose por el pasillo dispuesta a verlo. Cuando llega al salón se queda observándole a través de la cristalera, TaeOh salta aquí y allá entusiasmado con el juguete—. Es muy guapo.

—Sí, lo es.

Mi móvil comienza a sonar, esta vez el personal, lo busco en el bolso mientras Raquel se sirve un vaso de agua. Es mi hermano, algo le sucede porque no suele llamarme si no es por un motivo, en el día a día solo se comunica con mensajes.

—Hola, ¿qué te pasa?

—Nada —solo con el tono de ese nada, sé que está enfadado.

—Venga, suéltalo.

—Que estoy harto, Zoe, me quiero ir de casa de una vez. —Mi teléfono tiene la voz muy alta y Raquel nos oye. Le hago una señal pidiéndole que vigile a TaeOh y ella asiente.

—¿Por qué?

—Porque mamá sigue tratándome como si tuviese quince años. —Comienzo a subir las escaleras, alcanzo mi cuarto y me siento en la cama.

—Es normal, es una madre.

—Tú nunca seas así, te lo pido por favor —me dice sin saber que me hace daño. Ojalá pudiese ser así, o peor. Pero él no sabe nada de mi infertilidad, solo mis padres, porque para mí era demasiado difícil hablar de ello. Esperaba ser capaz de decírselo en algún momento, pero ese momento aún no ha llegado—. Intenta controlarme todo, me pone hora de recogida, me manda mensajes mientras estoy de marcha, estoy harto… Acabo de pillarla cotilleándome el móvil mientras me bañaba. —Ay, mi madre. Así es ella.

—¿No tiene contraseña?

—Claro que la tiene, mi fecha de nacimiento. Como comprenderás se la sabe.

—Cámbiala.

—Tengo que irme de aquí.

—Pero si a partir de septiembre solo pasarás en casa los fines de semana porque empiezas la carrera.

—Mucho tiempo me parece, ahora mismo me iba para Sevilla. La próxima semana tengo exámenes, pero pregúntale a Lucía si la siguiente puedo quedarme con vosotras unos días.

—Sí, claro.

—Por favor. Ya he quedado con mi amigo Manuel, que está estudiando en la Complutense, pero su piso es minúsculo y paso de dormir en su cuarto porque le huelen los pies a lo bestia.

—¿Y para qué quedas con Manuel antes de hablar con Lucía?

—Porque sé que Lucía no me va a decir que no.

—Pues habla tú con ella, entonces. —Oigo el timbre de la puerta. Debe ser DoHwan.

—Si no quieres hacerlo tú… Se lo diré a mi hermana postiza que me quiere más que tú.

—No seas tonto, sabes que te quiero mucho, pero odio que me tengas de secretaria.

—Lo sé. En una semana hazme sitio en tu cuarto. Adiós.

—Adiós —me despido y acudo a ver quién ha llamado a la puerta. Raquel ha abierto y DoHwan entra en el salón, su mirada se dirige directamente a TaeOh… que se está comiendo una tableta de chocolate a dos manos sentado en el sofá—. Hola. —Él alza un dedo apuntando a su hermano que le saluda con una sonrisa de teclas de piano blancas y negras.

—Os dejo, tengo trabajo que hacer. Encantada —dice Raquel con la mirada fija en DoHwan, y por su expresión sé que le ha impresionado. Se marcha a su estudio. Camino hacia TaeOh y trato de arrancarle la tableta de chocolate, pero se resiste, aunque logro arrebatársela—. Lo siento. No he sido yo… —trato de justificarme—. Lo siento, el chocolate se lo habrá dado mi amiga.

—No pasa nada… —balbucea, caminando hacia mí.

—¿Puedo jugar otro rato con el saltador? Por favor —le pide TaeOh. DoHwan asiente y él sale corriendo hacia el jardín.

—¿Quieres un café?

—Sí, por favor —casi suplica. Debe estar enfadadísimo conmigo.

—¿Cómo te gusta?

—¿Tienes leche de avena?

—Sí. —La compré por ellos. Nunca la había probado hasta que lo hice en su casa y me gustó. Raquel suele tomarla de soja y esa no me gusta—. ¿Con leche, entonces?

—Sí. Y sin azúcar, por favor.

—Enseguida, siéntate —le ofrezco y me hace caso, se sitúa en el sofá desde donde tiene visión privilegiada de TaeOh. Meto una capsula en la cafetera y mientras cae el café caliento un poco de leche de avena en el microondas. Preparo uno para él y otro para mí, cuando están listos me siento a su lado y dejo las dos tazas sobre la mesita. Él me mira de medio lado, me fijo en sus ojos rasgados, tan exóticos, y me pregunto cómo nunca en el pasado me había fijado en esos rasgos que ahora me parecen tan atractivos. Si me paro a pensarlo, creo que es la primera vez que me siento atraída por un asiático. Pero he caído con todo el equipo, me gusta bastante, y sé que es un sentimiento que de ser correspondido podría convertirse en algo mucho más intenso. Por desgracia, no parece que lo sea.

—Entonces, ha ido bien con la directora, ¿no?

—Dice que lo arreglará todo. Como si el dolor pudiese *arreglarse*, como si el sufrimiento pudiese borrarse, eliminarse sin dejar huella. El dolor queda, Zoe. Incluso cuando la causa que lo provocó desaparece, el dolor es una herida en el alma, que, aunque cicatrice, perdura en el tiempo y con la que debemos aprender a vivir —dice y aprieta los labios, conmovido—. Mi hermano jamás debería haber pasado por eso, como no debería hacerlo ningún niño. —Sus palabras me emocionan y no puedo evitar que las lágrimas acudan a mis ojos, aunque logro contenerlas.

—Tienes razón. Pero el dolor también forma parte de la vida, y, como dices, no podemos borrarlo. Él es fuerte, tanto que a veces me deja sin palabras. Y sabrá sobreponerse y dejarlo todo atrás.

—He pensado en cambiarle de colegio. No quiero que esté un minuto más con esos chicos que no hicieron nada mientras le hacían daño.

—Me imagino que la mayoría no lo harían por miedo a pasar a convertirse en víctimas. No tienen por qué ser malos niños. Opino que deberías hablarlo con él antes de tomar cualquier decisión para que sea quien lo decida —propongo. Estoy tan cerca que puedo oler su perfume y me encanta. Aunque me gusta aún más cómo huele él, su olor personal en las distancias cortas.

—Tienes razón, no merece que le cambie sin más. Lo hablaré con él —dice y me atraviesa con su mirada de ónix puro. El corazón me late deprisa, tanto que casi no puedo pensar—. Al fin y al cabo, solo quedan unas semanas, en verano regresamos a Seúl. —¿Qué? ¿Queeé?

—¿Regresáis… para siempre?

—Sí.

—¿Los cuatro?

—Sí. —No puede ser. Tenía claro que mi trabajo era temporal y que solo duraría diez semanas, pero creía que podría seguir viendo a TaeOh después. Que incluso podría quedar con los mellizos de vez en cuando en el garito en el que tocan, y quizás a DoHwan, con cualquier excusa. Pero pensar en que se marchan, que vuelven a su país, acaba de dejarme completamente descolocada. Y triste—. TaeOh y yo vinimos a España por un periodo de dos años, después JiMin y JiSeung decidieron pasar un curso escolar aquí aprovechando nuestra estancia, pero los tres terminan entre finales de junio y principios de julio. Y yo me incorporaré a la oficina central en Seúl en cuanto volvamos. —No sé qué decir, no me esperaba nada de esto. El silencio es incómodo, DoHwan me mira con curiosidad—. ¿Sucede algo?

—No lo sabía —confieso y él sonríe, como si le divirtiese mi malestar.

—¿Extrañarás a TaeOh?

—A él al que más, por supuesto, pero los extrañaré a todos —admito.

—¿Incluso a mí? —Le miro, está serio, no sé si me lo pregunta de veras.

—A excepción de la discusión de ayer, en estas dos semanas me he sentido bien tratada por todos, incluido usted.

—Incluido tú. Debemos tutearnos, ¿recuerdas? Fue una de tus condiciones. —Se lleva la taza de café a los labios. Continúa serio, aunque sonríe con los ojos—. Y una cena que tenemos pendiente este sábado, eso tampoco lo he olvidado. —El corazón me late muy aprisa, si continúa mirándome así no llegaré al sábado, tendrán que ingresarme antes. Su expresión relajada es la de alguien muy seguro de sí mismo, al menos la mayor parte del tiempo, esto a veces me saca de quicio y otras me encanta. Sus sonrisas son contadas, pero cuando se deja caer con una de ellas, es… sencillamente un espectáculo para los sentidos.

—Pero no es una cita —aclaro y sé que me he puesto roja al hacerlo, puedo sentir el calor en mis orejas. Él aguarda sin decir nada—. Quiero decir que… solo es una cena de disculpa. —DoHwan asiente y sonríe divertido con mi incomodidad.

—Lo sé —admite sin que en su rostro se aprecie el menor malestar por mi puntualización—. Quizá podrías venir a visitarnos, a Seúl, algún día —dice de improviso, como si aún diese vueltas en su cabeza a mi decepción por su partida.

—Me encantaría. Aunque nunca he hecho un viaje tan largo, deben ser al menos diez horas, ¿verdad?

—Doce, en avión privado y sin escalas. En avión comercial bastante más. ¿Has viajado mucho, Zoe?

—Algo, no demasiado. Sobre todo, por España. Aunque el año pasado recorrí Portugal de norte a sur con mi amigo Bruno. Alquilamos una furgoneta y estuvimos dos semanas de un sitio a otro, de playa en playa. Él surfeando y yo tomando el sol y descansando en cada cala. Y hace

dos años fui a Marruecos, también con Bruno y mis amigas, poco después de romper con mi ex —rememoro con cierta melancolía—. Yo solo tenía ganas de llorar, pero cuando me levantaba y veía esos amaneceres en el desierto, no me quedaba más remedio que salir a dejar que el sol me bañase y me recargase de energía. Eso me ayudó a sanar. —Fueron meses muy duros, pero en los momentos más difíciles es cuando descubres quién está de verdad a tu lado. Y mis amigos estuvieron al mío, preocupándose por mí, acompañándome y arrastrándome fuera de casa hasta que las heridas comenzaron a sanar. Al pensar en ello me doy cuenta de que ya no duele y es muy reconfortante.

—Qué importante es estar rodeado de las personas adecuadas, me alegro de que gracias a ellos encontrases la paz. Supongo que fue una ruptura traumática.

—Mucho. Creía que era la persona con la que compartiría mi vida y… bueno, se acabó de la noche a la mañana y me costó procesarlo. Cambié de casa, de trabajo… de proyecto de vida. Pero hoy sé que fue para bien, porque él no resultó ser la persona que esperaba. —¿Por qué estoy contándole todo esto? Era una pregunta sencilla, ¿has viajado mucho? *Sí, no, un poco,* habrían sido respuestas mucho más fáciles e impersonales. DoHwan me oye como lo haría alguien que se preocupa por mí, asiente y en su mirada solo hay comprensión. Es de esas personas que dice más con los ojos que con las palabras.

—Entonces, aunque en ese momento fuese duro, fue algo bueno. Yo no sé lo que se siente al tener una ruptura a ese nivel porque nunca he tenido una pareja de años ni nunca he vivido con nadie que no sean TaeOh o los mellizos. Antes de que TaeOh viniese a vivir conmigo amaba mi independencia. Tenía veintitrés años, acababa de reincorporarme tras mi servicio militar y empezado a trabajar en la empresa de mis padres y la menor de mis preocupaciones era tener una pareja estable. Después de que el pequeñajo llegase a mi vida, tener vida sentimental, estable quiero decir, es mucho más complicado.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque la mujer que esté conmigo debe entender que TaeOh es mi principal prioridad, que tenerle a mi lado no es negociable. Y sé que, sobre todo al principio de la relación, esperas ser el centro del mundo de tu pareja. Pero el centro de mi mundo es TaeOh y siempre va a ser así. Entonces, es difícil encontrar a alguien que entienda eso. Pueden decir que sí, pero en el fondo, es algo complicado de aceptar.

—¿Te ha pasado? ¿Has conocido a una chica que no lo ha aceptado?

—Sí. Sobre todo en Corea, para las coreanas el amor romántico de chico conoce a chica, se enamoran y lo son todo el uno para el otro, está muy idealizado —afirma con tristeza. Mira a su hermano pequeño, que continúa dando saltos en el jardín ajeno a nuestra conversación.

—Pues a mí no me importaría enamorarme de alguien que tenga hijos, por ejemplo. No necesito ser amada en exclusividad, necesito sentirme amada, y respetada, sin más. —Al oír mis propias palabras me parecen demasiado solemnes, casi una declaración de intenciones. DoHwan me observa sin decir nada más, como si estuviese analizando si me refería a él o no—. Y… antes de que TaeOh fuese a vivir contigo, ¿con quién vivía?

—Con su madre, desde que nuestro padre falleció vivió con ella, después también con su nueva pareja, hasta que nació su hermano pequeño y su madre decidió que no podía hacerse cargo de ambos niños —revela con resignación. No doy crédito a lo que estoy oyendo, es su hijo, por el amor de Dios, ¿cómo puede renunciar a él sin más?

—¿Por eso te pidió que le cuidases tú?

—No. Fui yo quien le pedí que me dejase hacerme cargo de él, cuando supe que iba a enviarle

a un lujoso internado británico del que solo regresaría un mes al año, durante las vacaciones escolares. —Se me parte el alma solo de imaginarlo, TaeOh, tan pequeñito, encerrado día tras día en un centro sin el cariño de su familia—. No podía permitirlo y decidí hacerme cargo de él, con todas las consecuencias —asegura y sospecho que no es un mero decir, que cuidarle le ha traído auténticas consecuencias, aunque quizá no sea el momento de preguntarle por ellas—. ¿Y tú? Creo recordar que en la entrevista me dijiste que tenías hermanos.

—Sí, uno. Nos llevamos ocho años y siempre he sido un poco *madre* con él. Aún lo soy, no puedo evitarlo.

—La responsabilidad del hermano mayor —acepta con resignación—. Yo me llevaba fatal con los mellizos.

—¿En serio?

—Siempre se unían en mi contra. Nos llevamos cuatro años y cuando éramos pequeños se pasaban el día compitiendo conmigo —ríe con la mirada perdida—. La tía EunJi nos llamaba *goblins*, algo así como duendes traviesos, porque siempre estábamos tramando algo. Éramos terribles, los tres. JiSeung un poco menos, porque era el más tímido, pero siempre se dejaba arrastrar por JiMin. Aún lo hace, de vez en cuando.

—Se os ve muy unidos.

—Lo estamos. La tía EunJi siempre nos decía que las personas a las que más teníamos que querer en el mundo era a nuestros hermanos, porque ellos estarían ahí siempre para nosotros, incluso cuando ella y nuestros padres faltasen. Hizo que, a pesar de lo mucho que peleábamos, creciésemos muy unidos.

—¿Os habéis criado con una tía?

—En realidad es tía de nuestra madre. Ella vino desde Daecheon para cuidar de nosotros y que no creciésemos en manos de extraños. Porque nuestros padres trabajaban de sol a sol. Ha sido una madre para nosotros —confiesa con mirada soñadora—. Y aún lo sigue siendo.

—Ah, vive.

—Sí. Volvió a Daecheon cuando los tres dejamos el hogar familiar, decía que sin nosotros permanecer en Seúl no tenía sentido y que lo que más deseaba era volver a su hogar, a la casa de sus padres.

—Si no es mucha indiscreción, ¿puedo preguntarte cuántos años tienes?

—Veintiocho. ¿Parezco mayor?

—De aspecto no, en absoluto, pero por tu forma de ser… No te pareces en nada a los mellizos y os crio la misma mujer.

—Tuve que madurar muy pronto, pero esa es una historia muy larga y aburrida que podemos dejar para otro día. —Su expresión es triste. No me gusta ponerle triste, prefiero sus sonrisas, esas que hacen que mi corazón palpite acelerado. Mira hacia el jardín, comprobando que TaeOh sigue a lo suyo y no nos presta atención.

Oigo la puerta de entrada abrirse, él también. Alguien acaba de llegar. El sonido de unos pasos se acerca por el pasillo y pronto veo a Bruno entrar al salón, hace un gesto de sorpresa. Aunque no le haya visto nunca sabe quién es él, sus rasgos le delatan.

—Hola —le saludo y él hace un gesto con la mano deteniéndose ante nosotros. Me pongo de pie para presentarles, DoHwan hace lo mismo—. Él es Bruno, el amigo del que te he hablado antes, con el que fui a Portugal. Y él es DoHwan, mi jefe. —Bruno hace un gesto llevándose una

mano al pecho y coge su móvil. Se pone a teclear algo. Suele hacerlo cuando hablamos con gente que no entiende la lengua de signos. Cuando termina de escribir pulsa un botón del móvil.

—Encantado de conocerle estoy. Zoe me ha hablado mucho de usted —dice con la voz de Yoda, de *Star Wars*. Suele utilizar esa voz en la aplicación cuando está enfadado o cuando quiere hacerse el gracioso. Así que no me fio de lo que pueda decir, tampoco me gusta su expresión, mi mejor amigo puede ser muy protector conmigo y sabe que DoHwan ayer me hizo pasarlo muy mal. Vuelve a escribir—. Espero que no vuelva a faltarle al respeto, porque si lo hace tendrá que vérselas conmigo. —La amenaza suena ridícula en voz de Yoda, pero la postura y la expresión de Bruno no son para tomarlas a broma. DoHwan no mueve un solo músculo, la tensión entre ambos es evidente. Estoy por arrancarle el teléfono de las manos, quiero fundirle con la mirada.

—Ayer me equivoqué y le he pedido disculpas por ello, y lo seguiré haciendo las veces que ella lo crea necesario porque me siento muy avergonzado por mi comportamiento —asegura mirándome a mí, y solo a mí que hago un gesto de negación, cuando en realidad lo que me gustaría es abrazarle y decirle que ya le he perdonado.

—Zoe es maravillosa —afirma con solemnidad el Maestro Yoda—. No hay nadie con el corazón más puro que ella, precisamente por eso, a veces, no es capaz de defenderse como debería. —DoHwan asiente, y recibe la reprimenda resignado.

—Bueno, ya vale, ¿no? Bruno, ¿para qué has venido?, ¿necesitas algo? —le pregunto. Él vuelve a escribir.

—Esta noche también me quedo a dormir contigo, aunque me pongas los pies fríos en los muslos —dice y me sonríe. Inspiro hondo, ¿por qué está haciendo esto? Quiero decirle que pare de teclear, pero no sé cómo hacerlo sin que resulte violento—. Subo a darme una ducha. Encantado. —En cuanto se marcha, percibo que la actitud de DoHwan ha cambiado, rehúye mi mirada, no sé si es por incomodidad, si porque se ha sentido intimidado, que lo dudo, por lo que acaba de insinuar Bruno, porque está avergonzado, o si todas las respuestas anteriores son incorrectas.

—Será mejor que nos marchemos ya —dice mirándome a los ojos al fin, un instante.

—Disculpa si Bruno ha sido un poco brusco.

—No, qué va, no te preocupes, me equivoqué y lo merecía. Él… ¿no puede hablar?

—No. Oye, pero no puede hablar. Tuvo una enfermedad grave cuando era pequeño.

—Bueno, nos veremos mañana, Zoe. —Su teléfono móvil comienza a sonar—. Es del trabajo, debería haberme quedado… —dice para sí—. Discúlpame. —Se aparta un paso, estamos en silencio y eso me permite oírle hablar con una mujer—. Sí, dígame.

*Señor Goon, ha llegado otro correo*, oigo decir a la mujer.

—Muy bien, déjelo en mi despacho, señora Dávila. Mañana lo veré.

*Señor Goon, de verdad, debería avisar a la policía. Esto es preocupante.*

DoHwan me mira de reojo sospechando que estoy oyéndolo todo. Se aparta otro paso.

—Tranquila. Mañana lo veré y lo hablaremos, ¿de acuerdo?

*Está bien, estoy preocupada por su seguridad.*

—Gracias por su preocupación. Hasta mañana.

Cuelga y cambia la expresión de su rostro tratando de disimular. Pero no voy a dejarlo pasar.

—Bueno, mañana nos vemos —dice dispuesto a marcharse.

—Sucede algo, ¿verdad? Algo en el trabajo.

—Soy el director de KMobile en España, siempre ocurre algo en el trabajo —dice recuperando su pose de jefazo prepotente que tanto me saca de quicio.

—Pasa algo, un problema de seguridad, lo he oído. Algo que es preocupante y no sé qué de la policía.

—¿Nunca le han explicado que es de mala educación espiar las conversaciones ajenas?

—Pues no, a mí solo me han enseñado a preocuparme por la gente que me importa —afirmo, sorprendiéndole. Me saca de quicio que interponga distancia hablándome de usted porque se ha molestado.

—¿Y yo le importo?

—Pues sí.

—¿Por qué? Preocúpese por su novio que está en su habitación esperándola —asegura sacándome de mis casillas. Tiene una facilidad abrumadora para eso.

—Pues me importa por… por TaeOh. Nada más.

—Adiós. ¡TaeOh, nos vamos a casa!

—Y Bruno no es mi novio, es mi amigo.

—Su vida privada no es asunto mío. —¡Arg! Le arrancaría los ojos en este mismo momento —. Adiós.

—Pues adiós. Gracias por la visita.

—De nada.

Responde y en dos minutos se han esfumado de mi casa como alma que lleva el diablo. Lo estrangularía con mis propias manos.

No. No lo haría. Porque encima estoy preocupada por esa conversación de la que solo he oído retazos y de la que no sé de qué va. He oído algo de *preocupante y avisar a la policía*.

Tengo que averiguar de qué se trata. Mañana volveré a intentarlo. Ya no me asusta que se ponga tan serio y enfadado, al menos no como al principio, ahora sé que es su respuesta a lo que no puede controlar, como por ejemplo mi lengua.

Pero aún hay alguien con quien tengo que hablar. Subo la escalera veloz hacia mi habitación y cuando abro la puerta me encuentro a Bruno en calzoncillos, recién duchado, poniéndose unos vaqueros que traía en su mochila que está abierta sobre mi cama con la ropa desparramada.

—¿Se puede saber por qué has tenido que decir que dormimos juntos?

«¿Es mentira?».

—Pero lo has dicho para que crea que *estamos* juntos.

«Sí. Lo he hecho. Para que sepa que no estás sola, que si vuelve a meterse contigo le partiré la cara».

—Tú no vas a partirle la cara a nadie, en primer lugar, porque sé defenderme sola y, en segundo lugar, porque en el hipotético caso de que le tocaras un pelo te las verías conmigo.

«¿Sí? ¿Te enfadarías conmigo por él?», sugiere malicioso.

—Me enfadaría por él y por cualquiera si vuelves a comportarte como un cromañón.

«Solo lo hago porque no quiero que sufras».

—Pues méteme en una urna de cristal, como a Blancanieves, y cuando veas un príncipe digno para mí, ¡hala! Me lo traes y que me dé un beso para que podamos comer perdices —protesto, irritada—. No te metas, te lo digo en serio, Bruno. Estábamos teniendo muy buen rollo hasta que has dicho todas esas gilipolleces.

«¿Yo digo gilipolleces? Vaya. Gracias». Frunce el ceño, está enfadado, mucho. «Zoe, ese tío no te estaba mirando como a una empleada, sino como a una mujer».

—¿Y eso qué tiene de malo?

«Nada, pero es señal de que no es *tan de hielo* como cuentas. Te conozco muy bien, demasiado bien. Se nota que te gusta y que podría llegar a gustarte mucho. Si eres capaz de acostarte con él y luego mirarle a la cara como si nada, adelante». ¿Soy capaz? No lo sé, no puedo mentirme. «Ellos regresan a Corea en julio, incluso si él quisiese algo más, lo vuestro estaría condenado a acabar».

—¿Y tú cómo sabes que vuelven a Corea?

«Me lo contó JiSeung».

—Vaya, sí que os dio el rato para hablar.

«Y, por cierto… Tenías razón, el mayor de los Goon está que cruje, a niveles astronómicos. Y sí, se parece a Gong Yoo». Busca una camiseta en su mochila y se la pone.

—¿Vas a salir?

«Sí, acabo de quedar con un tío por Grindr».

—Hala, qué bien. Me chafas a mí un momento bonito que estaba teniendo con DoHwan y ahora te vas a echar un polvo.

«Así es la vida». Hace una mueca entre risas.

—Pues cuando vuelvas te duchas otra vez, ¿eh? No quiero oler el perfume de tu polvo nocturno. Y haz las paces con tu madre de una vez.

«Vale».

# Capítulo 38

## DoHwan

Es viernes, se supone que mañana debo invitar a cenar a Zoe, pero me he pasado todo el día de ayer evitándola, salí al trabajo antes de que llegase y en cuanto volví a casa le dije que podía marcharse, que yo me haría cargo de TaeOh. Y esta mañana he salido el tiempo justo antes para no encontrármela. Voy conociendo sus expresiones, es bastante transparente para mí, y sé que quiere hablar conmigo, sospecho de qué se trata, pero me siento incómodo después de haber perdido los papeles en su casa.

Incómodo después de que su novio, o su amigo con derechos, o como le llamen aquí, se presentase y empezase a hablar como si estuviese reclamándola, marcando su territorio. Y es cierto que merecía cada palabra que me dijo por no tratarla como es debido, pero fue bastante violento.

Hoy, aún no sé en qué momento, le preguntaré si todavía sigue en pie la cena o la dejamos para más adelante.

El correo que tanto preocupaba a la señora Dávila no es más que otro en el mismo tono que los anteriores, lo he guardado impreso en el primer cajón de mi escritorio con el resto. Es otro de los motivos por el que he estado evitando a Zoe, no debió escuchar nuestra conversación. Sé que va a preguntarme por los correos, aun sin tener claro a que se refieren. Nadie excepto la señora Dávila sabe de su existencia, ni siquiera Kim JongSuk , que continúa teniendo el mismo problema de cuando le conocí en Seúl, su dificultad para tener la boca cerrada. Le encanta dar noticias, buenas y malas y opinar sobre todo y todos. Y eso a veces me saca de quicio.

Pero hay alguien a quien acabo de contárselo con un mensaje. La misma persona que en cuanto lo ha visto está llamándome, mi amigo, mi hermano, YoungBin.

—¿Se puede saber qué cojones estás esperando para ir a la policía? —pregunta alterado.

—Tranquilízate.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? ¿Has leído lo que pone? ¿Qué parte de *Vuelva a su puto país de una vez o aténgase a las consecuencias*, es la que te tiene tan relajado?

—No estoy relajado, en absoluto, pero me parecen unas amenazas demasiado absurdas como para preocuparme. Podría enviarlas cualquiera.

—Pues por eso mismo, podría ser un loco capaz de cualquier cosa.

—No lo creo. Olvídalo, si veo que sube el tono, acudiré a la policía, te lo aseguro.

—¿Cuánto debe subir el tono para que sea grave para ti? No me jodas, DoHwan.

—No lo sé. Son correos breves, con poco texto y poca emoción. No percibo nada de odio

desatado en ellos, o de impulsos incontenibles.

—Hermano, me sacas de mis casillas, de verdad.

—Vamos, no te preocupes, solo te los mando para que quede constancia de ellos en caso de que…

—¿En caso de qué? ¿De que sea un psicópata y te pegue un tiro, quieres decir?

—Vamos, no seas dramático. Todas sus exigencias son que vuelva a Corea y lo voy a hacer, solo que quien quiera que sea aún no lo sabe.

—Dile al señor Yeon lo de las amenazas para que te permita comunicar que te vas.

—¿Y que ese o esa idiota crean que me marcho por sus amenazas absurdas? Ni hablar. Lo comunicaré la última semana, tal y como me ha indicado el señor Yeon. —Debo cambiar de tema, quería hablar con YoungBin no solo por esto, necesito su consejo—. Hay otra cosa que quiero comentarte.

—No estoy de acuerdo, pero… Dime.

—Es sobre… Zoe.

—¿Quién es Zoe?

—La nueva cuidadora de TaeOh.

—¿Qué pasa con ella?

—Creo que… me siento atraído por ella —confieso y la carcajada de mi mejor amigo me hace apartar el teléfono del oído. Ríe con ganas, un buen rato—. ¿Te estás burlando de mí? ¿Qué te parece tan divertido?

—Discúlpame, hermano, por favor. Pero es que jamás creí que mis oídos oirían algo así. Que seas capaz de confesar que te sientes atraído por una empleada, con lo inapropiado que es…

—Lo sé, joder.

—Acabas de demostrarme que eres humano DoHwan. Nada más y nada menos. ¿Ha sucedido algo entre vosotros?

—No. Y lo peor es que creo que JiMin también se siente atraído por ella.

—¿Te lo ha dicho?

—No hace falta. JiMin ha subido a las redes sociales una foto en la que están juntos. Al parecer han salido, o se han encontrado y se han fotografiado.

—Eso ya es otro tema. ¿Crees que tienen algo?

—No. No lo sé. Ella mantiene las distancias con él, al menos en la casa.

—Pregúntale a JiSeung. Si JiMin y esa chica tienen o han tenido algo él lo sabe con total seguridad.

—Pero si le pregunto eso me hará parecer…

—¿Interesado? Sí. No es ningún delito.

—Y además ella duerme con otro tipo. Aunque me ha dicho que solo es su amigo… No sé qué pensar. Las chicas coreanas no son tan complicadas, al menos en ese sentido —digo para mí.

—Pero tú y yo no somos de conformarnos con lo sencillo, ¿verdad? —Es una pregunta retórica, y tiene razón—. Queda con JiSeung e intenta sonsacarle si ella y JiMin han tenido algo, si ha sido así, déjalo correr, de lo contrario, inténtalo. Solo es una empleada temporal, no es tan grave —se burla.

—Me voy en un par de meses, ¿crees que me merece la pena complicarme con algo así?

—Respóndeme tú, ¿merece la pena?

Cuando acabo la reunión de avances en el nuevo sistema de tecnología 5G que nos han trasladado desde Seúl, envío un mensaje a mi hermano JiSeung preguntándole si podemos

almorzar juntos. Él me responde enseguida preguntándome si ha hecho algo malo, no sé qué clase de ogro cree que soy. Cuando le respondo que no, me dice que podemos comer en un restaurante que hay cercano al conservatorio que es bastante tranquilo.

Son las dos y veinte minutos cuando JiSeung entra en el restaurante cargando con su inseparable violín enfundado a la espalda. Por su rostro sé que está preguntándose a qué viene este almuerzo repentino, normalmente él almuerza allí porque a las cuatro se reanudan las clases hasta las seis.

¿Cómo no va a estar extrañado si ni yo mismo puedo creer el motivo por el que le he pedido que nos veamos ahora? Averiguar si Zoe y JiMin han tenido algo. Me siento ridículo, incluso estúpido… quizá será mejor que me olvide, que disfrute de la comida con mi hermano y nada más.

Una camarera joven se acerca y nos toma el pedido. JiSeung me cuenta cómo le han ido las clases hoy, su profesora de Sonología le ha felicitado, dice que es el mejor alumno que ha tenido nunca, está muy orgulloso, yo también. Siempre he sabido del talento de mi hermano, desde que tocaba el viejo *hyeongeum* del abuelo que había aprendido de forma autodidacta, en las reuniones nocturnas en el patio de la casa de los abuelos en Daecheon. Siempre supe que llegaría lejos con la música.

—¿Qué piensas hacer cuando volvamos? —La pregunta le pilla de sorpresa, es el elefante en la habitación, algo de lo que ninguno hemos querido hablar pero que cada vez se hace más evidente que tenemos que hacerlo—. ¿Vas a olvidarte de la música y a ponerte a trabajar detrás de un escritorio? —Mi hermano arruga el entrecejo y su mirada se pierde en el suelo. Sé lo importante que es para él no decepcionar a nuestra madre, también lo era para mí hasta que pasé a convertirme en un proscrito.

—No lo sé, hermano.

—Es tu vida y solo vas a tener una. Yo te apoyaré sea cual sea la decisión que tomes —digo y él aprieta los labios en una sonrisa contenida.

—¿Me acogerías en tu casa?

—¿No lo hago ahora?

—No quiero que nuestra madre te culpe de nada.

—De lo que me culpa hace tiempo que dejó de preocuparme. ¿Qué te gustaría hacer? Dilo en voz alta, aunque solo sea un sueño.

—Me gustaría tocar con nuestra banda. Y si eso no sale bien, dar clases de música en algún conservatorio en España, o algún otro país de Europa. Alguna vez me han dejado al cargo de los alumnos de primero y se me da bien enseñar.

—¿Qué banda? —pregunto y su expresión se demuda. Desliza la mirada por el suelo antes de ser capaz de enfrentar mis ojos y decidirse a hablar.

—Tenemos una banda, JiMin y yo. En realidad, somos un dúo.

—¿Qué? ¿Tenéis una banda? ¿Y por qué yo no sé nada?

—No sé… No hemos hablado de ello contigo por si te parecía mal.

—¿Por qué? Mientras no os afecte en los estudios no me importa en absoluto. ¿Puedo veros tocar?

—Sí, claro, eso estaría genial. ¿Recuerdas que los jueves vamos al karaoke? Pues en realidad tocamos en un local de metal en el centro.

—¿Metal? —Me estoy quedando a cuadros y no estoy acostumbrado.

—Sí. Bruno, un amigo de Zoe, dice que somos una mezcla entre Black Sabbath y Los GOT7.

—¿Y Zoe os ha visto tocar?

—Sí. Ella y sus amigos fueron a vernos.

—¿Y se hizo una foto con JiMin?

—¿Has visto la foto?

—TaeOh me la enseñó.

—Siento no habértelo contado antes, hermano. Pero siempre estás tan preocupado por nuestros estudios…

—Eso no es excusa. Me interesa todo lo que tenga que ver con vosotros. Y ese amigo de Zoe, Bruno… ¿Has hablado mucho con él? —JiSeung se pone serio, debe pensar que voy a interrogarle.

—Unas cuantas veces. Nos ha buscado un par de conciertos como teloneros para el mes que viene en una discoteca.

—Ah, qué bien. ¿Sabes si están juntos?

—¿Zoe y él? —pregunta y asiento. JiSeung sonríe de oreja a oreja—. No, solo son amigos.

—Duermen juntos, él mismo me lo dijo ayer, y me recriminó que despidiera a Zoe.

—Normal, si es su amigo y no la trataste bien.

—Lo sé. ¿Y por qué estás tan seguro de que no están juntos?

—Porque lo sé. Créeme, son como hermanos —dice con aire misterioso—. Te gusta Zoe, ¿verdad? —su pregunta me pilla con la guardia baja, trato de parecer relajado, pero no funciona.

—¿A mí? No…

—Es la primera mujer por la que te veo mostrar interés en el año que llevo viviendo contigo en España, comenzaba a pensar que se había apagado tu estrella.

—¿Qué estrella?

—Vamos, el más ligón de la familia no siempre fue JiMin.

—¿Qué dices?

—Los dos admirábamos la facilidad con la que conquistabas a las chicas y eras capaz de dejarlas sin provocar un drama, casi nunca. Aunque aún recuerdo aquella chica, ¿cómo se llamaba, HaMi? La chica cuya madre fue a hablar con la tía EunJi en Daecheon por que la dejaste justo antes de acabar el verano.

—HaRi. Me iba a la universidad, no tenía sentido continuar con aquello —sonrío al recordarlo. La señora le pidió a la tía hablar conmigo y la tía EunJi le dijo que le comprase a su hija un perrito, que eso la ayudaría a olvidarme.

—¿Y HaNeul que dos años después de romper con ella sigue llamándote con la esperanza de que volváis?

—HaNeul es mi amiga, tuvimos un intento de algo más, pero se acabó y continuamos siendo amigos.

—Ya, seguro.

—Todo eso fue antes de que padre falleciese.

—Pero tú no estás muerto, DoHwan, estás vivo, eres joven y tienes derecho a pensar en ti, a salir, a disfrutar, a enamorarte y pasarlo bien. JiMin y yo somos adultos y TaeOh lo será algún día y también se marchará. ¿Vas a esperar hasta entonces para buscar tu felicidad?

—JiMin también está interesado en Zoe, ¿verdad?

—JiMin se enamora con la misma facilidad con la que se desenamora, la pregunta es, ¿está

ella interesada en alguno de los dos? Y creo que ambos sabemos la respuesta.

—¿Y cuál es?

—Que Zoe se siente atraída por ti, es lo que percibo por el modo en el que te mira.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, eso se sabe. No es fácil de describir con palabras, es una sensación, es comunicación no verbal, no es lo que te dice, sino cómo te lo dice. Y ella siempre te mira como… si siempre tuvieses algo inteligente que decir —bromea haciéndome reír, le doy un puñetazo cariñoso en el hombro—. Auch.

—¿Y piensas que a dos meses y poco antes de volver a Corea es un buen momento para conocer a alguien?

—¿Y si mañana cae un meteorito y extingue la humanidad? ¿Y si al cruzar la calle te atropella un coche? Se trata de conocerla no de pedirle matrimonio, de comprobar si está interesada en descubrir al DoHwan que yo, JiMin y TaeOh conocemos, al tipo divertido, ocurrente y decidido que está ahí dentro en alguna parte —asegura tocándome en el pecho con el dedo índice—. Si es así, deja que fluya, que no es así, seguiremos teniéndola entre nosotros como cuidadora del pequeñajo, e incluso como una amiga. Es una chica que merece la pena intentarlo.

—¿Cuándo te has vuelto tan maduro, hermanito?

—Cuando me di cuenta de que la vida es demasiado corta como para dejar pasar las oportunidades por miedo.

—Me pidió que la invitase a cenar.

—¿Zoe? —Asiento.

—Y mañana voy a llevarla a alguna parte, con TaeOh.

—Ni hablar. Yo me haré cargo de TaeOh. Veremos alguna peli hasta tarde y después le acostaré.

—No quiero que te quedes sin salir por…

—Sé lo que me hago, hermano. Mañana sal con ella y no tengas prisa por volver.

# Capítulo 39

## Zoe

TaeOh y yo hemos pasado la tarde montando un puzle que tenía metido en una caja en su habitación, se trata de una panorámica de una ciudad, que después me ha contado que es Seúl, con un rascacielos enorme, el Lotte World Tower y una torre de comunicaciones llamada TN Seoul Tower. Parece una ciudad de lo más cosmopolita. Me viene a la mente la sugerencia de DoHwan de ir a visitarles cuando vuelvan a Corea, tendrían que tocarme al menos un par de loterías para poder hacerlo. Todo eso sin contar que quizá ya no le apetezca tanto que vaya, después del enfado en mi casa, lleva evitándome desde entonces. Ayer se marchó a trabajar antes de que llegase y cuando volvió me despachó deprisa para que me fuese. Si esa va a ser su actitud no voy a insistir en aclarar nada, pues no he hecho nada malo para que se sienta tan ofendido, solo me he preocupado por lo que quiera que le pase en el trabajo.

JiMin llega pronto y se acerca a saludarnos. Siente curiosidad por el puzle de cien piezas que tenemos casi listo en la mesita ante el sofá. Se sienta a mi lado y mira por encima de mi hombro.

—Pero qué mujer más paciente y aplicada voy a tener —me dice haciéndome reír.

—Ya me la presentarás —respondo y es él quien sonríe entonces.

—Te invito a cenar, mañana.

—Zoe va a cenar con DoHwan —suelta de improviso TaeOh sorprendiéndome, creía que no estaba prestando atención a la conversación. JiMin me mira extrañado.

—Va a compensarme por haberme despedido —digo, aunque ni siquiera estoy segura de que esa cena siga en pie.

—¿Vas a traicionarme con mi propio hermano? No esperaba eso de ti, amada mía.

—Tienes más cuento… —Me echo a reír.

—Pues te advierto que el Goon con más encanto soy yo —asegura guiñándome un ojo. JiMin se levanta con su mochila y se marcha escaleras arriba.

—¿Y tú cómo sabes que voy a cenar con DoHwan y contigo? ¿Te lo ha dicho tu hermano?

—Me lo ha dicho JiSeung, me ha mandado un mensaje hace un rato. Y también me ha dicho que nosotros veremos una película, haremos noche de chicos y pediremos *pizza* —asegura emocionado.

Así que DoHwan ha hablado con JiSeung para que se haga cargo de TaeOh. De repente acabo de ponerme nerviosa. Se supone que debería estar dando saltos de alegría, pero me ha entrado un sudor frío por la nuca… ¿Vamos a cenar a solas? ¿Cómo en una cita?

Inspira despacio Zoe y cálmate.

—¿Me das la última pieza? —pide TaeOh, pero estoy embobada dentro de mi mente.

—La última pieza es la que completa el puzle, puede ser cualquiera y sin embargo es la más importante. —Es su voz grave. Alzo la vista y le miro. DoHwan me dedica una sonrisa tibia que curva sus labios llenos y achica un poco sus preciosos ojos rasgados. Ha entrado desde la zona del garaje y no le hemos oído. Se acerca y toma la pieza de la caja que tengo entre las manos y se la entrega a TaeOh que le sonríe antes de colocarla. Está muy sexy sin corbata, con los dos primeros botones de la camisa abiertos dejando al descubierto un pedacito de su torso sin vello. Trago saliva.

—Ya sé dónde iremos a cenar el sábado, si aún te apetece que te invite —me dice y solo soy capaz de asentir. No sé qué ha pasado desde ayer, o desde el miércoles, para este cambio de actitud, pero ¡gracias!—. Pero si no te importa prefiero que sea una sorpresa.

Me dedica una nueva sonrisa antes de subir escaleras arriba que me acelera las pulsaciones. Su boca es un pecado, mortal. No puede ni imaginar lo mucho que me encantaría morderla…

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Tienes fiebre? —pregunta Lucía tocándome la frente, despabilándome de la contemplación de DoHwan dentro de mi mente; aparto la mano. Ha llegado a la hora de comer y se ha encerrado en su despacho a trabajar y no ha salido hasta que he regresado de casa de los Goon.

—No me pasa nada.

—Es verdad, tienes los cachetes muy rojos —apunta Raquel, que se ha sentado a comerse su risotto de calabaza a nuestro lado. Al parecer Carlos este fin de semana trabaja fuera grabando un programa, ¡bien!

—Que no me pasa nada, dejadme tranquila —protesto.

—¿Te ha pasado algo más con el capullo de tu jefe? —pregunta Lucía y me sienta mal que le llame así.

—No es un capullo —digo por lo bajo, pero ambas me miran enseguida—. No lo es, es maniático y controlador, pero no está tan mal. Me ha pedido perdón media docena de veces y ya le he perdonado. —Si no lo digo ahora no voy a ser capaz de hacerlo antes de la cita—. Y me ha invitado a cenar el sábado. —Raquel sonríe, pero Lucía me apunta con su pedazo de salchicha pinchada en el tenedor.

—Alguien se va a tirar a su jefe…

—¿A parte de ti, quieres decir? —sugiere Raquel y asiento entre risas.

—No saquéis conclusiones precipitadas. Prácticamente le he obligado, fue una de las condiciones que le puse para volver. Es tan correcto y educado que os prometo que tendría que tirarme encima para que pasase algo, y no lo haré, porque si me hiciese la *cobra* me moriría de vergüenza.

—Llevas tres semanas tonteando con él, haciéndote la niñera sexy, si no le pones jamás habría aceptado salir a cenar contigo —sugiere Lucía.

—Serás malvada, no llevo tres semanas tonteando con él, llevo tres semanas discutiendo, prácticamente, si no es por un motivo por otro. Ni siquiera me explico por qué me parece tan sexy…

—Que le parece sexy, Raquel, ¡que por fin va a poder completar la carga del Satisfyer! —Se burla Lucía—. Propongo un brindis por la recuperación sexual de Zoe —dice alzando su vaso de té helado, y chocándolo con el de Raquel que se muere de la risa.

—Estáis adelantando acontecimientos…—reniego.

—Como mañana vuelvas con la virginidad intacta tienes que hacer las faenas de la casa un mes más —propone y Raquel asiente decidida.

—Iros a la porra —digo y fingiendo enfadarme me levanto de la mesa.

# Capítulo 40

## DoHwan

Son las nueve y media cuando me detengo ante la vivienda de Zoe. Me miro en el retrovisor, el pelo está bien, el afeitado también, he elegido un jersey de cuello alto blanco y un abrigo color arena, junto a unos vaqueros azul marino. Mentiría si dijese que no estoy nervioso, lo estoy y es absurdo. Solo voy a cenar con una chica, lo he hecho decenas de veces, sin que haya significado nada en mi vida, ¿por qué tendría que ser distinto hoy? Y, sin embargo, siento que es diferente, lo siento en el latido de mi corazón, más acelerado de lo normal, en mi ilusión, esa sensación que ya casi no recordaba. Y lo he notado en las sonrisas de mis hermanos JiSeung y TaeOh al despedirme como si me dirigiese a… no sé, a recoger a Cenicienta en la carroza calabaza.

Solo que Zoe no encaja demasiado en el papel de princesa torpe y sumisa y yo nada tengo que ver con los rubios príncipes azules de los cuentos occidentales.

Vamos a cenar, después la traeré de vuelta a casa y nada más.

JiMin ha salido con unos amigos, sabe de nuestra cena, pero no me ha comentado nada, imagino que JiSeung y él habrán hablado, yo no he querido forzarlo.

Tomo mi teléfono móvil y le envío un mensaje al suyo personal para informarla de que estoy fuera. Después dudo si he hecho lo correcto, ¿se supone que es una cena de trabajo? Es una cena de disculpa, pero ¿eso la convierte en personal?

Un par de minutos después la puerta se abre y Zoe aparece por ella con una camiseta roja escotada que se ciñe a la perfección a sus curvas voluptuosas, vaqueros oscuros y una chaqueta negra de cuero. Trago saliva, va a ponérmelo muy difícil para dejar de mirarla.

—Buenas noches —me saluda al abrir la puerta y sube al asiento del copiloto. Está nerviosa, quizá tanto como yo y eso me tranquiliza, ella siempre parece mantener el control en cada situación.

—Buenas noches, estás muy guapa —digo con sinceridad, espero a que se abroche el cinturón y pongo el coche en marcha—. He estado pensando mucho dónde podía llevarte a cenar, algún sitio que estuviese a la altura de la disculpa necesaria por mi error y ninguno me parecía suficiente.

—Tampoco hace falta algo extraordinario, me conformo con el gesto —afirma con una cierta timidez que me resulta encantadora.

—Debe ser algo extraordinario, metí la pata extraordinariamente. —Su expresión entre diversión y sorpresa me hace sonreír.

—Estoy en ascuas.

—Pues en nada descubrirás dónde vamos —le digo y entonces recibo una llamada, es la tía EunJi. Miro la hora en el reloj del coche, son las nueve y media de la noche, las cuatro y media de la mañana en Daecheon—. Es mi tía, debo cogerlo —digo a Zoe, que asiente y descuelgo enseguida—. ¿Tía, le pasa algo?

—Buenas noches DoHwan, tranquilo, estoy bien —responde y suspiro aliviado.

—¿Qué hace despierta tan tarde?

—No podía dormirme, me siento nerviosa, ¿te acuerdas de la lata de metal con té de jengibre que tenía en la cocina? No el de bolsitas, sino el natural que compramos en el puesto del herbolario de Boryeong el verano pasado.

—Lo puso sobre el mueble alto de la cocina.

—Sí, pero he mirado ahí y no lo encuentro.

—Quizá lo tomó y lo cambió de sitio al guardarlo.

—Seguro que es eso. Perdóname por molestarte, pero sé que ahí no es tan tarde.

—No me molesta tía, ¿se encuentra bien?

—Sí tranquilo, solo son los nervios. Me haré otra de esas infusiones relajantes y ya está. La señora Jung ha estado toda la tarde dándome la lata con que su kimchi está más rico que el mío porque ella utiliza anchoas en lugar de caldo de pescado. Ella no tiene problemas para dormir, ahí está, durmiendo y roncando como una foca.

—¿Habéis discutido?

—No, a eso no se le puede llamar discutir. Es una cabezota —dice haciéndome reír, ella no se queda atrás—. Creo que el marido se murió de aburrimiento por no poder llevarle la contraria en nada.

—Tía, no sea así. La señora Jung es muy buena.

—Que sí, que lo sé y la quiero mucho, pero a veces me ataca los nervios.

—Así que han discutido por el kimchi y ahora no puede dormir —su silencio responde por ella —. Tómese otra infusión que el calor la ayudará a relajarse, y trate de descansar.

—De acuerdo, y tú cuídate, estoy deseando que vengáis ya de una vez para teneros cerca —me dice y miro de reojo a Zoe que observa por la ventana, ajena a nuestra conversación—. Adiós.

—Yo también estoy deseándolo. Adiós, tía —respondo, aunque en realidad tengo sentimientos encontrados porque eso supondrá alejarme de ella, renunciar a algo que en mi interior siento que podría ser importante—. Perdona, Zoe. Pero mi tía no podía dormir y no encontraba un té que quería tomar y me ha llamado por si recordaba dónde lo guardó.

—¿Y está bien?

—Sí. Al parecer ha discutido con su amiga, la señora Jung. Siempre están pinchándose la una a la otra y después no pueden pasar el rato separadas. Son como hermanas.

—Qué graciosas.

—Sí, la señora Jung es viuda, y mi tía soltera, así que se tienen la una a la otra para todo. Suelen llevarse bien, la mayor parte del tiempo. Cuando me venía a España le pregunté a mi tía si quería venir con nosotros y ella me respondió que no podía dejar atrás a la señora Jung, que ellas eran muy felices con su vida tranquila en Daecheon. Aunque si yo la necesitaba se vendría.

—¿Cuántos años tiene?

—Noventa y tres.

—Madre mía, es muy mayor.

—Era la hermana mayor de mi abuela. La ayudó a cuidar de mi madre y mis tíos y después cuidó de sus padres y más tarde de mi propia abuela cuando se quedó viuda y enfermó de cáncer.

Para mi madre es como una segunda madre, cuando nacimos también le pidió ayuda y ella lo hizo sin dudar.

—¿Nunca se casó?

—No, nunca. —Si ella supiese… Después del *horror* la tía jamás permitió que un hombre que no fuese de su familia se quedase a solas con ella en la misma habitación.

# Capítulo 41

## Zoe

No tengo ni idea de dónde me lleva, solo sé que ha puesto música, una canción pegadiza que había oído antes, 100 Ways, de Jackson Wang, un cantante que conozco por Bruno, porque le encanta. Es la primera vez que subo a su coche, es cómodo y elegante, un Tesla de cristales tintados y asientos de cuero negro. Los asientos están calentitos, es agradable. Pero más lo es tenerle así, tan cerca, con la mirada fija en la carretera que me permite observarle con tranquilidad. El rostro simétrico y el mentón recto, la nariz proporcionada y los labios llenos, con una leve oscuridad sobre el labio superior y el mentón.

*¡Con esos vidrios tintados no he podido verle la cara!* Protesta Lucía en el grupo. Estaban las tres; Lucía, Pepi y Raquel escondidas tras los visillos de las ventanas del salón. Bruno me envía un mensaje deseando que lo pase bien, aunque sé que en el fondo se preocupa por mí.

Salimos de Madrid y eso me sorprende. DoHwan me mira de reojo y sonríe.

—No vamos demasiado lejos —advierte tomando la carretera en sentido este, conduce unos diez minutos y toma un desvío hacia un camino privado en el que puedo leer *Real Club de Golf Los Hinojos, fundado en 1940*.

—¿Vamos a jugar al golf?

—Si te apetece, pero no es la idea —dice antes de bajar la ventanilla ante la garita de vigilancia que da acceso a las instalaciones. Saluda al guarda, le muestra una tarjeta que lleva en la mano y este levanta la barrera.

El camino discurre atravesando una amplia explanada de césped iluminada con focos en la que hay varias estatuas de inspiración griega. No tengo ni idea de qué vamos a hacer allí. DoHwan detiene el vehículo cuando alcanzamos un edificio de dos plantas de arquitectura clásica con columnas y frisos de piedra. Al ruido del motor alguien sale por la puerta principal de dos grandes hojas de madera, es una chica vestida con uniforme beige que camina hacia nosotros.

—Vamos —me dice con una sonrisa ladeada capaz de derretir todo el hielo de la Antártida. Asiento y bajamos del coche.

—Buenas noches, señor Goon —le saluda la joven y le entrega unas llaves—. Déjelas en la garita de vigilancia a la salida.

DoHwan asiente, le da las gracias y la joven se marcha. Subimos la escalinata de acceso al edificio y al entrar compruebo que se trata de un edificio tan elegante y clásico como lo aparenta

desde el exterior, con suelos de madera y altas lámparas de araña. Aunque solo permanecen encendidas pequeñas lamparitas en las paredes provocando una iluminación tenue y acogedora. Sigo sus pasos hacia el interior de la estancia, atravesamos un amplio salón lleno de mesas y sillas, una especie de cafetería con grandes cristaleras hacia la parte posterior en la que hay vistas a un jardín enorme y una piscina con tumbonas. La luz danzarina del agua se refleja en las paredes. Me fijo entonces que hay una mesa montada, justo frente a la amplia cristalera. Nos acercamos a la mesa, DoHwan me mira, observando mi reacción. Hay un par de candelabros de cristal con velas prendidas, un centro de rosas naturales y bajoplatos metálicos del mismo tono rosado. Sonrío, creo que no puedo dejar de hacerlo.

—Es un sitio hermoso para cenar, ¿no crees?

—Sí, muy hermoso.

—Puedes sentarte, voy a dar el toque final a la comida y la traigo enseguida.

—¿Has cocinado tú?

—Claro, cualquiera puede comprar comida, eso no supone el menor esfuerzo, cada cosa que comerás esta noche ha sido elaborada por completo por mí —dice muy serio.

—¿Puedo ayudarte? Lo prefiero a estar aquí esperándote —pido y él asiente.

Le sigo hasta la cocina que está a solo media docena de metros tras una puerta de madera y veo un montón de cazuelas sobre los hornillos. Presa de la curiosidad destapo una y descubro un plato con verduras variadas y un huevo frito.

—Es *bibimbap* —me dice deshaciéndose del abrigo y la chaqueta, dejándolos sobre una mesa auxiliar de acero inoxidable. El jersey de algodón blanco se pega a su piel como un guante contorneando sus bíceps marcados—. Como desconozco tus gustos culinarios he preparado algunos de mis platos favoritos —advierte con una sonrisa, dirigiéndose al fogón y prendiendo varios fuegos.

—Seguro que me gusta todo, mientras no sea demasiado picante.

—¿Cuánto es demasiado? —pregunta enarcando una de sus cejas delineadas, haciéndome reír —. Están al nivel de picante de TaeOh, creo que podrás con ello.

—Eso espero —admito situándome a su lado.

DoHwan comienza a calentar las distintas cazuelas, hay al menos ocho, y a removerlo todo con sus palillos de metal. Es sorprendente la agilidad que tiene, creo que no podría alcanzarla ni en una docena de años. Yo me quedo al cuidado del arroz en la arrocera, tampoco es que me haya dejado al cargo de un suflé, pero le observo manejarse en los fogones con una soltura que me sorprende en un hombre de negocios como él.

—Ven —me pide y cuando me acerco toma unos fideos de uno de los cuencos y los sopla con mucho cuidado. Sus labios se arquean y es una delicia contemplarlos con esa forma. Me acerca los palillos y me los lleva a la boca, lo pruebo, está delicioso—¿Crees que tiene suficiente *kimchi* o le añado más?

—Está muy rico —digo cuando lo trago y acto seguido busco un vaso, me sirvo agua del grifo y me bebo medio de una sentada. DoHwan se echa a reír.

—Demasiado picante, ¿no?

—No, en serio, está bien, pica un poco, pero me gusta. —Él sonríe incrédulo y comienza a servir el contenido de los cacharros en boles de metal y cerámica. Tiene preparada una mesita con ruedas y los coloca todos en ella, unida a una botella de té helado que tiene en la nevera y otra de vino blanco, con letras en coreano, que mete dentro de una hielera metálica.

—¿Lista para una experiencia culinaria memorable? —pregunta haciéndome sonreír. Esta

faceta de DoHwan informal y atento me está encantando.

Me retira la silla y realiza una inclinación invitándome a sentarme, en un gesto que parece bastante ceremonial. Tomo asiento y él dispone todos los cuencos ante nosotros, incluido el arroz que se me ha pasado un poco, se da cuenta al abrir la tapa del cuenco y me dedica una mirada acusadora de lo más divertida, aunque no dice nada. Abre la botella de vino blanco que había puesto a enfriar. Me lo ofrece y asiento, me tomaré un par de copas y ya está, me digo. Me sirve con dos manos y lo pruebo, es seco, como a mí me gusta, ¿cómo puede haberlo adivinado? Está delicioso. Sirve su copa.

—Esta cena es una ofrenda de paz con la que reitero mis disculpas, me dejé cegar por la rabia de las palabras de una mujer más preocupada por el buen nombre de su colegio que por el bienestar de mi hermano. Así que gracias, gracias por cuidar de TaeOh.

—No hace falta. Lo importante es que él ahora se siente bien en el colegio, tan bien que ni siquiera quiere cambiar de centro. —DoHwan asiente, dijo que iba a respetar la decisión de su hermano pequeño y al parecer va a ser así.

—¿Cenamos?

—Sí, claro. —Me sirvo en mi cuenco de varios de los platos que tengo ante mí. Y los pruebo, está todo delicioso. El vino entra de maravilla con el picante y me bebo dos copas mientras él toma solo una, así que me sirvo algo de té, no quiero que piense que tengo problemas con el alcohol.

—¿Qué tal? ¿Te gusta? —pregunta expectante.

—Está todo riquísimo, muy bueno, de verdad. La señora Choi cocina de maravilla, pero estos platos no se quedan detrás.

—Gracias, son recetas de la tía EunJi, la felicitaré en tu nombre cuando hable con ella. Es cierto que la señora Choi es un diamante, su comida es una de las cosas que más extrañaré cuando regresemos a Seúl —admite convencido. No quiero pensar en eso, no en este momento —. Prueba el *godeungeogui*. —Mi expresión debe hacerle saber que no sé de qué me habla—, la caballa asada —aclara tomando un pedazo de pescado con sus palillos y acercándomelos a la boca. Pienso que vienen de sus labios cuando los atrapo entre los míos, es uno de esos besos indirectos que tanto me emocionaban de adolescente. Y que acabo de descubrir que me siguen emocionando.

—¿Y la señora Choi será la única persona a la que echarás de menos? —sugiero, él me mira a los ojos.

—No. Extrañaré a más personas, como por ejemplo a SoonJo —añade para mi malestar y sonríe como si le divirtiese—. A excepción de lo sucedido ahora con TaeOh y otras circunstancias menores, hemos estado muy bien aquí —afirma llenando su copa y la mía de nuevo.

—¿Desde que llegasteis sabías que era por un tiempo determinado?

—Mi misión en España como director era mejorar la productividad de KMobile en el plazo de dos años. En el primero cumplimos los objetivos marcados y hemos continuado creciendo hasta el punto de abrir una nueva fábrica en el sur. Cuando me marche el puesto que ocupo volverá a ponerse en manos de la dirección de la compañía para que designe otro director general y yo ostentaré un nuevo cargo en la central. En un par de meses recuperaremos nuestra vida.

—Es lógico que lo esperéis con ansias. Dos años es mucho tiempo fuera de casa.

—Hemos ido y venido al menos tres veces al año, pero fue duro dejar todo atrás: los amigos, la familia, la casa… TaeOh dejó atrás a su madre y a su hermano pequeño. Como te comenté,

eso me ha hecho sentir muy culpable todo este tiempo. —Yo que andaba removiendo mi *kimchi* sobre el arroz blanco busco sus ojos, pero asiente y se reafirma.

—No deberías sentirte culpable —digo y poso una mano sobre la suya en la mesa—. Puede que no esté de acuerdo con tus métodos, demasiado cuadriculados a mi parecer, pero si algo me ha quedado claro en estas semanas es que adoras a tu hermano y que es tu máxima prioridad. —DoHwan aprieta mi mano con su pulgar. Y a mí me chisporrotea hasta el flequillo que no tengo, de nuevo una oleada de calor me invade. Retiro la mano. Quizá debo dejar de beber vino, pero, con algo tengo que tragar las malditas mariposas.

—Gracias, Zoe. —Mi nombre en sus labios es como oír la melodía del flautista de Hamelin y estoy a punto de arrojarme al río. Mi respiración se ha agitado y es como si pudiese percibirlo—. Han sido muchas las veces en las que me he preguntado si hacía lo correcto, pero mi mayor preocupación ha sido siempre el bienestar de mi hermano. Poder ofrecerle lo mejor el día de mañana.

—Estoy convencida de ello.

—Durante muchos años no tuvimos relación, casi ninguna. JiMin, JiSeung y yo le conocimos varios días después de nacer, era una cosita pequeñita que pesaba apenas dos kilos. Su madre incluso tenía miedo a tomarlo en brazos y era mi padre quien lo sostenía cuando fuimos a verle —relata con los ojos brillantes—. Para mí y para mis hermanos la llegada de TaeOh fue un *shock*. Yo tenía dieciocho años y ellos catorce. Le vimos ese día y después en contadas ocasiones, la relación con nuestro padre era complicada…

—Me imagino que por el divorcio.

—No por el divorcio en sí, la mitad de los padres de mis amigos están divorciados y mantienen más o menos buena relación con ambos. Pero cuando mi padre conoció a la madre de TaeOh fue como si perdiese la cabeza. Siempre fue un hombre cabal y responsable, preocupado por el bienestar de la empresa y de su familia, pero después de conocerla, al parecer en una sesión de fotos, se transformó por completo. Nos abandonó y se dedicó a vivir la vida con ella. E incluso un año antes de morir vendió sus acciones de la empresa a un fondo extranjero, con lo que eso significa para una empresa familiar. Y se dedicó a gastar el dinero viajando por el mundo con ella, que enseguida se quedó embarazada y nació TaeOh. Se olvidó por completo de JiMin, de JiSeung y de mí. Ni una llamada, ni una visita… nada.

—Vaya, qué duro. Debisteis pasarlo muy mal.

—Mucho. Y además ni siquiera podíamos hablar del tema porque mi madre prohibió mencionarle, decir su nombre siquiera —rememora llevándose la copa de vino a los labios y dándole un sorbo—. Nunca olvidaré el día en el que, cuando mi padre ya se había marchado, mi madre me sentó en el salón para decirme que yo entonces era el hombre de la casa y debía cuidar de todos.

—Con dieciocho años nadie debería cargar con esa responsabilidad.

—Estudié administración y dirección de empresas no porque me apasionase, sino porque debía ocupar su lugar en la empresa y luchar porque siguiese creciendo, porque, aunque en lo personal nos iba fatal, las ventas se dispararon y la empresa comenzó a crecer de modo exponencial. Después hice el servicio militar, que es obligatorio en Corea del Sur, y justo cuando acabé y me incorporé a la empresa familiar, mi padre enfermó de cáncer y supo que no le quedaba mucho tiempo, que jamás vería a su hijo pequeño crecer y convertirse en un hombre. Me llamó desde el hospital, cuando hacía más de un año que no sabía nada de él. Aun así fui a verle y fue cuando me suplicó que cuando él muriese, me asegurase de que TaeOh estaba bien.

Lo hizo con tal desesperación que no pude negarme. Y esa misma noche murió, como si hubiese estado esperando a dejarme encargado de esa tarea para descansar en paz.

—Madre mía. Lo siento mucho —digo y atrapo de nuevo sus manos sobre la mesa.

—Desde que nuestro padre falleció iba a visitarle al menos una vez cada dos semanas. Le llevaba a dar un paseo, a tomar un helado, poco a poco fuimos conociéndonos. Algunas veces nos acompañaban JiMin, o JiSeung, o los dos, otras íbamos solos. Nunca vi a su madre en ninguna de esas visitas, siempre estaba atendido por cuidadoras. Cuatro meses después la madre de TaeOh apareció en un periódico sensacionalista surcoreano, estaba saliendo con un famoso artista. Y otros cuatro meses más tarde me enteré también por las revistas de que estaba embarazada —relata con pesar—. Cuando el nuevo bebé tenía dos meses recibí la llamada telefónica que cambiaría nuestras vidas para siempre. Fue cuando Nam BoMi me dijo que había decidido enviarle a un internado de Londres porque estaba muy agotada con ambos niños y porque TaeOh discutía demasiado con su nuevo esposo. Un niño de seis años que solo reclamaba un poco de atención de su madre. La promesa que hice a mi padre me pesó en el corazón. Yo le había dado mi palabra de que me aseguraría de su bienestar y mandarle tan lejos, solo, siendo tan pequeño, no podía ser bueno para ningún niño. Le dije que no podía llevárselo y ella me respondió que, si quería que se quedase en Seúl, debía hacerme cargo de él, de lo contrario, le enviaría a Londres. Y bueno, aunque no tenía ni idea de lo que era cuidar de otra persona, mi conciencia me decía que no podía permitirlo.

—Fuiste muy valiente.

—O muy irresponsable. —Le cuesta aceptar cumplidos; aparta un instante la mirada y sonríe con tristeza—. El día en el que TaeOh vino a vivir a mi casa, podría decir que también perdí a mi madre. Su relación conmigo cambió. TaeOh es el símbolo de todo su dolor, es el hijo de la mujer por la que mi padre la abandonó. No podía entender que la ayudase, que le concediese la libertad con su nuevo marido para hacer borrón y cuenta nueva con su vida anterior. Ella no entiende que no he ayudado a esa mujer, sino a mi hermano, y nuestra relación ha ido deteriorándose hasta ser casi inexistente. Aun así, no me he arrepentido ni una sola vez.

—Qué injusto DoHwan. Y qué difícil es hacer lo correcto a veces.

—Si en toda esta historia había un inocente, era él. Es un niño tan generoso, tan cariñoso y dulce, que no puedo entender a su madre.

—Yo tampoco. No puedo entender que alguien aleje a su hijo de su lado para vivir una nueva vida, pero tampoco puedo entender la actitud de vuestra madre. Que sea capaz de renunciar a ti porque te has hecho cargo de un ser indefenso y desvalido, no me importa de quién sea hijo. Fueron sus padres quienes le hicieron daño, no él. Has debido pasarlo muy mal.

—Supongo que no fui el hijo que mi madre esperaba.

—Ojalá todos los que esperan cosas de los demás fuesen dignos de ellas —digo sin poder contenerme y me dedica una sonrisa triste—. Por las personas con corazón, como tú —digo alzando mi copa.

—Y como tú, que eres capaz de enfrentarte a cualquiera por defender a quien lo necesita. —Alza la suya y hacemos un pequeño brindis improvisado.

Cuando terminamos de cenar la botella de vino ha caído entera y no tengo ninguna gana de irme. DoHwan está relajado, cómodo, también yo. No siento que sea mi jefe, sino un tipo que me gusta y me habla de sus preocupaciones. Mira el reloj, yo también como acto reflejo, son las

doce.

—Sé que es tarde, pero ¿sería demasiado ofrecerte una última copa?

—No, no sería demasiado. —Ni una ni cien, no puedo estar más a gusto de lo que estoy en este momento.

—Está bien, ¿qué te apetece?

—Cualquier cosa —*Un poco de ti, de tus labios*, responde mi mente acalorada.

—¿Alguna vez has probado el soju?

—Creo que no.

—¿La tomamos en la terraza, junto a la piscina?

—Vale —respondo poniéndome en pie cuando mi teléfono móvil comienza a sonar, es Bruno. DoHwan sale del comedor, llevándose nuestros platos y respondo a mi amigo con un escueto mensaje preestablecido de *Te llamo luego*. Tomando varios de los cuencos de los que hemos comido sigo sus pasos hasta la cocina.

Está desenroscando el tapón de una botella de un tercio de color verde. Lo abre y pone dos vasos de chupito junto a esta. Alza la vista y me alcanza, dejo los cuencos en el fregadero y me detengo a su lado. Ha servido ambos vasos hasta arriba, me ofrece uno de ellos que tomo entre los dedos.

—*Geonbae* —dice elevando el vaso y después lo bebe de un trago. Hago lo mismo y descubro un sabor muy neutro y suave. Me sorprende, esperaba algo así como el aguardiente por su color transparente, pero más bien me parece anís aguado. Sabe bien, parece de ese tipo de bebidas con las que no te das cuenta de la graduación de alcohol que tienen hasta que estás como una cuba—. ¿Qué te parece?

—Está rico.

—¿Otro? —sugiere y asiento—. ¿En la piscina?

—Vale.

Toma un par de botellas de ese licor y su vaso y abre la puerta lateral de la cocina que conecta con el jardín trasero, es la zona que hemos visto desde las cristaleras del salón.

Hay una piscina larga aunque estrecha, de unos doce metros por tres de ancho, está iluminada por focos de luz blanca en el interior que provocan reflejos en toda la terraza y en el borde a su alrededor, que es de madera oscura. Él camina hacia la orilla, dejando atrás los muebles de exterior de teka y toma asiento en una de las tumbonas, dejando las botellas de soju y su vaso a los pies. Hago lo mismo en la de al lado, sosteniendo mi vaso que él me quita de las manos.

—No te he preguntado por qué nos han dejado cenar aquí, ¿eres socio del club?

—Su dueño es uno de mis mejores clientes. Solo he tenido que pedirle prestadas las instalaciones.

—Qué buenos amigos tienes, los míos como mucho podrían prestarte un secador de pelo —aseguro haciéndole reír—. Qué piscina tan estupenda. Me encanta nadar.

—Pues anímate —bromea divertido, desde luego con la temperatura que hace no es una buena idea—. A mí también me gusta mucho nadar. Creo que en una vida anterior debí ser un pez porque siempre he necesitado la cercanía del agua, sobre todo del mar, para sentirme en paz, aunque el trabajo no hace más que alejarme de él. Primero en Seúl, lejos de Daecheon, y ahora aquí, en Madrid.

—TaeOh me dijo que sois de Seúl.

—Sí, aunque siempre me he sentido más de Daecheon, la ciudad de mis abuelos y la tía EunJi. Está en la costa y es donde pasábamos los veranos. La tía vive allí y cada año voy a visitarla y

llevo a TaeOh. Mi madre apenas ha vuelto desde que se marchó con veinte años, dice que detesta el olor del mar. ¿Cómo puede alguien detestarlo? —sugiere rellenando mi vaso, también va a hacer lo mismo con el suyo, pero se detiene—. Siguiendo la tradición, deberías servirme.

—¿Porqué soy mujer?

—No, porque lo habitual es que te sirva tu acompañante, sobre todo si te aprecia —tomo la botella, voy a servirle del modo habitual, pero él toma mi otra mano y la une a la que tiene la botella—. Los coreanos servimos con dos manos —asiento y sonrío, llenando su vaso—. *Geonbae* —repite y volvemos a beberlos de un trago—. Cuando mi abuela falleció hace ocho años compré su casa a los hermanos de mi madre, ellos querían venderla a toda costa porque todos viven en Seúl. Mi tía EunJi vivía en ella y estuvo cuidando de nuestra abuela hasta el último momento, pero no tenía dinero para comprarla y mis tíos insistían en que si no lo hacía tendría que irse, así que lo hice yo.

—Eso es muy generoso.

—No lo es. En realidad, es egoísta, ella mantiene vivo mi mundo de la infancia y adolescencia. Mi tía hace que sigan vivos los olores, los sabores, el calor de hogar en el lugar en el que fui más feliz. Y aunque ahora está un poco delicada de salud se niega a volver a Seúl a pesar de que mi madre ha insistido —afirma envuelto en la melancolía, las luces de la piscina dibujan trazos azulados en su rostro. Vuelve a servirme soju. Van tres. Le devuelvo el gesto, repetimos *geonbae* y para dentro.

—Creo que no tengo ningún lugar así. Mi familia es de un barrio de Málaga llamado Churriana, pero yo llevo seis años viviendo en Madrid. Me gusta visitarles y disfrutar de estar con mi familia y reencontrarme con mis amigos de la infancia, pero tampoco lo extraño demasiado cuando no estoy allí. Me encantaría encontrar un sitio que me hiciese sentir así.

—¿Por qué viniste a Madrid?

—Vine con mi amiga Lucía, ella es como una hermana para mí. Decidimos estudiar los últimos años de nuestras carreras aquí, estudié administración y dirección de empresas.

—Estudiaste lo mismo que yo y trabajas como cuidadora de niños. —No es un reproche, sencillamente no lo entiende. Desciendo la mirada y me encojo de hombros, avergonzada.

—No acabé la carrera. Lo cierto es que solo me queda el trabajo final, pero hace ya tantos años que lo dejé aparcado que creo que me costaría demasiado hacerlo.

—¿Por qué no terminaste?

—Por mi ex. En aquella época montó una empresa de reformas y necesitaba ayuda. Las cosas le iban muy bien, ganaba bastante dinero, me pidió que trabajase para él llevándole el papeleo y… eso absorbió todo mi tiempo. En resumen, porque fui una tonta.

—¿Y después? Cuando la relación se acabó, ¿por qué no terminaste?

—Como te comenté fue una ruptura traumática —me atrevo a decir. Él asiente, temo que me insista en más detalles, pero por suerte no lo hace—. Necesité algún tiempo para recuperarme y después… comencé a trabajar en mil cosas, en todo lo que me salía, y lo cierto es que los últimos dos años he sido como una tabla flotando a la deriva. Las inseguridades han dominado mi vida, me he preocupado de seguir a flote nada más y no de tomar una dirección y lo cierto es que lo odio.

—Pues toma el control, nunca es tarde para tomar las riendas de tu vida. Acaba la carrera y logra tu título. No es sencillo encontrar buenos trabajadores, gente que se implique con determinación y luche por las empresas. Estoy convencido de que en cuanto te conociesen te lloverían las ofertas.

—Gracias por la confianza.

—Lo digo en serio. Recupera el control y tu visión del mundo cambiará. ¿Él te engañó, por eso fue traumática? —pregunta de improviso, descolocándome. Mi expresión debe denotar mi evidente incomodidad—. No me respondas si no quieres.

—Me engañó, aunque no lo supe hasta después de haber roto. Él me rechazó por algo que yo no podía cambiar, algo que no podría darle, aunque quisiese, y fue muy duro… pero bueno, después descubrí que me había engañado durante meses con una cliente… Así que, salí ganando. ¡*Geonbae*! —digo y choco su vaso antes de empinarlo. Hemos terminado con la segunda botella de soju en un tiempo récord. Tengo un esófago de hierro, pero el alcohol hace rato que me está haciendo efecto y esa sensación embriagadora va menguando mi raciocinio.

—No sé qué esperaría de ti que no pudieses darle, pero hay que ser imbécil para dejar escapar a una mujer como tú —dice muy serio, dice muy cerca. En mi estómago hay una batalla de Peta Zetas, un cosquilleo de adolescente alelada. DoHwan me mira y sus ojos me dicen muchas cosas, y sus labios, sus labios me llaman como la miel a las abejas. Se ha manchado la barbilla de soju y presa del chispeo que controla mis actos tomo la manga de mi chaqueta y le limpio. Se me queda mirando muy serio, se acerca y… me besa.

Me besa.

Presiona mis labios con los suyos desatando todas mis barreras. He sentido deseos de besarlo desde que comenzamos a cenar. Desde que le vi por primera vez, casi.

Su boca es cálida y sus labios suaves acarician los míos, el beso tímido gana en intensidad y me sujeta el mentón con sus manos poderosas. Su lengua invade mi boca, que la recibe ansiosa, me acaricia y me estremece. Besa como los ángeles. Se ha arrodillado entre mis piernas y sostiene mi rostro mientras besa mis labios y mi mentón. Desciende por mi garganta y lame la piel bajo mi oreja arrancándome jadeos y anhelos mucho más íntimos, despertando en mi cuerpo sensaciones que parecían dormidas y que, sin embargo, se han avivado con ímpetu.

Acaricio sus hombros, su espalda y sus pectorales por encima del jersey mientras él me devora con sus besos, pero sus manos ahora permanecen a ambos lados de mis caderas, no tratan de tocarme ni acariciarme, ni de perderse bajo mi ropa, lo que me desconcierta. Porque yo necesito más, mucho más que un beso para saciar este fuego que está consumiéndome.

Aun con temor a que me considere una descarada le agarro por las nalgas, firmes y prietas, y le presiono contra mi pubis. Percibo entonces su erección por encima del pantalón vaquero, lo cual me alivia, sí que me desea. Mucho. Y muy duro. Sé que estará acostumbrado a acostarse con mujeres espectaculares con cuerpos de diosas griegas, pero las humanas terrestres con estrías y algún que otro michelín también tenemos derecho a probar un placer divino semejante, aunque sea una sola vez en la vida. Y yo voy a intentarlo, así que con ayuda del vigor del soju le digo a mis inseguridades que me importa un pimiento que vea mi cuerpo imperfecto.

Me muevo despacio contra su sexo y DoHwan deja escapar un leve gemido sobre mi boca, arrebatado. Me agarra por las nalgas y se sube a mi cuerpo en la tumbona. Tira de mi camiseta y me la saca por la cabeza, sostiene uno de mis pechos por encima del sostén y lo aprieta y lo muerde y me produce una oleada de placer que eriza mi nuca y me estremece. Le deseo, como hace tiempo que no deseo a nadie. Siento sus dientes atrapar mi garganta, después en el mentón y cómo suben hacia mi labio inferior. Me lanzo y acaricio su erección con la mano por encima de la ropa, haciéndole un hueco entre nuestros cuerpos, él jadea a mi oído. Comienzo a aflojar su cinturón. Vamos a hacerlo y va a ser genial…

Pero entonces me detiene, sujeta mi mano y, aunque parece dudar unos instantes, se aparta. Se

incorpora y se sienta en la tumbona de al lado. No lo entiendo, ¿por qué ha parado?

—Esto no está bien, estamos bebidos… Lo siento —dice con voz jadeante.

—Yo estoy bien, no estoy borracha, te lo prometo. —Borracha no, pero bastante afectada sí.

—Zoe, te deseo, no te imaginas cuánto, pero quiero que cuando hagamos el amor estés en tus cinco sentidos, no podría soportar que mañana te arrepintieses —dice y se incorpora, apartándose, peinándose hacia detrás con los dedos. Dejándome con un palmo de narices y un calentón propio de una erupción volcánica.

# Capítulo 42

## DoHwan

El despertador me martillea las sienes con su sonido estridente, lo apago de un manotazo y percibo el dolor de cabeza que sé que me acompañará buena parte del día. Demasiado soju. Pero no tanto como para no recordar lo que sucedió anoche.

Anoche. Anoche salté por encima de todos mis principios, anoche me excedí en mis palabras y en mis actos. Joder.

Anoche el instinto tomó el control y estuve a punto de aprovecharme de la embriaguez de Zoe. Por suerte un último atisbo de cordura me hizo detenerme cuando estaba dispuesto a tomarla allí mismo, sobre una tumbona de la piscina, al aire libre y pudiendo ser descubiertos por los vigilantes del club. Jamás me habría perdonado a mí mismo haberla puesto en esa situación.

Nunca, en toda mi vida, he perdido el control de ese modo. Siempre he sido bastante frío en mis sentimientos y mis reacciones y jamás me había dejado llevar así. Y me asusta. Me asusta porque no puedo dominarlo y esto me hace sentir indefenso.

Mi reacción le sentó bastante mal. Me pidió que la llevase a casa y tuve que solicitar un taxi porque no me encontraba en condiciones de conducir. Supongo que la he ofendido, porque no quería ni mirarme a la cara. No suelo acostarme con las chicas en la primera cita, pero anoche ambos nos dejamos llevar y habría sucedido y estoy seguro de que habría sido fantástico.

Me encanta su fuego, su ímpetu y su ausencia de pudor, estoy convencido de que el sexo con ella tiene que ser maravilloso. He acariciado sus pechos, los he besado por encima del sostén y sin dudarlo le habría hecho el amor, pero entre el vino y el soju ninguno de los dos estaba en sus cabales y eso me inquietó.

Miro mis ojos en el espejo y vuelvo a mojarme la cara.

Es tan… hermosa.

Cuando llegué TaeOh y JiSeung dormían en el cuarto de este último, con un paquete de palomitas desparramado por el suelo y una película de dibujos en la televisión. Sin embargo, TaeOh ha amanecido en su habitación, ha debido despertarse y acostarse en su dormitorio, no me ha buscado. Se siente tranquilo y confiado, y eso lo ha logrado ella, no yo.

Acudo a su habitación y le beso en la frente. Sonríe entre sueños.

Me ducho y bajo a desayunar, quizá me dé tiempo a revisar los informes de contabilidad antes de que despierte y decidamos algo que hacer juntos.

Mientras me sirvo un café me pregunto si se habrá despertado ya. Me gustaría hablar con ella cuanto antes y aclarar que anoche no la rechacé porque no me gusta, todo lo contrario. Pero no quiero despertarla. ¿Y si le envío un mensaje? Voy a parecer un adolescente. No voy a escribir un texto con corazoncitos ni nada de eso, somos adultos.

DoHwan: *Buenos días. Espero que hayas descansado. Me gustaría que hablásemos y explicarte mi actitud. Saludos.*

Le envío el mensaje, pero no lo recibe, debe estar durmiendo aún. En cuanto me conteste la llamaré y le explicaré que me siento muy atraído por ella y que me gustaría que volviésemos a quedar.

Estoy tomándome un café mientras ojeo el *Korea Times* en mi móvil cuando JiMin entra en la cocina. Está despeinado y tiene cara de haber dormido aún menos que yo, cuando llegué anoche a casa aún no había vuelto.

—Buenos días —le saludo. Está algo más meditabundo que de costumbre, me mira de reojo y creo adivinar el motivo.

—Buenos días. —Saca un par de cuencos del mueble alto, llena uno de arroz y se sienta frente a mí—. Sé que anoche saliste con Zoe.

—No era ningún secreto. La invité para compensar mi actitud por lo sucedido con TaeOh.

—¿Y no podrías simplemente haberle hecho un regalo económico?

—No, porque me dijo que no quería más dinero, que se siente bien remunerada.

—¿La invitaste por eso o porque te gusta, *hyung*?

—¿Por qué me lo preguntas, hermano?

—Porque tengo sentimientos hacia ella y quiero saber si tú también los tienes —confiesa mucho más franco y directo de lo que suele ser—. ¿Anoche pasó algo entre vosotros?

—Un caballero jamás respondería a esa pregunta. Si quieres saber si me siento atraído por ella, la respuesta es sí. —Da un golpe en la mesa con el que me sobresalta.

—Lo sabía, lo sabía… La has besado, ¿verdad? ¿Por qué tienes que entrometerte? Puedes tener a cualquier chica, DoHwan, a cualquiera, ¿por qué ella?

—No te entiendo. ¿Por qué dices que estoy entrometiéndome?

—Zoe y yo nos estamos conociendo, sé que le gusto, que tenemos química y estoy ganando terreno, hemos salido juntos, nos hemos besado y… me gusta de verdad.

—¿Zoe y tú os habéis besado? —Siento de pronto un hondo pesar en el pecho. Un dolor que jamás habría imaginado que podría provocarme alguien a quien acabo de conocer. ¿Por qué ella no me lo ha contado?

—Sí. La noche en la que nos encontramos en… —Se queda callado, no sabe que JiSeung me ha contado lo de sus conciertos.

—En el local de metal en el que tocáis, ¿no?

—¿Ella te lo ha contado?

—No, lo ha hecho tu hermano JiSeung, que al parecer confía más en mí que tú. —JiMin agacha el rostro contrariado. Está afectado, mucho—. Escúchame, no tenía ni idea de lo que me estás contando y Zoe no me ha dicho nada…

—Si te entrometes no tendrá la oportunidad de conocerme. Tú eres el gran empresario que siempre sabe qué decir y qué hacer, y yo solo soy un pobre descerebrado que aún no sabe qué será de su vida, pero ella me gusta de verdad, creo que estoy enamorándome de ella… —Me

paso una mano por la frente, como si así pudiese borrar de mi mente todo lo que acabo de oír. ¡Joder! De pronto todo lo que sentí anoche, lo que llevo sintiendo estas semanas, me explota en la cara. Zoe y JiMin estaban iniciando algo y yo me he entrometido, ¿cómo he podido no darme cuenta? Y Zoe… ¿Cómo ha podido callarse algo así?

Quizá también ella tiene dudas.

Y, sin embargo, anoche nos besamos y sentí… sentí que habíamos conectado. Pero no puedo hacerle esto a mi hermano, por mucho que me sienta atraído por ella, por mucho que crea que es un sentimiento que pude anidar en mi corazón y crecer hasta convertirse en algo mucho más serio.

—JiMin, Zoe me gusta, me gusta mucho, pero no voy a discutir con mi hermano ni por ella ni por ninguna otra mujer. Me haré a un lado —digo sin tener ni la menor idea de cómo voy a sobrellevarlo.

—Gracias, de verdad. Por favor no le digas que hemos hablado de esto, sé que se molestaría mucho —me pide. Yo solo puedo pensar en cómo voy a sacármela de la cabeza. Estos dos meses antes de regresar a Seúl van a ser muy complicados.

Zoe y JiMin se han besado. No te besas con alguien que no te resulta atractivo, y si JiMin es de su agrado, ¿cómo ha podido besarme también a mí? En realidad, fui yo quien la besó, quizá me precipité y no quiso violentarme rechazándome. No, eso es imposible, ella reaccionó a mis besos con pasión, joder habríamos hecho el amor en aquella tumbona, estoy convencido.

JiMin y yo somos como la noche y el día, ¿es que se siente atraída por los dos? Y lo más importante y que no puedo dejar de preguntarme, ¿por qué no me ha dicho nada? Debería haberlo hecho.

# Capítulo 43

## Zoe

Anoche mi jefe y yo nos besamos y juro que fueron los besos más sexys, más sensuales y eróticos que he recibido en mi vida. Sus besos fueron como un regalo, una caricia para los sentidos, un placer para el alma.

Anoche descubrí que DoHwan besa de maravilla y me estremezco solo de recordarlo. Fueron unos besos inesperados que surgieron en un momento de fragilidad mutua y que podrían haber sido solo el preludio de algo más, de no ser porque… me rechazó.

Se apartó. Como si yo quemase.

Dijo que aquello no estaba bien. Y no puedo entender su reacción… Detener un momento que podía haber sido perfecto y prácticamente darme a entender que no quería aprovecharse de mí me pareció absurdo y hasta un poquito rancio.

«Míralo por el lado bueno. Es un caballero», me dice Bruno, mientras enreda el tenedor en los espaguetis con gambas que ha preparado para los cuatro. Los de Raquel, sin gambas, aunque ella le ha añadido algo llamado *Pollo no pollo* que por el olor debe ser una mezcla de tofu con paja.

—No quiero un caballero —protesto—. Quiero un…

—Empotrador —concluye Lucía antes de dar un sorbo a su vaso de agua.

—Eso mismo.

—¿Y si decía la verdad? ¿Y si tenía miedo a que hoy te arrepintieses de que os hubieseis acostado? —interviene Raquel, los tres la miramos y hacemos gesto de negación.

«Según JiSeung su hermano estaba bastante ilusionado con vuestra cita. Él cree que le gustas mucho».

—Gustarle le gusté. Pude percibir perfectamente lo *muuuucho* que le gustaba… Entonces, ¿por qué se apartó?

—Es coreano, nena. Ellos jamás se acuestan en la primera cita, y si lo intenta es que no te respeta como respetaría a una chica coreana —expone nuestra experta en temas asiáticos.

—Menuda tontería. Todo iba tan bien hasta ese momento, era tan romántico… que me estaba creyendo el cuento completo.

«Bueno, háblalo con él, quizá no era su momento, o se dio cuenta de que no tenía condones, yo qué sé, tendréis más oportunidades».

Arg. Ojalá pudiese borrarlo todo de mi mente.

Pero no puedo eliminar el encuentro sexual más ardiente de los últimos… siglos. Así, tan fácil. Fuera, eliminado. No puedo. Ni aunque quisiera, que tampoco quiero.

Esos besos sabían tan deliciosos…

Y esta mañana me ha enviado un mensaje que más soso no se puede: *Buenos días. Espero que hayas descansado. Me gustaría que hablásemos y explicarte mi actitud. Saludos.*

Hay citas para citologías que están redactadas con más emoción.

¿Qué es lo que va a explicarme?

He tratado de justificar su actitud de una y mil formas razonables, las que se me han ocurrido a mí y a mis amigos: que no tenía preservativos y no sabía cómo decírmelo, que es de los que no tienen sexo hasta que se casan, o que le había dado un retortijón y no se sentía capaz de darlo todo como es debido. Porque la alternativa que mi mente malévola y masoquista me repite es que no le gusto lo más mínimo, que cenó conmigo por compromiso y a la hora de la verdad pensó: no te toco ni con un palo.

Lucía se marcha a coger un avión rumbo a Frankfurt a reencontrarse con su jefe, que la ha invitado a pasar dos días de vacaciones juntos, y mi sentido común se marcha con ella. Sé que no pararé de darle vueltas a la cabeza, aunque voy a intentar no hacerlo. Está bastante ilusionada y yo solo espero que al menos a ella la mezcla trabajo y sexo se le dé bien, porque lo que es a mí…

Mi móvil comienza a sonar, no está en su lugar habitual, la mesita de noche, anoche olvidé ponerlo a cargar así que me levanto de la cama en la que llevo dadas un centenar de vueltas después del almuerzo y lo busco en el bolso. Es Pepi.

—Buenas tardes.

—Hola, ¿qué tal fue anoche? —Anoche nada más llegar a casa envié un mensaje al grupo para que se quedasen tranquilos porque había regresado sana, salva e inmaculada. Bruno me devolvió emoticonos de berenjenas y risas.

—¿Versión larga o versión corta?

—Versión corta por teléfono y versión larga cuando que te vengas a merendar conmigo. He hecho tarta de limón.

—Ay, qué rica. Ahogaré las penas en calorías. La versión corta es: besa de maravilla.

—¿Solo besa? En fin, ¿y todo lo demás?

—No ha habido demás. Solo besos, algunos restregones y nada más. Yo quería, pero él no.

—¿No me digas que lo de que volviste virgen es verdad?

—Una verdad como un templo.

—Bueno, he avisado a mi hermana y a Bruno para que vengan a merendar con nosotras, pero resulta que mi hermana tiene una cita con el representante de una galería de arte que ha visto su trabajo en Instagram.

—Anda qué bien, no me ha dicho nada.

—Se le habrá pasado.

—Ya. Bruno ha almorzado con nosotras y después se ha ido porque había quedado para tomar un café.

—Sí, me ha dicho que tiene que irse deprisa, pero no puede resistirse a mi tarta de limón.

—Eso es verdad, ¿quién podría?

Cuando llego a su casa desde la puerta huelo el café y veo la tarta que ha preparado nuestra madraza y de la que voy a dar buena cuenta en solo unos minutos. Que según dicen, las penas

con pan son menos. Bruno, con el cabello recogido en una coleta, me mira enfundado en una chaqueta verde esmeralda y me llama con la mano para que me siente a su lado y Pepi, que me persigue casi dando saltitos, se coloca a mi derecha. Antonio y Luis juegan en el jardín y Ángel habla por teléfono desde la otra punta de la terraza con una taza de café en la mano.

—Buenas tardes —les digo. Antonio y Luis corren a saludarme y les beso, son un amor de niños.

«Al grano, cuéntaselo deprisa que he quedado dentro de media hora», me urge Bruno.

—¿Con quién?

«Con un tío de Grindr».

—¿Otro? Al final pillas la viruela del mono esa y me la pegas —le digo y me hace una burla.

«Ya quisieras haberla pillado tú anoche».

—Qué capullo eres.

—No me lo puedo creer, Zoe —se queja Pepi—. Entonces, ¿no hubo nada de nada?

—Ya te lo he dicho, besos.

—¿Besos? ¿Qué tienes, quince años? No me lo creo —afirma Pepi—. Zoe, siempre has sido muy pudorosa para contar tus intimidades, pero tu jefe está como un queso, aunque como un queso de esos viejos de oveja… —Ángel la mira y ella le saluda con una sonrisa.

«¿Quieres decir que huele mal?», pregunta Bruno.

—¡No! Me refiero de rico.

«Pues no pongas un queso de oveja de ejemplo, por favor», pide arrugando la nariz.

—Bueno pues está como un… como una torrija, ¿a todos os gustan las torrijas, no?

«Ahora me imagino que es un empalagoso».

—Hijo, Bruno, no hay quien acierte contigo —dice Pepi enfurruñada.

—A ver, hubo besos de todo tipo: suaves, tiernos, apasionados. —Menos mal que los niños están a lo suyo, distraídos correteando con sus juegos y la conversación de Ángel parece alargarse—. Anoche tomamos mucho soju…

—¿Soju? ¿Y qué es el soju?

«Una bebida alcohólica coreana», explica Bruno que a este paso nos dice de memoria todos los reyes de la dinastía Joseon.

—Pepi, me llevó a un club de golf que estaba abierto solo para nosotros, montó una mesa preciosa y superromántica con flores y candelabros, cocinó para mí una comida deliciosa y después nos besamos… Besa de maravilla, no os podéis hacer una idea.

«Que bese bien es importante», apunta Bruno con los ojos brillantes de emoción.

—A mí Ángel ya no me besa como antes, como lo hacemos todo a la prisa para que no nos pillen los niños… —dice Pepi por lo bajo.

—Nos besamos y… él dijo que deberíamos parar porque estábamos muy bebidos… Y paramos, y esta mañana me ha enviado un mensaje en el que me dice que quiere explicarme su actitud. —Los dos se quedan mirándome. No había comentado nada del mensaje con él ni con Lu—. No pasa nada, no montéis un drama tampoco, ya hablaremos y me lo explicará.

«¿Estás segura?», pregunta Bruno.

—Sí, de verdad. Estoy bien —afirmo cuando en realidad no sé ni cómo estoy. Sonrío. No me gusta que me miren con pena. No es la primera vez que me rechazan o que no me salen los planes como me habría gustado. Es humano y es normal y tengo que convencerme a mí misma de ello.

«¿Y le has contestado al mensaje?».

—No, aún no. No sé qué ponerle.

«Pues piensa algo, no le dejes en Visto. Tengo que irme», dice mirando su reloj inteligente y da dos cucharadas más de su tarta, se acerca y me besa en la mejilla. «Nos vemos después en tu casa».

Nos hemos quedado a solas Pepi y yo. Tomo una cucharada de tarta y me la llevo a la boca. Está deliciosa. Pepi enarca una ceja y se recoloca la chaqueta amarilla de hilo de forma refleja, tan elegante como siempre, le sale de modo natural, da igual que sean las tres de la mañana y los niños no la dejen dormir, que está perfecta. Sin embargo, a su hermana y a mí parece que nos escupió una comuna *hippy*, al menos la mayor parte del tiempo.

Por su mirada sé que quiere contarme algo y sospecho de qué se trata, pero a la vez está debatiéndose en decírmelo porque sería muy egoísta por su parte preocuparse por ella misma en lugar de por mí, que me acabo de llevar un chasco con mi cita. Así de bien la conozco.

—Bueno, escúchale, quizá sus argumentos te convenzan —dice con dulzura y sonrío. Poso una mano sobre la suya, que descansa en su regazo.

—¿Qué te pasa?

—Nada, estoy bien. —No se lo cree ni ella. Mira a Ángel que sigue hablando por teléfono y se ha metido en el interior de la casa. Me sirvo un vaso de zumo de naranja.

—Venga, que te conozco. Dímelo. ¿Has tenido problemas con la presidenta del AMPA por lo de TaeOh?

—Qué va. Después de oír la grabación la llamé y la puse en su sitio y no ha sido capaz de decirme nada más.

—Entonces, ¿qué es? Porque algo te pasa.

—Déjalo. No quiero calentarte la cabeza con mis cosas. —Sé que si insisto solo un poco más me lo dirá, como también sé que necesita contarme lo que sea.

—Vamos.

—He ido hasta el bloque del que vi salir a Ángel con esa chica —susurra mirando hacia el interior de la casa comprobando que su marido sigue allí.

—Pepi, ¿sigues con esas?

—Necesitaba echar un vistazo.

—¿Y…?

—Hay dos pisos en los que no contesta nadie, un despacho de abogados y el resto son viviendas. Pero ella no vive en ninguna.

—¿Has llamado a todos los telefonillos?

—Sí.

—¿Con qué excusa?

—Clases de zumba. Dije que estaba promocionando clases de zumba de un gimnasio solo para mujeres, con descuento para menores de treinta. Así que ahora sé que viven cinco mujeres jóvenes.

—Lo tuyo es muy fuerte, Pepi.

—Lo sé, me sentí fatal después de hacerlo. Estoy muy avergonzada. Por eso y por espiarlo.

—Pepi…

—Lo he seguido, dos días, dejaba a los niños en el cole y me iba a perseguirlo y no he encontrado nada raro en sus idas y venidas —confiesa con las mejillas llenas de rubor—. Soy lo peor de lo peor…

—Eres humana. Nos equivocamos y metemos la pata, es tan natural como vivir, lo importante

es darse cuenta de los errores y solucionarlo. Habla con él, discúlpate por espiarle, pero también cuéntale cómo te sientes.

—Lo haré, voy a hablar con él. —Pepi aprieta mi mano sobre la suya—. Eres la mejor amiga del mundo, Zoe. De verdad, tienes un don para escuchar. Y ese tipo es un gilipollas como una catedral si pierde la oportunidad de conocerte mejor.

—Bueno, no soy Bruno, nunca tuve intención de ligar con un coreano.

—Está como loco con los Kdramas esos.

—Pues yo no quiero ni dramas ni Kdramas —le digo alzando mi vaso de zumo, ella hace lo propio y brindamos.

—Solo cosas bonitas.

—Solo cosas bonitas, que es lo que nos merecemos.

Cuando llego a casa tengo rondando en la mente las palabras que me ha dicho Pepi sobre que sé escuchar a la gente. Siempre me ha pasado, siempre he sido la confesora de los problemas de mis amigos, de mis parejas, de mi hermano, incluso de mi padre. Ha sido una carga sobre mi espalda, muy pesada en ocasiones, y que ha contribuido a que sea como soy. Es algo que a Fran le sacaba de quicio. Recuerdo una vez en la que tenía revisión médica en el hospital, siempre he hecho malas digestiones y fui a hacerme una endoscopia. El doctor me recomendó que fuese acompañada porque iban a ponerme sedación y saldría un poco grogui. Él me dejó en la puerta del centro de salud y fue a buscar aparcamiento. Me senté en la sala de espera y en menos de cinco minutos una señora mayor se había colocado a mi lado y comenzó a hablar conmigo, me contó que era de un pueblo de la sierra, que tenía tres hijos y que ninguno de ellos vivía en Madrid, que tenía un pólipo en el colon y que iban a quitárselo.

Cuando Fran llegó a la sala de espera me estaba riendo porque la señora me estaba relatando que una vez le hicieron una endoscopia y con la anestesia le había dado por cantar por Concha Piquer en el quirófano. Él me miró con cara rara y se sentó a mi otro costado, la señora continuó hablándome de su vida, obra y milagros y cuando me llamaron para entrar a consulta me preguntó muy serio:

—¿De qué conoces a esa señora?

—De nada, se ha sentado a mi lado y hemos empezado a hablar. —Puso los ojos en blanco—. Es de un pueblo de la sierra, creo que se siente un poco sola.

—Puf. Será que los de pueblo os entendéis —dijo a modo de burla.

—En primer lugar, te repito que Churriana no es un pueblo, es un barrio de Málaga. Pero ¿sabes lo que no hacen los de pueblo? Menospreciar a la gente por el lugar de donde vienen.

—Vamos, tonta, es una broma…

Y cojón de pato. Siempre estaba con el dichoso temita de *los de pueblo*, a pesar de que yo estaba estudiando una carrera universitaria y él no terminó la ESO. A pesar de que tenía más faltas de ortografía que un Cromañón. A pesar de los pesares, los andaluces de pueblo o de ciudad éramos catetos para él.

Y pensar que hubiese querido tenerlo todo con él… Pues sí, estuve muy ciega muchos años. Espero que como padre sea mucho menos egoísta que como pareja.

Raquel no está en casa así que aprovecho para recogerla y lavar ropa. Cuando acabo son casi las ocho de la tarde, Raquel no ha aparecido por casa aún. Voy a prepararme algo de cenar así que le envío un mensaje por si quiere que haga también para ella. Me responde que no, que

comerá fuera. Entonces soy consciente de que en realidad lo que tengo en el estómago es la inquietud del mensaje que me ha enviado DoHwan y que aún no he respondido.

Fuera suena un trueno, sobresaltándome, y oigo que comienza a llover con fuerza. Vuelvo a mirar el mensaje que me ha escrito.

De pronto me vienen a la cabeza fogonazos de la noche anterior, con él encima de mí, besándome los pechos, apretándolos por encima del sostén. La sensación del peso de su cuerpo presionando sobre el mío… Uf. Qué calor me está entrando.

¿Qué puedo contestarle? Será mejor coger el toro por los cuernos y telefonearle.

Entonces alguien llama a la puerta de casa y siento un sobresalto en el corazón. Corro hacia la entrada y es como si supiese que era él quien iba a estar ahí. Y en efecto, es DoHwan. Es como si le hubiese invocado con mis pensamientos. Abro veloz porque está empapándose el abrigo con la lluvia y le ofrezco pasar al interior.

—Buenas tardes —me saluda con un aire melancólico que me preocupa.

—Hola.

—Disculpa por presentarme así, pero te escribí y…

—Sí, lo siento, vi tu mensaje, pero he estado ocupada y se me olvidó contestarte —miento. Le pido el abrigo y me lo entrega, lo cuelgo detrás de la puerta. Su cabello también está húmedo, lo peina hacia detrás con los dedos—. ¿Me acompañas al salón y hablamos allí? —Asiente. Su expresión no tiene nada que ver con la de anoche, a pesar de que sé que notó que me había molestado con su actitud. Me preocupa. Vamos al salón, fuera llueve a mares. Nos sentamos uno junto al otro, aunque sin tocarnos. DoHwan apoya los codos en las rodillas y une sus manos ante él, necesito que hable ya.

—Zoe, en primer lugar, quiero decirte que espero que nada de lo que hablemos ahora afecte a nuestra relación laboral. Voy a hablarte como DoHwan, ni siquiera como el hermano mayor de TaeOh.

—No tienes por qué preocuparte por eso, lo único que puede afectar a nuestra relación laboral es que me vuelvas a despedir —bromeo tratando de romper el hielo, siempre lo hago, como una idiota, pero no está por la labor de reír mis gracias.

—Eso jamás sucederá —responde antes de girar el rostro y mirarme—. Lo que sucedió ayer entre nosotros, fue un error. Nos dejamos llevar por el entorno, por las emociones, por el alcohol o incluso por la soledad que ambos sentimos. Pienso que lo mejor es que hagamos como si nunca hubiese sucedido, que tengamos una relación cordial, como hasta ese momento.

—¿Por qué…? ¿Por qué fue un error? —No me esperaba esto, me esperaba que me dijese que es un puritano extremo que no se acuesta con mujeres que hayan tomado una sola gota de alcohol. Pero que piensa que es un error, sin más, de veras que no. Y no sé si pedirle que me lo explique me hace parecer una arrastrada, pero lo necesito. DoHwan pasa una mano por su mentón, pensativo.

—Porque no… Porque estoy en un momento de mi vida muy complicado en el que no puedo distraerme de mis objetivos y tener una relación con alguien aquí no está entre ellos. —Sus labios pronuncian esas palabras, pero sus ojos me dicen que está triste, que odia decirme lo que me está diciendo. ¿En serio es tan frío como para hacer algo en contra de lo que le dice su corazón? Siento rabia, mucha, porque me gustaría poder decirle que no le he pedido una relación, solo dejarnos fluir a ver qué pasa, pero al parecer eso en su mundo cuadriculado no existe.

—¿Con alguien de aquí? —Creo que acabo de entender por dónde van los tiros. Seguro que no le importaría salir con la chica coreana que según TaeOh está esperándole, esa que le hace

regalos. No hay color. Y eso que aún no tiene ni idea de mi *tara*… Mejor dejarlo así.

—Espero que lo entiendas.

—Pues no, no lo entiendo. No entiendo cómo se le puede dar tanta importancia a un par de besos —finjo una sonrisa—. Espero no ofenderte, pero nunca me he planteado que tuviésemos una relación. A lo que pasó ayer aquí en España lo llamamos un calentón, sin más, no creas que me siento dolida ni afectada ni nada de eso… Tranquilo —respondo tratando de salvaguardar el poco orgullo que me queda intacto. Mi respuesta le sorprende y casi podría decir que le mortifica, parece que quiera decir algo, pero aprieta los labios hasta que pierden el color mientras se piensa si responderme o no.

—Perfecto entonces, me alegro de haberlo aclarado. Será mejor que me vaya. —Está incómodo, le urge salir de mi casa, alejarse de mí.

—Está lloviendo a cántaros.

—La lluvia serena el corazón. Hasta mañana —dice e inclina el rostro como despedida. Yo imito el gesto mientras le observo ir en busca de su abrigo, ponérselo y desaparecer por mi puerta bajo la cortina de agua sin decir nada más.

# Capítulo 44

## DoHwan

—¿Qué te pasa? —me pregunta la tía EunJi observándome a través de la pantalla del teléfono, está sentada en la *pyung sang*, una plataforma de madera multiusos típica de los jardines y patios en Corea, a su lado está la señora Jung. Estaban secando pescado hasta que la llamé. Al fondo de la imagen puedo ver el mar a través de las puertas abiertas del patio, nuestro mar, el mar de nuestra infancia, la playa de Daecheon, nuestro particular paraíso.

—Nada.

—¿Nada? ¿Y por qué tienes la cara triste? No me gusta verte con la cara triste.

—No tengo la cara triste, además, ¿no dice que no ve nada, tía? ¿Cómo puede ver mi cara? —bromeo y ella echa a reír.

—Porque este teléfono que me has regalado es muy bueno —ríe, también la señora Jung.

—Es casi tan bueno como la enfermera Lee —sugiero y la tía tuerce el gesto y soy yo quien ríe en ese momento.

—¿Por qué has tenido que contratar a esa mujer? No quiere más que pincharme y sacarme sangre, creo que prepara *haejangguk* con ella —afirma. Observo su cabello cano recogido en un rodete bajo, los mechones que escapan mecidos por el viento, las arrugas de su rostro me parecen más evidentes, como si en estos dos últimos años en los que no hemos podido vernos tan a menudo me hubiese dado cuenta de lo mayor que es en realidad. Porque ella a sus noventa y tres años, sigue desenvolviéndose y siendo independiente y eso nos hace creer que será eterna y no es así, y saberlo duele.

—Pues si es *haejangguk* con su sangre, tía, debe de estar delicioso.

—Ay, pero qué adulador eres, cuando vengas te haré todo el *tteokbokki* que quieras. Pero no la mandes más a que me pinche, ni a mí ni a la señora Jung, casi no nos queda sangre en el cuerpo —protesta con una sonrisa —. A este paso, con tantos cuidados, vamos a durar cien años.

—Es que voy a necesitarla cien años, tía —confieso y veo cómo sus ojos se empañan.

—Aish. Tú no me necesitas ya hace tiempo Pequeño Explorador. —Ya casi no recordaba cuando me llamaba así cuando era pequeño, por mi afán de mirar bajo todas las piedras que me encontraba buscando insectos con los que jugar—. Y, sin embargo, desde tan lejos, estás más pendiente de mí que cualquiera de los hijos de mis vecinos. A excepción de la nieta de la señora Jung que es tu compinche en todas estas cosas. No te gastes tanto dinero, DoHwan, aún tienes que estar pagando estos dientes tan bonitos —dice mostrándome una gran sonrisa con la dentadura. No puedo evitar echar a reír.

—¿Y sin dientes cómo iba a comerse los calamares con lo mucho que le gustan, tía? —Ella asiente.

—Es verdad. ¿Cómo están los mellizos y el pequeño?

—Bien, los tres están bien. Aunque para JiSeung al menos se avecina tormenta.

—¿Con vuestra madre?

—Sí. Porque ha decidido que no quiere trabajar en Korean Revolution y estoy seguro de que cuando se lo comunique no lo tomará bien.

—Aish. No puedo creer que compartamos la misma sangre, ¿cómo puede ser tan cabezota? Esa empresa es la ilusión de su vida, de la suya, no puede obligar a sus hijos a que compartan su sueño en lugar de buscar los suyos propios. Después le enviaré un mensaje a mi Pequeño Músico para que no esté triste. —Le enviará uno de sus audios infinitos con sus soliloquios que tanto me divierte recibir porque me hacen sentirla más cerca. Ojalá pudiese contarle lo que me ha sucedido con Zoe, ella tendría palabras de consuelo que me harían sentir mejor, estoy seguro, pero no quiero preocuparla.

Veo que de pronto la tía deja el teléfono y la oigo maldecir y protestar, pero no sé qué sucede, solo puedo ver las nubes en el cielo anaranjado del atardecer.

—Tía, ¿qué pasa? ¿Dónde ha ido? —Sigo oyéndola relatar, también a la señora Jung hasta que un par de minutos después vuelve a coger el teléfono—. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—Una gaviota me ha robado un arenque la malnacida, la he agarrado de la pata, pero se ha escapado.

—Tía no pelee con las gaviotas por los arenques, por favor, podrían picarle y hacerle daño.

—Aún no ha nacido la gaviota que pueda conmigo. Esas ratas del mar rompieron la celosía del secadero y me robaron al menos veinte arenques, les he puesto otra celosía más fuerte a ver si también la rompen y dejé uno fuera empapado en chile que se lo llevaron al día siguiente, pero no se cansan —me cuenta haciéndome reír, la energía de la tía EunJi es única.

—Bueno, usted no se acerque tanto a ellas. Tenga cuidado, por favor.

—No te preocupes por mí, sabes que sé cuidarme sola —dice con una ternura que me conmueve—. Y alegra esa cara.

Asiento, aunque no sé si podré hacerlo.

¿Por qué? Acabo de terminar un informe en el que certifico que vamos a la cabeza en ventas de terminales de nuestra marca, continuamos creciendo a un ritmo exponencial. TaeOh está bien de salud y se siente bien, JiMin y JiSeung también están bien y pronto regresaré a mi hogar en Seúl. ¿Por qué me siento… apagado?

No puedo entenderlo.

Porque seguro que no tiene nada que ver con la señorita Lago. Con Zoe.

¿Por qué tendría algo que ver con ella?

Porque hace cuatro días desde que acudí a su casa con intención de hacerme a un lado del modo menos dramático posible y dejarla avanzar en su relación con JiMin. Cuatro días desde que me dejó descolocado con su actitud. Si mi hermano no me hubiese revelado sus sentimientos mi discurso habría sido totalmente distinto, le había confesado que me siento atraído por ella y que me gustaría que nos conociésemos mejor durante el tiempo que me queda en el país, y su respuesta me habría hecho sentir ridículo.

En realidad, fue mejor así, como arrancar una tirita de golpe.

Me dejó claro que no tiene ningún interés en mí y que los besos que nos dimos no tuvieron la menor importancia. Al menos para ella, para mí no fue así, pero tampoco importa ya.

Quizá JiMin consiga despertar sentimientos más profundos en ella, porque lo cierto es que, dejando a un lado su falta de deseo de implicación sentimental, por llamarlo de algún modo, sigo creyendo que es alguien a quien merece la pena conocer.

Estos días su actitud en casa ha sido la habitual, cariñosa con TaeOh y cordial conmigo, aunque siento que la distancia invisible entre ambos se ha pronunciado, como si nuestros espíritus se hubiesen alejado y hubiésemos cortado de un zarpazo los hilos que comenzaban a tejerse entre nosotros.

Y a la vez esos mismos hilos han ido creciendo hacia mi hermano. Sé que JiMin le ha regalado un pendrive con una copia de la recopilación de las canciones de su grupo que JiSeung grabó para mí. Y también sé que han quedado para verse esta noche en el club en el que tocan. Me lo ha contado JiSeung, que fue el primero en pedirme explicaciones cuando volví a casa tras ir a verla.

—¿De verdad crees que JiMin está enamorado de Zoe? —me preguntó, a solas en mi habitación cuando le conté lo que le había dicho.

—Eso dice.

—Los dos le conocemos, hoy cree que está enamorado de Zoe y sería capaz de saltar de un tren en marcha por ella, pero dentro de un par de semanas o un par de meses estará enamorado de la siguiente chica que aparezca en su vida. Pero tú y yo sabemos que el amor es otra cosa, DoHwan, es algo más profundo.

—No voy a discutir con mi hermano por una chica. Y, además, no importa, porque Zoe no siente nada por mí, nada.

—Porque probablemente habrá sido tan sincera contigo como tú con ella —afirmó quitándose las gafas redondas, mirándome sin ellas—. Zoe no siente nada por JiMin, de eso estoy seguro.

—Tampoco por mí, me lo ha dejado muy claro. Mira, sé que te preocupas por mí, aunque no deberías hacerlo porque soy el hermano mayor —dije posando una mano en su hombro. JiSeung sonrió.

—El hermano mayor también necesita que alguien cuide de él, de vez en cuando.

¿Lo necesito? Llevo tanto tiempo siendo fuerte que no me he planteado si puedo permitirme ser débil en algún momento.

—No te preocupes, de verdad, estoy bien.

—¿Vendrás a vernos tocar esta noche?

—¿Y quién cuidará de TaeOh? Al día siguiente es viernes y tiene colegio, y yo trabajo.

—SoonJo me ha dicho que puede cuidar de él.

—¿Le has preguntado?

—Le envié un mensaje esta mañana porque me haría mucha ilusión que vengas y me ha dicho que puede hacerlo.

—No lo sé.

Y me he pasado las últimas horas debatiéndome entre si debería ir a esa actuación o no, porque por una parte deseo ver tocar a mis hermanos, ya los he visto en privado, pero nunca como banda en un local, y por otra quizá sea la oportunidad de JiMin para acercarse a Zoe y no quiero interferir. Pero a la hora de comer JiSeung ha vuelto a preguntarme si iré y no he podido

negarme.

Así que he enviado un mensaje a SoonJo preguntándole si aún puede quedarse con TaeOh, él no se dará ni cuenta porque Zoe le dejará dormido y yo volveré mucho antes de que despierte. SoonJo me ha contestado, con una carita sonriente, que lo hará sin ningún problema, así que iré a verlos como un hermano orgulloso.

Kim JongSuk se detiene ante mi puerta, reconozco su silueta a través del cristal translúcido, le pido que pase. Entra con una amplia sonrisa, sé que se esfuerza por ser amable conmigo, pero siempre está tenso y eso me incomoda. Creo que se debe a que no puede olvidar ni un momento que soy su jefe, incluso cuando hemos ido a cenar fuera del trabajo, no se relaja un instante, aunque pretende que sí y eso me pone nervioso.

—Buenas tardes, DoHwan.

—Buenas tardes.

—Necesito comentarte algo.

—Sí, claro, toma asiento. —Lo hace y sus ojos se fijan en la pantalla de mi ordenador, acabo de buscar la dirección del garito en el que tocan mis hermanos.

—¿Vas a salir? —pregunta apuntando con la nariz a la pantalla sin ningún pudor.

—Mis hermanos tocan esta noche y voy a ir a verlos.

—Ah, no tenía ni idea de que tuviesen un grupo musical.

—Sí, es un grupo de metal.

—¿Sabes a quién le gusta el metal? A la señorita Maeng JiYu que además está por Madrid, volvió ayer.

—¿Sí? Cualquiera lo diría, parece más de música clásica.

—No puedes guiarte por las apariencias, la gente esconde secretos —sugiere con una amplia sonrisa.

—Bueno, JongSuk, ¿qué venías a comentarme? —le urjo o continuará dispersándose hasta la hora de salir.

—En compras necesito aumentar el presupuesto, las materias primas han subido y también los gastos de transporte, con unos treinta mil euros será suficiente, vengo a que me autorices a hacer el gasto.

—Ya hemos aumentado el presupuesto de compras una vez este año, si volvemos a hacerlo afectará al balance total, tráeme un informe con la modificación presupuestaria de cuánto exactamente supondría aumentar esos costes justificándolo de forma detallada.

—¿Ahora? ¿Ahora tengo que ponerme a hacer el informe?

—Necesitas la autorización ahora, ¿no? Si puede esperar hasta el lunes por mí no hay problema —advierto y él arruga el entrecejo.

—Está bien, hoy no llegaré para ver a mis hijos despiertos, pero lo haré—asegura y se marcha de mi despacho. Supongo que pensaba que permitiría aumentar un gasto de treinta mil euros sin justificación alguna, no es mi modo de trabajar, envío cuentas a la central cada mes con cada gasto detallado. Lamento que eso le suponga no poder ver a sus hijos hoy, pero es mi firma la que va en esa carta de pago y soy yo quien rinde cuentas ante el señor Yeon.

# Capítulo 45

## Zoe

«¿Estás lista?», me pregunta Bruno desde la puerta de mi dormitorio. Acabo de volver a mirarme al espejo y no me gusta nada de lo que llevo puesto. El top blanco me deslumbra en la cara y con los pantalones negros parece que esté trabajado de camarera en el restaurante de mi tío en Churriana, en el que tantos veranos he pasado para ganar algo de dinero mientras estudiaba.

Sé que está muy ilusionado, dudo si habrá quedado con el chico ese de Grindr, aunque cuando le he preguntado me ha respondido que no y Bruno no acostumbra a ocultarme nada. Pero entonces no entiendo por qué se ha arreglado tanto: barba recortada, camisa gris que marca su musculatura, vaqueros oscuros y chupa de cuero, cualquiera diría que quiere impresionar a alguien.

A mí también me apetece salir y volver a ver tocar a JiMin y JiSeung. En esta ocasión iremos los dos solos porque Lucía está en Sevilla trabajando y ni Raquel ni Pepi se han animado a acompañarnos, cada una inmersas en sus vidas.

JiMin ha insistido mucho en que esta actuación es especial porque van a estrenar un tema que compusieron hace tan solo unas semanas y están muy nerviosos por cómo reaccionará su público. Incluso me lo pasó en un pendrive, junto con un recopilatorio de su música, para que le diese mi opinión. Y es cierto que es una canción bonita que intercala frases en inglés y en coreano.

Es un idioma con una sonoridad preciosa, me encanta oírlos hablar en él. Intentan no hacerlo en mi presencia, tanto los hermanos Goon como la señora Choi y SoonJo, por respeto, pero lo cierto es que me quedo embobada oyéndolos cuando no se dan cuenta.

Le envié a JiMin un mensaje de voz explicándole que me había gustado mucho Only a song, que es como se titula la canción, sobre todo la letra, al menos la parte que entiendo, porque habla de cómo la música puede cambiar tu vida, de que debemos perseguir nuestros sueños hasta el final y luchar contra las dificultades.

JiMin me devolvió un corazón palpitante como respuesta.

Sé que puede parecer despreocupado, pero bajo toda esa fachada de extrovertido e independiente, con el cabello teñido de rubio y aretes en ambas orejas, se esconde alguien sensible con un gran corazón. Ojalá encuentre a una chica que sepa valorarlo. Aunque según él está esperando a que me dé cuenta de que es perfecto para mí. Pero eso no va a pasar porque,

cuando me besó… no hubo chispa, no hubo fogonazo ni palpitaciones. Y no es porque le saque un par de años, es porque cuando le miro, es como si mirase a mi hermano Rudy. Me sucede lo mismo con JiSeung, que también es encantador, aunque más serio y reservado. En realidad, JiSeung se parece más en el carácter a DoHwan que a JiMin.

DoHwan.

Lucía piensa que hice bien al decirle que besarnos no fue nada especial, antes de que me dijese que yo no le interesaba.

Bruno que soy idiota por decirle eso, que debería haber sido sincera con él, independientemente de lo que me dijese.

Raquel no opina.

Y Pepi no se cree que me haya rechazado porque no le atraigo o porque tiene que regresar a Corea, piensa que debe haber algún misterioso motivo.

Pero lo cierto es que, en estos días, en los breves encuentros en la casa, me ha tratado con total normalidad y yo he hecho lo mismo. Porque lo que ha pasado entre nosotros, o mejor dicho lo que no ha pasado, no debe influir en mi trabajo, soy una profesional en todo lo que hago. Hasta en meter la pata.

Él ha sido correcto. Pero he extrañado sus sonrisas, la naturalidad de esa cena en la que me habló de su dolor por su complicada relación con su madre y la dificultad de hacerse cargo de TaeOh. Se mostró tan vulnerable y cercano que no puedo dejar de pensar en todo eso. En todo eso y en los besos que nos dimos.

Cuando llegamos al local está bastante concurrido. Bruno se encarga de ir a la barra a por las bebidas mientras busco sitio en las primeras filas. Encuentro un buen lugar en una mesa alta y me quedo allí esperando a mi amigo, que aparece minutos después con nuestros vasos.

Las luces del pequeño escenario permanecen apagadas, la música ambiente son temas de Black Sabbath y una cabeza de cabra falsa nos mira desde encima del foco principal que ha de iluminar el escenario. El local está concurrido, pero eso no impide que le vea. Mi corazón se salta un latido.

Es DoHwan. Camina entre la gente tratando de acercarse al escenario, está guapísimo, vestido con un abrigo gris oscuro y una camisa azul, destaca entre la multitud por su altura y su porte, o al menos a mí me lo parece. Así que lo sabe, ¿o es mera casualidad? No me pega que este sea su tipo de ambiente.

—Mira —digo a Bruno indicando hacia él, que no nos ha visto—. ¿Crees que lo sabe?

«Lo sabe, JiSeung se lo ha contado».

—¿Me lo parece a mí o tú estás hablando mucho con JiSeung?

«¿Qué? Me cae genial, nada más».

—Bueno, solo te digo que tengas cuidado, que no te hagas ilusiones.

«Tranquila», dice y alza la mano para que DoHwan lo vea. Lo hace de inmediato, Bruno es casi igual de alto que él y por las alturas se entienden así.

—¿Para qué le llamas?

«No vamos a dejarle solo estando nosotros aquí, ¿no?».

—Creía que te caía mal.

«¿Cuándo he dicho eso?».

DoHwan camina hacia nosotros y cuando nos alcanza hace un gesto inclinando la cabeza

como saludo.

—Buenas noches —nos saluda a ambos.

—¿Quién está con TaeOh? —pregunto sin poder contenerme, es casi en lo único que he pensado al verle, después de en que está guapísimo. Me mira y sonríe de medio lado.

—Tranquila, SoonJo está con él.

—Yo podría haberle cuidado.

—Pensé que preferirías venir para ver a JiMin —responde serio. Su tono tiene un matiz que me desconcierta.

—A JiMin y a JiSeung—puntualizo. Es cierto que con JiMin tengo más confianza, pero me caen bien los dos. De pronto mi móvil comienza a sonar, veo que se trata de Lucía, ella sabía que veníamos, me extraña que me llame tan tarde, miro el reloj, aún quedan cinco minutos para que comience la actuación, me da tiempo de hablar con ella.

Advierto a ambos que enseguida vuelvo y salgo a la puerta.

Lucía me pide que en cuanto llegue a casa conecte su ordenador y le envíe por correo un par de documentos que tiene en el escritorio. La cobertura va bastante mal y me alejo caminando en la acera. Ella me repite una y otra vez el nombre de los documentos y trato de aprendérmelo. Me dice que me enviará el nombre por mensaje para que no me confunda y me despido de ella.

—Buenas noches —me saluda un tipo alto con pinta de estudiar en una universidad privada. Me he dejado dos bares atrás el concierto de metal y estoy junto a un grupo de chicos.

—Buenas noches —respondo y trato de seguir adelante.

—¿Me dejas que te invite a una copa? —se interpone en mi camino. La situación me recuerda a una vivida meses atrás, en la que un caballero de flamante armadura a lo Blues Brothers acudió en mi rescate, ¿qué habrá sido de él? Hace tiempo que no lo pensaba. Me recuerda a esa situación y a otro montón más a las que nos enfrentamos las mujeres cada vez que salimos de casa, sobre todo cuando vamos solas, y que la mayoría de los hombres nunca entenderán. Es triste, pero aún es así, ojalá algún día cambie de verdad.

—No, gracias —digo, pero no se aparta.

—Vamos, ricitos, te invito a lo que quieras… —Estoy a punto de darle un pisotón cuando alguien le toca en la espalda provocando que se vuelva.

—¿No has oído a la señorita? —le pregunta DoHwan. La calle está bastante concurrida—. Apártate.

—Eh, tranquilo…

—Estoy tranquilo —dice con una cara de enfadado que no le he visto hasta ese momento—. Pero vas a apartarte de su camino, ¿verdad? —Los chicos se miran, no dicen nada más y se apartan entre risas.

DoHwan me mira pagado de sí mismo, aprieto los labios, me saca de quicio esa seguridad con la que parece controlarlo todo en todo momento, doy el paso que nos separa.

—No hacía falta que me protegieras, sé hacerlo sola.

—No estaba tratando de protegerte a ti, sino a ese tipo. Sé que estabas a punto de partirle la cara y he querido evitar un mal mayor —suelta con una sonrisita de suficiencia que me enerva. Pero ¿qué clase de concepto tiene de mí?

—¿Por qué has venido a buscarme?

—Tardabas demasiado. Será mejor que volvamos dentro, están a punto de empezar.

Durante los pasos que damos hacia el local, tenerle a mi lado, tan cerca, me produce una sensación eléctrica, me encantaría girarme y abrazarlo, enterrar el rostro en su pecho e inspirar su

perfume. Pero nada de eso va a pasar y cuanto antes me haga a la idea será mejor para mí.

La actuación ha comenzado cuando alcanzamos la mesa en la que está Bruno, que nos hace un gesto con el dedo índice sobre el reloj, preguntándome por qué hemos tardado. Miro al escenario y observo que JiMin está mirándonos mientras canta, nos ha visto entrar, le hago un gesto de disculpa uniendo las manos ante el pecho. Cuando tocan Only a song no puedo evitarlo y me pongo a bailar, Bruno también, a mi lado. El público reacciona muy bien dándolo todo. JiMin sonríe desde el escenario, envuelto en las luces multicolores como una auténtica estrella, saltando y bailando sin parar, le hago un gesto con el pulgar hacia arriba.

DoHwan no baila, aunque les observa orgulloso y alza su cerveza hacia ellos. Y Bruno me mira a mí, me ha cazado observándole, me hace un gesto poniendo los ojos en blanco, haciéndome entender que no tengo remedio. Me gusta mucho, qué le voy a hacer. Entonces veo que alguien toca a DoHwan por detrás, es una chica y parece muy sorprendido al encontrársela. No sé si será coreana, pero por sus rasgos es asiática.

Ella sonríe tapándose la boca con una fingida timidez. DoHwan también sonríe y me mira un instante. También me ha cazado observándoles, menos mal que no me dedico al espionaje.

Busco los ojos de Bruno, que arruga el entrecejo. Se está preguntando lo mismo que yo, ¿quién es esa puñetera belleza asiática de labios rojos y flequillo recto sobre unas cejas delineadísimas que está hablando con DoHwan al oído? Es pequeña, delgada y tiene el rostro de una muñeca. Seguro que ni sabe lo que es una estría. Maldita.

Cuando la actuación acaba, el público aplaude entusiasmado a los hermanos Goon que sonríen eufóricos, están exultantes de felicidad. JiMin deja el bajo en el suelo, da un salto del escenario y me abraza.

—Gracias por animarme a hacerlo —me dice al oído. Después choca las manos de DoHwan y Bruno, y observa a la nueva acompañante de su hermano que permanece de pie a su lado—. Esperadnos en los reservados, vamos a cambiarnos —nos dice y vuelve a subir al escenario a recuperar su bajo, recibiendo felicitaciones a modo de golpecitos en la espalda y choques de manos de los asistentes.

—¿Dónde están los reservados? —me pregunta DoHwan al oído, produciéndome un escalofrío con el roce de su aliento en mi oreja.

—Ahí detrás —digo indicándole en la dirección adecuada. Comienza a andar hacia allí seguido por su nuevo agaporni de labios rojos.

«¿Quién coño es esta tía?», me pregunta Bruno.

«Y yo qué sé».

Cuando llegamos al reservado me siento junto a Bruno y DoHwan se decide a presentarnos a su amiga.

—Zoe, Bruno, ella es mi amiga la señorita Maeng JiYu.

—Podéis llamarme JiYu —dice en español—. Tú también, DoHwan—añade con una sonrisa de ojos chispeantes.

Qué mal me cae ya y solo ha dicho seis palabras.

—Encantada —respondo sin molestarme en sonreír y Bruno hace un gesto.

—Maeng JiYu es amiga de la esposa de un compañero de trabajo, ella vive entre Londres y Madrid, aunque está a punto de regresar a Corea del Sur. —Oh, otra cosa que tienen en común, además de los genes, las costumbres, la gastronomía y el idioma, qué bonito todo—. Zoe es… —

Como me presente como su empleada le tiro mi copa por la cabeza—, una amiga española y él es Bruno, su amigo.

Como si pretendiese salvarnos del esfuerzo como anfitrión de su *hyung* JiMin nos alcanza y saluda a todos, incluida la señorita Se-me-ha-congelado-la-sonrisa-en-la-cara.

—Lo has hecho genial, hermano —le dice DoHwan pleno de orgullo. JiMin asiente feliz con su aprobación y pasando por el lado de Bruno se sienta entre ambos.

—Y a ti, ¿te ha gustado? —me pregunta con ilusión.

—Me ha encantado. Lo habéis hecho genial.

«¿Dónde está JiSeung?», me pregunta Bruno y se lo traduzco a JiMin.

—Está cambiándose y quitándose el maquillaje en el camerino.

«Bueno, voy al baño, así habláis tranquilos», me dice y asiento. Sabe que no tengo un especial interés por *hablar tranquila* con JiMin y menos con DoHwan y su amiguita delante.

—Gracias —nos dice JiMin a DoHwan y a mí. Observa a su hermano con curiosidad, probablemente está preguntándose quién es su acompañante.

—JiMin, esta es la señorita Maeng JiYu, una amiga —JiMin asiente como saludo recibiendo la misma reacción de ella.

JiYu le pregunta algo en coreano.

—En español, por favor, o en inglés, Zoe no entiende coreano —le pide DoHwan y ella sonríe como disculpa.

—Lo siento, he preguntado si solo tocáis aquí o en más locales.

—Por ahora solo aquí. Pero Bruno, el amigo de Zoe, nos ha buscado otro lugar para tocar los sábados.

—¿En serio? —pregunto, no me ha contado nada.

—Sí, por lo visto un cliente tiene una terraza en el Parque del Oeste que se pone muy concurrida los fines de semana y vamos a hacer una prueba este sábado, si le gusta, probablemente toquemos también allí. Y, además, nos ha dicho que va a entregarle a otro cliente que tiene una discográfica nuestra maqueta.

—Es que mi Bruno es genial —digo sin poder remediarlo y los ojos de DoHwan me perforan la cara.

—Como tú, ojalá la señorita Ji HyeRim se hubiese lastimado el tobillo hace un año —bromea JiMin.

—No digas esas cosas —le reprende DoHwan.

—Es lo que siento. Ojalá te hubiésemos conocido mucho antes Zoe, no imaginas la alegría que has traído a nuestra casa.

—¿Pretendes decir que nuestra casa era un funeral? —Hay tensión entre los hermanos y eso no me gusta. No lo entiendo.

—No, pero no puedes negar que Zoe ha sido una inyección de luz y energía positiva para todos nosotros. Nuestra casa era como un cuartel militar en el que el mando superior no estaba nunca —asegura JiMin, y estirando el brazo me lo pasa por encima del hombro. DoHwan aprieta la mandíbula e incluso su amiga se da cuenta de que el ambiente no es bueno.

—Siempre he intentado que no os falte de nada, sobre todo a TaeOh.

—Pues, con respecto al colegio y a su cuidadora, no elegiste demasiado bien —suelta JiMin, está dándole donde más le duele y eso también me duele a mí.

—Estás siendo injusto, JiMin —digo mirándole a los ojos, él se revuelve incómodo y aparta su brazo de mi hombro—. DoHwan se preocupa mucho por vosotros, me consta. ¿Que os pone

reglas? Pues son necesarias para la convivencia y para la vida.

—No soy vuestro padre, JiMin, soy vuestro hermano mayor, nos llevamos cuatro años, aunque en ocasiones, por tu actitud, parece que fuesen muchos más. Pero aún estás a tiempo de ayudarme a tomar las decisiones para evitar que vuelva a equivocarme.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —interviene JiYu—. ¿Cuándo es vuestra próxima actuación? Me gustaría volver a veros.

—El sábado en el Parque del Oeste, y el jueves siguiente aquí —responde JiMin de mala gana —. Voy a por algo de beber —dice y se incorpora rumbo a la barra.

DoHwan me mira como si esperase la explicación al mal carácter de su hermano. Pero no la tengo. La señorita Maeng JiYu coge su mano, tratando de darle apoyo, aunque él parece sorprendido por su gesto. Los miro y me pongo en pie, no voy a quedarme de *sujetavelas*.

—Voy a ver por qué tarda tanto JiSeung—digo con la única intención de salir de allí.

Me encamino hacia la puerta del fondo, por la que salen al escenario. Cruzo entre la multitud de animados metaleros y metaleras que también se entregan a la música enlatada. La puerta comunica con un largo pasillo en el que hay varias cajas de botellas de refrescos vacíos apiladas, continúo caminando y a la derecha hay una puerta en la que pone *kamerinos* escrito con rotulador negro en un folio y pegado con cinta adhesiva. Llamo y con el solo golpe de los nudillos se abre, me asomo al interior y veo a JiSeung con los ojos cerrados y expresión de gozo, la cabeza hacia atrás exponiendo el cuello, la camisa abierta con el torso al descubierto, y a Bruno que le besa desde atrás, abrazándole, con las manos metidas por la cinturilla del vaquero oscuro y acariciándole íntimamente.

Joder.

Joder.

Qué fuerte.

Se me va el cuerpo hacia adelante y la puerta cruje al abrirse más.

JiSeung abre los ojos y su mirada se descompone al encontrarse con los míos.

—Lo siento, lo siento —digo y Bruno también abre los ojos. Cierro la puerta y me apoyo contra la pared fuera tratando de digerir lo que acabo de descubrir. En menos de diez segundos Bruno sale por esta cariacontecido, cerrando tras de sí y peinándose la barba con los dedos—. ¿Por qué cojones no cerráis la puerta? —le digo—. ¿Y si en lugar de ser yo hubiese sido DoHwan, o JiMin quien viene a ver qué sucede? —Mi amigo se pasa una mano por el rostro—. ¿Alguien más lo sabe?

«No. JiSeung aún no ha salido del armario».

—Él es el supuesto tío de Grindr con el que quedabas tanto, ¿verdad? —Asiente—. Joder, Bruno, ¿y por qué no me lo has contado?

«Para él no es fácil. Tiene miedo a hacerlo público».

—Pero sabes que no diría nada a nadie.

«Lo sé, pero tengo que respetar sus deseos». Asiento, lo entiendo. «Zoe, JiSeung me gusta, me gusta de verdad». Conozco esa expresión en el rostro de mi amigo, está pillado, pero pillado a niveles estratosféricos.

—Lo cierto es que, aunque no sospechaba nada de nada, hacéis muy buena pareja.

«Gracias. Creo que no me sentía así desde que era un adolescente, JiSeung es… todo lo que pueda decirte es poco». Sonrío. Lo sé, no le conozco tan bien, pero es encantador.

El mencionado sale por la misma puerta, su expresión es un cuadro, está muy avergonzado.

—Lo siento —le digo y él asiente—. Lamento haberos interrumpido.

—La culpa es nuestra por ser descuidados.

«Te dije que echaras el pestillo», le dice a Bruno en lengua de signos dejándome alucinada.

«¿Hablas la lengua de signos?», le pregunto.

«Muy poco, estoy aprendiendo», responde con una sonrisa.

Una estrellita brilla en sus ojos, así que está aprendiendo lengua de signos por Bruno, qué tierno y qué bonito. Mi amigo se merece a alguien así, a alguien como JiSeung, dulce, cariñoso y sereno que ayude a calmar su terremoto interior. Y JiSeung no podría encontrar a nadie tan bueno como Bruno.

—¿Desde cuándo os estáis viendo?

—Después del concierto nos dimos los teléfonos, comenzamos a mandarnos mensajes, bromas, y yo percibía que podríamos entendernos. Quedamos para tomar un café, y bueno, me lancé y le besé aun a riesgo de que me diese una paliza —dice JiSeung.

—¿Te lanzaste tú? —pregunto alucinada. Asiente orgulloso de haber tenido las agallas de hacerlo.

«Yo me quedé flipado, no me lo esperaba en absoluto, en ningún momento me había pasado por la mente que fuese gay».

—Pues me alegro por los dos, porque sois un amor, de verdad. JiSeung, puedes confiar en mí, tendrían que matarme para que revelase vuestro secreto, así que por mi parte no sé nada. Deberíamos ir con el resto o pensarán que ha sucedido algo.

—Gracias, Zoe. Voy a coger mi chaqueta —JiSeung sonríe y me besa en la mejilla antes de entrar en los *kamerinos*. Es más lindo.

«Bueno, eso de hacer como que no sabes nada… Ahora que lo sabes, ¿podemos vernos en tu casa?», sugiere mi mejor amigo.

—Veo que te has recuperado pronto del susto de que os haya pillado.

«Me estoy dejando el sueldo en hoteles porque a la mía no puedo ir y no pienso llevarlo a un hostal».

—La confianza da asco, de veras.

«Yo lo haría por ti».

—Lo sé, por eso lo digo.

Cuando llegamos a la mesa JiMin está rodeado de tres chicas con las que conversa animado, imagino que fans de su música que deben estar regalándole los oídos por la sonrisa que se gasta, no queda ni rastro de su malhumor anterior. Me doy cuenta de que DoHwan y su amiga no están.

Al verme aparecer JiMin se pone de pie y se despide de sus nuevas amistades.

—¿Os apetece que vayamos a alguna parte? —nos pregunta.

—¿Dónde está DoHwan? —pregunta JiSeung y le doy gracias en el interior de mi mente.

—Se ha ido con su amiga, me ha dicho que en casa te dará la enhorabuena. Tenían prisa —dice y hace un gesto alzando las cejas—. ¿Dónde vamos?

A mí se me acaban de quitar las ganas de todo. Así que no le apetece conocerme porque no quiere complicaciones y ahora se va a conocer a la Nancy Flequillo en profundidad. No es justo.

Y no pienso quedarme penando como una idiota, voy a pasármelo bien, voy a bailar y a disfrutar todo lo que queda de noche, aunque mañana sea un alma en pena para llevar a TaeOh al colegio.

# Capítulo 46

## DoHwan

Ayer la señorita Maeng JiYu y yo nos besamos. En realidad, sería más correcto decir que me besó.

Quedé con ella, después de que nos encontrásemos en el local en el que actúan JiSeung y JiMin el jueves. Un encuentro que ella fingió que se trataba de casualidad, aunque estoy seguro de que Kim JongSuk le dijo dónde podría hallarme. Al principio me molestó, pero después pensé, ¿qué tiene de malo que una mujer como ella esté interesada en mí? Nada. Absolutamente nada de malo.

Esa noche me pidió que la acompañase a casa porque no se encontraba bien, dije a JiMin que me disculpase con JiSeung, porque me sentí en la obligación de hacerlo. Cuando detuve el coche frente a su portal sabía que quería que subiese, pero inventé una excusa para evitarlo. Entonces ella me emplazó a que comiésemos el domingo, porque hoy lunes vuelve a Londres. Le dije que dependía de que alguno de mis hermanos pudiese quedarse con el pequeño, convencido de que tanto JiMin como JiSeung tendrían planes. Pero cuando les pregunté, JiMin se ofreció de inmediato, entiendo que movido por sus propios intereses; no le culpo. Así que no tuve ningún motivo racional para negarme y acepté. Lo hice con la estúpida idea de que podría forzarme a sentirme atraído por ella, ¿por qué no? Es guapa, inteligente y proviene de una buena familia. Con todos esos atributos podría ser la novia coreana perfecta, podría gustarle a cualquier hombre, pero no a mí.

La invité a comer y después, como esperaba, me ofreció que tomásemos el postre en su casa. Vive sola en un apartamento grande, esa mañana había preparado *dasiks*, unas galletas dulces hechas con semillas de sésamo, e insistió en que debía probarlas porque le habían salido muy ricas. Probé las galletas y en un momento dado se acercó y me besó. Me besó con la timidez justa y después lamió mis labios. Y no sentí nada. Esas mariposas que parecieron sacarme volando de mi propio cuerpo al besar a Zoe hace una semana no sé dónde se han metido. Nada. Bueno, sí sentí algo, frustración.

No me despierta el menor deseo. No del modo en el que lo hizo Zoe, en el que lo ha hecho prácticamente desde la primera vez que la vi.

Le dije que tenía que marcharme y vi la decepción en sus ojos, volví a utilizar a mi hermano menor de excusa y me fui. Cuando nos despedimos sugirió que volviésemos a vernos en Seúl. Le

respondí que hablaríamos, tratando de no rechazarla de un modo violento, pero sé que no voy a volver a quedar con ella mientras siga sintiéndome atraído por Zoe, no sería justo.

Mi necesidad de regresar a mi país aumenta exponencialmente cada día. Recuperar mi vida allí, mi trabajo, sin añoranzas, sin amenazas. Mi país, en el que no me sienta un extranjero, refugiándome en la paz de mi hogar, sin… *Ella*. Cada vez que la veo por casa me pueden las ganas de tocarla, de besarla, de sentirla. Aprieto el deseo en los puños e inspiro hondo repitiéndome una y otra vez que no puedo entrometerme, se trata de mi hermano. Los vi muy unidos tras el concierto, no sé si habrá sucedido algo más entre ellos y esa duda está carcomiéndome.

En casa se comportan con naturalidad, ella bromea con él, también con JiSeung. JiSeung me asegura que no ha pasado nada, que no están juntos, pero ya no sé qué creer.

Y es que, en realidad, ni siquiera debería seguir pensando en eso, porque solo me hace daño.

Pero ¿cómo dejo de pensar en ella cuando la veo cada día? Cuando se ha convertido en la manzana del árbol prohibido.

# Capítulo 47

## Zoe

—¿Esta tarde podemos ir a dar una vuelta? —me pregunta TaeOh antes de entrar al colegio.

—Sí, claro, ¿dónde quieres ir?

Él no responde, me da un abrazo gigantesco antes de salir corriendo hacia el interior. Me alegra mucho que DoHwan respetase su decisión de quedarse en el centro el tiempo que le queda, al parecer las otras chicas han sido cambiadas de clase y tienen completamente prohibido dirigirse a él e incluso mencionar su nombre bajo pena de expulsión. Lo cual sería una vergüenza para sus flamantes papás y mamás. Eso me lo ha explicado Pepi, que es mi infiltrada en este tema.

He recibido un mensaje y al mirarlo compruebo que se trata de Bruno pidiéndome mi habitación esta tarde para darse un poquito de amor, como él lo llama, con JiSeung. Casi mejor que no les hubiese descubierto porque no se cortan un pelo en mi presencia, se comen a besos, se abrazan y me dan una envidia terrible.

No sé qué va a pasar cuando JiSeung vuelva a Corea, ese tema es un tabú. ¿Y yo? ¿Qué voy a hacer cuando se marchen? En estas semanas me he acostumbrado a estar con ellos en mi día a día y voy a echarles mucho de menos, no quiero ni pensarlo. Porque no lo siento solo como un trabajo, ya no, forman parte de mi vida. Y eso es un error, lo sé, pero ¿cómo hago para evitarlo?

Paso la mañana en casa con Lucía, que me pregunta cómo va el picadero, que si voy a alquilarlo por horas. Y yo le respondo que vamos a medias, que para eso es la dueña. Después de comer me doy una ducha y como tenemos tiempo libre se le ocurre plancharme el cabello, hace meses que no lo hago, necesito casi una hora para amansar mi locura de rizos.

Aprovecho para preguntarle cómo van las cosas con su jefe y me responde que bien, los días que pasaron juntos les han ayudado a conocerse más, la veo ilusionada y eso me gusta. Me hace feliz que mis amigos sean felices, hace que en mi corazoncito vacío el hueco duela un poco menos.

Almorzamos solas, como en los viejos tiempos, porque Bruno va cada día con JiSeung al comedor del conservatorio y Raquel está desaparecida. Carlos ha vuelto y no la vemos desde hace un par de días, cuando se llevó algo de ropa a su apartamento. Desde el incidente de mi ropa interior no ha permanecido en nuestra casa más de diez minutos y siempre con ella al lado cuando yo estoy.

—Y bien, ¿dónde te apetece que vayamos? —pregunto a TaeOh por el retrovisor. Ha salido igual de contento como entró y eso siempre es motivo de alegría. No ha pasado por alto mi cambio de peinado y nada más verme me ha dicho que estoy muy rara así.

—A merendar donde trabaja mi *hyung*.

—Pero ¿hay cafetería?

—Sí. Y tiene unas *yakgwas*, que son galletas de miel, buenísimas y también *yaksiks*, a mi *hyung* le gustan de almendras y nueces. A veces me trae a casa, pero no muchas porque se pican los dientes.

—Bueno, vamos. ¿Sabes la dirección?

—Está guardada en el listado del navegador del coche —me advierte, cómo no iba a estarlo.

Lo trasteo y, efectivamente, en *Mis direcciones* encuentro una llamada Trabajo y la activo. Nos ponemos en marcha y sigo las indicaciones hasta salir de Madrid en dirección norte. En veinte minutos llegamos a un polígono industrial en el que reza KMobile en grandes letras de hormigón blancas en una rotonda a la entrada.

—¿Estás seguro de que podemos ir a merendar a esa cafetería? —dudo, pero él asiente convencido. El camino es de una sola dirección y nos topamos con una garita de vigilancia—. Creo que nos van a decir que demos la vuelta —le advierto antes de detenernos ante ella.

—Coge la tarjeta azul grande que hay en la guantera y se la enseñas —dice muy convencido. Abro la guantera y veo la tarjeta a la que se refiere, con el nombre de la empresa en letras latinas y a saber qué más en coreano. El guarda de seguridad me mira cuando paro a su lado y al mostrársela me deja pasar.

Seguimos el camino recto hasta llegar a un edificio de oficinas de al menos ocho plantas.

—¿Tu otra cuidadora también te traía aquí?

—Sí, muchas veces. Ahí es —indica TaeOh hacia la planta baja, una zona de cristaleras, veo que en efecto se trata de una cafetería, pero no parece tener puerta de entrada desde el exterior. Detengo el vehículo en el aparcamiento.

—Creo que esto es privado, es para los trabajadores, y tu *hyung* está trabajando, no podemos molestarlo.

—Dame la tarjeta —me pide, y se la entrego. TaeOh baja del coche y echa a correr hacia el interior del edificio.

—Eh, espérame —le pido dándome prisa para seguirle. Le alcanzo ante el guardia de seguridad de la puerta.

—Buenas tardes, soy el hermano pequeño del señor Goon, venimos a merendar —le dice mostrándole la tarjeta y el guardia, un señor de mediana edad con entradas pronunciadas llamado Pedro, según su chapa de identificación, contra todo pronóstico nos permite el acceso.

Sigo los pasos de mi pequeño bichito por el interior del edificio, se sabe el camino de memoria, llegamos a la cafetería que, como imaginaba, está llena de empleados. Hay un buen número de coreanos, o de asiáticos, cómo saberlo. Él se dirige directo al mostrador de pedidos donde una chica nos da las buenas tardes. TaeOh pide un chocolate caliente y varios dulces de los que están expuestos en la vitrina y yo saco la tarjeta dispuesta a pagar todo. La chica me pregunta si no voy a tomar nada, le respondo que una botella de agua y nos lo prepara todo en una bandeja en un periquete. Nos sentamos a una de las mesas, entre quienes nos rodean percibo cierta curiosidad, se preguntarán de dónde hemos salido porque al menos TaeOh es evidente que no trabaja para la empresa, pienso divertida.

—¿No crees que te has pasado un poco con los dulces? —le pregunto, ha comprado seis y los

ha organizado en tres montones de dos. También hay tres galletas doradas con forma de margarita que supongo que serán las galletas de miel.

—Hay una *yakgwa* para cada uno. De los otros solo estos dos son para mí, que son de avellanas y esos dos son para ti, de almendras.

—¿Y esos dos más?

—Supongo que serán para mí —dice, sobresaltándome, una voz a mi espalda.

—¡*Hyung*! —proclama TaeOh ilusionado, poniéndose en pie y arrojándose a sus brazos. DoHwan está tan atractivo como le vi esta mañana cuando nos cruzamos en la entrada de la casa, su coche salía y yo entraba. Esos jerséis de cuello alto que suele usar bajo los abrigos le sientan como un guante. También me incorporo para saludarle.

—Pero bueno, menuda sorpresa, ¿qué hacéis aquí? —nos pregunta, parece ilusionado con la visita. Respiro tranquila, me preocupaba importunarle.

—Zoe insistió en venir para que merendásemos juntos —dice inventándose una mentira monumental.

—Eso no es…

—Ah, ¿sí? Qué buenas ideas tiene Zoe —dice DoHwan y me guiña un ojo haciéndome saber que es consciente de que ha sido iniciativa suya.

Toma asiento frente a mí y la chica de la barra se acerca a preguntarle qué desea tomar, pide un té helado que en pocos segundos tiene sobre la mesa. DoHwan toma uno de los dulces y le da un mordisco, hago lo mismo con mi galleta de miel, está deliciosa.

—Muy rica —les digo.

—Está hecha con harina, piñones y miel entre otras muchas cosas. Su nombre significa dulce medicinal en coreano —me explica DoHwan—. ¿Qué tal os ha ido el día?

—Muy bien —responde TaeOh—. Iker y yo hemos jugado al baloncesto y después he estado leyendo un libro en la biblioteca. ¿Y tú?

—Pues llevo todo el día de reuniones y necesitaba desconectar un poco. Así que esta visita me ha venido genial.

—¿Cómo has sabido que estábamos aquí? —le pregunto, me pica la curiosidad, aunque lo supongo.

—Me ha avisado el guardia de la puerta de que mi hermano pequeño y una chica venían a visitarme —explica y da un nuevo bocado a su dulce. Ay, Pedro, que tienes la lengua muy larga —. ¿Cómo has encontrado la cafetería, TaeOh?

—Me trajiste una vez a comer los dulces, ¿no te acuerdas?

—Ah, sí, fue al poco de llegar a España. Tienes muy buena memoria, hermanito.

—TaeOh, me dijiste que tu cuidadora anterior solía traerte.

—Era broma —dice con una amplia sonrisa. Sí que me ha engañado este pequeñajo.

—No se lo tomes en cuenta, Zoe. Los Goon somos capaces de cualquier cosa por conseguir lo que queremos.

—Ya veo. Incluso de contarme una trola.

—¿Qué es una trola? —pregunta TaeOh, aunque estoy convencida de que sabe lo que es a la perfección; no puedo evitar sonreír ante su picardía.

Terminamos de comernos los dulces. DoHwan está especialmente atento y simpático, se nota que le ha hecho ilusión la visita, me encanta esta faceta suya, en la que no puede disimular cuánto adora a su hermanito.

—Bueno, será mejor que nos marchemos que tu *hyung* tiene que trabajar —le digo

limpiándole un pedazo de dulce que tiene en la mejilla con una servilleta.

—¿Quieres ver el cuadro que he puesto en mi oficina? —le pregunta DoHwan y TaeOh asiente decidido—. Vamos.

Nos guía por los pasillos hasta el ascensor, en el camino observo el respeto con el que le saludan todos los empleados, cómo los conoce y los saluda por su nombre, me sorprende, deben trabajar más de un centenar de personas en el edificio.

Cuando llegamos a la planta principal hay una mujer de unos cuarenta años con el cabello recogido en una coleta baja, occidental, que nos saluda al llegar.

—Ella es la señora Dávila, mi secretaria —nos la presenta—. ¿Recuerda a mi hermano, señora Dávila? Y ella es nuestra amiga Zoe, que cuida de TaeOh. —La mujer inclina la cabeza como saludo, imito el gesto. Pasamos a su despacho, que es una habitación grande con un escritorio y una mesa de reuniones en la que caben al menos una decena de personas, un sofá y una gran cristalera con vistas a la sierra y al jardín trasero del complejo empresarial, en el que hay incluso un pequeño lago.

Su despacho es más grande que el primer apartamento en el que vivimos Lucía y yo cuando llegamos a Madrid.

—Bienvenidos a los confines de mi reino —dice y TaeOh echa a correr hacia su mesa y se sienta ante el ordenador. Me acerco a la cristalera y observo el jardín, DoHwan camina hacia donde estoy.

—Siento haber venido e interrumpir lo que estabas haciendo.

—Todo lo contrario, me hace ilusión que estéis aquí. Me ayudáis a desconectar un poco de toda la vorágine de trabajo.

—Mucho estrés, supongo —sugiero y él asiente.

—Nada fuera de lo habitual —admite con una sonrisa que resplandece bajo la luz del atardecer que se cuela por la ventana—. Pero al menos ahora funcionamos como una máquina bien engrasada, cuando llegué nadie tenía claras cuáles eran sus funciones.

—Tú y tu obsesión con el orden —digo en voz baja, pero puede oírme.

—El orden es importante —se defiende fingiendo molestarse por mi comentario y los dos reímos, ¿he dicho ya que me encanta su sonrisa?

—Mi ex solía decir que hay que ser inflexible con los empleados.

—Yo soy bastante flexible, pero exijo el mismo comportamiento. Estás muy guapa con el cabello liso —dice de improviso, busco sus ojos, me observa con algo parecido a la ternura—. Así, me recuerdas a alguien, aunque no sé a quién.

Su cumplido me descoloca, no estoy acostumbrada, no a que vengan de él. Pero yo también sé jugar a este juego de descolocar al otro.

—Tú también estás muy guapo metido en tu papel de director de la empresa familiar —le digo y enseria, como si le hubiese dicho todo lo contrario.

—Esta no es nuestra empresa familiar, en nuestra empresa familiar, mi madre utilizó su voto como CEO para echarme cuando… —indica hacia TaeOh y entiendo a lo que se refiere. Su madre no solo le dejó sin su amor, sino que además le dejó sin trabajo y todo por su odio hacia ese pequeño que toquetea distraído las teclas del ordenador, sin saber la clase de sacrificios que ha hecho su hermano mayor por cuidarle. Se me encoje el corazón solo de pensarlo, sin embargo, en el rostro de DoHwan no encuentro muestras de dolor, está acostumbrado a mantener el tipo, a fingir que todo va bien pase lo que pase—. Esta empresa pertenece al padre de una de mis amigas del instituto que cuando supo que mi madre me había despedido hizo que me contratase

de asesor de uno de los directivos. Pasé de jefe en la empresa de mis padres, a asesor en esta, pero en menos de dos años ya había ascendido a jefe júnior y surgió la oportunidad de venir aquí. Si cumplía los objetivos, cuando volviese tendría asegurado un puesto de directivo en el comité de administración, ese fue el trato.

—No puedo imaginarme lo duro que ha debido ser para ti pasar por todo eso. Quiero que sepas que, si cuando volváis a Seúl, alguna vez necesitas hablar con alguien, no importa si son las tres de la mañana, estaré aquí para ti —digo posando mi mano en su antebrazo. Quizá sea una idiota, y estoy rebajándome, ofreciéndome como amiga cuando él me ha rechazado, pero es lo que siento. DoHwan me derrite con su mirada profunda.

—¿Por qué? ¿Por qué dices esas cosas? Ya no estarás trabajando para mí, ni nos unirá ningún tipo de relación laboral. —Parece molesto por mi ofrecimiento, no puedo entenderlo.

—¿Por qué? Porque todos necesitamos a alguien que nos escuche y con quien compartir nuestra carga.

—Yo no —dice y da un paso atrás, apartando la mirada. Le miro de pies a cabeza, ¿qué tipo de papel quieres representar, DoHwan? Yo te he visto, he visto tu interior y es hermoso, aunque no te sientas atraído por mí, aunque quizá nunca lo hagas, eres alguien a quien merece la pena conocer.

—Conmigo no tienes que fingir.

—No estoy fingiendo. No quiero que te preocupes por mí, preocúpate por TaeOh, o por JiMin…—me suelta. Es la segunda vez que me hace referencia a JiMin, la primera fue en el garito en el que tocan y no sé a qué viene tanta insistencia en él.

—¿Por JiMin? ¿Es que le pasa algo?

DoHwan aparta la mirada y voy a preguntarle qué narices pasa porque siento que me estoy perdiendo la mitad de la película. Pero entonces alguien entra en la habitación, es un tipo de edad media, con bastantes entradas y barriguita cervecera, de rasgos asiáticos también, que se muestra sorprendido al vernos allí. Su cara me suena, aunque no sé de qué. No me gusta su expresión, no sé por qué, pero no me gusta en general.

—Buenas tardes, no sabía que tenías visita —dice en un español bastante aceptable. DoHwan parece molesto, más aún, está tenso como un cable de acero.

—¿Necesitas algo?

—Comentarte un par de cosas.

—Las vemos en diez minutos, si no te importa, cuando ellos se marchen.

El tipo asiente sin dejar de mirarme, como si pretendiese hacerme un retrato.

—Claro. Encantado de verla de nuevo, señorita Lago —dice, y entonces me doy cuenta de que sí que nos hemos visto antes.

—¿Os conocéis? —pregunta DoHwan extrañado.

—Sí, la conocí la noche en la que salimos a cenar con la señorita Maeng JiYu y tuve que llevarte a casa. —DoHwan aparta la mirada, aún le avergüenza haberse emborrachado ese día, le conozco lo suficiente para saberlo. Otra vez la Nancy Flequillo de por medio, pienso—. Bueno, ahora nos vemos —dice, y sale del despacho dedicándome antes una sonrisa que llena sus mofletes y achica sus ojos rasgados.

Voy a la mesa de escritorio a por TaeOh.

—Será mejor que nos vayamos ya, tesoro.

—¿Qué cuadro es el que querías enseñarme, *hyung*? —le pregunta.

—Ah, es cierto. Este —dice señalando a la fotografía enmarcada en tamaño gigante sobre el

sofá de piel de dos plazas, es la imagen de un amanecer o un atardecer en una playa con el horizonte en calma, con un barco pesquero al fondo, más allá de una línea de arrecife, con gaviotas sobrevolando el mar anaranjado—. Fíjate bien, ¿lo reconoces?

—¡Es Daecheon!

—Sí, es Daecheon. Me lo ha regalado el tío YoungBin para que podamos soportar el tiempo que nos queda antes de volver —revela, sus gestos han vuelto a dulcificarse al hablar de ese lugar que tanto significa para él.

—¿Es el pueblo de tu infancia? —pregunto.

—¿Recuerdas que te he hablado de él? Aunque no es exactamente un pueblo…

—Me contaste que es el lugar en el que has sido más feliz —rememoro sus palabras y el cariño con el que hablaba de aquel lugar.

—DoHwan dice que algún día viviremos allí, cuando nos cansemos de Seúl.

—Parece un sitio precioso.

—Lo es.

—Cuando volvamos, Zoe puede venir a visitarnos y la llevaremos a la marisquería del señor Chan —sugiere TaeOh.

—Ojalá, pero está muy lejos, Bichito.

—Nunca se sabe —responde DoHwan.

—Bueno, ahora sí, vámonos que tu *hyung* tiene que seguir trabajando —le urjo ofreciéndole mi mano para marcharnos y TaeOh la toma..

—¿*Hyung*, crees que JiSeung estará ya en casa? —le pregunta.

—No lo creo, debe estar en el conservatorio aún —responde DoHwan convencido. Sí, seguro, repasando el cuerpo de Bruno, del derecho y del revés en mi casa, pienso.

—Es que me ha prometido que hoy veríamos la nueva peli de Thor.

—Yo la veré contigo, no te preocupes —le digo y tiro de él hacia la salida—. Gracias por atendernos.

—No, gracias a vosotros, a ti, por traerle aquí —dice con mirada soñadora antes de que nos marchemos. ¿Por qué no puede ser siempre así? ¿Por qué tienen que marcharse tan pronto?

Cuando llegamos a la casa, JiSeung, como pensé, no está. TaeOh va a tener que esperar un poco y se enfada porque habían quedado, se sienta en el sofá con los brazos cruzados sobre el pecho y no quiere hacer nada. Trato de convencerle diciéndole que habrá perdido el autobús y me responde que él siempre va en taxi o en Uber, qué ingenua soy al no darme cuenta de que el autobús y el metro son para las mindundis como yo. TaeOh se pone en pie y sube a su cuarto a por su Tablet, pienso que va a distraerse con ella, pero cuando llega a mi lado me doy cuenta de que está llamando a JiSeung por videollamada.

—Dime dónde está la película y la vemos, si quieres hago palomitas —sugiero, pero no está por la labor.

Sigue llamando una y otra vez, es igual de cabezota que yo, río para mí. Entonces recibo un mensaje en mi móvil personal, es de JiSeung, un selfie en el que aparecen Bruno y él abrazados, en mi cama, sin camiseta, y JiSeung está haciendo el signo de rezar.

JiSeung: *Distráelo solo media hora, por favor* 🙏.

Zoe: *¿Dónde está la película?*

JiSeung: *Está en la estantería blanca que hay sobre el cabecero de mi cama, junto a unos*

*vinilos.*

Zoe: *Vale, se la pongo, pero me debéis una, otra más quiero decir…*

JiSeung me envía una carita sonriente como respuesta.

—TaeOh, creo que sé dónde está la película. Voy a comprobarlo. —Subo a la habitación de JiSeung y busco en el lugar adecuado, la encuentro con facilidad. Bajo con ella y me deshago del plástico que la recubre, TaeOh se encarga de ponerla en la pantalla. Miro en la carcasa cuánto dura, dos horas. Miro el reloj, son las siete, va a acabar al tiempo justo de cenar y acostarle.

—¿Puedes hacer palomitas, Zoe? —me pregunta con una gran sonrisa bajo las gafas redondas, poniéndose las manos bajo el rostro imitando a los angelitos, no es la primera vez que me lo hace, es de lo más gracioso.

—Solo unas poquitas que después tienes que cenar, y solo si las encuentro —le digo y me voy a la cocina.

Busco por los armarios en los que suelen guardar la comida, pero no las hallo, así que me voy al almacén del garaje, sigo buscando cuando llega JiMin con su coche, un Mercedes pequeño perfecto para la ciudad y lo aparca junto al que utilizo. Se asoma por la puerta del almacén al verla abierta, supongo, y me encuentra allí mirando arriba y abajo.

—Hola, Zoe, ¿qué buscas?

—Palomitas, TaeOh está viendo una peli de Thor y quiere que le haga unas pocas.

—Creo que están aquí —dice pasando su brazo por encima de mi hombro en el pequeño espacio, acercándose mucho a mí, por un momento incluso temo que vuelva a besarme, o a intentarlo, pero coge el paquete que está justo detrás de mi nuca. Me las entrega. Son palomitas naturales, biológicas y ecológicas como todo lo que se compra en casa de los Goon, ingenua de mí que esperaba palomitas de microondas. Salimos del habitáculo y me dirijo a la cocina para prepararlas, JiMin sigue mis pasos.

—Hay un palomitero —me informa y saca una pequeña máquina de una de las puertas y la conecta. Me explica cómo funciona y la pongo en marcha.

Mientras, él se prepara un té en silencio y cuando las palomitas comienzan a salir pone una taza ante mí. Me fijo que sobre la encimera hay otra para él.

—Toma, es té de sencha coreano. Es mi favorito —dice, me lo llevo a los labios y lo pruebo, es té verde y está delicioso—. ¿Te gusta?

—Sí, está muy rico.

—Cuando nos casemos te lo prepararé todos los días —afirma con una sonrisa haciéndome reír.

—JiMin, ya te he dicho que no te veo de ese modo. Además, nunca podría compartirte con todas tus *gruppies*. —Mis palabras no le hacen perder la sonrisa, conoce mis sentimientos, no es la primera vez que se lo digo.

—¿Y crees que… nunca, nunca jamás, podrías verme de ese modo? ¿Podrías afirmar eso? —pregunta dando el paso que nos separa. Está guapísimo, con el cabello rubio despeinado y los aretes plateados que le dan ese aire rebelde. Quizá sea, en términos objetivos, el más guapo de los hermanos Goon, pero le siento como un amigo, nada más. Reflexiono un momento sobre su pregunta, nunca, nunca jamás… Cuando dejé de fumar después de un par de años tonteando con el tabaco, con veinte recién cumplidos, dije que nunca jamás volvería a fumarme un cigarrillo y en el último cumpleaños de Lucía cayeron un par. Pero ahí quedó la cosa.

—JiMin, no soy de afirmaciones categóricas, pero cuando te miro siento como si estuviese mirando a mi hermano. Eres muy atractivo, eres buena persona, y con esa sonrisa estoy segura de

que cualquier chica se sentirá afortunada de que te intereses en ella.

—Cualquier chica que no seas tú, quieres decir.

# Capítulo 48

## DoHwan

*Largate o ellos lo lamentaran.*

Reza en español la nota escrita en el dorso de la fotografía en la que aparecen Zoe y TaeOh en el coche que le he cedido, entrando en nuestra propiedad. En esta ocasión no se trata de un correo electrónico, sino de una carta, ha llegado con el correo al medio día, justo tras el almuerzo, y la señora Dávila vino veloz a entregármela al descubrir que venía a mi nombre, pero no tenía remite.

Si quien la envía supiese que tan solo me quedan unas pocas semanas en el país quizá estas amenazas pararían.

¿Por qué justo ahora? Mi aceptación como nuevo director de la filial española no fue sencilla. Cuando el señor Yeon decidió que viniese a actualizar la política de la empresa, un eufemismo de poner orden y revisar que los protocolos se estaban cumpliendo estrictamente como él los había establecido, ya imaginaba que cambiar el modo de trabajar de una plantilla que lleva más de una década desviándose del camino correcto, no iba a ser precisamente un camino de rosas. Y no lo fue. El antiguo director había descuidado los procesos casi tanto como la pulcritud en el ambiente laboral en cuanto a normas e instrucciones, había descuidado las políticas de calidad y retroalimentación de los clientes. Todo eso antes de marcharse a trabajar a otra compañía, una japonesa, en los Estados Unidos. Provocando el retraso en el estreno del nuevo modelo de Tablet íntegramente fabricada en España, la KM XP, con el doble de autonomía y velocidad de navegación de todas las marcas actuales en el mercado, por la filtración a la competencia de información sobre datos concretos del dispositivo.

La traición del antiguo director llevó al señor Yeon a tomar la determinación de poner al cargo a alguien de su absoluta confianza y tuve el honor de ser el elegido.

Todos creían que Kim JongSuk sería el nuevo director. Estoy convencido de que para él debió ser un jarro de agua fría descubrir que no era el sucesor designado. Sin embargo, nunca me ha mostrado frialdad u oposición, todo lo contrario. Supongo que por nuestra relación previa. Habría entendido sus recelos, pero agradecí encontrar su apoyo y su mano amiga cuando aterricé en un país con costumbres tan distintas a las del mío.

Aún recuerdo ese primer mes en el que permanecí solo, alojándome en un hotel mientras buscaba la mejor casa para TaeOh, los mejores asistentes para el hogar y para su cuidado, el

mejor colegio, algo en lo que ha resultado evidente que fallé, extrañándole cada día, aun sabiéndole contento bajo el cuidado de la tía EunJi.

Puedo soportar que me amenacen, no darle importancia y justificarlo con todo esto, pero que amenacen a mi hermano pequeño y a la mujer que… a Zoe, eso no puedo permitirlo.

Ayer, cuando les tuve en este mismo despacho, me sentí feliz sin ningún motivo. Es algo que no puedo explicar con palabras, una sensación en el estómago de que todo está bien cuando estamos juntos. Me olvidé del estrés, de los objetivos de ventas, me olvidé de cualquier cosa que no fuesen ellos. Y ahora, con esta fotografía en mis manos, con la certeza de que alguien se ha atrevido a amenazar con hacerles daño, no puedo quedarme quieto un solo segundo más. Sea quien sea va a pagar por atreverse a amenazar a mi familia, a mi hogar, y lo va a pagar caro.

Dejo todo lo que tengo a mi alrededor, la montaña de papeles puede esperar, y me acerco a la comisaría de policía más cercana para denunciar las amenazas que he estado recibiendo en el último año. Doce emails y una carta separados por meses, los últimos tres más seguidos.

Hasta este momento me había negado a comentar el problema con el señor Yeon, pero llegado este punto no me queda más remedio que llamarle y cuando lo hago, como me temía, insiste en ponernos seguridad mientras se investigan los hechos.

Y a JiMin y JiSeung, por supuesto. Ese será un tema complicado de tratar con ellos, que su independencia se vea afectada porque un extraño deba acompañarlos todo el tiempo no les va a ser fácil de aceptar.

Sigo convencido de que se trata de un empleado disgustado, nada más, pero no puedo ponerles en peligro. Hablaré con Zoe, trataré de no asustarla y de que TaeOh no se dé cuenta de nada.

—Señor Goon, el señor Kim está aquí, ¿puede pasar? —me pregunta mi secretaria por teléfono, a ella le pido absoluta discreción sobre el tema. La empresa es, como todas, una máquina de propagar rumores y un escándalo nunca es beneficioso de cara al público. Acabo de volver de comisaría.

—Dígale que pase.

Kim JongSuk entra con expresión de incomodidad y cierra tras de sí. Su rostro redondeado quiere sonreír, pero no lo logra por completo. Lo sabe.

—Buenas tardes, DoHwan, ¿te apetece un café? —Trata de disimular, pero no lo logra.

—¿Cómo te has enterado? —Voy directo al grano.

—Requena, el guardia de seguridad, dice que te ha llegado un sobre sin remitente y que tu secretaria se ha puesto muy nerviosa.

—Son amenazas, no es la primera vez que las recibo.

—Y… ¿por qué no has dicho nada?

—¿Para qué? Debe tratarse de algún empleado molesto con mi forma de trabajar, o que haya sido despedido con la reestructuración… Alguien cuyo sufrimiento le lleva a hacer algo así.

—¿Sospechas de alguien?

—No.

—Hiciste muchos cambios cuando llegaste, debe de haber mucha gente disgustada —me dice y casi suena a reproche, a pesar de que él nunca se quejó de mi modo de organizar el trabajo, incluso en lo que se refería a su puesto, donde aumenté mucho el control y la fiscalización de las compras.

—Mi modo de trabajar es el que marca la directiva de la empresa, y es algo que jamás debería

haber degenerado del modo en que lo hizo —digo molesto, JongSuk lo nota, por supuesto, y desciende la mirada y asiente, aceptando su parte de culpa en todo eso.

—¿Y qué te dicen en esas amenazas?

—Frases que muestran desesperación, dolor, rabia… Me piden que me marche —digo mostrando una menor preocupación de la que siento en realidad—. Si creen que pueden amedrentarme de ese modo están muy equivocados. Jamás me doblegaré ante una amenaza. Lo he puesto en manos de la policía y el señor Yeon también lo investigará a su modo.

—¿Qué quiere decir eso?

—El señor Yeon tiene sus propios métodos extraoficiales. Siempre los ha tenido.

—¿Qué tipo de métodos? —insiste.

—Se nota que no le conoces… El señor Yeon se entera de todo, tengo más fe en su investigación que en la de la policía.

—No. No le conozco, nunca me ha permitido hacerlo —afirma con pesar. Es cierto, desconozco por qué nunca han valorado su labor en el departamento de compras, suele gastar mucho dinero, pero también puede ser eficaz. Si fuese capaz de mantener la línea que he trazado sería un buen candidato para sustituirme cuando me marche, pero el señor Yeon no parece convencido de ello. Pronto habrá que tomar esa decisión. Todos creen que mi destino es mucho más duradero, porque es un secreto que mi compromiso fue por dos años, pero les quedan apenas unas semanas para descubrirlo.

—Le conocerás, estoy seguro.

Él sonríe y se encoje de hombros.

—¿Te apetece ir a tomar una copa después del trabajo? Para desconectar —sugiere achicando los ojos con una sonrisa. Yo solo tengo un deseo al salir del trabajo, ver a dos personas, una, mi hermano pequeño, otra, la mujer de los labios con sabor a dulce de arroz. Sí, a eso me supieron sus labios, han pasado más de dos semanas desde que nos besamos y no he podido olvidarlos. A pesar de que debo hacerlo.

—Gracias JongSuk, pero tengo trabajo en casa, unas evaluaciones de ventas —miento, y detesto hacerlo. Pero el trabajo es la única excusa que Kim JongSuk aceptará. Asiente disgustado. Tiene una esposa y dos hijos pequeños esperándole en casa, no entiendo su disgusto.

—Bueno, nos vemos ahora en la reunión de objetivos, ¿no?

—Sí, claro —le despido con cierta celeridad porque mi móvil comienza a sonar, es mi mejor amigo, YoungBin, le envié un mensaje pidiéndole que me llamase, pero son las doce de la noche en Seúl, no creí que lo viese hasta mañana. JongSuk sale de mi despacho y recibo la llamada—. Buenas tardes, o buenas noches para ti.

—Hola, DoHwan. ¿Qué tal estás, hermano?

—Bien, con mucho trabajo, ¿y tú?

—He estado cerrando unos informes legales para tu madre, la cúpula directiva quiere comprar una pequeña empresa en Canadá que trabaja con productos de sirope de arce, pero tenían un contrato anterior con otra empresa y me han encargado que investigue si no hay problema en adquirirla… ¿Y por qué estoy soltándote todo este rollo? —ríe para sí—. Cuéntame, qué te sucede, ¿algún problema legal?

—He recibido más amenazas.

En los siguientes veinte minutos le cuento que la carta se la ha quedado la policía para tratar

de extraer huellas. Le hablo de que también he entregado los emails anteriores y de las medidas a tomar por parte de la empresa.

—Estoy muy enfadado ahora mismo, no deberías haber esperado tanto para denunciarlo, hermano.

—Aún no creo que haya que darles tanta importancia.

—¿Que no tienen tanta importancia cuando se han molestado en averiguar dónde vives y espiar a tu hermano pequeño y su niñera? DoHwan, en esta ocasión te has pasado de cabezota. —Sé que merezco la regañina y la aguanto estoico—. ¿Están ya los guardaespaldas con vosotros?

—Comienzan mañana, tranquilo, hoy seremos muy cuidadosos. Y esta noche una patrulla de la policía vigilará nuestra casa, es lo único que me han ofrecido.

—Ven ya de una vez, DoHwan. Dile al señor Yeon que hacéis las maletas y os marcháis.

—No puedo, tengo todo planeado para principios de julio y además esa persona creería que me marcho por miedo, que ha ganado y no puedo permitirlo.

—Pues al menos informa a los empleados de que te marcharás a inicios del verano.

—Voy a tomar todas las precauciones, YoungBin, te lo prometo, pero no voy a permitir que alguien que no tiene nada mejor que hacer con su vida controle la mía. —Le oigo resoplar al otro lado del aparato—. Estate tranquilo, de veras, estoy bien.

—Me dan ganas de coger un vuelo a España mañana mismo para comprobar con mis propios ojos que has tomado todas las medidas necesarias. —Sé que acabo de darle la noche, la semana y el mes y que no descansará tranquilo hasta que TaeOh, los mellizos y yo estemos de vuelta en Seúl.

—Confía en mí.

—De todo esto a tu madre…

—Ni una palabra. Desde donde está no puede hacer nada y no quiero que se preocupe, al menos por JiMin y JiSeung —digo con pesar.

—Sé que es un tema del que hemos pactado hablar lo menos posible, DoHwan. —Duele demasiado, por eso lo acordamos así—, pero tu madre te quiere. De un modo egoísta y poco razonable, pero te quiere.

Alguien llama a mi puerta y la abre un poco, asomándose. Es Mauricio Peláez, jefe de contabilidad, tenemos una reunión que ya debería haber empezado. Le hago una señal entre el dedo índice y el pulgar de que tardaré muy poco, él asiente y sale de mi despacho.

—Tengo que dejarte, YoungBin. Cuídate.

—Cuídate tú también. Te echo de menos.

—Y yo a ti. Hablamos.

La reunión se alarga tediosamente y eso me atrasa el trabajo. Hoy no quería llegar demasiado tarde, para poder hablar con Zoe con calma. También he pedido a los mellizos que no se retrasen demasiado, he quedado en contarles algo importante.

Mi móvil suena ante la recepción de un mensaje y lo miro con el corazón acelerado. El mensaje es de Zoe, es como si la hubiese invocado de algún modo con mis pensamientos.

Zoe: *Hyung, te invitamos a merendar.*

Reza bajo una foto en la que aparecen juntos comiendo una macedonia de frutas con algún que otro trazo de sirope por encima y una especie de crema. No están en nuestra casa, sino en la suya de nuevo.

Zoe: *Es sirope de agave con mantequilla de cacahuete. Supersaludable.*

Recibo acto seguido, como si me hubiese leído la mente, y no puedo evitar sonreír.

Yo: *Me encantaría merendar con vosotros, pero tengo una tonelada de informes de gestión que revisar.*

Vuelve a enviarme una foto con un filtro en el que aparecen ambos con los ojos enormes con cara de pena.

Zoe: *Mañana vendrá otro día. Hoy tenemos macedonia y ganas de compartirla, mañana no lo sabemos.*

Lo cierto es que quizá podría escaparme, así podría aprovechar para hablarle de las amenazas tratando de no preocuparla. Mañana la recogerá un chófer de seguridad que la llevará a mi casa y después al colegio, dentro TaeOh está seguro, aunque he llamado a la directora para informarla de la situación. El chófer se quedará junto a Zoe todo el día hasta que lo recojan del colegio y vayan a casa, después la llevará hasta la suya, quizá ella no corre peligro, pero me preocupa demasiado que puedan hacerle algo.

Será mejor que vaya a hablar con ella. No tengo la menor idea de cómo se lo va a tomar.

# Capítulo 49

## Zoe

Cuando me tropiezo con sus ojos oscuros al abrir la puerta no puedo creer que me haya hecho caso y haya venido a merendar con nosotros. Sonríe, pero no es una sonrisa sincera, le conozco lo suficiente como para saberlo, le sucede algo.

—Hola.

—Hola, qué sorpresa —digo haciéndome a un lado para permitirle pasar—. Ya no queda macedonia —advierto llevándome el dedo índice a los labios y chupando la yema, le queda algo de sirope. Percibo cómo mira mis labios y no puedo evitar mirar los suyos—. Aunque puedo prepararte un té.

—Un té está bien.

—Vamos, TaeOh está en el salón, dibujando con una amiga. —Me sigue por el pasillo, saberle detrás me produce un cosquilleo eléctrico en la nuca que no puedo explicar, es como si percibiese su aura.

Cuando llegamos al salón Raquel está enseñando al pequeño cómo se dibuja un cuerpo humano a grandes rasgos en un papel, han hecho varios bocetos mientras yo fregaba los platos. Hoy no ha salido con Carlos, Bruno piensa que han discutido, pero como es tan reservada no me atrevo a preguntarle, ella nos lo contará cuando esté preparada. Mientras, actúa como si no pasase nada, aunque está más seria de lo habitual.

TaeOh corre a los brazos de su *hyung* en cuanto lo ve llegar.

—DoHwan, ella es mi amiga Raquel. —La saluda con un leve gesto de su cabeza que ella imita, antes de alzar al pequeño por los aires y estrecharlo contra su pecho.

—Me encanta —me susurra mi amiga cuando paso por su lado rumbo a la cocina—. Se ve un padrazo y está cañón.

—Lo es, como si fuese su padre, y el resto solo hay que verlo —admito y sonrío. TaeOh agarra a DoHwan de la mano y le saca al jardín, él me mira como pidiendo permiso y asiento.

—¿Por qué no puedo encontrar a un tío que merezca la pena, Zoe? —dice Raquel girándose hacia mí en el taburete de madera, en la barra que comunica cocina y salón. Va a abrirse, así que no digo nada. Cualquier cosa podría hacer que se arrepintiese—. ¿Es que ya no quedan? ¿O es que busco un puto perfil de tío mierda una y otra vez? ¿Es eso? ¿Es que lo busco o es que me lo merezco?

—Si tú te mereces algo, es a una buena persona —le digo, rellenando el hervidor de agua y conectándolo antes de ir hacia ella y abrazarla.

—Pero es que no lo entiendo, Zoe. —Su voz se entrecorta por las lágrimas contenidas—. ¿Qué tengo de malo? ¿Por qué solo atraigo a imbéciles?

—¿Tú? ¿Qué vas a tener de malo tú? Si eres un cañón de tía, y encima eres inteligente y buena persona. —Se echa a reír entre lágrimas y se aparta y me mira a los ojos.

—Carlos me ha propuesto un trío, contigo.

—¿Conmigo? Pero ese está tonto o qué.

—Quería que te lo propusiese yo y te convenciese como fuera. Pero él no quiere hacer un trío, lo que quiere es follar contigo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que se fuese a la mierda. Y no para de mandarme mensajes. No quiero estar con un tío así, no me lo merezco —me dice haciendo pucheros. La abrazo con fuerza.

—Claro que no te lo mereces, te mereces a alguien que te quiera como eres, preciosa y maravillosa.

—Siento haberte llamado exagerada por lo de las bragas.

—Tranquila. Lo cierto es que me dolió que dudases de mí, pero estabas tan cegada con él… No pasa nada, Raquel. —Me aprieta con fuerza contra sí de nuevo y después se aparta con una sonrisa triste.

—Me voy a seguir trabajando. No quiero pensar más en eso… Tengo mucho curro, a final de mes monto una exposición.

—Eso está genial.

—Sí. En la sala Bauhaus, en el centro. La directora de colecciones fue mi profesora en la universidad y ha contactado conmigo para ver qué tenía y bueno, le he enseñado las pinturas y las esculturas y me ha dicho que será de unas quince obras.

—Hala, qué bien.

—Pues sí. Estoy muy contenta por eso. Así que voy a seguir. —Se despide y se retira a su Batcueva.

Por un lado lamento que esté triste y pasándolo mal por ese gilipollas que además parece obsesionado conmigo. Pero ¿qué narices le pasa? Y por otro me alegro muchísimo de que se haya quitado de encima a esa garrapata con cámara de vídeo que solo pretendía sorberle la vida.

¿Por qué nos cuesta tanto darnos cuenta cuando tenemos un capullo al lado? De verdad, con lo evidente que es para quienes nos rodean, seguimos obcecadas en que todo el mundo está ciego menos nosotras. Como los kamikazes de la autopista, que creen que todos van al contrario menos ellos. Seguimos empeñadas en darles otra oportunidad, y otra, y otra, y venga a justificar a nuestras parejas… Y si nos tratan como una mierda pero un día nos dan cariño, ahí estamos fieles de nuevo. Llega un momento en el que o abres los ojos, o te los tapas para siempre. A mí me los destapó él, y al final fue una suerte porque si no seguiría con alguien que no me valoraba y un problema cervical, por eso de engancharse en los marcos de las puertas.

Preparo el té y salgo al jardín con las dos tazas. TaeOh está sentado en el suelo metiendo bolas por un laberinto que Raquel construyó hace un par de años para sus sobrinos, de esos en los que la bola va haciendo cosas en cascada mientras cae, rueda, salta, golpea fichas… Antonio y Luis se han aburrido ya del juego, pero para TaeOh es todo un descubrimiento. DoHwan está sentado en el sofá de ratán, me coloco a su lado y le ofrezco una de las tazas.

—No es tu té especial de Corea, ni lo ha preparado la señora Choi, pero creo que me ha

quedado bastante decente —digo y él lo acepta con una sonrisa ladeada. Nuestros dedos se rozan sobre la cerámica y nuestros ojos se buscan y a mí se me acelera el corazón. Él carraspea, antes de dar un sorbo.

—Está muy bueno. Se te da bien todo, al parecer. —Uy, un cumplido, estoy a un tris de ponerme roja.

—Casi todo —puntualizo con ironía y él ríe. No se ríe a menudo, pero su risa es bonita, porque es sincera y discreta.

—¿Y qué se te da mal?

—¿La disciplina? —sugiero y asiente.

—Es perdonable, si actúas por una buena causa. Mi tía EunJi siempre dice que la disciplina sin motivo justificado es mera tortura para la mente.

—Pues tú eres muy disciplinado —digo antes de dar un sorbo a mi té. Es té verde con jengibre y está delicioso.

—Me enseñaron a ser así desde pequeño. A obedecer a mis padres sin dudar y a respetar a mis abuelos y a mis tíos. A ser un buen hijo coreano. Y traté de hacerlo, hasta que fue imposible.

—Estoy segura de que lo eres, a pesar de las diferencias con tu madre. Eres un buen hijo y una buena persona.

—Gracias, no imaginas lo importante que es para mí que pienses así.

DoHwan me mira a los ojos con fijeza y siento que sus labios, que su cuerpo me llama, que me necesita. Me inclino hacia él en el sofá dispuesta a besarle, y él me abraza, evitándolo. Me estrecha contra su cuerpo, en silencio, dejándome claro que su postura no ha cambiado, pero con delicadeza, con la que me dice que no quiere hacerme daño. Soy una ridícula que se queda pillada de un tío que ni en sueños va a tener algo con ella, ya me lo dejó claro el otro día y acaba de reafirmármelo con una *cobra* como una catedral.

Cuando me alejo de su cuerpo no puedo sentirme más estúpida, una auténtica idiota. ¿Cómo he podido lanzarme a besarle? Pero es que… sus ojos dicen una cosa y sus labios otra muy distinta. Y no he pensado, sencillamente no lo he hecho. TaeOh sigue distraído con el laberinto. Me siento incómoda y él lo percibe de inmediato. Va a decir algo para tratar de que no me sienta tan mal y va a conseguir todo lo contrario.

—Zoe yo…

—Voy a por un vaso de agua, ¿quieres? —digo y antes de que me conteste me pongo en pie y me meto en la casa. Que no venga, por favor, que no venga, que me dé el tiempo que necesito para recomponerme.

Me sirvo el vaso de agua con el que pretendo tragar el bochorno y bebo. Entonces él entra por la cocina, inspiro hondo, pidiendo al cielo que no me diga nada. Pero por la expresión contrariada de sus ojos deduzco que no voy a tener suerte.

—Zoe…

—¿Has merendado? ¿Quieres una manzana? —Me vuelvo y cojo una del frutero.

—Zoe, quiero explicarte… No quiero que te sientas… —comienza. No voy a poder callarme lo que pienso, no voy a poder.

—¿Ridícula por intentar besarte? ¿Eso es lo que no quieres que me sienta? Porque lo hago.

—Zoe yo…

—Tú. Tú me confundes… No te imaginas cuánto. —Baja la mirada, parece avergonzado, pero seguro que no hasta el punto en el que lo estoy yo —. Me dices cosas… no sé, lo mismo es normal en Corea, pero cuando estamos a solas, siento que… como me miras, como me hablas…

Percibo que hay química, que los dos la sentimos… No lo sé. ¿Estoy equivocada? Porque siento que tú quieres… Y, sin embargo, no quieres… ¿Es porque eres mi jefe? Para mí no es un problema…

—No es porque sea tu jefe, eso no tiene nada que ver. —Su teléfono móvil comienza a sonar y busca el aparato en el bolsillo. Al ver el número su expresión cambia, me hace un gesto con el que me indica que debe recibir la llamada y se aparta unos pasos. Sale al jardín y le observo por la ventana de la cocina, parece preocupado, inquieto al menos. Segundos después vuelve con la cara descompuesta.

—Perdóname, Zoe. Tengo que irme. —Por su expresión sé que sucede algo y algo grave.

—¿Qué pasa?

—Es mi tía EunJi, mi tío Hong DaeGon, el hermano más pequeño de mi madre, acaba de llamarme. Al parecer ha sufrido un infarto y están trasladándola al hospital, van a intervenirla, está bastante grave. Tengo que irme.

—¿A Corea?

—Sí. No puedo dejarla sola. Voy a hacer la maleta.

—Vale. Vete. Voy enseguida con TaeOh y te ayudo —le digo y él asiente.

—Tenemos una conversación pendiente, de veras, y te hablaré con sinceridad —me dice antes de despedirse de su hermano y salir de mi casa como alma que lleva el diablo.

Aviso a Raquel con prisas y me dirijo a su casa con TaeOh.

La señora Choi y SoonJo ya no están, como es habitual, pero tengo que avisarlas en cuanto sepa a qué hora sale el vuelo a Corea. Me pregunto si JiMin y JiSeung irán con él. También tengo que preparar la maleta de TaeOh. O también puedo decirle a DoHwan que podría quedarme con él estos días. Subimos a la planta superior y le oigo en su habitación, hablando en coreano por teléfono, está bastante alterado. La tía EunJi es como una madre para él. Entiendo lo nervioso que está, y revivo cómo me sentí cuando fue mi padre quien sufrió el infarto estando a más de quinientos kilómetros, no quiero imaginar cómo se sentirá él estando a diez mil.

TaeOh ha cogido las cosas más importantes, su peluche favorito, el Señor Puerro, protagonista de una serie infantil coreana, sus patines y las consolas. Me quedo mirándole y se encoje de hombros.

—¿Cabrá todo?

—No puedes llevarte eso ahora. Solo vas a estar fuera unos días y el Señor Puerro puede ir, pero los patines y las consolas te estarán esperando cuando vuelvas.

—¿La tía EunJi está muy enferma?

—No lo sé, cariño. Mejor pregúntale a tu *hyung*.

—Espero que no esté muy malita, la tía es muy buena, siempre que vamos a verla tiene caramelos y se ríe mucho.

—Seguro que no es nada importante. —DoHwan le ha dicho en mi casa que la tía se ha resfriado y tienen que ir a comprarle unas medicinas especiales que solo él sabe dónde las venden. Le beso en la frente—. Voy a prepararte ropa para el viaje —digo y busco en mi móvil el tiempo en Corea del Sur. Es algo más frío que en Madrid, así que meto camisetas de manga larga y alguna corta y varias chaquetas.

TaeOh baja al salón a elegir un libro para leer en el vuelo.

DoHwan sigue hablando por teléfono en coreano en su dormitorio. Estoy cerrando la maleta que he encontrado en el altillo del armario cuando entra en la habitación.

—Ya está, he metido ropa para cinco o seis días. —Tiene la mirada perdida, está pensativo y muy preocupado.

—Gracias, Zoe.

—¿JiMin y JiSeung ya lo saben?

—Sí, acabo de llamarlos.

—¿Ellos irán con vosotros?

—Los dos quieren venir, pero están con exámenes y no sé cuántos días podemos pasar allí. Acabo de hablar con mi tío y me ha dicho que en este momento está estable, si sigue así hasta mañana o pasado no le harán un cateterismo, de lo contrario tendrían que hacerlo de urgencia. Por eso les he dicho a los dos que es mejor que esperen, al fin y al cabo, según mi tío, no dejan a nadie pasar a verla. Cuando llegue les llamaré según vea la situación y les diré que vengan o que esperen.

—Así que vais solos TaeOh y tú.

—Sí, salimos a las diez de la noche hacia Seúl. Viajamos en el avión privado de la compañía. Son unas doce horas de vuelo.

—Uf. Un viaje muy largo. Pobre TaeOh.

—Lo sé. Y, además, no sé cómo voy a apañármelas con él, porque no puedo llevarle al hospital y…

—Yo puedo cuidar de él.

—En serio, ¿nos harías ese favor? Lo cierto es que lo había pensado, pero no me atrevía a pedírtelo.

—No me importa en absoluto, da igual si es una semana o son más días… —DoHwan me abraza. Sin pensarlo, me rodea con sus brazos y entierro el rostro en su pecho, que huele de maravilla. Cerraría los ojos y dormiría feliz en su abrazo una década al menos.

—Gracias, Zoe. No imaginas cuánto significa esto para mí, gracias por venir con nosotros —dice y siento que me va a dar algo. Yo no me refería a eso, me refería a que el pequeño se quedase conmigo, en mi casa, estos días. Se aparta y me mira a los ojos—. Gracias, de verdad, me salvas la vida —me dice con desesperación y a mí me arde en la boca el deseo de decirle que no, que nunca he viajado tan lejos, que me saqué el pasaporte para ir a Marruecos y ha sido la única vez que lo utilicé. Pero es tal la desesperación con la que me mira, que no soy capaz de negarme y sonrío—. Ahora mismo voy a comunicar a la tripulación que viajas con nosotros.

Suspiro. ¿Voy a hacerlo? Sí, voy a hacerlo. Voy a marcharme a Seúl con el hombre que me vuela la cabeza cada vez que me mira, que acelera mi corazón cada vez que le tengo a mi lado.

Y todo porque he visto tanto miedo en sus ojos que no he podido negarme a hacerlo, a pesar de que sospecho que este viaje puede lastimar mi corazón, porque DoHwan me ha rechazado, o algo parecido, en dos ocasiones. Porque me confunde y me altera su cercanía. Y yo, sin embargo, solo puedo pensar en él, lo hago cuando me despierto por la mañana y también cuando me meto en la cama cada noche, es como si su nombre estuviese escrito en las estrellas y yo no pudiese dejar de mirarlas.

# Agradecimientos

Esta historia nació de mi amor por la cultura asiática, especialmente por la cultura coreana. Y la persona que me llevó a descubrir esta cultura fue mi madre, una gran apasionada de los Kdramas, Cdramas y Doramas. Gracias, mamá por abrirme la puerta a este nuevo mundo, gomawoyo eomma.

Gracias a mi familia, por su soporte, por su aliento, por sostenerme cuando flaqueo. En especial a mi surfero favorito, Hugo, por su apoyo y también por su entereza y valentía que son inspiradoras. Y a mi baloncestista de élite, Eric, por su pasión, ese corazón tan inmenso y el orgullo que siente por su mamá.

A todas mis chingus, mis amigas en esta locura asiática que nos hace compartir momentos inolvidables. Como mis adoradas Yasnaia Altube y Begoña Romero, que fueron las primeras en saber de esta historia ;), os sarangheo todas.

A mi particular Ola Coreana, que me ha ayudado a hacer esta historia más real, gracias YoungBin, IJun, IAn, RiNa y JaeHoon, kansahabnida.

A mi editora, Elisa Mesa, por confiar siempre en mis historias, por locas que resulten, jeje, gracias, eres genial. A todo el equipo de HQÑ y HarperCollinsIbérica, sois maravillosos.

Y, por supuesto, mi mayor agradecimiento es a mis lectores y lectoras, gracias por acompañarme en este camino tan hermoso como lo es la literatura, por tanto cariño y, por supuesto, por leer mis historias.

Nos leemos ;)